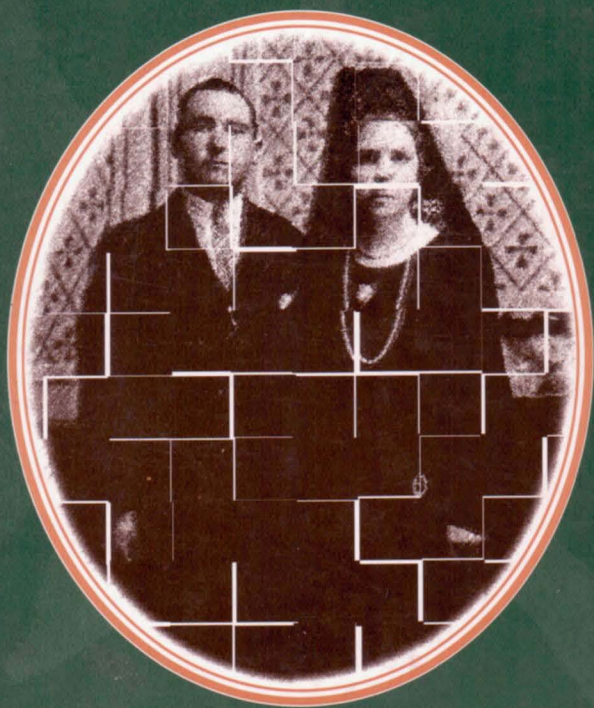


— M U J E R E S —

Modelos emergentes

en los sistemas y las relaciones de género



Teresa del Valle (Coord.),
J. M. Apaolaza, F. Arbe, J. Cucó,
C. Díez, M. L. Esteban,
F. Etxeberria y V. Maquieira

— N A R C E A —

**MODELOS EMERGENTES
EN LOS SISTEMAS Y LAS RELACIONES
DE GÉNERO**

Colección MUJERES

Pretende difundir la aportación específica de las mujeres a la sociedad en temas culturales, educativos, laborales, históricos, sociales, etc.

Dirigida a profesionales universitarios y estudiantes, y a todas aquellas personas interesadas por estudios de género y sobre mujeres.

Títulos publicados:

ACKER, Sandra: *Género y educación. Reflexiones sociológicas sobre mujeres, enseñanza y feminismo.*

ARBER, Sara y GINN, Jay: *Relación entre género y envejecimiento. Un enfoque sociológico.*
ASLANBEIGUI, Nahid y otros: *Mujeres en tiempos de transformaciones económicas en países post-socialistas y en vías de desarrollo.*

BOOTH, Christ et al.: *La vida de las mujeres en las ciudades. La ciudad un espacio para el cambio.*

BUTTARELLI, LONGOBARDI, MURARO, et al.: *Una revolución inesperada. Simbolismo y sentido del trabajo de las mujeres.*

CAINE, Barbara y SLUGA, Glenda: *Género e Historia. Mujeres en el cambio sociocultural europeo, de 1780 a 1920.*

CALERO FERNÁNDEZ, M.^a Ángeles: *Sexismo lingüístico. Análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje.*

CAO, Marián L. F.: *Creación artística y mujeres. Recuperar la memoria.*

COLOMBANI, Roger: *Bellas indomables. Mujeres con grandes destinos.*

ELLIS, Julie, L. y WILLINSKY, John (eds.): *Niñas, mujeres y superdotación. Un desafío a la discriminación educativa de las mujeres.*

ETTORRE, Elizabeth: *Mujeres y alcohol. ¿Placer privado o problema público?*

EVERINGHAM, Christine: *Maternidad: autonomía y dependencia. Un estudio desde la psicología.*

FERNÁNDEZ PONCELA, Anna: *Protagonismo femenino en cuentos y leyendas de México y Centroamérica.*

FISAC BADELL, Taciana: *El otro sexo del dragón. Mujeres, literatura y sociedad en China.*

FLECHA, Consuelo: *Las primeras universitarias en España. 1872-1910.*

GARNIER, Isabelle y RENARD, Hélène: *Madres de personajes famosos.*

GENOVESE, Michael: *Mujeres líderes en política. Modelos y prospectiva.*

GREGORIO GIL, Carmen: *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género.*

LÓPEZ CABRALES, M.^a del Mar: *Palabras de mujeres. Escritoras españolas contemporáneas.*

MARTINENGO, Mariri y otras: *Libres para ser. Mujeres creadoras de cultura en la Europa medieval.*

MORRIS, Jenny: *Encuentros con desconocidas. Feminismo y discapacidad.*

NICOLSON, Paula: *Poder, género y organizaciones. ¿Se valora a la mujer en la empresa?*

ROSSILLI, Mariagrazia: *Políticas de género en la Unión Europea.*

SEGURA GRAÍÑO, Cristina et al.: *Feminismo y misoginia en la literatura española.*

SIMÓN, María Elena: *Democracia vital. Mujeres y hombres hacia la plena ciudadanía.*

SKROBANEK, Siriporn, et al.: *Tráfico de mujeres. Realidades humanas en el negocio internacional del sexo.*

VALLE, Teresa del et al.: *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género.*

**Teresa del Valle, José Miguel Apaolaza, Francisca Arbe,
Josepa Cucó, Carmen Díez, Mari Luz Esteban,
Feli Etxeberria, Virginia Maquieira**

**Modelos emergentes
en los sistemas
y las relaciones de género**

NARCEA, S.A. DE EDICIONES

AGRADECIMIENTOS

Queremos citar en primer lugar a la institución principal que hizo posible esta investigación: el Instituto de la Mujer de Madrid. Es un logro importante poder contar con un Programa Sectorial de los Estudios de Género. En segundo lugar, a la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, que dio una ayuda adicional y que a través de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación ha proporcionado el marco de trabajo para una parte del equipo y para la mayor parte de los Seminarios de investigación. A Huan Porrah, que ha realizado búsquedas bibliográficas y gráficos. A Jone Miren Hernández por el diseño del gráfico que resume el marco teórico. A las personas que han colaborado como informantes y que han sido protagonistas del estudio. Agradecemos a todas y cada una su disponibilidad para las entrevistas individuales y/o grupales y la calidad de su aportación. Esperamos que cuando salga publicada esta investigación se reconozcan en la fidelidad, respeto y aprecio con que el equipo ha tratado sus intervenciones. A varias personas que en distintas poblaciones han facilitado la conexión entre el equipo y las personas entrevistadas. Finalmente a la Editorial Narcea que acogió el proyecto de publicación y aportó pautas valiosas para la preparación final del manuscrito.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© NARCEA, S.A. DE DICIONES, 2002
Dr. Federico Rubio y Galí, 9. 28039 Madrid
narcea@narceaediciones.es

www.narceaediciones.es

I.S.B.N.: 84-277-1372-X
Depósito legal: M-53477-2001

© FUNDACIÓN INVESNES
I.S.B.N.: 84-923571-8-5

Cubierta: Francisco Ramos

Impreso en España. Printed in Spain
Imprime CLM. 28946 Fuenlabrada (Madrid)

Autoras y autor

Teresa del Valle. Catedrática de Antropología Social de la Universidad del País Vasco/EHU. Fundadora en 1981 del Seminario de Estudios de la Mujer de dicha Universidad y directora (1981-1985; 1991-1994). Investigadora en Micronesia y Euskalerrria en los campos de antropología feminista, antropología política, rituales, cambio social y categorías de espacio y tiempo. Directora y coautora de *Mujer vasca. Imagen y realidad* (1985). Coautora de *Género y sexualidad* (1991). Editora de *Gendered Anthropology* (1993) y de *Perspectivas feministas desde la Antropología Social* (2000). Autora de *Korrika rituales de la lengua en el espacio*, 1988; *Culturas oceánicas: Micronesia*, 1987; *Korrika Basque Ritual for Ethnic Identity* (1993) *Mujeres en Euskal Herria. Ayer y hoy*, 1996; *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología* (1997) y *Emakumeak Euskal Herrian (Erresistentziak eta hausturak* (2001).

José Miguel (Txemi) Apaolaza. Profesor Titular de Antropología Social de la Universidad del País Vasco/EHU. Centra su investigación en temas de marginación, lengua, nacionalismo, identidad y metodología, desarrollados en las áreas etnográficas de Euskadi y Andalucía. Ha formado parte de diversos equipos de investigación sobre estos temas, subvencionados por el MEC, del programa I+D, de la UPV-EHU, de la Junta de Andalucía y de la Diputación Foral de Gipuzkoa. Autor de *Lengua, etnicidad y nacionalismo* y coautor de *La vida social en el Polígono de La Cartuja y Almanjayar* (1994). Entre sus artículos y capítulos en revistas y publicaciones colectivas destaca «La sociedad vasca y el nacionalismo» (1999), «Procesos de construcción nacional. Contradicciones en el seno del nosotros» (1997), y «Preguntas» (2000), así como en publicaciones colectivas. Es Presidente de Ankulegi (Asociación de Antropología Vasca).

Francisca Arbe. Profesora Titular de Métodos de Investigación y Diagnóstico en Educación de la Universidad del País Vasco/EHU. Su investigación en el campo de la educación abarca el bilingüismo y procesos lectores, así como formación de tutores y orientación vocacional y profesional. Vicepresidenta de la Delegación en el País Vasco de la Asociación Española de Orientación y Psicopedagogía. Ha participado en foros académicos y sociales, impartiendo cursos, seminarios y ponencias, como «Aspectos no escolares de la orientación: orientación profesional y mujer» (XI Congreso de Innovación Pedagógica y Políticas Educativas, 1996); «Orientación Profesional y Género» (Jornadas Nacionales de la AEOP, 1997); «Las mujeres en la dinámica de los procesos educativos y formativos: Polivalencia de intereses y significados» (Jornadas de Estudios de Género organizadas por la Universidad de Santiago de Compostela, 2001).

Josepa Cucó. Profesora Titular de Antropología Social de la Universidad de Valencia. Entre sus libros están: *El quotidià ignorat. La trama associativa valenciana* (1991), *La amistad. Perspectiva antropológica* (1995), *Identidades colectivas. Etnicidad y sociabilidad en la península ibérica* (1990) y *La rosa de las solidaridades* (1999), los dos últimos en colaboración. Su línea de investigación, centrada desde hace tiempo en los grupos informales y las asociaciones voluntarias, se ha ampliado en los últimos años a los estudios de género y al llamado Tercer Sector. Miembro del Institut Universitari D'Estudis de la Dona de la Universidad de Valencia.

Carmen Díez. Profesora Asociada de Antropología Social de la Universidad del País Vasco/EHU. Sus principales temas de estudio sobre la situación de las mujeres en el País Vasco giran en torno a las relaciones entre el mundo laboral y el doméstico; el poder y la importancia del deporte en los procesos de socialización y en la construcción de la masculinidad. Autora de *Relaciones de Género en Donostialdea y en la Ribera de Navarra, Actividad laboral y cambio* (1995). Coautora de *Mujer y Pirineo. Análisis de una realidad* (1993), *Antropología del género* (1999), *Sistemas de Género y construcción (deconstrucción) de las desigualdades* (1993), *Antropología Feminista: Desafíos teóricos y metodológicos* (1999). Miembro fundador y activo, hasta su desaparición, del Seminario de Estudios de la Mujer de la UPV. Impulsora a su vez de la Antropología Feminista y de Género a través de la coordinación de simposios en los Congresos de Antropología organizados por la Federación de Asociaciones del Estado Español.

Mari Luz Esteban. Licenciada en Medicina y doctora en Antropología Social, actualmente es profesora de Antropología Social de la Universidad del País Vasco/EHU. Su investigación tanto individual como en equipo abarca los campos de la salud, el cuerpo y la imagen corporal, y las relaciones de género. Autora de *La reproducción del cuerpo femenino. Discursos y prácticas acerca de la salud* (2001). Coautora de *La salud de los inmigrantes extranjeros en el barrio de San Francisco* (1997); *Antropología del Género y construcción (deconstrucción) de las desigualdades* (1999); *Emakumeen osasunaz beratei galdezka. Ugalketa eta sexualitate eredu desberdinak* (1993); *La atención específica a las mujeres. 15 años de centros de planificación familiar* (1994); y *Antropología Feminista: desafíos teóricos y metodológicos* (1999). Colabora en *Situación de las mujeres en Navarra. 1975-1996. Evolución y tendencias de cambio* (2001).

Feli Etxeberria. Catedrática de Pedagogía del Lenguaje en la Universidad del País Vasco/EHU. Investigadora en el campo de la educación, especialmente en los temas de bilingüismo y educación, adquisición del lenguaje, enseñanza del aprendizaje de lenguas, lengua y cultura en contextos educativos multiculturales, iniciando una línea de investigación sobre la tipologización del Modelo «B» de Educación bilingüe en el País Vasco. Destaca su participación en los «Programas Sócrates de la Comunidad Europea sobre la enseñanza de segundas lenguas y creación de materiales (1992-2000)». Entre sus publicaciones: «Bilingüismo y calidad de la educación» (1995). «Perspectivas de la investigación psicopedagógica: la dimensión lingüística» (1997). «Criterios y dimensiones para el análisis de los modelos lingüísticos en la educación bilingüe» (1997). «Formación del personal docente para la enseñanza de la segunda lengua» (2000). «Realidad multicultural: un reto para los profesionales de la educación» (2001).

Virginia Maquieira. Profesora Titular de Antropología Social de la Universidad Autónoma de Madrid y miembro del Instituto Universitario de Estudios de la Mujer (IUEM) de la misma Universidad. Sus investigaciones en el ámbito de los estudios de las mujeres y del género se han materializado en diversas publicaciones entre las que destacan *Revisiones y críticas feministas desde la Antropología Social. Las contradicciones de Edward Westermarck: un reformador de la sexualidad* (1997), *Las Asociaciones de Mujeres en la Comunidad de Madrid* (1995), *Antropología, Género y Derechos Humanos* (1999). Coeditora de *Género, clase y etnia en los nuevos procesos de globalización* (1997) y coautora de *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos* (2001).

Índice

Prólogo , por Teresa del Valle	11
Introducción	13
1. Marco teórico y metodología.	19
Aportación de Connell e importancia de la estructura y la práctica. El género como estructura. El sistema de género: trabajo, poder y <i>cathesis</i> como subdivisiones de la estructura. La transversalidad en la ampliación del modelo analítico. Los modelos emergentes como objeto de investigación. Características e incidencia de las nuevas socializaciones en la emergencia de los modelos. El lugar de la intencionalidad y la necesidad sentida. Descripción de la metodología	
2. El continuum del poder.	49
Autonomía y poder entre la gente mayor: límites y permisividades estructurales. La generación del cambio: tres tipos de trayectorias. Sedimentación de los cambios en los/las jóvenes	
3. Desarrollo de las carreras profesionales.	81
Trayectorias profesionales de las personas mayores. Trayectorias profesionales de las personas adultas. Trayectorias profesionales de los/las jóvenes	
4. Las emociones en la socialización y en la autopercepción.	113
Socialización en el grupo de iguales. Modelos de referencia. Autopercepción. Autoestima en los hombres y en las mujeres	

5. La «centralidad» del trabajo.	137
El modelo de «vidas paralelas» en las personas mayores. La construcción de nuevas relaciones profesionales y personales. Contextos que favorecen el cambio. Características emergentes y cambio social. Alternativas y reconstrucción de la masculinidad. El caleidoscopio juvenil	
6. Representaciones de género, relaciones afectivas y estrategias.	161
Hombres, mujeres y emociones. Sobrevaloración de lo femenino y el «síndrome del converso». La especialización emocional de las mujeres. Definiciones alternativas y cambios. Usos, trampas y especificidades genéricas de los afectos. Maternidades y paternidades. Vida familiar y libertad de decisión para las mujeres. Amistades femeninas y masculinas: la importancia del grupo. La soledad emocional general de las mujeres. Estrategias emocionales	
7. Creencias y experiencias del poder.	187
Capacidad normativa del marco referencial de las creencias. La cultura del poder, sus atributos y grados de pertenencia. Cualidades emergentes en la estructura del poder. La experiencia del empoderamiento. Elementos articuladores de la emergencia: acceso, apoyo, salidas. Superación de los límites y significados de la renuncia y autoexclusión	
8. Conclusiones.	219
Preemergencias activas, emergencias y nuevos modelos. Cambios en la interrelación de las tres estructuras. Cambios en cada estructura. Tendencias de crisis. Barreras a la emergencia. Propuestas de implementación	
Bibliografía	237

Prólogo

Hay una satisfacción en prologar un libro que resume una investigación realizada entre 1996-1999 y que aúna a un equipo en el que hemos participado personas de tres entidades: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Universidad Autónoma de Madrid y Universidad de Valencia. Tiene un componente interdisciplinar al confluír antropología y pedagogía y una especialidad dominante en antropología feminista: estudios de género.

Como directora de la investigación valoro la aportación que el resultado confiere a la investigación feminista. Es también una manera de reforzar vínculos genealógicos del saber ya que no solamente se recogen y analizan datos sino que se establecen enlaces con contribuciones anteriores. A este respecto quiero hacer una reflexión sobre la singularidad del método que se ha seguido.

Al comienzo de la investigación se plantearon distintos caminos de trabajo en equipo. Uno era un planteamiento global con parcelas de trabajo individual y resultado final singularizado. Para ello debían de reconocerse y confluír los distintos intereses investigadores, y el trabajo del equipo era el de recogida y reconocimiento. En esta dirección personas del equipo como Txemi Apaolaza, Carmen Díez y Teresa del Valle tenían una trayectoria por haber realizado un buen número de proyectos a lo largo de varios años.

*La otra opción era la de plantear un trabajo conjunto en el que fueran desarrollándose al unísono las etapas propias de una investigación. En esta dinámica, el trabajo individual había de realizarse en interacción con el colectivo. Era más difícil especialmente por las distancias, experiencias investigadoras diversas, grados de especialización en la antropología feminista y/o en los estudios de género, y en la familiarización con esta forma de trabajo. La referencia cercana de este proceso era la investigación desarrollada entre 1981-1985 y que culminó con la publicación de *Mujer vasca. Imagen y realidad* en la que habían participado Carmen Díez como miembro del equipo y Teresa del Valle como directora. En temas de género y de antropología feminista Virginia Maquieira aportaba una trayectoria muy consolidada de desarrollo teórico y de*

participación en investigaciones interdisciplinarias; Mari Luz Esteban también había realizado investigaciones en equipo de carácter multidisciplinar. Feli Etxeberria, Paquita Arbe y Josepa Cucó tenían otras experiencias de trabajos en equipo, tanto en sus respectivas disciplinas como en situaciones interdisciplinarias. Lo que quiero decir es que la decisión de realizar un trabajo en el que se fueran acordando los distintos pasos teóricos y metodológicos, que tuvieran como referencias fuertes la celebración de seminarios intensivos cada medio año y que el resultado final fuera colectivo, se tomó por personas con experiencia investigadora amplia y variada. Por mi parte estaba abierta a cualquiera de las dos opciones. Quiero señalar que aunque fui consciente de que la dinámica elegida era más costosa (para cada persona del equipo y para la directora) sigo creyendo que ha dado resultados importantes, tanto en la recogida de datos como en su análisis y elaboración final.

La exposición del método de trabajo y su evaluación se hace en el capítulo primero. Para mí ha supuesto una segunda experiencia en esta línea de investigación en la que hay una implicación de las personas a través de sus aportaciones en los seminarios y en los trabajos realizados individualmente, como son las entrevistas, análisis y elaboración final. Representa a mi entender una forma de trabajo en equipo, difícil, en muchos casos, de llevar a cabo, pero en el que el proceso sirve de aprendizaje y de confrontación teórica, metodológica y etnográfica. Desde la dirección identifiqué como tareas principales las de reconocer, resumir, traducir, recoger, consensuar, avanzar. Hay mucho de proceso de elaboración de memoria grupal e individual.

Un estudio de estas características tiene como meta describir y analizar aquellos aspectos que por su densidad cualitativa actúan de referentes expresivos de significados más amplios. Es de esperar que a través del conocimiento de los modelos emergentes, pre-emergencias activas y/o de características rompedoras y la relación que tienen con nuevas socializaciones, podamos identificar aquellas dimensiones del cambio que todavía no están ni aceptadas ni siquiera conocidas o intuitas. Es tarea de las Ciencias Sociales actuar de punta de lanza en la identificación de fenómenos sociales, latentes o subyacentes en otros fenómenos. De ahí que al optar por un método cualitativo resaltemos, más que la importancia de la frecuencia, el acierto de buscar indicadores densos de brotes de cambio.

TERESA DEL VALLE
Investigadora principal
Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitatea

Introducción

Desde los primeros pasos de la investigación estuvo presente el interés por el estudio del cambio y también las dificultades de aprehenderlo, más aún cuando la meta estaba en describir e interpretar las relaciones de desigualdad que atraviesan la estructura de los sistemas de género, cuestión central de la antropología feminista. Para ello se pensó en una estrategia de investigación que permitiera acceder a aspectos difusos o latentes de la realidad sociocultural, con la esperanza de detectar la emergencia de modelos con características innovadoras. Pero la dificultad del estudio de los modelos socioculturales emergentes reside en que estamos definiendo una experiencia social que todavía se encuentra en proceso y que a menudo no es reconocida o es negada o invisibilizada de diversas maneras. Se la ignora o no es reconocida como una experiencia relevante desde un punto de vista de la organización social y a lo sumo se la considera una experiencia aislada o individual. En muchos casos probablemente estamos ante un tipo de fenómeno que R. Williams denomina «preemergencia activa» (1997:149) dado que estamos hablando de constructos que aún no gozan de un consenso generalizado y que sus prácticas no están normalizadas institucionalmente o aún no han alcanzado un grado de articulación notable, aunque su capacidad de presión e influencia sea significativa.

También podemos pensar que esta característica de preemergencia hace difícil su identificación como modelos con toda su entidad y sólo se pueden identificar determinadas características que están apuntando a un proceso de nuevas formaciones. En todo caso nos están mostrando las rupturas, los cuestionamientos y las transformaciones del modelo

hegemónico de las relaciones de género en contextos sociales e históricos concretos.

Por la fuerza que tienen los sistemas como constructos sociales, es evidente que el camino hacia la producción de nuevos modelos se articula con la experiencia de nuevas socializaciones. En ese sentido se valoró desde los comienzos de la investigación un concepto amplio de socialización que permitiera verlo como un proceso que se da a lo largo de la vida. En los nuevos aprendizajes entraba la mirada que recogiera la influencia del movimiento feminista en dichos cambios, siempre a través de las protagonistas y actores sociales.

En el marco teórico y la metodología que se expone en el *capítulo 1* se toma como eje central el modelo teórico del sociólogo australiano Robert Connell que considera el género como una estructura de relaciones sociales que interaccionan de manera continua y que se plasman como objeto de estudio en tres estructuras: trabajo, poder y *cathexis*. Con objeto de contextualizar su propuesta dentro del desarrollo de la antropología feminista, el estudio parte del concepto del patriarcado y de la crítica de la antropóloga norteamericana Gayle Rubin a la utilización indiscriminada del mismo. La propuesta de Rubin sobre la utilización del concepto sistema sexo/género y la superación de los enfoques dicotómicos que supuso, catapultó un campo de reflexión que, junto a las elaboraciones de Sherry Ortner, prepararon el terreno para la propuesta de Connell. A partir de la reflexión teórica de Virginia Maquieira, se incorporaron al modelo de Connell las representaciones de género y la organización del prestigio como categorías que atraviesan el análisis de cada una de las tres estructuras. En la relación entre modelos emergentes y nuevas socializaciones se reconoce la existencia de una socialización para el cambio y otra para la continuidad (Díez 1993:175). La propuesta teórica que guía esta investigación es la percepción continuada y procesual en la cual las nuevas socializaciones son fundamentales para introducir cambios en el sistema de género. Así Teresa del Valle (1992/93) singulariza aquellos aprendizajes que afectan directamente al sistema de género y, especialmente, a la estructura del poder: identificación y superación de la naturalización de las diferencias; identificación de responsabilidades que conducen al poder y/o al no poder; superación del sentimiento de culpa e identificación de la conflictividad, sus orígenes y manifestaciones.

Por modelos emergentes se entiende aquellos constructos con entidad, peso referencial y en ciertos casos influencia normativa que incorporan nuevos significados y valores, nuevas éticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones. Son asimismo receptores de elementos alternativos o de oposición. En principio, su entidad, valoración y aceptación dependen de influencias directas o indirectas del contexto y de variables tales como: ideología, clase social, edad. En el análisis de lo que se considera alternativo o de oposición entra también la consideración crítica de lo que se entiende por cultura. La especificidad en el estudio a que alude este libro son aquellos modelos que, operando dentro de los sistemas y relaciones de género, pueden calificarse de emergentes o de resumir características cercanas a la emergencia, en cuyo caso se hablaría de situación de preemergencia activa¹.

Los objetivos de dicha aproximación singular al cambio condujeron al planteamiento de las siguientes hipótesis:

- Los cambios en las relaciones sociales, en la organización económica y en el poder tienen que ir interrelacionados con la creación de modelos o con sus transformaciones.
- La potenciación de los modelos, su incidencia y su posible implementación tienen una estrecha relación con las nuevas socializaciones.
- Los modelos emergentes se darían con mayor frecuencia en aquellas situaciones donde las personas actúan con la conciencia o intencionalidad del cambio mientras que las características innovadoras de estar presentes se vehiculan a procesos que no estén motivados por la especificidad del cambio genérico.

El estudio se basa en una metodología cualitativa que aúna dinámicas comunes de trabajo, elaboración, reflexión y debate, con recogidas de datos y elaboraciones personales realizadas por las personas del equipo. Por la gran especialización que aporta el equipo en los temas tratados en la investigación, en la metodología seguida, en los campos temáticos que ofrecen los datos, confluyen saberes que enriquecen su elaboración y presentación final. El eje central de la recogida de datos son las entrevistas en profundidad realizadas por las distintas personas del equipo. Esta

¹ Para la definición de modelos se ha seguido a Díaz Martínez (1996), y a Williams (1997) para la definición de emergente.

tarea tiene su apoyo en una contextualización que varias autoras denominan *vidas situadas* (Lamphere, Ragoné, Zavella/1997) y abarca las distintas esferas en las que se ubica cada persona entrevistada. Esto se enraíza a su vez en el contexto histórico de los años 1927-1999 que corresponde a las trayectorias vitales de las treinta y cinco personas entrevistadas, donde se recogen las variables de edad (mayores, adultos y jóvenes), clase social (alta, media y baja) e ideología (derecha e izquierda). Es evidente que el acceso a estos modelos abstractos que se postulan hipotéticamente no existen en sentido absoluto sino que dependen de la muestra investigada, pero pueden ampliarse a sectores sociales distintos de aquellos en los que surgen. Las unidades de análisis como eje metodológico marcaron la elaboración del guión de las entrevistas, el análisis de los datos, la estructuración de los resultados y la elaboración de los capítulos. Se enlazó el análisis pormenorizado de cada entrevista con el análisis del material etnográfico proveniente de la participación observante realizada en distintos lugares y tiempos y la interpretación final más amplia. Lo mismo puede decirse del material bibliográfico que se ha utilizado así como de los datos provenientes de estudios cuantitativos.

En los capítulos siguientes se analizan los modelos emergentes y su relación con las nuevas socializaciones a través de las tres áreas de la estructura.

En el *capítulo 2*, en la consideración del poder se parte de una doble premisa: primera, considerar a las personas como actores sociales con estrategias y objetivos propios, dotados de cierta posibilidad de autonomía y de controlar algunos resortes sociales; segunda, considerar la estructura de poder como un amplio *continuum* donde cabe situar diferencialmente las nociones analíticas de autonomía, poder y no poder. A lo largo de tres generaciones se analizan las características dominantes que presenta cada generación, a la vez que se tienen en cuenta las diferencias entre mujeres y hombres y las variables de clase social e ideología. Se van viendo los límites, continuidades y cambios en relación al momento histórico donde acontecen. En este sentido, es evidente la importancia que tienen las personas adultas que quedan identificadas como generación del cambio.

En el análisis del trabajo, en el *capítulo 3*, se toma como punto de partida la relación entre grado de profesionalización y construcción de la identidad profesional. Se abordan aspectos relacionados con el desa-

rollo de las carreras profesionales. En torno a este tema, es evidente que, en las distintas etapas del recorrido profesional, las personas se ven enfrentadas a situaciones de cambio en que la toma de decisiones afecta a su continuidad, discontinuidad en el mundo del empleo, a la inserción y/o reinserción laboral o profesional, cambios y giros en sus carreras al igual que a sus avances y progresos ocupacionales. La diversidad y complejidad del desarrollo profesional de las mujeres se refleja en las distintas trayectorias y situaciones en que se encuentra su recorrido profesional. Se ve cómo el momento histórico que les tocó vivir, la clase social y la preparación profesional han marcado diferencias en la continuidad, discontinuidad y cambios en los recorridos profesionales.

En el *capítulo 4* se analizan los procesos de socialización tomando las emociones como factor básico en su desarrollo. La familia y el grupo de iguales son los contextos particulares donde, con más claridad, con mayor intensidad, se muestran estas emociones, dando lugar a la emergencia de características propias de lo que hemos denominado nuevos modelos. Se presentan a su vez los cambios en la autopercepción y la autoestima de mujeres y hombres, así como los contrastes entre unas y otros y su incidencia en la socialización. Se incide en las diferencias que experimentan cuando comparten sus vivencias con las percepciones que tienen sobre ellas/ellos otras personas. El análisis de la culpa se centra principalmente en las mujeres debido a la importancia que adquiere y que apenas aparece en los hombres.

En el *capítulo 5* se aborda la centralidad del trabajo en la vida tanto de hombres como de mujeres, con la amplitud que permite incorporar las actividades del ámbito doméstico para que, sopesando su importancia, pueda apreciarse la que tiene en los sistemas de género, la articulación o desconexión entre lo doméstico y familiar y la esfera laboral. Se analiza la relación entre presencia de características emergentes y debilitamientos, refuerzos en la experiencia y peso de la centralidad teniendo en cuenta variables de edad, clase social e ideología. Puede apreciarse la vinculación o desvinculación entre la esfera doméstica y la laboral y el grado de escisión existente entre una ética familiar y una ética individual aplicadas a cada una de ellas.

En el *capítulo 6* se estudian las emociones en hombres y mujeres, la valoración de las mismas y su papel en los distintos proyectos profesio-

nales y de vida. Se muestra el carácter de la «especialización emocional» de las mujeres y la ocultación de los sentimientos por parte de los hombres así como las definiciones alternativas a las mismas y los cambios. Las estrategias utilizadas para alcanzar objetivos muestran, también en el caso de las mujeres, una clara interrelación entre los aspectos emocionales y racionales. Entre las estrategias se diferencian las adaptativas y las rupturistas.

Para el análisis de los modelos emergentes, en el *capítulo 7*, se confrontan de manera relacional las decisiones que toman tanto las mujeres como los hombres, con lo que las decisiones representan en el sistema de prestigio y poder al que pertenecen. El concepto de cultura del poder tiene relación con la crítica a la cultura hegemónica descrita en el marco teórico. Para comprender el peso que tiene, se analizan varias creencias acerca de la naturaleza del poder, los mecanismos del poder que implican formas de acceso, permanencia y salida diferenciadas, el poder como bien escaso que controlan los hombres, y los conceptos de autoexclusión y renuncia. La presencia de características emergentes tiene relación con un cuestionamiento de las creencias, una ruptura y superación de límites y una elaboración de nuevas formas de acceder y salir del poder.

En el capítulo de *conclusiones* se identifican ciertas características generales que expresan el cambio y representan un nivel de elaboración y abstracción amplio. Se da cuenta de las preemergencias activas, de las características emergentes y de los nuevos modelos de dos maneras: en la interrelación de las tres estructuras (trabajo, emociones y poder) y en cada una de ellas. Se identifican las principales tendencias de crisis, para terminar con una consideración de las barreras a la emergencia y, por lo tanto, al cambio. Finalmente se puede apreciar el engarce entre los resultados obtenidos y las implementaciones que constituyen la dimensión aplicada de la investigación.

1. Marco teórico y metodología

En el transcurso de los años setenta y principios de los ochenta el pensamiento feminista se desarrolló en muy diversas direcciones teóricas y campos de conocimiento que dieron como resultado importantes debates teóricos y la ampliación y reformulación de teorías y categorías de análisis. Los enfoques marxistas hicieron surgir una serie de discusiones sobre la relación entre el capitalismo y la dominación masculina, a menudo referida como el «debate del patriarcado». En muchos de los textos concebidos como estados de la cuestión sobre teoría feminista se da la impresión de que las feministas estaban divididas en dos campos separados: por un lado las marxistas o feministas socialistas y, por otro, las feministas radicales. Sin embargo las divisiones teóricas fueron más complejas.

De manera resumida puede decirse que lejos de contemplarse como una polarización irreconciliable, en realidad existía un continuo entre las que veían la subordinación de las mujeres como una consecuencia del capitalismo y las que consideraban que era una consecuencia del patriarcado entendido como el sistema de dominación masculina. No obstante, las teóricas de un lado y otro del espectro se inspiraron o asumieron el marxismo, pero en modos diferentes. Mientras algunas incorporaron el feminismo en los marcos teóricos marxistas tradicionales, otras redefinieron o radicalizaron el marxismo en aquellos aspectos que les parecían productivos para el feminismo.

En el marco de esos debates el concepto de patriarcado fue objeto de grandes controversias. Las marxistas feministas reconocían la dominación masculina como un rasgo sistémico de la sociedad moderna, pero también de otros tipos de sociedades por lo cual la subordinación

de las mujeres no podía considerarse como un mero efecto del capitalismo. Sin embargo, algunas de sus teóricas eran contrarias a conceptualizar el patriarcado como un sistema social separado del capitalismo. Otro foco importante de preocupaciones giraba en torno a la dinámica central del patriarcado o, lo que es lo mismo, a la localización estructural de las causas de la subordinación de las mujeres. Los desacuerdos acerca de esta cuestión originaron importantes desarrollos teóricos en los cuales unas se fijaban en las relaciones de producción, otras defendían que la subordinación de las mujeres era consecuencia de las relaciones de reproducción y control de la sexualidad, y, finalmente, otras consideraban que se debía a factores ideológicos y/o psíquicos.

Otra fuente de crítica acerca del concepto de patriarcado surgió de aquellas posiciones que lo consideraban un concepto ahistórico y difícilmente aplicable a diversos contextos históricos y socioculturales. Esta crítica fue especialmente desarrollada desde la antropología y asumida desde entonces de manera mayoritaria en el campo de la antropología feminista. Fue la antropóloga Gayle Rubin, en un ya clásico artículo publicado en 1975, quien planteó por vez primera la crítica al uso indiscriminado de la categoría patriarcado. Su interés por estudiar las diversas formas que presentan los sistemas de estratificación de género le hizo plantear la necesidad de desarrollar en el campo de las ciencias sociales y de manera específica en la antropología sociocultural, conceptos que permitan describir adecuadamente la organización de la sexualidad y la reproducción junto a las convenciones del sexo y del género. Desde esta perspectiva, propone el término sistema sexo/género para referirse al conjunto de disposiciones por las cuales la materia biológica del sexo y la procreación humana son conformadas por la intervención social y satisfechas en una forma convencional por extrañas que sean algunas de esas convenciones. Este sistema constituiría, a juicio de la autora, normas, representaciones, prácticas sociales, incluida la división social del trabajo e identidades subjetivas (*op. cit.* p. 160). No obstante es importante señalar que la autora critica la denominación de sexo/género por ella acuñada, por considerar que se puede desprender la idea de que el sexo es una realidad natural no moldeada por factores socioculturales. Lo hizo en un trabajo publicado diez años después (1989).

En todo caso y asumiendo la relevante cuestión de que el sexo y la sexualidad son también construcciones socioculturales, se ha adoptado

la denominación *sistemas de género* para delimitar el estudio de la diferencia socialmente construida en el marco de la acción recíproca de las fuerzas globales y locales, de las significaciones nativas y extranjeras, de la estructura social y de la acción humana en circunstancias históricas específicas. Se considera, asimismo, que el género es un proceso arbitrado por las relaciones de poder y, por consiguiente, supone dar cuenta de la transformación de la diferencia en desigualdad (Ong 1992).

Aportación de Connell e importancia de la estructura y la práctica

Paradójicamente cuando comenzó a ser necesaria la profundización en la elaboración teórica sobre los sistemas de género, Sherry Ortner (1984), a partir del análisis de las diversas escuelas y enfoques teóricos preponderantes, se propuso clarificar las relaciones entre los mismos más que resaltar las oposiciones excluyentes. Tras su análisis llega a la conclusión de que en la antropología de los años ochenta aparecían dos símbolos clave que comenzaban a dar coherencia e interrelación a los diversos campos y enfoques de la disciplina, a la vez que los redefinían. A su juicio estos símbolos son la práctica y la historia. Esta novedad, según la autora, supone un cambio teórico, desde los análisis estáticos y sincrónicos, a los análisis dinámicos de los procesos socio-culturales, en los cuales la acción humana y las estructuras y sistemas mantienen una relación dialéctica.

En el marco de los debates reseñados por Ortner y que permearon a las ciencias sociales en su conjunto, Robert Connell, en *Gender and Power* (1987), se propone desarrollar una teoría social sistémica del género. Critica las teorías categoriales en el ámbito de la investigación social e incluso dentro del feminismo, que han partido de la consideración de los hombres y las mujeres como categorías estáticas y preformadas ahistóricamente y que a menudo implican una apelación a las diferencias biológicas de manera implícita. La propuesta de Connell se basa en considerar el género como una estructura de relaciones sociales.

Según Connell, una teoría social del género requiere una teoría de la estructura social y por consiguiente un concepto de estructura que

dé cuenta de la complejidad de la dinámica histórica del género. Su obra se inscribe dentro del enfoque denominado teoría de la práctica. Sin embargo, el interés por el estudio de la práctica o acción humana no pretende subestimar el papel del sistema estructural sino que permite comprender la relación dialéctica entre ambos aspectos y, por tanto, comprender cómo se produce el sistema, cómo se reproduce y cómo, cuáles y por qué se producen los procesos de cambio. De todos modos, Connell asume la visión de Anthony Giddens (1984) en este aspecto y considera que el estudio de la práctica no es una alternativa excluyente al estudio de los sistemas o estructuras sino que es un complemento. A su juicio una buena parte de la innovación de este enfoque puede ser resumido en la famosa frase de Peter Berger y Thomas Luckman: «La sociedad es un producto humano; la sociedad es una realidad objetiva; los seres humanos son un producto social».

Otro de los aspectos importantes en este enfoque reside en la reformulación o articulación de la perspectiva marxista y weberiana. La influencia marxista se expresa en el hecho de que pone en el centro del análisis la asimetría social como la dimensión más importante de la estructura y de la acción. Es decir, las formas de acción e interacción que se consideran más importantes para propósitos analíticos son aquellas que tienen lugar en las relaciones sociales asimétricas o de dominación en un contexto y tiempo concreto.

Por otra parte se rescata de Max Weber la importancia de situar a los actores sociales como centro del análisis y, al mismo tiempo, la importancia del significado y de las representaciones en la praxis humana. Desde esta perspectiva se pretende articular lo económico, lo político y lo cultural o simbólico junto a la acción humana. A juicio de Connell, contemplar las estructuras y sistemas junto con las personas y sus prácticas, sobre todo aquellas encaminadas a subvertir la asimetría, es moverse desde los análisis sincrónicos y estáticos de la realidad sociocultural a modelos dinámicos y procesuales. Subyace a su planteamiento la idea expresada por Ortner acerca de que «la historia no es simplemente algo que le sucede a la gente sino algo que la gente hace, dentro, por supuesto, de los poderosos constreñimientos del sistema dentro de los cuales operan» (1984:159).

Desde esta perspectiva el sistema estructural se considera una totalidad donde se articula lo institucional, lo simbólico y lo material, pero

un sistema que no se fragmenta en unidades ordenadas jerárquicamente, donde unos aspectos se consideran la causa o el factor determinante de los otros. Representa una totalidad de composición histórica en la cual la integración entre sus diferentes niveles estructurales no quiere decir armoniosamente integrada sino que está constituida por las contradicciones, el conflicto y las prácticas alternativas, porque lo que adquiere relevancia analítica como núcleo del sistema son las realidades específicas de la asimetría y la desigualdad.

Pero Connell da un paso más que es lo que lo convierte en relevante para nuestra investigación. Si bien asume la importancia de los problemas de la desigualdad como núcleo analítico central, considera que es la desigualdad de género un aspecto crucial del sistema estructural. En este sentido, su aportación puede considerarse muy valiosa para la investigación feminista y, a su vez, él mismo reconoce la importancia teórica del feminismo en cuya genealogía pretende inscribir su obra.

El género como estructura

Como hemos dicho anteriormente, la propuesta de Connell se basa en considerar el género como una estructura de relaciones sociales. El autor define el concepto de estructura y su modo de operar de la siguiente manera:

El concepto de estructura social expresa las constricciones que subyacen en una forma específica de organización social. Pero en la mayoría de los casos los constreñimientos sobre la práctica social operan a través de una compleja acción recíproca de poderes y a través de una serie de instituciones sociales (1987:92).

Esto supone que los intentos de codificar una estructura social han de comenzar generalmente por analizar instituciones. Esta perspectiva abre importantes cuestiones de orden teórico y etnográfico en los estudios de género porque, como ha señalado Naila Kabeer, «la franca discriminación o las conspiraciones patriarcales son innecesarias cuando el privilegio masculino se puede garantizar simplemente poniendo en marcha procedimientos institucionales de rutina» (1998:81).

En este contexto es pertinente insistir en que Connell se separa de la consideración de Giddens sobre la 'estructura dual' por la cual dicho autor considera que las sociedades son creadas y recreadas a través de nuestra propia acción como seres humanos. Connell sin negar la importancia del aspecto de la «reproducción» estructural pone el énfasis en la «vulnerabilidad» de la estructura a través de la práctica porque la acción humana actúa contra la estructura deliberadamente y es precisamente ese comportamiento el que nos convierte en «agentes de la historia» (1987:95).

El sistema de género: trabajo, poder y *cathesis* como subdivisiones de la estructura

Connell considera el género como una estructura internamente compleja que es preciso subdividir por razones analíticas. Aunque considera que cada una de las estructuras es diferente, las percibe en interacción continua, siendo la contradicción interna un componente fundamental del análisis de las relaciones de género. Aunque considera que estas tres estructuras pueden no agotar el campo de las relaciones de género, les otorga una gran importancia empírica y estructural. En textos posteriores denomina a las dos primeras como relaciones de producción y relaciones de poder respectivamente (1995:74, 1996:161-162).

La división genérica del trabajo es una asignación estructural de tipos particulares de trabajo a categorías particulares de personas. Nos enfrenta a un fenómeno más amplio que no sólo tiene que ver con la asignación de tareas y la lógica de retribuciones y recompensas; es importante también la conceptualización de lo que se entiende por trabajo en cada contexto específico y contemplar también la organización del trabajo, la distribución de los productos, de los servicios y de los ingresos. Esta estructura se percibe como parte de un modelo más amplio de producción, consumo y distribución generizado (1987: 96). Exige atender en el análisis a las consecuencias de la división genérica del trabajo y por consiguiente a los beneficios que los varones obtienen de la distribución desigual de los productos del trabajo social que él denomina los «dividendos patriarcales» (*ibid.*). Estos dividendos a menudo son contemplados en términos de una desigualdad salarial,

pero a juicio de Connell se debe prestar atención al carácter generizado del capital porque una economía capitalista que opera a través de la división genérica del capital, está realizando, necesariamente, una acumulación generizada (1987:105, 1996:162). Hace referencia a las estructuras de autoridad, control y coerción en relación al género. Como ejemplos, menciona desde las jerarquías del estado que excluyen a las mujeres, a las distintas formas de violencia institucional e interpersonal que se ejerce contra ellas en los distintos ámbitos institucionales. Asimismo incluye el estudio de los modos en que el poder es legitimado y cómo el poder se convierte en autoridad. Supone responder a las preguntas de quiénes y cómo detentan el poder sobre los recursos y en la toma de decisiones. A su juicio «es posible identificar una compleja serie de instituciones donde el poder de los varones y la autoridad de la masculinidad presenta una significativa concentración» (1987:109).

Sin embargo esto no quiere decir que las mujeres no detentan poder y autoridad en determinados ámbitos y circunstancias y que, incluso, el poder de los varones no sea difuso en algunas otras (*ibid.*). Es interesante notar que Connell habla de la autoridad de la masculinidad como modelo y esto conecta, como hemos visto anteriormente, con su distanciamiento de un enfoque categorial donde el comportamiento de hombres y mujeres se asume como uniforme al interior de cada una de las categorías construidas. Retomaremos posteriormente esta cuestión al hablar de los modelos dominantes y emergentes.

Connell toma el término *cathexis* de la obra de Freud y lo reinterpreta y utiliza del siguiente modo:

Freud usa el término *cathexis* para referirse a la carga psíquica o la energía instintual que se vincula a un objeto mental, por ejemplo una idea o imagen. Yo aquí lo utilizo en un sentido más general para dar cuenta de la construcción emocional de las relaciones sociales con los 'objetos', es decir, por ejemplo, las otras personas en el mundo real. Al igual que Freud considero que esa vinculación emocional puede ser hostil o positiva. Y puede ser hostil y positiva al mismo tiempo, es decir, ambivalente. La mayoría de las relaciones íntimas son ambivalentes (1987:112).

En un sentido general, Connell se refiere a esta estructura como la que corresponde a la organización de los sentimientos, el deseo, el cuerpo y

la sexualidad. A su juicio este modelo social del deseo es más obvio como una serie de prohibiciones expresadas en las leyes y en todo el horizonte normativo de una sociedad concreta, desde el tabú del incesto a las leyes específicas acerca de la violación o la homosexualidad. En síntesis, esta estructura se refiere tanto a las prohibiciones referidas a las prácticas sexuales como a la construcción emocional de la oposición masculino/femenino siempre que esta dicotomía exista como un aspecto fundamental de la organización social.

Esta elaboración teórica se contempla como una teoría de oposición y cambio político y social muy valiosa para los análisis feministas (Hekman 1990, Maharaj 1995). Asimismo la antropóloga Britt-Marie Thurén (1993) señala la importancia del trabajo de Connell desde un punto de vista metodológico y etnográfico dado el énfasis que el sociólogo australiano hace en la subdivisión del género como objeto de estudio y las posibilidades comparativas que ofrece (*op.cit.* p.99). La teorización de Connell permite una investigación a distintos niveles de la realidad sociocultural y, a su vez, facilita la operacionalización de la categoría género con fines comparativos. Si desarrolláramos investigaciones pormenorizadas a partir de un modelo estructural como el planteado u otro similar, esto permitiría la comparación sincrónica y diacrónica entre sociedades. Esto supondría acceder a través de la investigación a lo que él denomina los «repertorios estructurales» de cada sociedad específica, es decir, al estudio de la interrelación de las estructuras mencionadas y que en nuestra investigación venimos nombrando como 'sistema de género' pero que Connell prefiere denominar 'orden de género'.

Asimismo y, como hemos indicado más arriba, abre también una vía importante de investigación en el nivel de las instituciones ya que, como señala este autor, las relaciones de género están presentes en la mayoría de las instituciones, y el estudio empírico de las prácticas que discurren en ellas se presenta como un terreno privilegiado. Cuando se refiere a las instituciones, habla de aquellas más formalizadas como, por ejemplo, los hogares, el parentesco, el urbanismo, el estado o el mercado de trabajo, pero también de otras instituciones informales donde se produce la interacción de la vida cotidiana, tales como la calle o las pandillas. Y a ese inventario estructural en cada una de las instituciones lo denomina 'regímenes de género'.

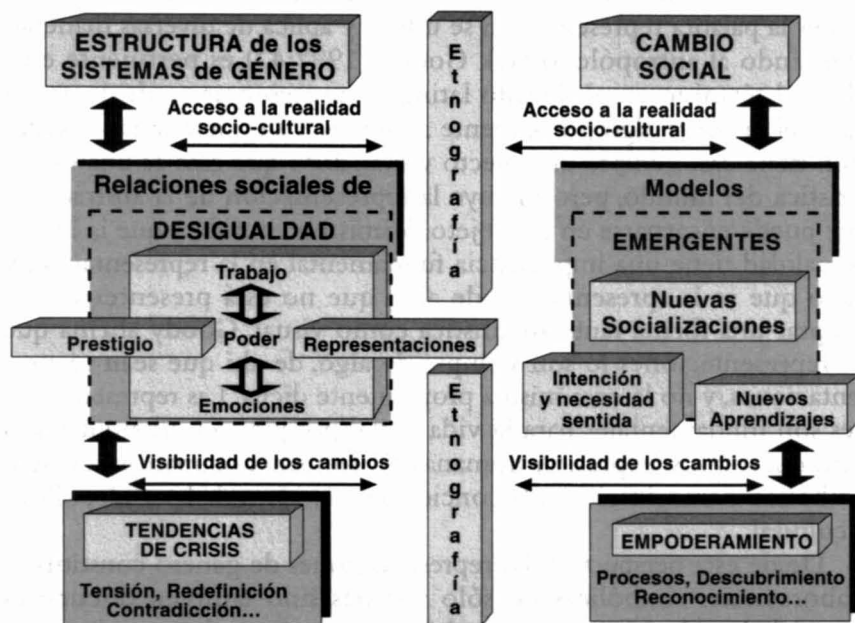


Gráfico 1. Modelo teórico de la investigación

La transversalidad en la ampliación del modelo analítico

Con objeto de realzar la dimensión simbólica y expresiones claves de la construcción del poder, se introducen en el modelo analítico de Connell ya descrito, las representaciones de género y la organización del prestigio como categorías que atraviesan las estructuras mencionadas². La palabra representación tiene diversos significados y aplicaciones que abarcan desde la ciencia política con su preocupación por la representación política, a los análisis de crítica literaria, teoría del

² En el gráfico 1 se condensa el modelo teórico con las aportaciones de Connell y las ampliaciones que surgen de esta investigación y que se explicitan a lo largo del capítulo.

arte o psicología cognitiva, por mencionar diversos campos en los cuales la palabra representación se utiliza y aplica de diversas maneras. Siguiendo al antropólogo Jack Goody (1997:47) es pertinente emplear el término en el sentido latino de representar, es decir, «traer hacia el presente algo previamente ausente». A su juicio la representación tiene casi siempre un aspecto visual, dado que esto es una característica del mundo, pero incluye la representación de la abstracción que puede encarnarse en un objeto. Asimismo considera que la intencionalidad tiene una importancia fundamental en la representación y dado que es la «presentación de algo que no está presente» puede adoptar una forma tanto lingüística como visual. Goody afirma que las representaciones lo son siempre de algo, de ahí que sean re-presentaciones, y no la cosa misma propiamente dicha. Las representaciones son fundamentales para la vida social porque son inherentes a la comunicación y expresión humanas. Y asimismo, ocupan un espacio simbólico e imaginario en la conciencia y la identidad social, política y cultural.

Desde esta perspectiva, las representaciones de género constituyen elaboraciones simbólicas no sólo visuales sino también discursivas acerca de las relaciones entre hombres y mujeres y su lugar en la sociedad. Pueden expresarse de múltiples maneras pero en el ámbito de nuestra investigación destacamos las metáforas, símbolos y estereotipos. Constituyen el conjunto de ideas, creencias y significados a través de los cuales cada sociedad en un tiempo histórico concreto define los atributos sociales y psicológicos, así como los estereotipos de los grupos sociales en cuestión. Las representaciones de género poseen, por consiguiente, una dimensión simbólica que afecta y es afectada por la división del trabajo, afecta y es afectada por las estructuras de poder y asimismo contribuye a la construcción de las identidades subjetivas. Del mismo modo tales representaciones definen un horizonte normativo que regula las pautas de interacción entre los individuos y proporcionan modelos de relación social.

Es pertinente destacar aquí la aportación de la antropóloga Dolors Comas quien vincula las representaciones de género y trabajo. La autora considera que tales modelos de representación están constituidos por las nociones y símbolos acerca de las diferencias entre hombres y mujeres, acerca de lo que es y no es trabajo y acerca de las relaciones

del ámbito laboral con otros dominios institucionales de la sociedad. A su juicio:

Estas nociones se expresan a menudo por medio de metáforas que sintetizan los significados y relaciones más importantes y a partir de las cuales las personas construyen y dan sentido a su propia realidad social y cultural. Sirven, pues, para interpretar el orden social, para ordenar y hablar sobre la vida, jerarquizando y destacando unos elementos, desvalorizando y ocultando otros, con independencia de la importancia que cada uno tenga. Los modelos de representación sobre género y trabajo son, en definitiva, el lenguaje a través del que se expresan los modelos institucionales de trabajo y sociedad y sus conexiones con los sistemas de género (1995:44, el énfasis de la autora).

La importancia de estudiar las representaciones de género en la estructura del trabajo ha sido también resaltada por Connell para quien existe una «economía política de la masculinidad y de la feminidad ya que las definiciones y representaciones de género se movilizan, como hemos visto, como un recurso económico» (1987:106).

La segunda categoría que proponemos como transversal se refiere a la organización del prestigio. Se entiende por prestigio u honor social el reconocimiento de una excelencia cuya valoración se hace mediante la aplicación de un gama amplia de referentes. El prestigio abarca distintas cualidades y se concentra con un peso diferenciado entre las personas y grupos que actúan en una sociedad. Es decir, que está directamente implicado en la reproducción y transmisión del sistema y en la organización del estatus o posiciones estructurales que existen en el mismo.

Cómo se establecen estas posiciones es algo situacional y por lo tanto difícil de definir a priori ya que la posición de una persona se da en referencia a las evaluaciones que otras personas o grupos hacen de ella y de la estima social que se le otorgue. Un grupo de estatus consiste en un número de personas que comparten la misma situación y que son, a su vez, conscientes de su nivel común. Las fuentes de prestigio que se proponen para las personas y para los grupos son pocas y directas, tales como el control de las fuentes de riqueza incluyendo los modos de producirla, la habilidad política, el talento práctico, las conexiones a través de las redes de parentesco y matrimonio así como la pertenencia a otras redes de poder. Los sistemas de prestigio pocas veces son el reflejo simple y directo del poder material sino que también entran en consi-

deración otros elementos. Sin embargo, aún cuando los sistemas de prestigio no son reducibles a las relaciones de producción en el sentido marxista del término, pueden verse como un «fenómeno complejo históricamente específico y en ningún modo como una construcción aislada de sus raíces sociales» (Ortner y Whitehead 1981:16).

Los canales de adquisición del prestigio pueden ser fijos y regulados como sería el caso del parentesco y matrimonio o la casta, o adquiridos de acuerdo a logros y cualidades. Aparecen siempre sustentados en o como expresiones directas de asociaciones simbólicas, de creencias que ponen de manifiesto el orden de las acciones humanas a través de patrones de deferencia y condescendencia, de respeto o menosprecio y, en muchos casos, de mando y obediencia. Estas creencias y asociaciones se pueden contemplar también como ideologías legitimadoras.

La importancia de la relación entre «estructuras de prestigio» y sistemas de género se debe a diversas razones que han sido desarrolladas por del Valle (1989). En primer lugar porque los sistemas de género son en sí mismos sistemas de prestigio, abiertos siempre a la variabilidad con que cada sociedad asigna un mayor o menor peso al criterio de diferenciación por ser hombre o mujer. Mientras que en algunas puede ser el criterio básico, en otras no lo es tanto. Sin embargo, puede decirse que en todas las sociedades estudiadas, las mujeres y los varones configuran núcleos de asociaciones simbólicas con valores distintos que se transforman en la medida en que la edad, la clase social, el origen étnico, la religión o ideología inciden en ellas.

En segundo lugar, las estructuras de prestigio tienen una consistencia simbólica notable. Esto se puede ver a través de oposiciones y significados, por ejemplo: fortaleza versus debilidad; posesión de ciertos saberes frente a ignorancia. Se capta también en el hecho de que una estructura de prestigio sea invocada metafóricamente para apoyar a otra, como en el caso vasco donde el valor de los hijos sirve de refuerzo para apoyar la responsabilidad de las mujeres en la transmisión del euskara. Es más, se puede invocar una institución desprestigiada como sería la prostitución para resaltar la prueba de la virginidad antes del matrimonio.

En tercer lugar, los sistemas de género aparecen como medios en los que la acción, mantenimiento y desarrollo del prestigio masculino

se articula como estructura de relación social entre hombres y mujeres. Por ejemplo, el prestigio de que ha gozado en muchas sociedades el «donjuanismo» se enmarca en un sistema de valores y prácticas que abarca a mujeres y varones. Asimismo cabe resaltar la centralidad de los sistemas de prestigio a la hora de estudiar los procesos de cambio. Dado que las estructuras de prestigio se insertan en las dinámicas de reconocimiento social, satisfacción de logros, estima social y personal afectan y, a su vez, están afectadas por los procesos de cambio.

Los modelos emergentes como objeto de investigación

Por modelos se entiende los constructos que tienen entidad y peso referencial y en ciertos casos peso normativo y el sistema de valores incide directamente en ellos. En principio, su entidad, valoración y aceptación dependen del contexto y de variables tales como ideología, clase social, edad. Un modelo es «una forma de abstracción que representa las coincidencias en las prácticas, valores y modos de autoperibirse de un conjunto de individuos de un determinado grupo social o una muestra determinada diseñada de acuerdo a determinadas variables. Estos modelos se revelan por su contraste con otros, es decir, que los modelos se revelan a través de sus diferencias mutuas» (Díaz Martínez 1996:96). Este estudio se centra en los modelos que operan dentro de los sistemas y relaciones de género.

Para la comprensión del significado de emergente, Williams lo define de manera que abarca tanto los nuevos significados y valores, nuevas éticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente como aquellos elementos que son alternativos o de oposición (1997:145). Reconoce que es extremadamente difícil en muchos casos distinguir en el análisis los elementos nuevos, pero que pueden constituir una nueva fase de la cultura dominante, de aquellos que son específica y claramente alternativos, es decir, de oposición a un sistema dominante. Williams establece una vinculación importante entre lo emergente y lo dominante, y lo dominante remite al concepto gramsciano de hegemonía. Este concepto también es clave en la teorización de Connell así como en nuestra investigación.

A partir del concepto gramsciano, Williams considera que

la hegemonía constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida. Es decir, nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente. Por lo tanto, es un sentido de la realidad para la mayoría de las gentes de una sociedad, un sentido de lo absoluto debido a la realidad experimentada, más allá de la cual la movilización de los miembros de la sociedad, en la mayor parte de las áreas de sus vidas se torna sumamente difícil (1997:131-132).

Son dos las cuestiones que nos interesa señalar en relación a la importancia de este concepto. En primer término que la realidad de toda hegemonía, en su difundido sentido político y cultural, es siempre dominante. Unido a este tema hemos de resaltar que Gramsci planteó una distinción entre «dominio» y «hegemonía». El «dominio» se expresa en formas directamente políticas y, en tiempos de crisis, por medio de una coerción directa y efectiva. Sin embargo, la situación más habitual es un complejo entrelazamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales y a esto se refiere con el término hegemonía.

Una segunda cuestión se refiere a que en este concepto se puede vislumbrar una equiparación con el concepto de cultura en el sentido de totalidad de la experiencia vivida, incluyendo en ella tanto los recursos físicos y materiales y el modo de apropiarse de ellos, como las relaciones interpersonales, las percepciones sobre sí mismos, sobre los demás seres humanos y el mundo que los rodea así como la interconexión entre pensamiento y sentimiento. Es posible percibir, por tanto, a la hegemonía como una entidad estética y uniforme que coincidiría con determinadas conceptualizaciones de la cultura. Pero también es posible contemplarla desde una perspectiva dinámica y procesual que constituye nuestra opción teórica y que asimismo creemos que es la que subyace en la lectura que Williams hace de Gramsci.

A partir de un enfoque procesual, que cuenta con la gran contribución realizada desde la antropología feminista, la cultura no es considerada un dato esencial y a priori de la acción social sino que se piensa como una construcción en la que los actores sociales asumen, nego-

cian, seleccionan y cuestionan los rasgos de diferenciación frente a otros grupos. Al mismo tiempo se pone en cuestión la visión totalizadora de la cultura, basada en el supuesto de la homogeneidad y de la existencia de unos repertorios fijos interiorizados por todos los miembros de una sociedad. Por el contrario se pone en el centro del análisis la estratificación y la conflictividad intracultural. Por consiguiente permite captar el acceso diferencial al poder y a los recursos materiales y simbólicos y este aspecto es una cuestión central en la determinación del control sobre la producción cultural y por tanto en la creación, reproducción y cambio de los sistemas socio-culturales (Maquieira 1998:8).

De este modo se denuncia que conceptualizar la cultura como coherencia de ideas y comportamientos en una sociedad dada tiende a ocultar y reproducir las jerarquías de género y clase al representar la forma hegemónica de cultura como si fuese la cultura creada y compartida por todos/as. Por esta razón, Williams resalta que en el concepto gramsciano de hegemonía se considera que hay un concepto de cultura, en el sentido más fuerte de totalidad, que abarca todos los aspectos de la vida, pero es una cultura que debe ser considerada asimismo como la vívida dominación y subordinación de grupos o clases particulares (1997:132).

Por consiguiente, una hegemonía dada siempre es un proceso. Y excepto desde una perspectiva analítica, no es un sistema o una estructura. Es un complejo efectivo de experiencias, relaciones y actividades que tiene límites y presiones específicas y cambiantes. En la práctica la hegemonía jamás puede ser individual. Sus estructuras internas son sumamente complejas y lo que es sumamente importante es que no se da de modo pasivo como una forma de dominación. Debe ser continuamente renovada, recreada, defendida y a la vez modificada. Asimismo es continuamente resistida, limitada, alterada, desafiada por presiones. Por ello Williams considera que al concepto de hegemonía se le une el de contrahegemonía y de hegemonía alternativa que son elementos constitutivos de la práctica. Dentro de este proceso activo, lo hegemónico debe ser visto como algo más que una simple transmisión de una dominación inmodificable. Por el contrario, todo proceso hegemónico debe estar alerta y ser receptivo hacia las alternativas y la oposición que cuestiona o amenaza su dominación. Del mismo modo que los procesos alternativos, si son significativos, pueden verse aboca-

dos a ser controlados, redefinidos o incluso incorporados por la función hegemónica.

Lo que venimos planteando conecta con otro aspecto importante de nuestra investigación. Un aspecto relevante de nuestro marco teórico reside en el cuestionamiento de la socialización como un proceso decisivo en una etapa temprana de la vida por el cual se incorporan e interiorizan los significados, valores y prácticas de un contexto sociocultural concreto y que esta endoculturación primaria es determinante para la aceptación del orden social. Ciertamente esa visión de la socialización constituye los verdaderos fundamentos de lo hegemónico. Y de hecho, en la práctica, normalmente a través de ese proceso se produce una interiorización y aceptación del orden social y el entramado institucional en el cual los sujetos han de vivir. Por tanto la socialización es un factor clave de la reproducción sociocultural. Por ello, como ha señalado Williams, «la verdadera condición de la hegemonía es la efectiva autoidentificación con las formas hegemónicas» (1997:141) y esto se logra en gran parte a través del proceso de socialización y sus múltiples canales en cada sociedad concreta. Sin embargo y tal como ha señalado Carmen Díez, es evidente que existe una socialización para la continuidad y otra para el cambio (1993:175).

Por el momento, lo que aquí queremos señalar en relación a la emergencia de nuevos valores, significados y prácticas es que las rupturas y configuración de nuevas identidades supone un proceso de desidentificación respecto de las formas heredadas y presentes en las instituciones en y a través de las cuales viven los/las actores sociales. Porque la transmisión-incorporación-adaptación no está exenta de los conflictos y negociaciones de los sujetos de la acción social. Y este proceso supone, a su vez, la elaboración de nuevas imágenes de un mundo deseado de nuevos valores y prácticas institucionales.

Pero la dificultad del estudio de los modelos socioculturales emergentes reside en que estamos definiendo una experiencia social que todavía se encuentra en proceso y que, a menudo, no es reconocida o es negada o invisibilizada de diversas maneras. Se la ignora o no es reconocida como una experiencia relevante desde un punto de vista de la organización social y a lo sumo se la considera una experiencia aislada o individual. Probablemente estamos ante un tipo de fenómeno que Williams denomina «preemergencia activa» (1997:149) dado que esta-

mos hablando de constructos que aún no gozan de un consenso generalizado y que sus prácticas no están normalizadas institucionalmente o aún no han alcanzado un grado de articulación notable, aunque su capacidad de presión e influencia sea significativa.

En un nivel de mayor abstracción, pero que parte de la aplicación de nuestras unidades de análisis, es posible explorar las «tendencias de crisis» en los sistemas u órdenes de género. Connell toma el término tendencias de crisis de la obra de Jurgen Habermas y utiliza la noción para captar los procesos por los cuales se producen la disrupción y/o transformación de un sistema de relaciones de género. La identificación de las tendencias de crisis parte también del análisis del modelo estructural propuesto y puede captarse tanto a un nivel macro como medio y micro estructural porque el sistema de relaciones de género involucra tanto a la economía, al estado, las fuerzas de la globalización como las relaciones establecidas en los hogares y las relaciones interpersonales. De este modo y como forma de ilustrar lo que acabamos de expresar, Connell menciona algunos aspectos de este proceso referido a las sociedades capitalistas centrales. A su juicio la estructura de las relaciones de poder muestra la mayor evidencia visible de las tendencias de crisis, dado que el movimiento global de emancipación de las mujeres cuestiona y colapsa la legitimidad histórica del poder patriarcal. Este proceso se alimenta, por una parte, de una contradicción subyacente entre la desigualdad entre hombres y mujeres y, por otra, de la lógica universalizadora de las estructuras del estado moderno y las relaciones de mercado.

Las contradicciones derivadas de aquel proceso no logran ser resueltas por la sociedad civil. De manera especial, esas tensiones se dejan sentir en la familia pero dicha institución no puede resolverlas por sí misma y por consiguiente se produce una amplia pero incoherente acción del estado a través de las leyes y de las políticas públicas. Leyes que van desde aquellas referidas a la regulación del matrimonio y su disolución, a leyes y políticas públicas dirigidas a la reproducción de la población. La acción del Estado a través de las políticas públicas y las leyes se convierte, a su vez, en un foco importante de luchas políticas y de demandas concretas por parte de grupos y movimientos sociales.

Las masculinidades son reconfiguradas en torno a estas tendencias de crisis a través del conflicto sobre las estrategias de legitimación y,

también, a través de las diferentes respuestas que los varones dan al feminismo como movimiento político y social. En unos casos estas tensiones pueden originar respuestas de reforzamiento o redefinición de modelos de masculinidad como los que hemos mencionado anteriormente, y en otros casos, se pueden producir alianzas y apoyos a las reformas feministas.

También las relaciones de producción han sido un lugar de grandes cambios institucionales. Probablemente el más importante ha sido el crecimiento de la incorporación de las mujeres casadas al mercado laboral en los países ricos de economías capitalistas así como la creciente incorporación del trabajo de las mujeres en la economía mercantil en los países periféricos.

En relación a esta cuestión general, Connell señala que se produce una contradicción básica entre la aportación semejante que hombres y mujeres hacen a la producción y la apropiación 'generizada' de los productos del trabajo social. Considera que el control patriarcal de la riqueza se sostiene por una interrelación de mecanismos heredados, los cuales, sin embargo, insertan a algunas mujeres en el sistema de propiedad como propietarias de los medios de producción. Las turbulencias de un proceso de 'acumulación generizada' crea una serie de tensiones y desigualdades que proporciona a los varones mayores oportunidades y beneficios. No obstante, algunos grupos de varones son excluidos de esos beneficios por el desempleo o la jubilación temprana; otros se sitúan en posiciones de ventajas crecientes debido a una alta cualificación o selección directiva.

Siguiendo con el diagnóstico de las tendencias de crisis en las diversas estructuras de género, Connell considera que las relaciones de *cathexis* han cambiado visiblemente con la estabilización de las sexualidades alternativas dentro del orden heterosexual. Estos cambios han sido acompañados por la amplia reivindicación de las mujeres al placer sexual y al control de sus propios cuerpos, lo cual ha afectado tanto a las prácticas heterosexuales como a las homosexuales. A su juicio, el orden patriarcal prohíbe y estigmatiza las formas de emoción, vinculación y placer que la misma sociedad patriarcal produce. En este sentido se producen múltiples tensiones en torno a la desigualdad de derechos sexuales en el interior del matrimonio, así como en relación a las prohibiciones del afecto y amor homosexual en contradicción perma-

nente con las instituciones homosociales. Del mismo modo, las tensiones surgen de un orden social que se percibe amenazado y simboliza tal desafío en el control de las diversas formas de expresión de las libertades sexuales y emocionales (1996: 84-85).

Características e incidencia de las nuevas socializaciones en la emergencia de los modelos³

La socialización es central en la creación de las identidades genéricas así como la forma en que se transmiten los contenidos en los momentos críticos del ciclo vital. Se aprende a ser mujer u hombre de la misma forma que se aprende a ser niña, adolescente, joven, persona madura y anciana. La existencia generalizada de formas de socialización diferenciadas para las mujeres y los hombres genera y sirve de apoyo a las diferencias que se consideran importantes para unas y otros. Además, edad, clase social e ideología se reflejan de manera significativa en la asunción de los roles que llevan de una forma explícita a la división sexual del trabajo, al ejercicio del no poder y a la expresión desigual de las emociones. Y tal como se ha visto anteriormente hay aprendizajes encaminados a la aceptación de lo hegemónico.

Un enfoque estático de la socialización sería aquel que favorece los aprendizajes de las primeras etapas como si en ellas estuvieran contenidas las actitudes y saberes necesarios para toda la vida. Una visión dinámica y procesual de la socialización analiza las formas en las que ésta sirve de base o no para la elaboración de nuevas estructuras, identidades y relaciones sociales y afecta a hombres y mujeres. A pesar de que el punto de partida es desigual y donde la necesidad sentida proviene principalmente de las mujeres y las resistencias de los hombres, para que los cambios afecten al sistema de género tienen que darse de manera relacional. Así, para aquellas mujeres que aspiran a salir de situaciones inmovilistas, a las que con frecuencia se ven relegadas por la asignación de roles que apenas permiten cambios, los aprendizajes tienen

³ Este apartado se basa en un artículo anterior (del Valle 1992/93). Fruto del trabajo en equipo, se introducen matices a la definición. Asimismo se amplía el concepto a las exigencias de los cambios que experimentan los hombres.

que ayudar a redefinir sus identidades primarias. Cuando ya decidan salir, las socializaciones deben orientarse a la necesidad sentida de nuevas directrices, valores, apoyos que les permitan elaborar positivamente la incertidumbre, el conflicto, la culpa. En el caso de los hombres es evidente el dominio generalizado que tienen de los códigos de la masculinidad hegemónica, pero éstos no les sirven para introducirse en valores y comportamientos que exijan renegociar desde las actitudes hasta el lenguaje, las decisiones, las emociones. Los procesos de aprendizaje para los hombres se nutren de alternativas que en muchos casos estarán más cercanas a propuestas vinculadas socialmente con las mujeres. Es más, hay hombres que en el proceso de nuevos aprendizajes aceptan avances propios del movimiento feminista como orientaciones válidas para ellos en la elaboración del cambio.

La dinámica de las nuevas socializaciones consiste en acceder a conocimientos, hacer análisis críticos, descubrir necesidades sentidas, discutir con apertura, crear complicidades, conseguir apoyos, expresar insatisfacciones, diseñar e identificar modelos, buscar y definir nuevas aspiraciones. Las nuevas socializaciones pueden incidir en el surgimiento de modelos emergentes o características de preemergencia activa a través de procesos complejos encaminados a: superar la naturalización de las diferencias; identificar y superar las responsabilidades que limitan y llevan al no poder de aquellas que potencian; identificar y situar las fuentes del sentimiento de culpa; reconocer y sopesar la conflictividad, sus orígenes y manifestaciones.

La superación de la naturalización no supone la negación de las diferencias biológicas. La aportación de Simone de Beauvoir, «la mujer no nace sino se hace», sigue vigente y no excluye la contemplación de cómo cada cultura interpreta lo biológico, por ejemplo, las diferencias genitales, las anatómicas, el grado de fuerza física, recalcar uno y otro talento y potenciar ambos separadamente. Verena Stolcke (1993) remarca la tendencia a resaltar las diferencias sociales y a legitimarlas al construirlas como si estuvieran enraizadas en diferencias naturales. Es notable, dice, el constatar cómo en la sociedad de clases las diferencias de sexo y de raza aparecen como marcadores predominantes de desigualdad social. Es más, ambas interaccionan para reproducir la opresión de las mujeres en general y las diferencias particulares entre ellas en la sociedad de clases (1993:19).

Los estereotipos de género encierran con frecuencia categorías culturales presentadas como derivados de lo biológico, ya que les confiere un peso mayor que cuando sólo se alude a lo cultural. A través de ellos se normaliza la relación existente entre cualidades de fortaleza, sensibilidad, ternura, energía, que se aplican a determinados roles o tareas y su vinculación con hombres y o mujeres. El estereotipo fija la cualidad o el defecto y cuando presenta un vínculo con lo natural es difícil relativizarlo (del Valle 1989). Detectarlos, descifrar sus significados, desvincularlos de la obligatoriedad de los roles, y mostrar la sutilidad de los vínculos dentro del contexto en el que surgen y la ideología que los sustenta, es propio de las nuevas socializaciones.

Dado que no existe un acuerdo total sobre lo que se presenta como cultura, las personas responderán de manera diferenciada al peso de la naturalización y siempre habrá quienes se escapen total o parcialmente de ello: un campo abierto a la emergencia. Así, es preciso contemplar aquellas situaciones y actuaciones que representen alternativas a las definiciones de lo que se considera asimilación de los valores transmitidos y o cuestionamiento de los mismos. Así mismo, la naturalización cambiará de forma y se conceptualizará de distintas maneras como respuesta a situaciones de cambio, a contextos sociopolíticos, a los altibajos económicos, especialmente del mercado de trabajo. En general, las mujeres van a ser sujetos de ello en mucha mayor medida que los varones ya que la cultura hegemónica favorece el predominio del constructo de lo natural como elemento definidor de la identidad individual de las mujeres. Pero también estará presente en las estrategias propias de la masculinidad hegemónica para excluir a colectivos que se rebelen contra la fijeza de los modelos y la inmovilidad de las identidades.

Muchas veces se ha medido el poder de la mujer en función de las responsabilidades que asume, sin pensar que muchas de ellas no tienen su correlato «en un mayor poder decisorio de la mujer, más bien podemos decir que estas obligaciones limitan el campo de sus actividades y proyectos» (del Valle *et al.* 1985:158). De ahí la importancia de analizar las responsabilidades de mujeres y hombres bajo este prisma que lleva a descubrir que en muchas instancias, las áreas que en general confieren poder decisorio se corresponden con aquellas que se valoran social y culturalmente, mientras que las que la mujer asume mayoritariamente

se sitúan al margen de dicha valoración (*ibid.*: 152). La última prueba de la responsabilidad será someterla al examen de los sistemas de prestigio imperantes y las posibilidades de acceso que tengan unas y otros. Un aspecto clave consistirá en analizar la ubicación de mujeres y hombres en el sistema de representación social y la naturaleza del peso simbólico que se les otorgue.

Los sistemas de género producen diferencias en la interiorización y expresión del sentimiento de culpa. Se mantiene que las mujeres manifiestan una mayor tendencia a expresar sentimientos de culpa que los varones, incluso en aquellos casos en los que ambos mantienen valoraciones semejantes sobre las conductas transgresoras. Aparece ya en la socialización temprana donde es más frecuente constatar que tanto las madres como los padres utilizan con las niñas prácticas inductivas, de afirmación de poder y de «retirada de amor», que correlacionan positivamente con culpa. Por el contrario, madres y padres utilizan más prácticas disciplinarias de razonamiento con los niños que con las niñas y esto, a su vez, incide en un menor sentimiento de culpa. Finalmente, las mujeres se muestran más sensibles a los reclamos de esta clase de disciplinas (Etxeberria 1989: 249-250, 254-255).

Muchas de las áreas donde las mujeres están más expuestas a desarrollar los sentimientos de culpa están asociadas con las vivencias del cuerpo. Abarca todo lo que afecta a la experiencia de la sexualidad que va desde las vivencias de las experimentaciones tempranas, hasta el descubrimiento y desarrollo de las distintas formas de placer. Las decisiones acerca del control de la reproducción, la interrupción del embarazo, implican a la mujer emocionalmente y provocan con frecuencia sentimientos de culpa.

Otras decisiones que favorecen la culpabilidad afectan más a los roles de esposas y madres como son los momentos críticos de resolver una separación o un divorcio, o elaborar positivamente el duelo. Todas ellas serían efectivas como preparación de la mujer para el poder, y estarían más en la línea de prepararla para incidir, ejecutar, afectar y, por lo tanto, para roles sociales autónomos.

En los procesos de cambio es frecuente la conflictividad que puede manifestarse tanto a nivel de estructura como de vivencia, implicando tanto a la persona como a la colectividad. Interesa identificarla para poder situarla ya que el conflicto produce, por su dinamismo, efectos va-

riados. Muchas mujeres encuentran que el conflicto entre responsabilidades propias de su vinculación con la esfera doméstica y su inserción en el mercado de trabajo entran en colisión. En vez de situarlo en la estructura (distribución de tareas, indefinición de tiempos y espacios) lo viven como proceso personal y en muchos casos con sentido de culpabilidad por desatender sus responsabilidades familiares. Los hombres que se posicionan por el cambio pueden establecer relaciones igualitarias si invierten las prioridades que tenían asignadas a sus necesidades de trabajo y de ocio y empiezan a contemplar las que presentan las mujeres de su entorno afectivo cercano.

El lugar de la intencionalidad y la necesidad sentida

El campo más apropiado para las nuevas socializaciones está, principalmente, fuera del ámbito donde se ha conceptualizado y ubicado tradicionalmente a la mujer, como es la familia y el grupo doméstico, y al hombre con el lugar del empleo, el ocio y de la acción política, aunque las nuevas socializaciones afecten a todos esos campos. Pueden darse junto a la educación formal pero son de índole distinta. Un aspecto importante es el de la intencionalidad y tanto hombres como mujeres están capacitados para crear situaciones encaminadas al cambio como resultado de caer en la cuenta de la desigualdad en el sistema de género. Es evidente que la intencionalidad tanto a nivel individual como grupal actúa en muchos casos como punto de partida generativo, y como refuerzo positivo frente a las dificultades del cambio. Pone el énfasis en la fuerza que genera el actor/actora al proceder desde la estructura (Geertz 1987/89).

No es lo mismo ser consciente de desear un cambio, de embarcarse conscientemente en un proceso, que reconocer los resultados. La intencionalidad en las nuevas socializaciones que parten de la consciencia de la desigualdad es una fuerza motriz. Sin embargo, es compatible con la existencia de procesos que en principio no están definidos ni como feministas ni encaminados a cuestionar los sistemas y relaciones de género, y que llevan a resultados liberadores. En apoyo de ello, Mari Luz Esteban (2000) habla de la profesión de modelo que en las mujeres se

ha visto relacionada con la objetualización del cuerpo de la mujer y cómo, en su opinión, proporciona a ciertas mujeres oportunidades que las conducen a grados de autonomía, a la elaboración positiva de su individuación. Propone que la misma profesión incorpora aprendizajes que resultan ser emancipatorios. También puede haber procesos que encierren distintos grados de intencionalidad y descubrimiento del cambio a posteriori. De ahí que haya que fijarse en los resultados de ciertos procesos que puedan resultar emancipatorios. Esto requiere una mirada atenta para poder descubrir a través de valores, actitudes, acciones y expresiones escondidas de cambio que las personas protagonistas no han formulado como tales. También pueden aparecer en el análisis de los datos sin que hayan estado presentes en la experiencia de las personas que los hayan aportado. También es preciso considerar que en las nuevas socializaciones no siempre hay una intencionalidad o un resultado emancipatorio que se exprese en positivo. Hay veces que tanto hombres como mujeres descubren aquello «que no quieren ser» o renuncian a actuar de determinadas maneras.

Una socialización amplia y dinámica contempla la relación con el contexto social e histórico en el que encajan las distintas generaciones así como los grados de apertura a la problemática social y política que muestran estas generaciones. Así, la necesidad de nuevas socializaciones afecta de manera distinta en el momento actual a las mujeres en edades comprendidas entre los 30 y 55 años que corresponderían a la «generación del franquismo» y aquellas que nacieron después y entran en la denominada «nueva generación» (Díez 1993:175-176, y Pérez Agote 1987:147-148). Por ello tanto las necesidades como la respuesta a ellas tiene que ser diferente.

Un punto de reflexión significativa para medir la fuerza de las nuevas socializaciones y descubrir sus características está en los casos de empoderamiento. En ellos se pueden apreciar las distintas posibilidades que se han resaltado en este capítulo: intencionalidad en el punto de partida; grados de autoconsciencia en el proceso; descubrimiento del proceso a posteriori, por parte de las personas que lo protagonizan; emergencia de la autoconsciencia; identificación del proceso por parte de la persona que investiga.

En general, las mujeres tienen una mayor continuidad en el cambio mientras que los hombres muestran mayor resistencia lo cual está rela-

cionado con la desigualdad en los puntos de partida: avances hacia la igualdad de las mujeres representan para los hombres rebajas en el poder. Muchas resistencias masculinas están relacionadas con la percepción del poder «como bien limitado». Así, el cambio en los hombres se produce más como reacción a las presiones que ejercen mujeres concretas a través de las relaciones afectivas, laborales, de amistad, de militancia, de ocio, que mediante un proceso de militancia directa o de asociacionismo, como sucede en la mayoría de las mujeres. En algunos casos, emana del reconocimiento que en ciertos sectores progresistas tiene el movimiento feminista y sus logros. De todas maneras esta influencia personal o del medio no invalida que los cambios de los hombres sean costosos por ir contra corriente y ser minoritarios, tengan un precio personal y experimenten la merma del prestigio que sus posicionamientos igualitarios tienen cuando se aplican los juicios de valor propios de la masculinidad hegemónica. De ahí la importancia de descubrir los apoyos que ayuden en estos procesos liberadores pero aún minoritarios.

Las nuevas socializaciones abarcan procesos interactivos a nivel individual y o grupal de manera que una persona puede experimentarlas y a su vez encontrar fuerza en un grupo que se halle inmerso en el cambio. También puede tener al grupo como punto de partida y expandir su acción. Introducir la dimensión temporal en el análisis permite ver grados de intensidad, por ejemplo en la vida de la persona, del grupo. Ello facilita a su vez la contextualización de la intensidad en el marco histórico, político, económico así como en las ideologías en boga en dicha temporalidad.

Dado que van a ir en la mayor parte de los casos en contra de los mandatos culturales, es importante contar con el grupo que genera, instiga y apoya. En este sentido el asociacionismo que Virginia Maquieira sitúa dentro del movimiento amplio de mujeres, proporciona una estructura de red que amplifica los efectos y permite la circulación de personas y recursos así como el ejercicio del poder (1995: 323). El movimiento feminista, bien como referencia inspiradora de cambios o como resonancia para identificar desigualdades, es otro apoyo consistente. La implicación más o menos directa en asambleas, acciones que promueve, campañas de concientización, rituales de reafirmación e identidad (como la manifestación del 8 de marzo), participación en jornadas,

conferencias, son efectivas bien como pautas socializadoras o como apoyos a cambios latentes.

Hay dificultades serias para propiciar y consolidar cambios que se están dando y que requieren nuevas apoyaturas ya que anclajes anteriores en valores y estilos de vida tradicionales, en el caso de las mujeres, y la masculinidad hegemónica, en el de los hombres, no sustentan el desarrollo de características innovadoras. Un campo claro para las mujeres sería todo aquello que rompa con la separación entre producción-reproducción, y para los hombres el pasar el umbral de campos devaluados desde la masculinidad hegemónica: la sexualidad como comunicación más que como reafirmación sexista y las manifestaciones externas de emociones que se interpretan como vulnerabilidad. Estos procesos propician la desorientación por el cuestionamiento que suponen a identidades de mujeres y de hombres que se resienten de la fijeza que tenían asignada. Es, por lo tanto, imperativo elaborar nuevos anclajes.

Descripción de la metodología

El proceso seguido para detectar los modelos emergentes y su articulación con las nuevas socializaciones se inicia con la elaboración de las unidades de análisis, las cuales se erigieron en las herramientas conceptuales claves que permitieron vincular la teoría con la recogida de datos. Tienen como referencia las tres categorías centrales correspondientes a las áreas de la estructura, como son trabajo, poder y emociones, y las dos categorías transversales: las representaciones de género y la organización del prestigio.

Las dimensiones etnográficas en torno a las que se constituyen estas unidades de análisis son las siguientes:

- Procesos de inserción de las mujeres en el empleo; cambios en la división sexual del trabajo y su reorganización favoreciendo la aparición de un concepto igualitario de «tiempo propio».
- Relación entre clases de decisiones y nivel subsidiario de prestigio y/o poder, así como presencia de formas de protagonismo, de liderazgo, que sean intercambiables en los grupos domésticos, movimientos asociativos, medios de comunicación, rituales, etc.

- Presencia de emociones asociadas a actividades vedadas anteriormente, capacidad para controlar o dar rienda suelta a la distancia emocional en la interacción; formas de elaboración del sentimiento de culpa y autovaloración.

Para la selección de la muestra de las personas para entrevistar se tuvieron en cuenta las variables de clase social (alta y baja), edad (jóvenes, adultos y mayores), sexo (hombre, mujer) e ideología (izquierda, derecha).

Respecto a la clase social, además del nivel socioeconómico y/o capacidad adquisitiva, se tuvo en consideración la posición de los individuos en las relaciones de dominio y explotación que definen una sociedad jerárquica. Se señalaron dos clases: alta y baja, conscientes de la dificultad de establecer los límites y de los problemas que su delimitación puede originar a la hora de definir y elegir a las personas para entrevistar. Como consecuencia de la definición del género como un sistema relacional, la variable «sexo» incluye a hombres y mujeres. La edad se divide en tres tramos que abarca, genéricamente a jóvenes, adultos y mayores. Los primeros, hasta los treinta años; los segundos, hasta los sesenta y cinco, y de más de esa edad, los terceros. Los jóvenes presentan la característica de no estar integrados de una forma regular y estable en la vida laboral, y por supuesto tener poca experiencia en ese campo; los adultos se encuentran en una fase de vida productiva y activa; siendo los del otro tramo de edad más alto, gente que ha abandonado, aunque no todos en su totalidad, la vida laboral activa. Los particulares momentos históricos y contextos sociales en que han vivido unos y otros y que han labrado sus diferentes memorias, también se tuvieron en cuenta al marcar esos límites y hacer las divisiones. La definición y concreción de quién es de derechas y quién de izquierdas, como forma de concretar la ideología, fue una ardua tarea. Se llegó a un acuerdo operativo entendiendo por ideología un repertorio de significados que es utilizado para ocultar las contradicciones sociales y legitimar la dominación y/o constituir los sujetos colectivos y movilizarlos para el ejercicio del poder o para su transformación.

El peso de las entrevistas

La complejidad de las unidades de análisis, de las categorías que las constituyen, y la dificultad de acceder a su conocimiento por otras técnicas, fue lo que influyó en que la entrevista fuera la técnica básica, que

no única, utilizada en la recogida de datos. A la hora de elaborar el guión para las entrevistas se tuvieron en cuenta varios criterios. Uno fue la atención a la variedad de contextos sociales y al hecho de que las personas a entrevistar eran muy diversas. De ahí que la redacción de las preguntas presente una estructura abierta que posibilita introducir las necesarias adecuaciones. Un segundo criterio fue la utilización de la lengua en que la persona entrevistada se expresara mejor y/o se encontrara más cómoda en el intercambio comunicativo. Así, se tradujo el guión al euskara para utilizarlo en las entrevistas en que las personas optaran por esa lengua. El tercero fue la adecuación del guión atendiendo tanto a las variables individuales, entrevistas personales, como grupales, para llevar a cabo lo que, habiendo denominado entrevistas de grupo, acabaron convirtiéndose más bien en grupos de discusión. Para adaptarlo a los grupos se presentó el guión a través de preguntas que abarcaban los distintos apartados; por ejemplo, el apartado «cambios», se había dividido en tres preguntas en el guión de la entrevista individual.

Con objeto de ver la adecuación del guión a la realidad etnográfica se realizaron dos entrevistas piloto en las que se vio que el guión era adecuado. Sin embargo, con posterioridad a la vista de los informes técnicos elaborados sobre todas las entrevistas realizadas, se introdujeron algunos matices. Atendiendo a la lengua utilizada, tres se han hecho en euskara y las demás en castellano. El lugar de realización de las entrevistas ha sido de lo más variado ya que se primaba el ofrecer las mayores facilidades a las personas entrevistadas. El tiempo de las mismas ha oscilado entre la hora y media y las tres horas, situándose la mayoría alrededor de dos horas. El nivel de abstracción que presentaban algunas preguntas obligaba a reformularlas en algunos casos para hacerlas más inteligibles y en otros, para dinamizar la entrevista, partir de casos concretos que habían aparecido a lo largo de la sesión.

Los grupos de discusión fueron cuatro: adultos, trabajadores en un mismo sector productivo; mujeres mayores que constituyen una cuadrilla de amigas; grupo de jóvenes universitarios, y grupo de jóvenes alternativos de distinta procedencia social. El papel de los miembros del equipo fue más de moderar el debate, y orientarlo en ocasiones, que el de dinamizarlo, pues en todos los grupos había alguien que lo hacía.

Otras técnicas de recogida de datos utilizadas en el estudio con objeto de complementar los datos obtenidos de las entrevistas y las discusiones de grupo fueron la observación participante y el análisis textual. La observación participante se utilizó de manera esporádica y relacionada con unidades de análisis concretas, como las referidas a «tiempo propio», «intercambiabilidad genérica de los puestos de trabajo», «ocupación de espacio público», entre otras. La lectura crítica de reseñas y artículos de la prensa diaria ha sido básica, en primer lugar, para conocer el contexto, la intensidad del cambio y su valoración y papel en los diferentes discursos y prácticas sociopolíticas. En segundo lugar, para poder situar las construcciones ideológicas que acompañan a distintas actuaciones y conductas rompedoras que están en la base de los modelos emergentes y las nuevas socializaciones.

Se han utilizado también datos cuantitativos, diferentes gráficas o escalas, aparecidas en la prensa o literatura especializada, para plantear hipótesis acerca de la extensión y profundidad de los distintos fenómenos a estudiar, y para mostrar el contexto y el momento histórico

Una parte del análisis que lleva a la interrelación y al contraste proviene del debate y diversidad de opiniones entre los miembros del grupo, debate provocado y activado por las investigadoras, según intereses y necesidades de la investigación.

Pasos del análisis y su elaboración

La importancia concedida a las entrevistas en este estudio lleva a considerarlas el punto de partida que permite ir pasando del texto etnográfico a niveles de mayor abstracción. En el análisis de las entrevistas se dieron los pasos siguientes:

- Lectura atenta y detallada de la entrevista teniendo en cuenta los contenidos de las unidades de análisis, anotando las categorías que emergen del texto, así como los enunciados que los contienen, para su posible utilización como citas textuales en la redacción final.
- Identificación de las tres áreas de la estructura y distinción entre lo que serían temas dominantes y subsidiarios. Las categorías que se utilizan son aquellas que se muestran relacionadas con las unidades de análisis.

- Tomar cada uno de los apartados identificados con trabajo, poder y emociones como tema dominante. Ir señalando la existencia de subtemas y decidir sobre la necesidad o no de explicitar alguno de estos apartados.
- Señalar las nuevas socializaciones, en particular en aquellos apartados que previamente habíamos señalado como más significativos. De estos mismos contenidos, hemos inferido con quién estamos hablando, en qué medida lo que nos dice es de su propia elaboración y en qué medida es repetición estereotipada de viejos clichés.
- Elaboración de los informes de contenido, en los que se recogen los resultados de las cuatro tareas definidas en los pasos anteriores y que son puestos a disposición de todos los miembros del equipo para su lectura y crítica.
- Puesta en común en el equipo en dos grupos de cuatro personas, y discusión sobre el resultado de la categorización.

Para la redacción final, todos los componentes del equipo leyeron todos los informes, resultado de la categorización de las entrevistas, algunos leyeron también todas las entrevistas (se entendió esta labor como opcional), y más en particular, aquellas partes de las entrevistas relacionadas con las áreas de la estructura, implicadas directamente con la elaboración de resultados encomendada a cada cual. Todo el equipo leyó el manuscrito final y planteó sugerencias y modificaciones concretas que se llevaron a cabo después.

Para su publicación, la investigadora principal y otros dos miembros del equipo, adecuaron el manuscrito a las sugerencias y requisitos editoriales.

— 2. El *continuum* del poder —

Para captar el papel que juega la estructura de poder en el proceso de construcción social de los modelos de género, se parte de una doble premisa: considerar a los individuos como actores sociales con estrategias y objetivos propios, dotados de cierta posibilidad de autonomía y de controlar algunos resortes sociales, y considerar la estructura de poder como un amplio *continuum* donde cabe situar diferencialmente las nociones analíticas de autonomía, poder y no poder. El problema estriba en captar los límites y gradaciones entre unas y otras y los ámbitos en los que operan. Exploraremos primero el dominio del poder, viendo qué se obtiene cuando se trata como un *continuum* donde existen ciertos puntos de inflexión bastante bien delimitados. Después, analizaremos las percepciones del poder, en sus variaciones y en sus cambios.

Autonomía se emplea aquí para significar la facultad de las personas para gobernar sus propias acciones. Es siempre una cuestión de grados. Nadie es enteramente autónomo o completamente dependiente. Pero hay un punto de inflexión que parece incidir de forma diferencial en la autonomía de hombres y mujeres. Se trata de la posibilidad de disponer de un «tiempo propio» y/o de un «espacio propio». Si por tiempo propio entendemos aquel en el que no se trabaja, la disponibilidad de tiempo propio no es la misma en ambos. A los hombres el tiempo propio les viene dado; si por cualquier circunstancia se acorta el tiempo de trabajo, pueden disponer de ese tiempo para redefinirlo. En contraste, el tiempo de la mujer está mediatizado por las necesidades y demandas de cuidado que se efectúan en su entorno inmediato; sólo cuando tales

demandas desaparecen puede haber una redefinición del tiempo propio. En nuestras sociedades, la tendencia es que las mujeres dispongan de un tiempo propio en la medida en que se liberan de las cargas familiares, una liberación que puede provenir de su empeño activo y/o de las permisividades estructurales surgidas de la posición socioeconómica (clase social) o del transcurso vital (la edad).

Se opta por primar un análisis de tipo longitudinal, en el que la edad se convierte en una variable clave. Siguiendo a L. J. Garrido (1993), damos por supuesto que la trayectoria biográfica colectiva de hombres y mujeres españoles ha estado determinada por la evolución general de la sociedad, en la que es necesario distinguir dos momentos importantes: el hito de la guerra civil y la convulsión social (demográfica, educacional, económica y política) del último cuarto de siglo. La confluencia histórica de tales cambios produce sensibles diferencias entre las generaciones, que se plasman tanto en la organización de las posiciones de los individuos como en sus vivencias particulares. Por lo demás, en cada una de las tres generaciones retenidas (mayores, gente de mediana edad y jóvenes) trataremos sucesivamente y con distinta amplitud dos aspectos estrechamente relacionados.

Autonomía y poder entre la gente mayor: límites y permisividades estructurales

Por encima de las diferencias que separan sus actitudes y trayectorias biográficas, las personas mayores entrevistadas coinciden en señalar que tanto las tareas domésticas como las de cuidado han sido y son responsabilidad exclusiva de las mujeres. Esta base común, genéricamente sesgada, marca de forma indeleble el espacio social en el que se han movido y se mueven los hombres y las mujeres de esta generación. A su arbitrio se abren o sellan los límites de la libertad personal y se favorece o niega el disfrute de cotas más o menos elevadas de autonomía y/o poder. Obviamente, en ello inciden de forma diferencial los contextos histórico y personal y los factores de ideología y clase.

El peso de las obligaciones domésticas se revela como responsable último del tipo de autonomía que ha caracterizado buena parte de la vida de las mujeres mayores. Aunque en ocasiones se destaca el hecho

de ser la única responsable de la administración de la casa, el inseparable binomio formado por las tareas del hogar y el papel de ayudante, nutriente y compañera tiende a convertir en un bonsái el árbol del tiempo propio. Situadas en el presente, algunas mujeres⁴ viven este hecho con un sentimiento de carencia y frustración. Primero se ocuparon de los abuelos que estaban en la casa paterna, luego del esposo y los hijos, más tarde de sus padres y suegros ancianos, finalmente de los nietos. La dificultad de sustraerse a las demandas de cuidado de estos últimos les lleva a convertirse en «asistentas», calificativo empleado por una informante para designar irónicamente al trabajo gratuito que realizan muchas abuelas respecto a sus nietos. Esta ausencia de libertad, ese sentimiento de depender de los demás hace que este grupo de viejas amigas exclamen a coro: «¡Hemos sido esclavas de la familia!».

Otras, con un horizonte vital presidido por la carencia, se limitan a constatar simplemente la dureza de su vida:

«A mí jamás (le ha ayudado el marido en la casa). Ellos, con comer y beber, la ropa limpia... Muy bueno, pero que no (de ayudar, nada). Yo he ido a trabajar y después de venir de trabajar he tenido que hacer todas las cosas de mi casa».

En su relato no hay ningún deje de frustración o acritud. Como ella misma recalca, sencillamente eran otros tiempos.

Sólo con la llegada de la vejez, parcialmente liberadas de las cargas familiares, el espacio social de estas mujeres muestra una tendencia a ampliarse. En ese momento comienza a serles posible cierto disfrute de «las posibilidades que se derivan del uso del tiempo y del espacio en primera persona» (Murillo 1996:2). La participación en grupos informales y formales y la vivencia reflexiva de los cambios producidos en el contexto social son factores que favorecen la construcción de unos tiempos y unos espacios propios. Además del talante personal, serán la clase social y el menor peso de las tareas domésticas las que contribuyan de forma decisiva a conformar la densidad y amplitud de dichos espacios y tiempos. En contraste, cuando la situación económica no es tan acuciante, las mujeres han podido dar un paso más: bajo el cobijo

⁴ Grupo de mujeres mayores.

de una asociación voluntaria o de un grupo amical han aprendido a valorarse y cultivar un tiempo propio, dentro y fuera del hogar.

El poco tiempo propio que se concede Beatriz⁵ se reduce a frecuentar una tarde por semana el Centro de Promoción Comunitaria de su barrio. Va sin su marido, demasiado delicado de salud para poder desplazarse. La responsabilidad que siente hacia él, el sentimiento de no dejarlo solo en casa, le impiden participar en ciertas actividades que suponen salir fuera durante más de una jornada.

Allí se involucra en actividades diversas y aprende a autoestimarse, a ser «un poco más yo». Ahora, el cuidado de su madre, enferma de Alzheimer, le impide participar asiduamente en la vida asociativa, pero mantiene la asistencia mensual a una charla sobre literatura. Se impone la obligación de dedicar un tiempo a la lectura y cree que ha aprendido bastante; de esas charlas destaca que si tiene que hablar habla, explica la lectura, que ya «no tiene timidez para eso». Contrasta su actual visión de la lectura con la de hace unos años. Antes la consideraba una pérdida de tiempo, pues así se lo habían inculcado. Tiene claro que ahora se está sacrificando por su madre, pero su intención, en cuanto pueda, es implicarse en más actividades extradomésticas.

«No me quiero quedar en casa anquilosada... Yo creo que se está muy bien en otros sitios, donde haces actividades y te preparas (te arreglas) para salir de casa».

El caso del grupo de amigas⁶ ya mencionado es algo distinto. Son conscientes de los cambios en sus vidas: no sólo tienen menos obligaciones domésticas, sino que ahora hacen cosas que antes no podían y, sobre todo, no se atrevían a hacer. Han ganado libertad y autonomía:

«Yo pienso que hemos cambiado... porque, por ejemplo, a los poquitos años de casada, yo no me atrevía a irme... a una cafetería, o hoy nos hemos ido a comer las mujeres solas».

Eso, en épocas anteriores, «parecía imposible». Ahora, en cambio, se van a las cafeterías, pintan o estudian inglés; cualquier iniciativa parece

⁵ Beatriz, mujer, mayor, clase baja, izquierda.

⁶ Grupo de mujeres mayores.

estar a su alcance. Por eso se sienten más dueñas que nunca de sus vidas. En definitiva, como enfatizan con rotundidad varias de ellas: «Sí, sí, llevas las riendas de tu vida», «te buscas tus *hobbies*, tus obligaciones, o los intereses, o los gustos», «me siento más realizada, pues ahora hago cosas que me gustan, que antes no las hacía».

Pero no sólo hacen lo que les apetece y se sienten realizadas por ello, sino que también saben con seguridad lo que no quieren hacer. Ya no les interesa ocuparse tanto de la casa. En vez de tanto limpiar o hacer labores prefieren emprender otras actividades menos rutinarias, más creativas y propias, de las que significativamente señalan que no son para el disfrute de los demás, sino para su propio goce.

«A mí me gustaría hacer muchas más cosas aún de las que hago, pero no me refiero a cosas como hacía antes... Estar siempre haciendo suéteres para los demás no me apetece. Pero tengo ilusión. Acabo un cuadro y me ilusiono en hacer otro, o estudiar inglés. Iba dos días a inglés. Ahora voy cuatro. Me hace ilusión».

La rotunda frase de una de estas amigas resume plenamente su sentir actual:

«Entonces, como podemos, tenemos más libertad, porque el mundo nos ha dado libertad, porque pensamos, “vosotros tenéis libertad, nosotras también” y los maridos también... hacemos otra vida».

No se sienten ajenas a la profunda transformación de la situación de la mujer acaecida en las últimas décadas. Más bien se incorporan con júbilo a las ventajas que los cambios y la edad les otorgan, viviendo con plenitud la libertad que supone el paulatino debilitamiento de las obligaciones domésticas.

Dos mujeres entrevistadas, Raquel y Marga, parecen escapar de este modelo predominante de autonomía que llega con la vejez. Ambas comparten una posición socioeconómica desahogada y un nivel de estudios elevado, poco frecuente en su época. Pudieron esquivar parcialmente las demandas ajenas para beneficiarse de un tiempo propio. Pero lo que en una es compromiso activo para la construcción y defensa de la independencia personal, en la otra es acomodación pasiva a los beneficios que otorga una elevada condición social.

Revalidar su «mismidad» parece haber sido el *leitmotiv* de la primera, Raquel, viuda y madre de siete hijos/as. Se enfrentó a las constricciones propias de su época y a la dulce dependencia de su condición burguesa mediante una doble estrategia: trabajar fuera del hogar y buscar dentro de él unos tiempos y espacios propios. En efecto, para esta mujer que se define como «una niña de la guerra» —del bando de los perdedores—, el trabajo extradoméstico se erigió en un medio fundamental para la independencia personal. Antes de casarse le permitió labrarse una independencia económica; después devino una forma de autorrealización y de aportación social. Pudo tomar decisiones a este respecto y se sabe privilegiada por ello.

Su segunda estrategia consistió en procurar disponer de un espacio y un tiempo propios. Desde siempre tuvo en casa un lugar donde realizar sus trabajos personales y dedicarse a la lectura. Paralelamente, su situación económica le permitió organizar «su» tiempo buscando apoyos para atender las responsabilidades domésticas. Lo ocupa con la lectura, asistiendo a conferencias, tertulias y debates, cultivando las relaciones sociales tanto en clave singular como en clave de pareja. De las primeras destaca su incorporación al mundo del feminismo a partir de los años 70 y su gran amistad con un hombre, casado como ella; de las segundas, la construcción con su pareja de un tiempo de ocio separado de los hijos. Sin embargo, su dedicación al hogar es similar a la de otras mujeres mayores. En su experiencia ha sentido la responsabilidad de organizar la casa y atender al cuidado de los hijos/as, simultaneándola con su trabajo fuera de casa, mientras que su marido no sentía ninguna necesidad de hacerlo.

Actualmente Raquel vive sola, una experiencia que no duda en calificar de «formidable». Esta vivencia gozosa de gestionar con total autonomía todo su tiempo es el resultado de un largo proceso de autoafirmación y de independencia, en el que han jugado un papel importante sus experiencias vitales. Pero, a nuestro entender, es la combinación de su ideología de izquierdas y su temprana participación en el movimiento feminista lo que le ha permitido esta sólida apertura de su espacio social.

La ausencia de tales factores en la trayectoria de Marga, la segunda informante⁷, contribuye a precipitar un tipo de autonomía tan fuertemente

⁷ Marga, mujer, mayor, clase alta, derecha.

marcado por la clase social que parece constituir un modelo casi químicamente puro. En la rememoración de la experiencia vital de esta viuda de industrial, ama de casa y madre de cuatro hijos/as, no parece haber lugar para el sentimiento de falta de libertad. Es la vida típica de una burguesa de antaño, el hogar es su ocupación exclusiva y el marido no colabora «en nada». Evidentemente, no es del reparto de tareas domésticas de donde esta mujer saca el tiempo propio, sino de la ayuda del servicio doméstico. El tiempo libre no es aquí una conquista, sino que le viene dado por la posición social. Otra cosa distinta es el uso que de él se hace. En este caso dicho tiempo va ligado a ocupaciones no domésticas e implica casi siempre salir fuera de casa: a merendar o de compras con las amigas, asistir a la temporada de teatro y a los variados espectáculos que llegan a la ciudad.

De lo dicho hasta ahora se desprende claramente que, en la generación de las mujeres mayores, el poder para iniciar proyectos significativos se ha limitado al ámbito doméstico. Para Antonia tiene que ver con el bienestar y los logros de otros, en especial de los hijos e hijas, pero también con la compra de la casa o con pequeños desafíos como el de reformar la cocina y gastarse un millón de pesetas⁸. La domesticidad es, sin embargo, una actitud que va más allá de las cargas familiares y el estado civil. Como señala Soledad Murillo (1996), se sustenta por un aprendizaje de género y va encaminada al mantenimiento y cuidado del otro. Sólo el transcurso del tiempo permite que algunas de estas mujeres se perciban más autorreflexivamente y se embarquen en ciertos proyectos en los que el eje principal ya no es el cuidado de los demás. Los proyectos significativos se confunden entonces con las actividades que se realizan durante el tiempo propio. Las tareas hogareñas pueden llegar a aplazarse o reducirse sin remordimiento o culpa. Sin embargo, la domesticidad, como actitud básica, permanece invariable, continúa atenta para cubrir las necesidades afectivas y materiales de los próximos.

Sólo en un caso de los tratados hemos podido observar que el poder para iniciar proyectos significativos se adentra en otros ámbitos poco transitados por las mujeres de esta generación, aunque se circunscriben siempre al entorno inmediato. Se trata de Raquel⁹ que, al reflexionar sobre este asunto y sobre lo que percibe como logros propios,

⁸ Antonia, mujer, mayor, clase baja, derecha.

⁹ Raquel, mujer, mayor, clase alta, izquierda.

destaca tres aspectos diferenciados. El primero tiene que ver con su rol de educadora de los hijos/as: es consciente de su influencia sobre éstos y se felicita por haberles transmitido lo que ha sido para ella un empeño y un reto. El segundo tiene relación con su trabajo como maestra en una escuela agrícola: reconoce que conectó bien con la realidad de sus alumnos y que lo que les inculcó pudo ser importante para crear una mentalidad de cambio respecto a la situación sanitaria del medio rural. Finalmente, el último proyecto del que se siente satisfecha es haber emprendido, ya de mayor, estudios universitarios.

El tipo de autonomía que las mujeres alcanzan a duras penas con el paso de los años y/o con su empeño, a los hombres les viene dado como atributo de género: en mayor o menor grado, todos disponen de un tiempo propio, privilegio que la sociedad les ha otorgado y cuyo disfrute no se percibe lesivo para nadie. Como indica Murillo (1996), la privacidad es un dominio particular que no comparte terreno con la obligación o la necesidad. Esto es algo que tienen muy claro los hombres mayores entrevistados, sobre todo cuando distinguen de forma casi unánime entre «su» tiempo y el tiempo familiar. Debido al gran peso que tiene el trabajo como elemento social definidor del hombre, la jubilación se vive como una etapa de reajuste, en ocasiones traumática, en la que se esfuerzan por mantener intereses y ser activos socialmente. Amplían el tiempo propio para su beneficio personal, dedicándolo principalmente al ocio, a cultivar la amistad (en general con varones) y a diversas actividades culturales y/o políticas. En contraste, el tiempo familiar lo viven casi en tercera persona, porque en la casa —afirman— quien manda es la mujer, que se ocupa de todo. Ellos se inmiscuyen poco en los asuntos domésticos y se quedan «un poco aparte». A veces, intentan suavizar esta figura de esposo y padre distante, enfatizando que no han limitado nunca la libertad de la mujer y las hijas para que hicieran lo que quisieran. En otras ocasiones, como lo hace Esteban, hablan con cierta amargura del talante autoritario que se les atribuyó en épocas pasadas¹⁰. Todavía hay quien recuerda casi como una hazaña haberse responsabilizado de algunas pequeñas tareas como, según Bruno, acompañar a los hijos e hijas al autobús escolar¹¹.

¹⁰ Esteban, hombre, mayor, clase alta, derecha.

¹¹ Bruno, hombre, mayor, clase alta, derecha.

Es la ausencia de domesticidad la que permite disfrutar a estos hombres de un espacio social más vasto que el de sus coetáneas. De mayores continúan disponiendo de la autonomía suficiente para producir un tiempo propio y a lo largo de su vida tuvieron el poder suficiente para emprender proyectos significativos. Entre éstos otorgan gran primacía a los de tipo profesional, cuyos pormenores relatan con bastante minuciosidad; tal es el caso de Esteban, Enrique¹² y Bruno de clase media-alta o alta y con estudios universitarios que desempeñaron puestos de responsabilidad. Igualmente, tuvieron y tienen capacidad para iniciar otros proyectos de carácter más personal; las variaciones al respecto son enormes y van desde estudiar una carrera universitaria a los 70 años hasta dedicarse de lleno a una asociación cultural.

A nuestro entender, es esa superposición de tiempo propio y responsabilidad exenta de domesticidad la que otorga capacidad de poder a los hombres. La pertenencia a una clase social elevada, unida a una alta cualificación profesional, hace factible detentar unas cotas elevadas de influencia y autoridad. De hecho, cada uno de ellos ha ejercido poder en una parcela concreta del dominio público, ya sea en la política formal, en la empresa privada o en la universidad. Pero veamos más de cerca dos de estos casos.

Bruno es un profesional jubilado que ha ocupado cargos públicos al más alto nivel como representante de un partido político. Reconoce el peso en su vida de su pedigrí familiar, que le facilitó hacer carrera política y universitaria. En ambos contextos aplica la misma estrategia: aprovechar bien todas las oportunidades y usar sus redes sociales como trampolín en las situaciones de cambio. Su liderazgo se basa en su ascendencia social y en su posición de clase. En contraste, Esteban se apoya sobre todo en su trabajo incesante y en su fuerte autoexigencia que, al proyectarla en los demás, revierte luego en él mismo en forma de autoridad. El modo con que ambos experimentan su protagonismo social de antaño es también muy diferente: el primero se resiente del vacío dejado por las antiguas responsabilidades políticas, de las que está orgulloso y satisfecho; en contraposición, el segundo no parece añorar sus tiempos de liderazgo, sino que, situado en un presente en continuo reciclaje, lo rememora de modo reflexivo y crítico.

¹² Enrique, mayor, alta, izquierda.

Aunque con un tono menor, dichos elementos (respeto, autoridad e influencia) también se hallan presentes en la biografía social de las mujeres mayores. Pero su contenido y su alcance son en esencia distintos de los de sus coetáneos varones, pocas escapan a los imperativos de la época que les tocó vivir, marcada por la guerra civil y por el franquismo, cuya impronta en las personas mayores no deja lugar a dudas.

Percepciones del poder de nuestros mayores: entre el continuismo y la contradicción

Situados en un presente de grandes cambios, los discursos de las/os entrevistados evidencian una visión del poder variada y contradictoria. En ella se plasma la dispar influencia de los modelos tradicionales de género y de los nuevos papeles sociales que las mujeres comienzan a desempeñar, sus experiencias personales y los factores de ideología y clase.

En las mujeres, la percepción y actitud ante el poder pasa necesariamente por el tamiz de las transformaciones del último cuarto de siglo. En general, su actitud oscila entre dos polos: unas adoptan una postura de observación distante; con talante impasible o llenas de admiración, contemplan desde lejos los cambios acaecidos en la situación de las mujeres. Otras, por el contrario, se sienten copartícipes de los cambios, involucrándose en ellos en la medida de sus posibilidades; se adentran esperanzadas en la esfera pública, modifican sus hábitos domésticos, contribuyen directamente a ampliar el espacio social de sus hijas y nueras. Pero cuando reivindican su lugar en el mundo, el modelo de género en el que fueron socializadas deja sentir su peso. Todas consideran un logro que las mujeres trabajen fuera de casa; pero, cuando este «salir fuera» colisiona con su visión del rol de madre, algunas se retraen e inquietan. Por eso ven con malos ojos que las mujeres jóvenes aparquen a sus bebés en una guardería o en casa de las abuelas para volver al trabajo¹³. Tal vivencia, sentida como dejación y abandono de responsabilidades intrínsecas, marca uno de los límites en los cambios acaecidos en sus representaciones de género.

¹³ Grupo de mujeres mayores.

Lo que sí se altera a veces de forma significativa es su manera de interpretar la relación entre mujeres y hombres. En efecto, la mirada reflexiva sobre su entorno inmediato —sobre todo cuando valoran las experiencias de sus hijas— lleva a las mujeres mayores a revisar sus anteriores creencias y a reconsiderar la posición de la mujer respecto al hombre. Su puesto ya no se halla ligado asimétricamente al de su pareja, por el contrario, consideran acertado que las mujeres ocupen su lugar en el mundo y que brillen en él con luz propia. En tal cambio juegan un papel importante, según Antonia, las experiencias de las hijas y sus deseos como madres de que éstas tengan una vida mejor, independiente y plena.

En general observamos que las vivencias de las hijas afectan de forma directa a las representaciones de género de sus progenitores, haciendo a la generación de éstos más receptiva y abierta a los cambios. De este modo, mediante un proceso de impregnación ascendente en el que las emociones juegan un papel predominante, la metamorfosis protagonizada por las mujeres jóvenes modifica y altera también las actitudes de las/os mayores. Mujeres que aprenden de sus hijas y cambian su mentalidad de antaño; hombres que, como Enrique, se muestran satisfechos por los logros de sus hijas y las exhortan a llegar a ser autónomas, son cambios de actitud por lo común circunscritos a un ámbito social limitado, que integra el reducido círculo de los más próximos y estimados.

Sólo en contadas ocasiones el discurso de las entrevistadas aborda sin ambages el asunto del poder. Tal es el caso de Raquel, quien considera que, para rebasar su inveterada posición de no poder, la mujer debe vencer dos importantes escollos: superar su carencia de trayectoria de mando y de cultura de poder, y evitar los condicionantes afectivos que le impiden actuar coherentemente con su recién adquirida consciencia de hallarse en posición subordinada.

«Yo creo que ha habido un cambio, pero el paso siguiente es el que nos hace falta. Muy bien que se tome conciencia, pero ¿qué se hace? Hay mucha historia sentimental, siempre nos enamoramos del enemigo, ¿qué le vamos a hacer?».

Esta lúcida reflexión evidencia de nuevo el peso de las emociones en la cuestión del poder. Pero esta vez su impacto tiene un signo contrario al que mostrábamos antes. Su incidencia poseía entonces un carácter positivo y abarcante: coadyuvaba a transformar las representacio-

nes y actitudes de género de las personas mayores y potenciaba al mismo tiempo la autonomía de las jóvenes. Ahora, sin embargo, la fuerza del cariño parece empujar en un sentido opuesto: impide a las mujeres pasar de la consciencia de sentirse y saberse subordinadas a la acción transformadora que modifique tal situación.

Los hombres entrevistados se muestran bastante más proclives que las mujeres a abordar la cuestión del poder. Tal actitud resulta congruente con su posición estructural, que les hace partícipes de una cultura y de una trayectoria de poder. Hablan con facilidad del tema tanto en primera como en tercera persona. Pero curiosamente, cuando hacen esto último, los protagonistas suelen ser, sobre todo, mujeres. Sus discursos nos dejan entrever entonces tres aspectos distintos de sus representaciones de género, en los que se hacen patentes las contradicciones introducidas por los actuales procesos de cambio. El primero posee un carácter dinámico: se trata de la ya mencionada valoración de la experiencia de las hijas, a sus deseos y expectativas como padres, que no casan demasiado bien con los restantes aspectos, marcados con mayor o menor intensidad por los modelos de género tradicionales. El segundo plasma su visión del poder dentro de la esfera doméstica, expresada de una forma rotunda y clara: aquí es la mujer quien ordena y manda. En tal percepción, acorde con su socialización y con sus propias experiencias vitales, no parece cuestionarse: la esposa administra la casa y se ocupa de educar a los hijos/as, por eso detenta el poder máximo en el hogar, donde los hombres ocupan un lugar secundario. El último aspecto hace referencia al poder en la esfera pública. En esto, la actitud de los informantes aparece más contradictoria y ambigua. Destacan que las mujeres ya ocupan posiciones de poder en dicho ámbito; es algo que no les parece mal a Bruno y Enrique, algunos proclaman incluso que es justo y necesario. Sin embargo, recalcan unánimemente que es la mujer quien preferentemente debe ocuparse del cuidado de los hijos, porque «los hijos son de la madre». Sólo excepcionalmente su discurso se desmarca de los modelos de género en que fueron socializados. Aparece entonces una mirada distinta, reflexiva y crítica, reveladora de un inveterado temor que inquieta a los hombres: perder su poder y su posición privilegiada. Según Esteban:

«Yo creo que uno de los atributos de la masculinidad hoy en día es querer aparentar... una superioridad sobre la mujer no existente y, claro, esto

lleva a una situación difícil de mantener en el tiempo. Algo así como “mantenella y no enmendalla” que decía el castellano antiguo. Y... naturalmente eso lleva (a los hombres) a unas actuaciones, no corporativistas, sino de defensa de los intereses de género... Los hombres, en realidad, nos resistimos (al cambio)».

La generación del cambio: tres tipos de trayectorias

Los significativos cambios sociohistóricos acaecidos a partir de los años setenta van a propiciar el desarrollo de variaciones significativas entre las generaciones siguientes. La irrupción de las mujeres en el mundo de la política, su acceso a todos los niveles educativos y a actividades profesionales diversas favorecen una nueva definición del entorno público que posibilita a su vez importantes cambios en el terreno privado. De este modo, se ponen en marcha «unos procesos culturales de evolución de actitudes y comportamientos familiares que marcan puntos de inflexión y conllevan cortes generacionales importantes» (Folguera 1996:551-552). La información aportada por las entrevistas realizadas nos permite distinguir tres tipos de trayectorias vitales que afectan al posicionamiento de hombres y mujeres dentro de la estructura de poder. En la primera, destacan las continuidades con la biografía social de la gente mayor, aunque en ella también están presentes las paradojas introducidas por la dinámica de cambio. La segunda nos acerca a las vivencias y actitudes de las/os protagonistas de las rupturas iniciadas hace ya casi tres décadas. Finalmente, la tercera nos habla de cómo se están produciendo los enraizamientos del cambio y de cuáles han sido sus efectos más destacados en los comportamientos y actitudes de hombres y mujeres frente al poder.

Trayectoria de las continuidades y paradojas

Lo primero que resalta en estas personas es la importancia que tienen las variables de edad y clase social para que los/as actores participen o no de los cambios acaecidos en la situación social de la mujer.

Pero el peso de estas variables no parece ser el mismo entre hombres y mujeres: mientras que en los primeros el peso de la edad se difumina y adquiere protagonismo la clase social, en las segundas ambas variables obran al unísono para establecer una trama de continuidad con la generación anterior.

El caso de María¹⁴ ilustra bastante bien el continuismo patente en algunas mujeres. Su trayectoria vital y su situación actual se corresponde con el modelo de autonomía que llega con la edad. Por un lado, vivió las experiencias de dejar de trabajar tras casarse y de ser la máxima responsable de la administración y cuidado de la unidad familiar. Por otro, no ha emprendido proyectos significativos ni sabe tampoco de ninguna decisión que le haya marcado especialmente. Como las mujeres de la generación anterior, estima que su mayor logro y su principal fuente de satisfacción son sus hijos. No obstante, esta satisfacción vicaria no le impide valorar muy positivamente su autonomía actual. Desde que murió su marido vive sola y, como prejubilada, tiene todo el espacio y todo el tiempo para ella; aunque ocupa ambos gozosamente, tanto su actitud como sus actividades aparecen fuertemente sesgadas por la domesticidad.

Por su parte, entre los hombres, la línea de continuidad pasa en buena parte por los aprendizajes y vivencias propios de los varones de clase baja. Su no poder radica básicamente en la penuria económica y toda su vida se resume en un esfuerzo continuo para salir de esa situación estructural. Este hecho marca poderosamente la visión de sus logros y de su capacidad para iniciar proyectos significativos. El trabajo que realizan o han realizado como asalariados (dos de los cuatro entrevistados que tienen este perfil se hallan en una fase de jubilación anticipada) es, a la vez, una fuente de orgullo personal y un medio indispensable para alcanzar unas cotas de bienestar satisfactorias. Con el único recurso de su sueldo sacan adelante a la familia, compran la casa en que viven y dan una educación a los hijos/as, aspecto al que otorgan una importancia fundamental. Aunque con grados variables, suelen destacar su rol de responsables últimos del bienestar doméstico y del proyecto de vida desarrollado con la crianza y preparación profesional de los hijos/as. Pero no siempre se arrogan en exclusiva el liderazgo doméstico. Luis reconoce, a veces, el papel que en el progreso del ho-

¹⁴ María, mujer, adulta, clase baja, izquierda.

gar ha jugado la esposa: su férrea administración de la economía doméstica les permitió generar los ahorros necesarios para comprar su piso y para poder dar una buena educación a las hijas/os¹⁵.

Como los hombres de la generación anterior, también hablan con fluidez del liderazgo y del poder. Cuando lo abordan en clave de primera persona, aunque hayan desempeñado algún cargo sindical y valoren dicha actividad, es frecuente que eludan, o minimicen incluso, su protagonismo social; unos, como Francisco, porque se definen como «sindicalistas de retaguardia», carentes de ese «don de la palabra» que consideran indispensable para ser un «sindicalista de cara al público»¹⁶; otros, entre ellos Luis, porque prefieren destacar su papel de persona que disfruta creando un buen ambiente y aglutinando a la gente de su entorno inmediato. Al hablar del poder en tercera persona, valoran positivamente tanto el conocimiento, como forma de conseguir reconocimientos, como la capacitación para el trabajo que permite ascender en la escala laboral.

Al tiempo que proyectan tales valoraciones en la generación de los hijos/as, muestran un fuerte rechazo por las actitudes autoritarias y por el afán desmedido de protagonismo de aquellas personas que, sin razón, se sienten superiores a los demás. Aunque por lo general rehuyen concretar ese protagonismo que desprecian, en ocasiones hablan con cierto detenimiento sobre aquello que ni les gusta ni soportan. Éste es precisamente el caso de Luis, cartero de 55 años, casado y con un hijo y una hija. En el ámbito laboral se muestra muy crítico con los mandos intermedios: pese a pertenecer a la misma categoría laboral que sus subordinados y cobrar prácticamente lo mismo que ellos «se sienten jefes». Fuera de dicho ámbito, también se muestra reticente con las personas que, pese a carecer de cualidades, se empeñan en destacar y mandar; considera dicha actitud como un defecto relacionado con un problema de inferioridad y piensa que tal defecto se da

«quizás más en mujeres que en hombres... En un momento dado, ellas saltan y tienen que ser el guay, el protagonista, el que manda o la que manda y la que decide... ¡Pero si esa persona lo que tiene que hacer es callar, que calladita está muy guapa!».

¹⁵ Luis, hombre, adulto, clase baja, izquierda.

¹⁶ Francisco, hombre, adulto, clase baja, izquierda.

Esta visión negativa y estereotípica del modo en que las mujeres ejercen el poder (su afán por controlar) también aparecía entre los hombres mayores. Supone por tanto un elemento importante de continuidad de las representaciones de género tradicionales. No obstante, también cabe resaltar que dicha visión convive ambiguamente con otras en las que aparecen dos elementos nuevos: primero, el reconocimiento generalizado de que las mujeres tienen más dificultades para acceder al poder, para alcanzarlo deben ganárselo a pulso y demostrar que valen, mientras que ese criterio no se aplica nunca en los hombres; segundo, las mujeres son en muchos aspectos superiores a los hombres, por eso son la esperanza del futuro. En esta última idea se expulsa con gusto Víctor, dirigente sindical y político de un partido de izquierdas¹⁷, quien piensa que la mujer «es bastante más inteligente en todos los aspectos de la vida», «es mucho más capaz de poder arreglar los problemas del mundo» y posee «una sensibilidad tanto intelectual, como mental, como humana, bastante superior a la del hombre». Según él, tal superioridad es el resultado de un largo proceso:

«Quizá porque el concepto del hombre en toda la historia del mundo ha sido la superioridad hacia la mujer, con lo cual no le ha dejado desarrollar, y (en) la mujer ha florecido un instinto interno, que por cierto va ligado a ser madre, que... hace posible (en la mujer) una sensibilidad para cualquier tipo de cosas bastante superior a la del hombre. Por tanto, yo creo que el mundo en manos de las mujeres, no digo que no habría guerras, pero es mucho más sensible a determinadas facetas del mundo, de soluciones políticas... que el hombre».

Como vemos, las cualidades ensalzadas consisten en vagas sensibilidades ligadas a la condición de madre, que dotan a la mujer de un innato y encomiable atributo genérico, el de pacificadora. Reaparece de nuevo un viejo y conocido discurso, el de la naturalización de las diferencias, aunque ahora se arroje con el manto de una ideología formalmente renovadora.

Como otros informantes de clase baja, este dirigente reconoce los especiales obstáculos a los que se enfrentan las mujeres para poder ac-

¹⁷ Víctor, hombre, adulto, clase baja, izquierda.

ceder a puestos de responsabilidad, ya sean políticos o laborales. Sin embargo discrepa con su partido en el tema de las cuotas, lo cuestiona sin tener en cuenta la realidad implacable de lo que ocurre cuando tales cuotas no existen. Pese a su militancia de izquierdas, comparte con la derecha la idea de la igualdad teórica que resume la conocida frase de «la que vale, vale y la que no vale, no vale». Pues qué pocas mujeres valen si son tan pocas las que ocupan puestos de responsabilidad. En cuestiones de representaciones de género, la persistencia de los viejos modelos no parece hallarse en correlación directa con la adscripción a una ideología política de derechas o de izquierdas. Las rupturas y los cambios en los comportamientos y actitudes se encuentran más bien ligados, como veremos a continuación, a la imbricación y compromiso con los nuevos movimientos sociales.

Trayectoria de las rupturas

Las/os protagonistas de las rupturas pertenecen a una generación y, sobre todo, a un sector de mujeres dentro de ella que en las postrimerías del franquismo se incorporaron a la lucha social y política. En este contexto, «un número creciente de mujeres se fue incorporando a la lucha política y social, a las luchas estudiantiles y al movimiento obrero» (Folguera 1996:547).

Tres informantes, Juana, Alicia y Belén, de poco más de 50 años y provenientes de familias acomodadas¹⁸, vivieron de lleno este periodo de ebullición y de lucha en el que también se dejaba notar el impacto de las obras de feministas extranjeras. Participaron en el movimiento estudiantil pero no lo lideraron. Todas son parte y producto de una época del movimiento feminista en la que el poder y la política no estaban en la agenda de reivindicaciones ni en las estrategias de cambio. Sin embargo, esas reflexiones colectivas fueron cambiando y ellas al hilo de las mismas. En el caso de estas mujeres rompedoras de los moldes tradicionales se dan todos los elementos o pasos dentro del *continuum* del poder. Por un lado, se consideran personas «absolutamente autónomas», entendiendo por dicho concepto «la capacidad de tomar

¹⁸ Juana, adulta, alta, izquierda; Alicia, adulta, alta, izquierda; Belén, adulta, alta, izquierda.

decisiones en los momentos importantes de la vida y de escoger, ... autonomía es la capacidad de decidir». Por otro, tienen capacidad para iniciar proyectos significativos y los emprenden a lo largo de toda su vida, tanto a nivel personal como profesional y político. Sus actividades en estos últimos contextos son tan variadas como intensas. Van desde fundar una escuela cooperativa o participar con cargos de responsabilidad en organismos internacionales, a ocupar cargos de gestión académica y ocupar sucesivamente importantes cargos en la alta política.

Conocen bien sus capacidades, han reflexionado sobre ellas y así lo explicitan. Mientras una destaca su cualidad de líder, de ser motor de iniciativas, otra habla de su capacidad de adaptación continua, de su flexibilidad y apertura ante los proyectos que le han ido saliendo a lo largo de la vida. Amplían su espacio social y hacen uso de sus habilidades más allá de su entorno inmediato. En su actuación siempre ha estado presente un compromiso público, que se acota primero a círculos relativamente restringidos para abrirse después significativamente al ocupar puestos de relevancia pública. De este modo se involucran de lleno en los diversos procesos y movimientos sociales que sucesivamente se activan en los contextos en que se mueven y, con su capacidad de aglutinar a la gente, constituyen y/o se comprometen en diversas redes y grupos formales. A lo largo de este proceso experimentan una continua redefinición de su trayectoria profesional y política, que las lleva a adquirir nuevas capacitaciones, nuevos aprendizajes y compromisos. La satisfacción de haber aceptado retos y compromisos públicos hace que estas mujeres se crezcan, amplíen sus límites personales, asuman riesgos y responsabilidades. Consideran que este proceder no sólo contribuye al cambio de la sociedad sino que también las mejora a ellas como seres humanos.

De lo dicho se desprende que las mujeres de las que estamos hablando son la punta de lanza de un nuevo tipo de mujer que se consolida en el seno de la clase media y que paulatinamente se va perfilando como modelo emergente en la sociedad española. Sus potencialidades no se limitan a cultivar con esfuerzo su autonomía y su tiempo propio, sino que detentan *de facto* posiciones de poder en los distintos ámbitos de la esfera pública. Las mujeres rompedoras no sólo dejan de lado los moldes tradicionales sino que también son líderes y tal papel les complace, les resulta satisfactorio ser esa «chispita» que alienta proyectos co-

lectivos. Pero ejercen su liderazgo de una manera particular, porque en la forma como organizan y gestionan el poder se entremezclan elementos diversos: unos se nos aparecen como genéricamente neutros, otros están genéricamente marcados. Los primeros provienen de su personalidad, de su cualidad innata de líder o de persona rebelde. Cuando se les pregunta explícitamente sobre este tema, hacen memoria y su recuerdo se remonta fácilmente a la infancia o la adolescencia. Así Alicia confiesa que

«esa capacidad de organizar, lo que entendemos un poco por ser líder, por ser cabeza de grupo..., eso estaba presente desde la infancia... es aquello que nombramos como convocatoria, capacidad de iniciativa, capacidad de cohesionar grupos».

Unas cualidades que desde entonces ha cultivado ininterrumpidamente.

Al hablar del liderazgo genéricamente marcado nos referimos de manera positiva a la importancia que estas mujeres otorgan a los sentimientos y afectos tanto en su vida privada como en el ejercicio público del poder, unos espacios que les resulta difícil de separar. Consideran la «red de afectos» que han entretejido a su alrededor como una ayuda o un impulso, indispensable y precioso, tanto para la toma de decisiones como para afianzar sus iniciativas. Combinan dichos afectos con el trabajo en equipo, aspecto que destacan de una manera continua; todas sus actividades y trabajos los ven formando parte de un proyecto colectivo, aunque en su desempeño descubrieran y desarrollaran sus potencialidades y capacidades individuales.

Por su parte, los hombres de esta generación que han detentado y detentan ciertas cuotas de poder también son conscientes de sus dotes de liderazgo y de su capacidad de influencia. Igual que las nuevas mujeres, se muestran satisfechos por sus logros. Jesús porque se ve a sí mismo como activista innovador o anticipador: «soy la persona que introdujo no sólo lo antinuclear sino la ecología política radical en España»¹⁹. Otros, como Víctor, porque destacan con rotundidad y orgullo su formación autodidacta, cómo desde un punto de partida difícil

¹⁹ Jesús, hombre, adulto, clase alta, izquierda.

(obrero migrante) han podido llegar a su actual posición, «ser secretario de un sindicato, de los máximos órganos de dirección, a ser parlamentario, hasta ahora, a escribir...» En contraste con las mujeres rompedoras, no suelen mencionar sus redes de afectos; es más, su vida personal y el ejercicio del poder parecen seguir órbitas separadas. Cuando las hacen coincidir es para resaltar dos aspectos que en ningún caso están presentes en las mujeres con poder entrevistadas: por un lado, el enorme peso que ha tenido en su vida la actividad pública, en aras de la cual han sacrificado la cosa familiar y doméstica; por otro, la importancia de su liderazgo para su éxito con las mujeres. Tales aspectos constituyen a nuestro entender otra modulación bien distinta del liderazgo genéricamente marcado. Si en las mujeres, cuando ejercen el poder, pesan mucho los afectos, que constituyen a la vez su apoyo y su principal estrategia, en los hombres prima un uso del poder que tiende a minimizar los asuntos familiares y, al tiempo, a optimizar su capacidad de atracción sexual.

Hay sin embargo un énfasis diferencial entre los dos líderes masculinos de los que venimos hablando y que nos parece crucial, ya que parece representar un punto de inflexión y de cambio. Nos referimos a la primacía de la *res publica* sobre la *res domestica*. En ambos casos los entrevistados se han tenido que enfrentar a serios problemas familiares en un tiempo bastante cercano; pero mientras que en un caso no ha implicado romper con la tónica de absentismo familiar y doméstico de los últimos veinte años, en el caso del otro protagonista ha supuesto dar a su vida un giro de 180 grados. Abrirse a la experiencia de introducir en su vida las responsabilidades familiares y de cuidado le ha hecho reflexionar y pensar la necesidad de un cambio:

«Realmente tengo que recomponer mis tejidos afectivos también. O sea, que sí tienes razón, que es cierto que soy probablemente una madre soltera, una mujer cabeza de hogar monoparental pero sin el contenido afectivo y emocional que es imperante en las mujeres y que yo he reprimido... en mi caso sería una falsa mujer que ha rechazado los elementos emocionales».

Y esto es importante porque significa que algo está cambiando, que aunque el proceso afecta especialmente a las mujeres, también está cambiando en los hombres.

Trayectoria de los enraizamientos del cambio

Interesa tratar aquí la incidencia de los cambios genéricos entre las personas que, a diferencia de las anteriores, no han llegado a posiciones sociales tan relevantes. Para ello se analizan dos entrevistas realizadas a dos mujeres de mediana edad cuyas vidas no tienen aparentemente nada en común. Gloria²⁰ está casada y con tres hijos/as, es chófer de autobús y de clase social baja; Aida²¹ viuda con una hija, profesional y de clase social media-alta. Sin embargo, en lo que respecta al *continuum* de poder sus trayectorias vitales parecen discurrir por cauces bastante similares. Ambas se sienten autónomas, han sido capaces de construir unos espacios y tiempos propios, y también han tenido poder para iniciar proyectos significativos fuera del ámbito del hogar. Son mujeres fuertes, seguras de sí mismas, con capacidad de imponerse y enfrentarse a todo tipo de situaciones.

Cuando preguntamos a Gloria qué entiende por ser autónoma dice:

«Ser capaz de hacer por ti misma, el no depender de otras personas, teniendo en cuenta que todos... tenemos cierta dependencia, pero a mí, si por algo me gusta esta etapa de mi vida es porque soy capaz de asumir lo que llevo y no me ponen trabas a las decisiones que tomo».

La libertad que goza ahora es el resultado de un proceso de enriquecimiento personal que la lleva a ocupar un espacio social cada vez más propio y más amplio en todos los ámbitos de su vida, laboral y doméstica, en su tiempo libre y en su relación de pareja. En el terreno laboral, tras haber pasado desde los diecisiete años por distintos trabajos como asalariada, se integra en la empresa familiar de autobuses para convertirse finalmente en autónoma. Su trabajo actual le satisface por una doble razón: porque asume con gusto las tareas de gestión, que suponen para ella un reto y una superación personal, y porque goza de cierto margen de maniobra para organizar el trabajo a su gusto. Es, además, capaz de imponerse, de salir airoso, en un contexto laboral tan

²⁰ Gloria, mujer, adulta, clase baja, izquierda.

²¹ Aida, mujer, adulta, clase alta, derecha.

fuertemente masculinizado como el suyo. Tal capacidad es fruto de un proceso que supone una superación del no poder y que la ha conducido a una etapa vital vivida como autónoma y plena. Deja claro que ella es una profesional tan capacitada como sus colegas masculinos.

En el ámbito doméstico, pese a que en el trabajo productivo tiene ahora más responsabilidades y que en la casa ha ido asumiendo cada vez más tareas, destaca reiteradamente que «puedo hacer y deshacer y organizar libremente mis cosas». Valora muchísimo tener libertad para organizar su tiempo. La particular naturaleza de su trabajo le permite construir un tiempo propio; cuando sale de excursión con el autobús, el tiempo entre la llegada al punto de destino y la partida puede ser largo, pero no le molesta, al contrario, lo saborea llenándolo con actividades que le producen placer. Lo dedica a la lectura («empecé a leer desde que tenía 11 años y hasta la fecha no he dejado de tener un libro en las manos nunca»), a hacer alguna labor; a escuchar música, a escribir (dice que tiene el hábito y la necesidad de escribir para comprender y comprenderse) y ver escaparates. Los mencionados cambios han trastocado bastante su relación de pareja. En la entrevista explícita con claridad cómo los viven su marido y ella:

«Mi marido suele decir que cuando nos casamos, él era el listo y el inteligente de la casa y que ahora se ha hecho tonto; no es que se ha hecho tonto, se ha hecho cómodo y yo he ido asumiendo todo lo de la casa, papeleos... El gobierno de la casa lo llevo yo, además a gusto, porque a pesar de que tengo muchísimo trabajo, me da muchísima libertad. El hacer y deshacer a mi antojo yo lo valoro mucho, no depender de nadie».

La autonomía de la segunda protagonista, Aida, parece más bien una constante vital. No se trata únicamente de que su acomodada posición socioeconómica le haya permitido tomar decisiones, sino que las ha tomado siempre, contra viento y marea, tanto en lo personal como en lo profesional. En las decisiones que toma identifica las alternativas y evalúa los beneficios, costes y riesgos. Pero es en la esfera personal donde pone el énfasis, en lo duro que ha sido la toma de decisiones. Por eso se considera una mujer capaz de hacer frente a todo tipo de situaciones, creencia que sintetiza en la frase «he sido una mujer que siempre ha echado para adelante». También opina favorablemente so-

bre su eficacia para la solución de problemas, aludiendo a la forma directa que tiene de afrontarlos, no importa de quién ni de donde vengan («tengo que solucionar las cosas directamente»); asegura que ese comportamiento no le ha traído problemas:

«Yo creo que todo lo contrario, porque al final la gente se da cuenta que eres una persona buena y que vas con la verdad por delante».

En suma, los avances que representan ambas mujeres en el *continuum* del poder son ciertamente evidentes: ampliación por un lado de su espacio social en lo que se refiere a autonomía y disfrute de un tiempo y espacio propios; por el otro, implicación voluntaria y expresa en el ámbito supradoméstico. Sin embargo, carecen de poder para dirigir o constituir grupos informales o formales y tampoco ejercen posiciones de liderazgo. Otras mujeres sí han conseguido rebasar esas intangibles fronteras. Tienen en común el ser treintañeras y desempeñar puestos de responsabilidad en sus respectivos terrenos profesionales.

Begoña²², casada y con dos hijos pequeños, cree que ha conseguido ser Directora de su departamento universitario gracias a dos cualidades: su talante abierto y tolerante, y su valía como profesional. Sabe que su actual puesto de dirección comporta poco poder real para la toma de decisiones. No obstante, reconoce el cambio de actitudes que se han dado en su entorno tras ocupar dicho cargo; la gente la saluda de otra forma, se «cuenta» con ella en las situaciones de crisis, «sabes —dice en definitiva— que eres de las personas a las que el Decano u otras personas llaman por teléfono para tener tu opinión».

Por su parte, Lourdes²³ se considera como una persona capaz de trabajar en proyectos que tienen significado social para ella. Comprometida con un proyecto colectivo de construcción social trabaja en el movimiento sindical agrario. Reconoce que su profesión de abogada y el conocimiento que tiene del mundo rural le animan a mantenerse en su actual puesto directivo en su sindicato. Su vivencia afectiva con tales proyectos y con las personas del sindicato son centros de interés en su vida y le hacen sentirse a gusto.

²² Begoña, mujer, adulta, clase media, izquierda.

²³ Lourdes, mujer, adulta, clase media, izquierda.

En la forma con que ambas mujeres ejercen su liderazgo se entremezclan elementos genéricamente neutros con otros genéricamente marcados. Entre los primeros reaparece el gusto por el diálogo y el trabajo en equipo y el rechazo del estilo autoritario. En cuanto a los segundos, se observan fundamentalmente dos cosas: la dificultad de separar la vida profesional y personal en lo referente a metas, logros y ambiciones (aspecto que también se hallaba presente entre las mujeres rompedoras) y la sensibilidad feminista en el momento de tratar el tema del poder y el liderazgo. En contraste con los hombres, no se limitan a resaltar el carácter excepcional o minoritario de las mujeres con mando y a ensalzar las capacidades de éstas para detentarlo, sino que también se hacen eco de sus miedos ante los espacios de poder. Por eso destacan la necesidad tanto de reforzar a las mujeres con apoyos y colaboración como de normalizar sus referentes, pues ellos les permiten comprobar que otras mujeres también se han atrevido a romper los rígidos esquemas sociales. De ahí a valorar positivamente la idea de red (con lo que supone de comunicación, estímulo, apoyo recíproco e impulso) en el campo de las mujeres hay sólo un paso; su poder de transformación puede llegar ciertamente a ser revolucionario.

La ambigüedad y la contradicción que destacábamos más arriba reaparecen de nuevo en los dos varones seleccionados en las entrevistas piloto por su relativa atipicidad: uno porque parecía corresponder a un modelo alternativo de hombre, el otro por su carácter de «padre responsable». La presentación contrastada de sus experiencias y actitudes vitales resulta muy ilustrativa de los diversos enraizamientos de los cambios de género. Como veremos, ambos se sitúan prácticamente en las antípodas. No obstante, cuando reflexionan sobre el poder de las mujeres y los hombres, su discurso discurre por unos cauces bastante similares.

A lo largo de toda la entrevista, Carlos²⁴ se ratificó como una persona autónoma, tanto en la esfera profesional como en la doméstica. Como profesional se considera a sí mismo como un artista independiente que, en la medida de lo posible, va cambiando sus actividades a medida que lo hacen sus intereses; a este nivel dice que suele tener opiniones formadas y que en el trabajo las hace valer, lo cual le ha acarrea-

²⁴ Carlos, hombre, adulto, clase media, izquierda.

do una imagen autoritaria, con la que discrepa parcialmente. En el terreno doméstico afirma ser autosuficiente; es soltero, vive solo y se ocupa por completo de los asuntos domésticos. En contraste, Alfredo²⁵, al tiempo que relativiza su trabajo como maestro de primaria («para mí era el medio por el que sacaba dinero para vivir»), destaca sobre todas las cosas su papel de padre; esa es la decisión más importante de su vida.

Las experiencias de poder de estos hombres los sitúan en extremos opuestos. Detentar una posición de poder y de mando es algo que satisface a uno de ellos; dice haberse sentido bien cuando lo ha tenido en el ámbito del trabajo y que en su vida personal siempre ha tenido la sartén por el mango. En contraposición, al otro habla en negativo de su vivencia del mando en el plano laboral: estuvo tres años como director de su Escuela y los vivió mal porque, en ese mundo feminizado que él mismo describe, tuvo a algunas mujeres en su contra; contrasta dicha experiencia con la que experimenta en el espacio doméstico, en donde piensa que tanto él como su mujer tienen el mismo poder para iniciar proyectos significativos. Al hablar del poder en abstracto ambos destacan unánimemente su carácter genéricamente neutro. Sin embargo, tal neutralidad se difumina cuando pasan a ilustrar su idea mediante casos concretos. En ocasiones resaltan en positivo «las distintas sensibilidades» de las mujeres a la hora de ejercer el poder: «tienen más facilidades para establecer alianzas o lazos» con otras mujeres, «son más flexibles». En otros momentos dan una visión negativa de las mujeres con poder: no sólo los protagonistas de sus ejemplos de mal uso del poder son por lo general mujeres sino que también se hacen eco de viejos tópicos y prejuicios, como el de la «masculinidad» de las mujeres con mando y el de la dureza de los enfrentamientos entre las mujeres por cuestiones de poder.

Los enraizamientos del cambio se dan sobre todo en las mujeres, afectando de manera importante a sus actitudes y comportamientos cotidianos: como personas autónomas van ampliando sus espacios y tiempos propios e inician proyectos significativos en el ámbito supradoméstico que les lleva a detentar cuotas variadas de poder, un poder que ejercen combinando sensibilidades genéricas con otras no marca-

²⁵ Alfredo, hombre, adulto, clase media, izquierda.

das genéricamente. Obviamente, la vida de los hombres también se ve afectada por tales procesos, dando lugar a que algunos asuman con naturalidad determinados roles asociados con la domesticidad (trabajos del hogar, cuidado de los hijos). Sin embargo, su visión del poder se muestra contradictoria y confusa, y, sobre todo, fuertemente sesgada en lo que atañe a las cuestiones de género.

Sedimentación de los cambios en los/las jóvenes

Para introducir a la generación de los/as jóvenes que ahora tienen menos de treinta años, nada mejor que utilizar las palabras de Juana, una de las pioneras del cambio de la generación anterior. Dice así:

«Mi opinión es que posiblemente lo más revolucionario que se ha producido en la sociedad española en los últimos veinte años no es el cambio político, el cambio político formal, sino el cambio en los modelos que las mujeres han seguido y hoy siguen. El modelo de mujer de mi generación no tiene nada que ver con el modelo de mujer de la generación de mis hijas, independientemente de la procedencia social, de la ideología... No tiene nada que ver y, en ese sentido, soy consciente de que no toda mi generación sino un grupo muy reducido de las mujeres de nuestra generación, hemos protagonizado ese cambio, así de claro.»

En lo que se refiere a mis hijas, han tenido un rechazo al feminismo militante... porque lo identifican con una determinada generación, lo identifican conmigo, pero yo creo que son bastante feministas, no explícitamente, pero sí implícitamente. Ellas y todas sus amigas, chicas independientes, autónomas, que se cuestionan permanentemente las relaciones con los hombres, porque los hombres de su generación todavía siguen intentando imponer un determinado modelo afectivo y de relación personal entre hombres y mujeres, ellas lo cuestionan permanentemente, no les pasan ni una. Reaccionan ante los medios de comunicación cuando se transmiten esas imágenes de chicas con escotes, llenas de silicona, objetos sexuales...»

En ese cambio social, los análisis realizados parten de una situación de hecho: es en las mujeres con menos de treinta años donde realmente se plasman las transformaciones de las últimas décadas, concretadas en un significativo aumento de su nivel de estudios, un desbloqueo rela-

tivo de su incorporación al empleo, una disminución de la autoidentificación con la dedicación al hogar y un retroceso de la pauta de casarse y tener hijos inmediatamente. El universo de referencia de dichas mujeres ha cambiado de tal modo que «para la mayoría los estudios y el empleo ya no significan pasos previos al matrimonio sino actividades sustantivas y definitivas cuya consolidación es previa a la maternidad, por lo que la retrasan. Las más jóvenes se debaten entre la posposición *sine die* de sus proyectos vitales y la realización inmediata de sus deseos lo cual se traduce en una reducida nupcialidad y una creciente proporción de hijos nacidos fuera del matrimonio» (Garrido 1993:231).

En los referidos aspectos los cambios parecen bien asentados. Sin embargo, cuando nos acercamos a la cuestión del poder nuestros conocimientos son mucho más limitados. Poseemos algunos datos sobre las mujeres que ocupan puestos de responsabilidad en la esfera pública, pero se nos escapan las realizaciones, logros, proyectos y aspiraciones de las/os jóvenes en la vida cotidiana. En lo que a estos temas concierne, los resultados de las entrevistas son poco concluyentes. Lo que nos ofrecen son indicios, tendencias que se dibujan en un mercado de futuros en forma de posicionamientos firmes y titubeos, de rebeldías y conformismos ante la época del postfranquismo que les ha tocado vivir. Así, mientras que unos jóvenes experimentan a un tiempo la contradicción con los adultos que vivieron un periodo de fuerte polarización y la participación en los nuevos movimientos sociales (antimilitarista, ecologista, feminista, etc.), otros ni se enfrentan a la generación de sus padres ni manifiestan interés alguno por los referidos movimientos. En esta apretada revisión de sus discursos nos acercaremos a sus vivencias del liderazgo y el poder y a sus representaciones de género, lo que nos permitirá en último término detectar la presencia o ausencia de un feminismo implícito en sus actitudes y comportamientos²⁶.

En el caso de Marta, una madre soltera con una hija de cuatro años y que trabaja como camarera en un bar²⁷ sus logros públicos son muy

²⁶ Conviene resaltar que a lo largo de las entrevistas algunos/as jóvenes se mostraron incapaces de abordar la cuestión del poder y casi parecía que dicho asunto no iba con ellos/as. Consecuentemente, no es por omisión por lo que sus voces no aparecen en el texto; si no están es simplemente porque se retrajeron.

²⁷ Marta, mujer, joven, clase baja, derecha.

modestos y se retrotraen generalmente a la infancia. Ello no obsta para que esta mujer se vea a sí misma como una líder, aunque para calificarse emplee una palabra distinta:

«Soy muy posesiva en todo tipo de relaciones. Tengo que ser el centro allí donde voy... siempre he sido... más la cabecilla, la que ha tenido las ideas... siempre estoy ahí, el centro, vamos».

Su liderazgo lo ejerce en su entorno inmediato, llevando la iniciativa en todo tipo de relaciones. Cree que los demás la ven como una persona fuerte, decidida. Y ella concuerda con esta visión: «normalmente, siempre las decisiones de todo lo que he hecho... siempre las he tomado yo. Casi siempre». Pero esa capacidad que la enorgullece le parece también excesiva, la lleva a cometer errores, a «meter la pata» (por ejemplo, haber dejado de estudiar cuando se le presentó el dilema trabajo/estudio). Sólo en una ocasión no tomó una decisión crucial y de eso también se arrepiente: dejar que fueran otros los que decidieran por ella cuando quedó embarazada. Ser cabecilla, la que tiene las ideas, fuerte, decidida, con iniciativa son características de su forma de liderazgo social, genéricamente neutras. Pero en su caso tales rasgos se encuentran mediatizados por otros genéricamente marcados: culpabilidad por la falta de reflexión en la toma de decisiones y énfasis en la necesidad de afectos (reivindica que las personas fuertes también necesitan que las animen y escuchen, que les muestren comprensión y afecto). Por otra parte, su estrategia relacional se halla también genéricamente sesgada. Consiste en adoptar inicialmente un papel sumiso, ser «dócil» y «tontita», que le permite después, mediante un cálculo sutil y reflexionado, tomar las riendas de la situación. La emplea tanto en el trabajo como en la vida amorosa, para caer bien a la gente y no asustarla desde el principio con su carácter fuerte y dominante.

Aunque no parece ser lo habitual, estas maneras de hacer también comienzan a estar presentes en los comportamientos de algunos jóvenes. Tal es el caso de Eduardo²⁸, un peluquero con pareja estable y un hijo de pocos meses, quien en sus tácticas profesionales afirma utilizar ciertas habilidades sociales que ha aprendido de las mujeres. Su dis-

²⁸ Eduardo, hombre, joven, clase baja, derecha.

curso evidencia los cambios habidos en la experiencia de ciertos procesos de naturalización: adquiere ciertas habilidades de las mujeres que, además de serle útiles en su trabajo, aplica de forma generalizada porque las considera más adecuadas que las que emplean muchos hombres. Conviene recalcar que dicha actitud no constituye un elemento puntual y aislado en su discurso, sino que se encuentra estrechamente ligada a sus representaciones de género. En efecto, considera a las mujeres como su modelo positivo de referencia; le gusta más su manera de ser y de comportarse porque comparativamente «es mucho más agradable,... razona más las cosas», «es más sencillo hablar con ellas», «son más fuertes, tienen más sensibilidad,... más luchadora»; en contraste, «la relación con un hombre es más fría». Es interesante observar además cómo sus representaciones generacionales están estrechamente imbricadas con sus representaciones de género, ya que en ellas priman a un tiempo los ejes del género (femenino) y la edad. Por un lado, sus preferencias se inclinan por las personas mayores porque son como las mujeres («son más tranquilos», se puede hablar fácilmente con ellos). Por el otro, dentro de cada generación elige siempre a las mujeres; así, le gusta más relacionarse con las mujeres que con los hombres mayores porque:

«Son más dulces... han estado más en un segundo plano... en casa limpiando o atendiendo a los niños... (eso) tiene para mí más respeto. El hombre mayor también, pero es más antiguo, en el plan ese que trabajaban fuera de casa y luego llegaban a casa ...y en casa ni golpe».

Lo mismo dice de la generación más joven. Aquí también las chicas son sus preferidas porque:

«Son más habladoras, o calculadoras, ...es más precavida,hace las cosas con más tranquilidad», mientras que los chicos *tenemos más pájaros en la cabeza ...no ven más allá*».

Si las representaciones de género de Eduardo resaltan los aspectos positivos de las actitudes que él considera características de las mujeres, las de Marta ponen claramente en entredicho los estereotipos vigentes. Así, le agrada que las mujeres sean «luchadoras, activas, independientes y fuertes»; también le gustan los hombres con los mismos rasgos y cualidades, aunque añade tres matices importantes: «(que sepa) escucharte

cuando lo necesitas», que «sea mimoso cuando tenga que ser mimoso» y que colabore en las tareas domésticas. Por eso critica con acritud la persistencia de ciertos comportamientos en ambos. Le disgustan profundamente las mujeres que se dejan utilizar «por comodidad», por «no enfrentarse», porque no tienen ganas de «llevar la batuta», porque «no tienen ganas de que la situación cambie». A los hombres les echa en cara su incapacidad para mostrar sus sentimientos y el miedo que parecen tener a las mujeres inteligentes y fuertes.

Las citadas preferencias coinciden en parte con las de Lucía, que estudia ingeniero industrial²⁹. Valora positivamente a las mujeres fuertes, «que no se dejan amedrentar»; en cuanto a los chicos destaca que:

«Para que yo me interese por un chico tiene que ser de izquierdas fijo y feminista también, además un chico feminista y que lo reconozca... porque les da mucho miedo reconocer esas cosas».

Los trastocamientos observados en los modelos y representaciones de género (mujeres fuertes e independientes, hombres sensibles y feministas) de estos jóvenes nos parecen altamente significativos, pues indican una cierta sedimentación de los cambios. En su actitud frente a la vida y frente a las personas parece existir un cierto regusto del feminismo al que aludía Juana al inicio de este apartado.

Las opiniones y actitudes de estos jóvenes se han ido conformando reflexivamente con el transcurso del tiempo. Lo que parece estar asentándose en el caso de las entrevistadas es una mayor confianza en sus propias capacidades. Se miran en el espejo de las mujeres que ocupan un puesto relevante en la vida pública para enfatizar que ahora, afirma Marta,

«se está demostrando que no somos el sexo débil, que somos más luchadoras, que tenemos más capacidad para ocupar ciertos cargos que ellos... y que lo podríamos hacer incluso mejor».

Pero su confianza está impregnada, a la vez, de un profundo realismo, por ello su talante es a un tiempo vigilante y crítico. Reconocen, como Ana³⁰, que «las mujeres van teniendo cada vez más peso en

²⁹ Lucía, mujer, joven, clase baja, izquierda.

³⁰ Ana, mujer, joven, clase alta, derecha.

la política», pero son conscientes de los obstáculos que tienen que superar. De hecho, como resaltaba por propia experiencia una integrante del grupo de jóvenes entrevistados³¹, en la militancia política todavía

«La moza está más en la base y el hombre está más en los órganos de dirección, a más escala o menos escala, como manteniendo un poco “el poder”».

Por su parte, lo que aparece con cierta frecuencia en los hombres jóvenes como Eduardo es la consciencia de que su valoración de la mujer ha ido cambiando y mejorando con el transcurso del tiempo, ya sea mediante la observación reflexiva del entorno o mediante el contacto con grupos que le inoculan una nueva sensibilidad. Tal es el caso de Miguel³², que simultanea trabajo y estudios, quien señala el cambio que experimenta cuando entra en contacto con una serie de grupos que actúan en su barrio. Entonces comienza a escuchar por primera vez temas que afectan a las mujeres y a verlas como protagonistas:

«Yo entro en un contexto... bastante abierto donde todo este tipo de cosas se hablan, si hay desigualdades se hablan, es decir, es el contexto donde se habla del feminismo, se habla de los problemas de la casa, los problemas laborales, los problemas de la cárcel... y todo ese tipo de cosas se hablaban, se discutían... entonces de alguna forma, lo que yo había aprendido en mi casa está en contraste con lo que se hablaba allí y entonces, claro, las mujeres no eran objetos, eran personas y podían opinar y podían discrepar, entonces vas entendiendo porqué el ama de casa estaba en la casa de esta forma y que eso no era lo normal».

Resulta obvio afirmar que los comportamientos e imágenes que acabamos de presentar no son ni mucho menos únicos. Sólo son una parte de un enorme iceberg cuyos entresijos aún permanecen ocultos. En sus interioridades se amalgaman de forma confusa la fértil potencialidad de los nuevos sedimentos con los esterilizantes patrones que conservan un regusto rancio pese a su adecuación constante a los cambiantes contextos. Los primeros están encarnados por las actitudes y re-

³¹ Grupo jóvenes mixto alternativo.

³² Miguel, hombre, joven, clase baja, izquierda.

presentaciones de las/os jóvenes que acabamos de contemplar, permeados de un feminismo más o menos implícito. En los segundos se combinan, por una parte, la pasividad o indiferencia personal ante los valores que representan cambio en el colectivo de mujeres y, por otra, el peso de la socialización recibida y de los valores tradicionales sobre la educación de los hijos y la relación de pareja. Pero tanto en unos como en otros las tendencias referentes a los posicionamientos y actitudes frente al poder apenas comienzan a dibujarse, todavía están escritas con letra pequeña, son esperanzas y lastres para un futuro abierto.

3. Desarrollo de las carreras profesionales

El género es un condicionante de las opciones educativas, de la predisposición para las elecciones y decisiones vocacionales, de la inserción laboral, de las experiencias en el trabajo y avances ocupacionales que se van dando en las distintas etapas del desarrollo de la carrera profesional. Por ello, a la hora de analizar el cambio en este capítulo, nos vamos a centrar en las convergencias y rupturas que se producen en las trayectorias profesionales de hombres y mujeres de las distintas generaciones que se encuentran en fases diferentes de su recorrido profesional.

Se verá cómo las mujeres van cambiando en la aprehensión y significado que tiene el trabajo, que pasa de ser algo puntual a convertirse en un proyecto de desarrollo que exige dedicación y compromiso. Este proceso abarca cambios en las aspiraciones educativas y ocupacionales, entendiéndose por esto último la búsqueda de una preparación y capacitación profesional para el ejercicio de la actividad y el acceso a estudios y profesiones restrictivas para las mujeres. También, el reciclaje y la búsqueda de preparaciones que llevan a incidir y ejercer de maneras distintas las ocupaciones tradicionales.

En estos cambios, el desarrollo de la carrera profesional se entiende como un proceso que conlleva preparación, dedicación y avances, en una palabra: grados de compromiso con el trabajo. De ahí que se entre a valorar la continuidad en la carrera profesional frente a los abandonos que han sido una constante en las trayectorias laborales de las mujeres. Las razones que se aducen en la mayoría de los casos están vinculadas principalmente con las exigencias de responsabilidad de roles domésticos y familiares.

Trayectorias profesionales de las personas mayores

Las personas mayores entrevistadas han cerrado las etapas de su recorrido profesional: están jubiladas. Sin modelos en los que basarse, se encuentran en un periodo vital que se prolonga mucho más allá de su vida laboral. En este sentido son generaciones pioneras de una etapa del ciclo vital apenas vislumbrada, que plantea nuevos interrogantes en torno a cómo se reconstruyen o se modifican los sistemas de género cuando se llega a una edad en la que la dedicación a una actividad productiva remunerada no sirve como referente personal y social. Así, partiendo de su situación de jubilados, los *seniors* de hoy evocan sus recorridos en el mundo del trabajo productivo. Los hombres, desde el significado y valor del trabajo como experiencia totalizante, frente a las mujeres, perplejas ante un pasado opresor y restrictivo que limitó sus posibilidades, impidió realizar sus sueños y modeló sus deseos. Como ha quedado recogido al tratar el *continuum* del poder, los condicionantes a los que se ven sometidas para poder desarrollar sus capacidades fuera del espacio doméstico condicionan y repercuten en sus trayectorias profesionales. Basándonos en esta realidad, presentamos en primer lugar el colectivo de las mujeres, y posteriormente el de los hombres para, finalmente, acercarnos a la visión que ambos tienen sobre la situación de la mujer en el mundo del trabajo.

Las mujeres mayores ante un modelo profesional que se les impone

En su conjunto, el desarrollo profesional y vital de las protagonistas es más complejo de lo que cabría esperar, dadas las escasas posibilidades educativas y laborales que tenían las mujeres en la postguerra. Atrapadas en su infancia y juventud en un contexto político y social que suprimía las libertades y derechos conseguidos con tanto esfuerzo por las mujeres que las precedieron, crecen y se desarrollan en un ambiente en el que todo contribuye, incluidos los mecanismos legales, a que asuman como «natural» la diferencia social sexualmente establecida y en especial la división del trabajo. Los avances en la apertura educativa, así

como en la formación profesional y ocupacional que con tanto esfuerzo se habían ido gestando en épocas anteriores y en los que las mujeres con distintas posiciones e ideologías habían participado activamente, quedan relegados.

Desde el marco educativo conviene recordar cómo la ley de educación de 1940 plasma sin ninguna ambigüedad los principios que han de regir la educación en la dictadura: formar católicos y formar patriotas al servicio del nacional catolicismo. Desde estos presupuestos se especifica que la educación de la mujer tendrá como objetivo prioritario la preparación para la vida del hogar. En realidad la ley comienza a gestarse mucho antes de acabar la Guerra Civil. Ya en 1938 se suprime la coeducación y para que la segregación escolar se haga efectiva, se reclaman objetivos y currículos diferenciados: «Es cierto que con la supresión de esa inmundicia moral y pedagógica que se llama 'coeducación' hemos dado el primer paso hacia una verdadera formación de la mujer. Pero no es menos cierto que en tanto sean análogos los programas, los libros, que presiden la educación de los muchachos, tendremos en el fondo una verdadera coeducación» (A. Maíllo citado en F. Gómez de Castro, pág. 451). Así, a la escuela, al sistema educativo, a través de las normativas legales, se le asigna la función de someter a hombres y mujeres a una constante diferenciación para que lleguen a identificarse como generizados.

En el ámbito laboral, como en el educativo, se promulgan directrices legales para limitar los empleos, las ocupaciones y los puestos a los que las mujeres pueden acceder. Para que nada escape al control, se impone la excedencia forzosa por matrimonio y la prohibición de contratar mujeres casadas. Es evidente que bajo estas condiciones, con una ideología dominante que utiliza la coerción directa para transmitir la división sexual, hacer proyectos de vida en los que la profesión, la ocupación laboral, se integre como un elemento de identidad personal, no es tarea fácil. Están sometidas a un prolongado proceso de socialización que tiende a convertir lo contingente en necesario, casarse y dedicarse en exclusividad a la familia ya que el mundo laboral queda fuera de su condición de mujer. En el mejor de los casos, el recorrido profesional de las mujeres quedaba limitado a un tiempo marcado, prescrito legal y socialmente, como tiempo de espera, de tránsito hasta el casamiento.

Así, la situación de la generación de las mayores como resultado de las influencias de la época en que han vivido tiene características comunes: comparten la experiencia de un trabajo productivo antes de casarse y se ven «excluidas» del mercado laboral tras el matrimonio. Era el modelo dominante, impuesto, casi el único posible para las mujeres mayores, las cuales en un constante ir y venir conjugan y entrelazan en sus relatos, límites y logros. Logros que nos hablan del papel activo que las mujeres mayores jugaron ante el trabajo productivo como elemento organizador de un tiempo de su vida. Es frecuente la alusión al carácter remunerado del trabajo productivo, a las cualificaciones conseguidas y a las iniciativas tomadas para mejorar en algo su situación laboral. En otros casos, lo que ellas enfatizan son deseos y aspiraciones que vislumbraron para sí mismas, ya que conservan vivos los recuerdos de aspiraciones e intereses alejados del matrimonio como único destino:

«Me hubiera gustado ir a la Universidad, sí que me hubiera gustado».
«Yo no, yo hubiera continuado trabajando».

Pensamos que lo que expresan estas mujeres sobre sus aspiraciones y deseos profesionales es distinto de las opciones pertenecientes al espacio del «ensueño»: son deseos pensados, más que soñados, en cuanto que remiten de algún modo a la formación y a las competencias necesarias para el ejercicio profesional. Cuando la entrevistada confirma que «hubiera continuado trabajando», lo que activa es una representación de su oficio que, en cuanto ejercido, sabe en qué consiste, qué comporta y las competencias que requiere. Igualmente el deseo de acceso a los estudios, de ir a la universidad, son ejes de intereses que surgen en su juventud («ir a la universidad eso es una cosa que hubiera hecho de joven»), han pervivido y se reiteran a lo largo de la entrevista, como uno de los objetivos no conseguidos e incluso como uno de los cambios que les gustaría poder realizar en sus vidas. Sucede que estas aspiraciones, deseos educativos y laborales que imaginaron para sí algunas de las mujeres mayores, nos remiten a lo que ellas quisieron ser y hacer. Aunque no están articuladas con su realidad, sí que lo están con las realidades de otras mujeres, sus propias hijas. Por ello pueden verse como un indicador propio de la preemergencia.

Más allá del modelo: motivaciones y significados

La situación varía cuando se estudian los casos de aquellas mujeres mayores que emprendieron o se reinsertaron en la actividad laboral tras el matrimonio. En el análisis se pone la atención en las motivaciones, en las razones que las llevaron al mundo del trabajo y los significados que le atribuyen.

Comenzamos con el caso de una de las informantes del grupo de amigas. Su trayectoria laboral adquiere un sentido muy particular pues es la única mujer que inicia su actividad profesional cuando se casa:

«Yo empecé a trabajar cuando me casé, pero por mi gusto, porque me gustaba mucho coser».

Dedicada hasta el momento del matrimonio a la formación profesional, hacerse con un oficio que le gusta y con el que se siente identificada, no tuvo ocasión para su inserción laboral. El gusto, el interés, la satisfacción que le produce ejercer el oficio («me hacía mucho gusto el trabajar») hacen que esta mujer se las ingenie para crear su propio puesto de trabajo, un pequeño taller de costura, dentro del espacio doméstico.

Si la alternativa tomada por nuestra informante para su inserción laboral nos habla de límites que las mujeres tuvieron para el ejercicio profesional, las motivaciones que la impulsan se nos presentan como genéricamente neutras, igual que los significados y valores atribuidos al trabajo, relacionados con el carácter remunerado del trabajo productivo y con su identidad profesional. Lo que ganaba le proporcionaba cierta autonomía económica dentro del matrimonio: «el dinero me lo guardaba yo siempre». Ella se identifica como mujer trabajadora. Sabe lo que significa trabajar con tensión y de algún modo hace que la familia sea cómplice. Primero aceptando su trabajo y dedicación, pero, además, la situación propicia que marido e hijos, implicándose en pequeñas tareas domésticas, asuman como propia una de las características de modelo emergente. Ahora ya jubilada, muestra satisfacción por su toma de decisiones, el mantenimiento de su trayectoria laboral y disfruta del tiempo propio.

Para Beatriz y Raquel el casamiento no supuso el fin de su recorrido laboral. Tienen experiencias de trabajo antes del matrimonio y se

reincorporan al mercado laboral después de unos años de dedicación a tiempo completo a la familia. Sus trayectorias profesionales y sociales son muy distintas, difieren en clase social, en cualificación y formación profesional y también en los motivos que les llevan a la reinserción laboral. Sin embargo cada caso en su sentido particular ayuda a entender los procesos del cambio.

Beatriz puede ser representativa de otras muchas mujeres de clase social baja que sin ninguna posibilidad de elección se ven obligadas a reinsertarse laboralmente ante la necesidad de aportar una nueva entrada de dinero a la familia. El trabajo como medio de subsistencia, como necesidad, marca el recorrido laboral de esta mujer, de ideología de izquierdas, a la que el corto periodo de tiempo en el que abandona el trabajo por matrimonio y dedicación a la familia, no le impide verse a sí misma como una mujer «del pueblo» que ha trabajado duro y fuerte a lo largo de su vida. Hija de asalariados del campo sin posibilidad de ir a la escuela se ve obligada a trabajar desde niña,

«Cómo iba a ir (a la escuela) si antes que valía ya me colocaron a trabajar. Si esa era nuestra vida, trabajar».

Siendo muy joven, Beatriz consciente y de forma deliberada, tras experimentar y valorar todas las posibilidades de trabajo que el mundo rural le ofrece, toma la decisión de emigrar a la gran ciudad a pesar de las dificultades que la alternativa supone para una mujer joven de su época.

«Sabes lo que es ir a coger bellotas, ir a coger aceitunas, eso era mi pueblo (...) Sabes, con las heladas... Había que retirar la bellota, la aceituna. Hasta el lugar de las aceitunas a lo mejor había tres kilómetros. Luego tenías que venir andando, hacer la comida y la cena y salir corriendo (...) Luego estuve sirviendo un poco en el pueblo. Una casa buena, eran buenas personas. Ahí había que ir a lavar al río, la cesta colgando o a la cabeza y traías la ropa unas veces seca, otras mojada. Venías rota. Horrible. Y yo dije que yo el pueblo no, que no y que no y que no».

La emigración del mundo rural a la gran ciudad está llena de dificultades. La nueva búsqueda de empleo que ha de poner fin al periodo de transición y la posterior acomodación laboral es dura y costosa. Con

diversas tentativas fallidas, sin ningún medio económico para subsistir, con el hambre presente y siempre amenazante, es el apoyo de las *redes sociales*, provenientes de su misma condición y clase social, lo que le llevó al servicio doméstico, a la casa de una familia, donde estuvo varios años hasta que se casó. Si la estrategia que ella utiliza para acomodarse en el mundo laboral no obedece a razones de seguir a la familia ni al marido, sino a la firme resolución de romper, encontrar nuevos espacios, para mejorar algo su condición de mujer trabajadora y se nos presenta como una toma de iniciativa poderosa que requiere coraje, confianza en sí misma y capacidad de superación, la exclusión del trabajo por matrimonio que pone fin al primer tramo de su recorrido laboral es una respuesta legal y socialmente marcada.

Sin embargo, pronto, movida por la necesidad, se reincorpora al trabajo en el servicio doméstico. Toma la decisión ante una situación económica familiar que empeora, con un hijo discriminado laboralmente por cierta minusvalía física a causa de una parálisis infantil y un marido al que por enfermedad laboral le dan de baja:

«Le quedaron 900 pesetas al mes con tres hijos. Así es que yo a trabajar otra vez, a lavar ropa, a lo que me salía. Mi chico, con la desgracia de la pierna, no lo cogían a trabajar en los sitios».

La continuidad laboral en empleos precarios hasta edades muy avanzadas y la conjunción de roles laborales y familiares («se quedaban mi marido y mi hijo y yo me iba a trabajar. Había días que venía y tenía la comida quemada») son rasgos que caracterizan el segundo tramo del recorrido profesional de esta mujer trabajadora.

Muchas vidas laborales semejantes a la de esta mujer son doblemente discriminadas. Primero porque nadie cotizó en la Seguridad Social por su trabajo y por ello están teniendo serias dificultades para alcanzar un mínimo de bienestar en la etapa de jubilación. En segundo lugar, porque este tipo de trabajo precario las ha hecho invisibles incluso para las estadísticas laborales, por lo que pocas veces son tenidas en cuenta.

Como contrapunto a esta experiencia desde la necesidad, la inserción al mundo del trabajo productivo por convicción, como camino para la autonomía y realización personal y social, lo representa Raquel,

quien desde distinta posición cultural y social, por procedencia de origen y casamiento, reconoce que el motivo que la impulsó al mundo laboral no fue el económico («yo he tenido una suerte muy grande, la cosa económica no me ha presionado»). Lo que por clase social pudo ser antes y después del matrimonio un alejamiento de la actividad laboral no se da en la vida de esta mujer. Su trayectoria laboral está marcada por barreras, superaciones y también contradicciones. Ya al inicio de su formación tiene que hacer ajustes entre aspiraciones y posibilidades; el deseo de ir a la Universidad tuvo que ser postergado:

«Claro, cuando era joven, pues tampoco la situación de la familia me permitía; entonces (postguerra) tenías que salir siempre fuera, no había facilidades para estudiar».

Cursa estudios en el mundo de la enseñanza y la sanidad, y su deseo de independencia y autonomía la lleva a un ingreso laboral inmediato en la sanidad pública. Aquí experimenta el cese legal por matrimonio y se abre un tiempo de dedicación plena a la familia. Madre de siete hijos aprende a integrar saberes para poder reinsertarse en el mundo del trabajo: una escuela agrícola que surge con carácter de obra social para la educación de los/as jóvenes del mundo rural. Tras más de doce años la escuela cambia de titularidad y se queda sin trabajo. En esta situación de paro que podía haber sido definitiva, su convicción personal y profesional ante el trabajo la llevan a imponerse a sí misma un reciclaje para poder trabajar en la consulta médica familiar:

«Yo me puse como obligación eso, que además me venía bien porque me gustaba; he trabajado años en la consulta hasta que decidí ir a la Universidad».

Ya mayor, inicia un nuevo periodo de formación universitaria largamente acariciado y siempre, por razones familiares y laborales, pospuesto.

De este modo en las mujeres mayores se aprecia cómo en unos casos es la necesidad, la crisis familiar, la fuerza motriz que las impulsa a reincorporarse al trabajo productivo. En otros, lo que emerge son motivaciones e intereses que nos hablan de su apuesta por romper la dicotomía socialmente establecida entre familia y profesión.

Los varones mayores

Como se verá en el capítulo 5, los hombres, a diferencia de las mujeres de su generación, no van a ver comprometida su carrera profesional por la asunción de roles familiares. La formación de una familia no supuso ningún obstáculo en sus trayectorias laborales ni hubo abandono ni discontinuidades, tampoco fue ocasión para disminuir en algún grado su actividad laboral. Para ellos el trabajo remunerado no ha sido periférico o accidental, sus historias desvelan una fuerte identidad profesional a lo largo de su trayectoria vital. Han prolongado su vida laboral al máximo y aunque en su etapa poslaboral mantienen distintas y variadas actividades, el ajuste, como manifiesta uno de los informantes, no está siendo fácil: «Me siento desencajado en el tiempo y en el espacio», manifiesta Bruno. Desconcierto, desorientación que no se aprecia en ninguna otra etapa del desarrollo de sus carreras profesionales aunque esto no quiera decir que no haya especificidades concretas y propias de cada uno de nuestros informantes en la secuencia de su actividad profesional. Lo que aquí queremos resaltar de forma concisa es la evidencia del peso de la clase social y de la división fuertemente sexuada a la que se enfrentan hombres y mujeres mayores.

Hijos de familias acomodadas, no encuentran obstáculos ni económicos ni sociales para proyectar su futuro profesional. El peso referencial de los modelos masculinos se hace patente en la educación segregada, que, como hemos visto, se les impone y en las opciones académicas profesionales que eligen. Optan por ingeniería técnica o superior, inaccesibles para las mujeres de su época y todavía de difícil acceso en la actualidad, o en otros casos por medicina, siguiendo e identificándose con modelos familiares adultos. Sin barreras para su formación y cualificación al más alto nivel, incluyendo estancia en el extranjero para su especialización, no tienen problemas para la inserción laboral, ni para cambiar o alternar ámbitos profesionales diferentes. Se saben capaces y, en función de las características objetivas de las profesiones que desempeñan, definen su trabajo con gran número de dimensiones referentes a los contenidos, las técnicas, los avances y logros. Finalmente cabe señalar que en su conjunto participan activamente en esa cultura profesional que se da tanto dentro como fuera del espacio del trabajo y les lleva a desplegar estrategias múltiples y diversas para apoyar sus carreras profesionales.

Las personas mayores como testigos y actores: del pasado al presente

Las personas mayores situadas en el presente valoran, con referencias al pasado que les tocó vivir, los cambios sociales acaecidos. Con independencia de sus propias trayectorias profesionales y vitales, sin distinción de género, clase social o ideología, ponen el énfasis tanto en los cambios acaecidos en la condición de la mujer en el mundo del trabajo («ahora no hay mujer que se quede en casa»), como en el acceso de las mujeres a la formación y enseñanza superior. La observación de la realidad, el diálogo que en sus testimonios establecen entre su familia de origen, la propia, y la de sus hijos/as les lleva a plantear el cambio en el interior mismo de la familia. Raquel que, como hemos visto, ha compartido recientemente aula en la universidad con los/las jóvenes cree que:

«Yo veo muchas chicas en la universidad; entonces eso quiere decir que ya en las familias no se hacen esos distingos, igual van a estudiar los chicos que las chicas».

La familia como generadora y transmisora de diferentes modelos, para hijos e hijas, lo recogen en sus testimonios tanto hombres como mujeres.

Un caso ilustrativo de las distintas trayectorias masculinas y femeninas dentro de la familia lo atestigua Marga, una mujer que llegó al País Vasco procedente del extranjero en la mitad de la década de los 40. Formada en una cultura donde la preparación profesional de las mujeres estaba más avanzada, es testigo de la educación recibida por las mujeres de la familia a la que ella se integra por matrimonio:

«Eran listísimas, hablaban francés, hablaban inglés pero ninguna había estudiado una carrera y ninguna trabajaba».

A diferencia de los hijos, incluido su marido, que tienen carreras universitarias e incluso salen a hacer estudios al extranjero, describe una educación para la mujer de clase alta cuyo proyecto de vida estaba orientado al matrimonio, pero que requería un capital educativo espe-

cífico para poder aspirar y mantener un determinado tipo de vida y estatus social.

Aunque como ya hemos visto, la escolarización y los itinerarios escolares recorridos por las personas mayores muestran la influencia de la clase social y la época histórica que les tocó vivir, es en los testimonios de nuestros entrevistados de clases altas donde las desigualdades de género se hacen más evidentes. Sin duda ser hijo de familia acomodada garantizaba un recorrido escolar dirigido a la profesión, mucho más claramente que si era hija. En este sentido un nuevo dato es aportado por un varón, Esteban:

«Luché mucho para que mis hermanos pudieran estudiar carreras superiores y así menos una hermana, de cinco hermanos, una hermana que allí no me empañé porque no me daba cuenta, porque no era consciente. La hermana iba a un colegio de monjas, lo típico de entonces».

Este comportamiento lo contrapone con el que tuvo con sus hijas:

«Ahí tuve las ideas más claras. Yo asistí al momento en que, al menos allí donde vivía empezaron las primeras chicas que iban a la universidad. Mis hijas fueron de las primeras. No las primeras, cuatro o cinco años antes fueron algunas. Yo hablé con ellas y les dije: el ir a la universidad lo elegís vosotras; lo que sí os puedo decir es que no podéis esperar de mí otro tipo de herencia pero me dejaré la piel para que si vais por el camino de los estudios podáis llegar hasta donde queráis».

Tanto hombres como mujeres expresan con satisfacción que hijos e hijas hayan tenido igualdad de posibilidades para el acceso a la educación y formación. Este cambio que emerge en las propias familias de nuestros informantes de más edad nos habla de nuevas socializaciones, de cómo las familias de distintas condiciones sociales van cambiando sus comportamientos y no dan prioridad a los varones respecto de las mujeres en cuanto a su posibilidad de acceso a los estudios. A su vez, las personas mayores no pueden evitar pronunciarse sobre el modo en que afecta a las carreras profesionales el que no se haya impuesto como «natural» que las mujeres deban excluirse o abandonar el mercado laboral por casamiento. La inserción laboral de la mujer casada como una realidad vivida en sus propias familias y por cada vez un mayor número de

mujeres, lleva a nuestras mayores a acentuar cómo, aunque los hombres han cambiado y ayudan, son las mujeres las que asumen la mayor carga del trabajo familiar. Ellas, desde el conocimiento de lo que ha supuesto el trabajo de amas de casa, destacan como factores de ayuda, por un lado la tecnificación de los hogares y lo que esto ha supuesto para las tareas domésticas. Marga dice que:

«Antes no había aparatos domésticos, se guisaba con carbón, la calefacción con carbón, ¿tú sabes la de cenizas que acarreamos eso? ¡Y saca cenizas!».

y por otro lado, tanto la disminución del número de hijos —«cuatro hijos eran pocos»— como el temprano ingreso a la escuela:

«Nosotras, antiguamente, hasta los cuatro años, el hijo lo tenías en casa, no iban al colegio entonces ni había guarderías ni había nada y los criabas hasta por lo menos los cuatro años».

Sin embargo la atención y el cuidado a los niños pequeños es lo que mayor conflicto les provoca. Sin exclusión, aun compartiendo la premisa mayor, que la mujer casada trabaje, en el grupo de amigas, el dilema surge en relación al cuidado de los hijos/as pequeños:

«Lo que creo es que las que puedan pedir una excedencia, pues que pidan una excedencia, que se queden en casa un par de años... hasta los tres o dos años y medio, que fuera obligatorio que los tuviera la madre en casa».

Ante esta afirmación se oyen varias voces divergentes que interrogan sobre cómo compatibilizar esta «excedencia» por maternidad con los requerimientos del trabajo: «Algunas lo podrían hacer según el trabajo que se tenga, pero otras no lo pueden hacer». De este modo vemos cómo las mujeres mayores se enfrentan al conflicto, que sin duda es vivido por muchas mujeres en la actualidad, entre maternidad y trabajo y/o no tienen respuesta o cargan todo el peso en las mujeres. Por otra parte, los varones más que reconocer confirman que la mujer que trabaja fuera del hogar no descarga sus responsabilidades domésticas e incluso ven necesario que cumplan con los deberes de esposa y madre.

Trayectorias profesionales de las personas adultas

Al abordar las trayectorias profesionales de las personas de mediana edad ya sabemos, por los testimonios y prácticas de las/los mayores, que se ha producido un cambio en la condición de la mujer en la esfera del trabajo que tendrá su reflejo en las mujeres adultas. De forma coincidente, al tratar en el capítulo anterior el posicionamiento de hombres y mujeres en la esfera del poder, se confirma a las/los adultos como protagonistas del cambio y se puede apreciar cómo la autonomía y poder alcanzado por las mujeres de mediana edad guarda estrecha relación con el aumento de sus aspiraciones formativas, acceso y permanencia en el mundo del trabajo productivo.

Partiendo de estas constataciones y para inicialmente situar a los/as adultos en su recorrido profesional, tomamos como punto de referencia las ya clásicas etapas del desarrollo de la carrera establecidas desde la Psicología vocacional por Super (1957, 1984). Todos los/as adultos, excepto algún caso, se sitúan en la etapa denominada de mantenimiento que abarca aproximadamente de los 45 a los 64 años. Como ya es sabido esta etapa en el proceso de desarrollo profesional supone haber conseguido una posición de estabilidad en el mundo laboral y haber logrado un lugar en el ámbito del trabajo, y así, las personas pueden dirigir buena parte de sus esfuerzos hacia el progreso profesional. La formación continua y la experiencia laboral son los recursos que se despliegan para avanzar y actualizar sus habilidades y competencias. Será al final de la etapa cuando se comience a planificar el tránsito al retiro. Sin embargo, el mismo autor asegura que aunque las personas pasamos por las mismas etapas de desarrollo, variamos en las secuencias de empleo y en los patrones de carrera que realizamos. Esto cobra especial relieve, como se ha puesto de manifiesto en las personas mayores, cuando se contemplan las trayectorias laborales de las mujeres desde la perspectiva del género. De ahí que también en los recorridos profesionales de las adultas, a diferencia de lo que sucede con los varones, podamos constatar dos situaciones laborales distintas. Una tiene similitudes con algunas de las trayectorias laborales de las mujeres mayores en cuanto que la interrupción de la actividad laboral por matrimonio no conlleva el

abandono definitivo del mundo del trabajo asalariado sino que, tras un periodo de tiempo dedicado en exclusividad a la familia, se inicia el proceso de reinserción laboral. La otra nos habla de cambio del modelo y tiene como principal característica el paso de la alternancia a la permanencia, de compromiso y dedicación con el trabajo a lo largo de la vida laboral.

La alternancia: abriendo caminos

Para tratar estas dos distintas situaciones laborales hemos considerado oportuno mantenerlas diferenciadas. Comenzamos con el primer tipo de recorrido laboral, es decir con el modelo de la alternancia que como era de esperar atañe en exclusividad a las mujeres. Conocer sus aspiraciones, los motivos que las llevan al nuevo ingreso en el mercado laboral y las nuevas prácticas que generan son los propósitos de este apartado y, en la medida en que los datos nos lo permitan, los contrastaremos con los aportados por los varones.

Dos mujeres adultas que comparten la vivencia de la alternancia laboral sirven para ilustrar este proceso. Las une la clase social e ideología de izquierdas. Las separan otras variables familiares, espaciales (zona rural y urbana industrial), temporales (edades diferentes) que las sitúan en contextos muy distintos. El análisis de sus trayectorias laborales nos coloca nuevamente en un contexto de barreras y límites sociales y de género en el que se vieron envueltas, pero también ante las superaciones y cambios.

Comenzamos con María, viuda, de 55 años, de procedencia rural a quien su situación social y familiar marca una infancia dura y difícil:

«Me quedé sin padre y sin madre cuando era muy niña, me fui con mi madrina que era de las ricas del pueblo y me recogió más o menos. Tenía un pequeño y para cuidarle».

Es entonces cuando adquiere conciencia de la necesidad del trabajo como medio de subsistencia —«he trabajado para comer»— quedando excluida la posibilidad de su escolarización. Sólo su empeño, muestra inequívoca de superación, le permite alfabetizarse siendo adolescente. Recuerda con orgullo este proceso cuando, junto

con una amiga, acabada su jornada de trabajo en el monte iniciaban el aprendizaje:

«Comparamos un bloc y un tintero de estos que había antes y las dos escribíamos canciones del año de la tarara y así aprendí. Anda que no emborroneé cuadernos escribiendo, me gustaba mucho».

Aunque el proceso fue costoso, sus logros fueron un éxito y, sin duda, estar alfabetizada le evitó muchas complicaciones cuando decide emigrar para mejorar su situación laboral. Todo un cambio a nivel macrosocial describe por sí solo el primer tramo del itinerario profesional de María. El paso del mundo rural al urbano; del trabajo en el campo al servicio doméstico, de éste al trabajo industrial a través de la emigración geográfica a una zona industrial.

«Estuve hasta los 15 años de niñera. Después hasta los 19 estuve con mis hermanos, vivíamos en el monte haciendo carbón, y ya con esa edad me fui a servir a Navalmoral; allí estuve hasta los 23 y me vine al País Vasco y empecé a trabajar en una fábrica».

Sin embargo el paso del servicio doméstico al sector industrial no pudo mantenerlo, hecho que sólo se explica desde la lógica de la división de lo masculino y femenino. Nos estamos refiriendo a lo que todavía en la actualidad es una aspiración de las mujeres, la igualdad salarial. Lo que gana en la fábrica apenas le da para pagar la pensión y se ve obligada a volver como interna al servicio doméstico:

«Me fui a servir a San Sebastián cobrando 1.500 pesetas al mes; en la fábrica ganaba 2.000 pesetas y tenía que pagar 400 a la semana a la patrona, conque fijate lo que me quedaba, 500 pesetas libres».

A barreras de este tipo no tienen que enfrentarse Damián³³ y Francisco, varones adultos, ambos con características muy similares a nuestra protagonista anterior. Pertenecen a la misma clase social, tienen la misma edad, apenas formación e, igual que ella, deciden emigrar pasando del sector agrario al industrial. En ninguno de sus testimonios

³³ Damián, adulto, clase baja, derecha.

los varones aluden a que los salarios les impidieran conseguir sus objetivos. De hecho su estabilidad laboral en el sector industrial genera efectos múltiples y diversos que van desde la adquisición de una imagen legitimada de obreros a llevar a cabo proyectos profesionales y vitales de los que se sienten satisfechos.

Damián concentrará sus esfuerzos en la mejora de su posición laboral y especialmente en darles a sus hijas e hijos una educación universitaria:

«Lo que no se puede consentir es que se quedasen como me había quedado yo, con las cuatro reglas; entonces por eso hay que apretarse mucho y trabajar todas las horas que hiciera falta o las que había para trabajar».

Francisco, sin descuidar la educación de sus hijos e hijas, defensor de la formación profesional sin distinción de sexo, participa activamente en proyectos colectivos a través de los sindicatos.

Sin minimizar sus logros y lo loable de sus empeños, llamando la atención sobre cómo se van incrementado los testimonios en torno a la igualdad de acceso a la educación para hermanas y hermanos dentro de la misma familia, lo que queremos resaltar aquí es que nuestra protagonista, María, a nada de esto pudo optar. Por la misma lógica de la división sexual, ella interrumpe la actividad laboral por matrimonio y maternidad: «Sí, me casé y dejé de trabajar. Yo estaba sirviendo». Esta afirmación explícita al trabajo en el servicio doméstico le sirve para ratificar, desde su experiencia y el conocimiento de los comportamientos laborales de las mujeres de su entorno, cómo ese empleo en el servicio doméstico aumentaba la proporción de abandonos laborales de las mujeres por casamiento.

Si María abandona su actividad laboral por casamiento ya que el tipo de trabajo no le permitía mantenerlo, a Gloria, de 44 años, bien escolarizada y con cierta cualificación laboral, la echan de su empleo de ayudante de laboratorio:

«El que me echaran del trabajo me dolió muchísimo, en cuanto dije que me tenía que casar fue fulminante, a la calle».

Y esto sucede más de una década después de que se promulgara en 1961 la Ley de Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la mu-

jer que, aun con sus restricciones en relación a trabajos, ocupaciones y puestos profesionales, establece entre otras normativas favorables que el cambio en el estado civil no podía modificar la relación laboral. Ella, víctima del desajuste entre lo que se legisla y la aplicación que las empresas podían hacer, inicia su trayectoria laboral salpicada en las primeras secuencias de intermitencias forzadas sin posibilidad de elección. Muy pronto se ve obligada a buscar trabajo por necesidades económicas familiares: «me planteé en serio que tenía que trabajar en lo que sea»; el empleo conseguido estaba relacionado, con la confección y, tras más de una década de actividad laboral en la que compagina roles familiares y de empleo, se vuelve a encontrar en paro por cierre de la empresa. Buena estratega, valorando pros y contras, decide que, dadas las circunstancias laborales en las que se encuentra, de búsqueda continua de empleos precarios y mal pagados sin lograr estabilidad laboral, es el momento de una nueva maternidad consciente y un tiempo para la reflexión sobre su futuro profesional.

Ambas mujeres convergen al volver de nuevo al trabajo y sus decisiones no obedecen a razones económicas familiares. La necesidad no es el factor motivador que las lleva a reincorporarse al mercado de trabajo, sino sus propias convicciones personales y el significado que otorgan al trabajo en sí mismo. María, ya con los hijos casi adolescentes, se encuentra ante la oportunidad de poder trabajar en una empresa de servicios de limpieza y la aprovecha.

«No le consulté nada (a su marido), me fui y punto. No le gustó mucho pero, bueno, se acostumbró».

La opción de Gloria como vamos a ver es mucho más arriesgada y rompedora: de hecho la consideramos por su trayectoria profesional y vital nuevo modelo. Desde la perspectiva profesional toma decisiones alejadas de su experiencia laboral y rompe con actividades laborales muy feminizadas situándose en un ámbito de trabajo masculino para el que necesita adquirir nuevas competencias, pero también significa hacerse con un oficio, que la identifica profesionalmente. De modo que inicia su preparación profesional para hacerse chófer de autobús y participar en la empresa familiar. Tiene que abrirse camino: «empecé un poco así cubriendo puestos a unos y otros», es decir, a empleados y fa-

miliars varones de la empresa, hasta que se estabiliza definitivamente. Se le presentan nuevos retos cuando la empresa cambia de titularidad y organización y toma la decisión de hacerse autónoma. Nuevos aprendizajes, nuevas responsabilidades, pero se siente bien y gratificada en su trabajo:

«ahora estoy bien, estoy muy bien, me organizo el trabajo como quiero».

Este organizar el trabajo no implica, en modo alguno, la disminución de la actividad profesional ni menor compromiso con su trabajo, puede salir de viaje para todo el día, incluso pasar noches fuera de casa, iniciar su jornada laboral a las cinco de la mañana o regresar tarde. Ella, al igual que otras mujeres rompedoras, tiene que pagar un precio por el hecho de ser mujer: clientes no habituales van a desconfiar de su valía y profesionalidad:

«Oye, pues yo he entrado con un poco de cosa, pero bien, te dicen después; cuando entran parece que no existes, no te mira nadie».

Tampoco sus compañeros de profesión se comportan como iguales:

«Me tratan muy bien pero es un trato un poco beligerante, no se cómo decirte, un poco protector. De igual a igual en el trato personal sí pero en cuanto al trabajo pues no, se sienten superiores».

Desde su experiencia Gloria confirma cómo se va incrementando el número de mujeres en su ámbito laboral al igual que en otros oficios hasta hace poco impensables para ellas, pero cree que aún queda mucho por conseguir:

«somos capaces de todo, absolutamente de todo, pero todavía queda mucho trabajo por realizar».

Valoraciones estas compartidas por otras mujeres adultas que, como veremos a continuación, lo mismo que ella son protagonistas de los cambios.

Continuidad y compromiso con la actividad profesional

La permanencia en la actividad laboral es una situación en la que convergen la mayoría de las mujeres adultas con independencia de su estado civil, lo cual también es aplicable a los varones. Sin embargo,

desde las mujeres, significa un cambio en las trayectorias de empleo como modelo alternativo que se rompe con la alternancia o la interrupción de la actividad profesional con motivo del matrimonio y/o maternidad. Además, el paso del trabajo como necesidad económica al trabajo como elemento de identidad personal incrementa y refuerza el cambio cualitativo ya emergente en algunas mujeres mayores y otras adultas.

Nuestras informantes son mujeres alejadas de la idea del matrimonio como estado «natural» femenino en función del cual hay que ajustar o disminuir la formación, buscar los empleos y/o limitar sus avances y progresos profesionales. Parafraseando a una de nuestras entrevistadas, podríamos decir que se han «montado» su vida profesional con autonomía. Ejercen su actividad laboral en distintos ámbitos profesionales y ocupan diferentes posiciones en el espacio social. Así pues, nos encontramos ante mujeres que tienen una vida laboral de continuidad, de compromiso con la carrera, de progresos y avances y en general son agentes de cambios en estas áreas educativas y profesionales.

Todas tienen estudios universitarios y poseen un capital profesional que les permite hacer, decidir, y es transferible a nuevas situaciones y trabajos. Por supuesto que su procedencia social, clases altas y medias, les ha dado posibilidades de acceso a la educación superior; sin embargo, la variable clase social no parece suficiente para explicar este hecho si no se relaciona con, al menos, «algo» que ellas pusieron y podemos denominar «empeño personal». Es en las mujeres mayores de cincuenta años de este grupo donde mejor se aprecia esta relación.

⚡ No sólo los datos biográficos muestran que son las únicas de entre las hermanas y/o hermanos que han seguido estudios sino que también son mujeres que han reflexionado sobre este hecho. En sus testimonios, sin ninguna ambigüedad, destacan cómo sus padres se preocuparon porque tuvieran una buena educación pero ante sus proyectos formulados como intenciones educativas, seguir estudios universitarios, su actitud fue un dejar hacer o mostrar cierta incompreensión. En suma fue su voluntad, su empeño personal, lo que las llevó a tomar la decisión de seguir unos estudios que las capacitara para el ejercicio de una profesión sin contar con el apoyo explícito y decidido de la familia.

Pero, además, junto a este aumento de aspiraciones educativas y ocupacionales apreciamos un incremento del anclaje del proyecto profesional con consideraciones de futuro, con la potencialidad de la carrera.

Un caso ilustrativo lo encontramos en Belén. Llevada por sus intereses —«siempre me ha gustado y me sigue gustando el mundo de la estética»— inicialmente comienza a estudiar Arte y Decoración pero muy pronto por propia iniciativa —«yo misma, pero ya te digo yo misma»— toma la decisión de reconducir sus estudios hacia el Derecho. Como rasgos significativos de su elección destaca valores personales y sociales:

«Siempre he tenido un sentimiento profundo de la justicia, y ahí también ha habido una parte de rebelión o rebeldía que viví desde que era pequeña porque no veía yo el porqué las cosas eran así (...) y ante las situaciones de injusticia siempre me he rebelado».

Esto unido a lo que en ella es una constante disposición a romper con esquemas de género:

«También la idea de hacer algo innovador porque todas las chicas estudiaban Filosofía y Letras y Derecho estudiaban muy pocas».

De hecho ella considera que esta decisión marcó un hito en su vida pues le permitió tomar otras muchas elecciones y decisiones.

Esta configuración de la opción como proyección de inserción al futuro la relata muy bien Begoña. Ahora, con 37 años, y una trayectoria profesional que tiene en su haber la asunción de puestos de responsabilidad académica a distintos niveles del organigrama universitario, ha alcanzado un estatus profesional elevado. Recuerda cómo con el apoyo y estímulo familiar opta por estudiar Económicas con el propósito de aprovechar al máximo sus estudios, que prolonga hasta el tercer ciclo. Sus estrategias para la consecución de metas pasan por establecer conexiones académicas en función de sus intereses temáticos y aprovechar sus éxitos escolares para conseguir becas que le van a permitir estudios de postgrado en universidades prestigiosas en su especialidad. Señala cómo a su regreso del extranjero, allá en el 1987, tiene hasta cuatro ofertas de trabajo: «No tengo ninguna duda, entro en la Universidad». Evidentemente a partir de esta inserción, son la formación continua, el estudio y la investigación las tareas necesarias para conseguir la seguridad y los avances profesionales.

En los varones no aparece una reflexión tan explícita y clara sobre cómo han realizado sus opciones académico profesionales o laborales.

La clase social marca el acceso a los estudios y/o sistemas de formación reglada. De todos modos, como se alude de forma constante en esta investigación, para los hombres el mundo del trabajo es un marco de referencia que les es dado y al que se proyectan. Ello no significa que no difieran en los rasgos que utilizan para constituir ese espacio significativo que les es propio o no sean distintos los modos de entender el trabajo y el grado de satisfacción que les produce.

En este sentido vemos un ejemplo en Jesús, para quien el trabajo aparece como un tema dominante, productor de identidad, de satisfacciones en el que la motivación económica no ha sido dominante:

«Tampoco tiene mérito porque he hecho lo que me ha gustado siempre. Eso es lo que diría un poco del sentido casi delirante o aristocrático de la vida, es decir, he hecho lo que he querido y nunca lo he considerado trabajo».

Para él lo que establece la diferencia entre un trabajo a secas y el trabajo como proyecto vital es la posibilidad de realizar una actividad laboral que te guste y motive. En contraste, Alfredo reconoce cómo ha tenido que saber encontrar sentido y satisfacción en su actividad, lo que le lleva a conjugar el «antes» (empleo), el «ahora» (trabajo) sin que medien cambios en la actividad realizada:

«Antes era lo que a mí me servía para ganar dinero, con lo cual, para vivir, como si el trabajo no fuera parte de la vida, sino que fuera... estoy hablando del empleo, y ahora me lo tomo como que es una cosa importante en la vida, que me ocupa un montón de horas, que organiza mi vida».

A su vez las mujeres muestran un alto grado de satisfacción profesional y lo reconocen abiertamente, como Alicia:

«He tenido la suerte de que me guste mucho trabajar, y eso es una suerte cuando encima puedes trabajar en aquello que te interesa y que te gusta».

El esfuerzo, la autoexigencia, la acumulación de aprendizajes son una constante en sus discursos. Pero, además, son las iniciativas emprendedoras, los cambios y giros que dan a sus carreras asumiendo riesgos y retos profesionales lo que valoramos como innovador.

Sus iniciativas creadoras de empleo se ubican en diferentes sectores de la actividad al igual que son distintos los tipos de empresa que crean y los objetivos que persiguen. En Belén la necesidad de dar cauce a intereses, el mundo del arte y de la cultura, es la fuerza motriz que le lleva a abrir junto con un grupo de amigos una galería de arte moderno. Junto al esfuerzo que le supone simultanear este trabajo con su formación académica, recuerda el placer y satisfacción que la experiencia le proporciona al poder canalizar sus aficiones:

«Era mucho esfuerzo porque lo tenían que hacer todo compatible y lo pasábamos muy bien pero también era siempre mucho trabajo».

El interés por el desarrollo del mundo rural es lo que lleva a Lourdes a tomar la decisión de crear una empresa de agroturismo. Su iniciativa se inscribe dentro de un proyecto más global y colectivo de carácter innovador para dar continuidad e impulsar económicamente el mundo agrario y a las mujeres que trabajan en él.

A través de redes personales y sociales, Aida encuentra la oportunidad junto con una amiga de abrir un laboratorio en una clínica privada. Nuestra informante recuerda que era un puesto de difícil acceso para las mujeres en aquellos años pues si bien para la inserción laboral no había problemas, sí y muchos para poder acceder a puestos de dirección, ya fueran laboratorios, departamentos u otros semejantes. Tras más de quince años de dedicación —«exigía trabajar los 365 días al año las veinticuatro horas»— y compaginar el trabajo laboral con el reproductivo se produce una reorganización de la clínica y tiene que abandonar su laboratorio. Aida en la actualidad es un ejemplo de la desilusión y el vacío profesional que supone para algunas mujeres el trabajo a tiempo parcial tras largos años de asumir responsabilidades y funciones directivas:

«Te digo que estoy en esa... profesionalmente es como si me hubieran jubilado, me da mucha pena pero es así».

Sin embargo, este grado de frustración no le impide contemplar la posibilidad de nuevas iniciativas emprendedoras.

La capacidad para generar ideas y consolidar estas iniciativas emprendedoras, tanto para la inserción y estabilidad laboral como cuando da

un giro en su carrera cambiando de actividad y ámbito profesional, es lo que caracteriza a Alicia. Esta mujer proveniente de familia acomodada, de poco más de cincuenta años, toma su primera iniciativa emprendedora a la vuelta a su lugar de origen y tras un año de inactividad por maternidad. Este periodo no es improductivo desde la perspectiva laboral ya que lo utiliza también como tiempo propio para planificar y crearse su puesto de trabajo: abrir un centro de expresión corporal. El proyecto no cuajó, aunque estaba en consonancia con su formación y con un despliegue teórico-práctico importante en el ámbito educativo en el momento en que lo plantea. El fracaso no la paraliza, al contrario:

«Me permitió empezar a proyectar, junto con algunos compañeros míos de facultad y algunos maestros que eran gente con muy buena disposición y muy buen *currículum* en magisterio... un proyecto educativo, que hace dos años cumplió ya los veinte años de existencia».

Sus raíces están en el proyecto anterior pero es mucho más global: formar una cooperativa para la creación de una escuela que se concibe como innovadora, progresista, donde la enseñanza se realice en la lengua del país al que pertenece. Inicialmente, para su implementación, el proyecto requiere entusiasmar a un grupo con el fin de que haga suya la idea y se comprometa:

«Me puse en contacto con compañeros míos de la facultad que sabía que habían hecho pedagogía, algunas de esas personas estaban trabajando en la escuela de magisterio y entonces a esa persona le pregunté por alumnos que se hubieran destacado en el último curso, en la última promoción, que vislumbrara que iban a ser buenos profesionales y entonces hicimos unas reuniones en mi casa, lancé la idea y, a partir de ese momento, la idea ya fue de todos».

El trabajo en equipo, la cooperación, el compartir ideas y conocimientos son cualidades que ella valora y aplica. Además es importante destacar la capacidad que muestra para explorar, desde los trabajos que hace, nuevos elementos de la realidad. Hay que tener amplitud de intereses, confiar en las propias capacidades y sobre todo estar dispuesta a correr riesgos.

«Trabajando en la escuela había publicado algunas cosas y llegó el momento en que pensé que me iba a dedicar a la literatura o trabajar desde

una editorial —sé de ella por esta segunda opción— vuelvo a poner en marcha el mismo procedimiento que la primera vez: pensar en las personas de mi entorno a las cuales podría interesar un proyecto editorial».

De este modo dando un giro a su carrera, toma una nueva iniciativa que comienza clarificando intereses, definiendo metas y sigue con la selección de los participantes con los que tiene vínculos afectivos. Con este criterio se hace una búsqueda de personas con capacidades y aficiones que puedan formar parte de su proyecto:

«Sí, yo la editorial la monté haciendo una revisión de mi entorno afectivo y seleccionando de ese entorno afectivo las personas que ya tenían una vinculación con el mundo de la lectura o de la edición de libros infantiles».

Racionalidad y afectividad no entran en contradicción, al contrario, se aúnan y la afectividad es un valor que ella valora como una de las razones de sus éxitos. El nuevo proyecto, aun compartiendo con el anterior un modo de hacer, tiene aspectos distintos que lo hacen innovador. En primer lugar, toma la iniciativa teniendo ya un trabajo por el que ha luchado y que le gusta pero, además, cuando decide dar un giro en su actividad profesional y crear la nueva empresa tiene más edad. La edad no la detiene.

«Hay un cambio cuando dejo la escuela y empiezo una actividad completamente distinta, el cambio de la incertidumbre, porque era una actividad profesional en la que nunca había pensado; el ser editora. Otros editores colegas han trabajado en algún momento en una imprenta, han tenido alguna experiencia previa, pero yo era una persona que quería ser escritora, que de repente analiza el panorama editorial de la ciudad y piensa... pues casi estaría bien que creáramos una editorial».

En Alicia, igual que en otras mujeres, se evidencian nuevas características emergentes como el dinamismo, la flexibilidad y el sentido de la oportunidad:

«Fue oportunidad la creación de la escuela y fue oportunidad también la creación de la editorial».

Esa disponibilidad, unida al deseo de dar giros en las trayectorias profesionales, es similar a la que aluden algunos varones para narrar cómo actúan ellos. Así, dice Carlos:

«Las oportunidades se presentan pero en mí está el deseo. Realmente en mi cabeza está el hacer otras cosas».

Este es el caso de Juana, quien considera fundamental la independencia económica para las mujeres y esta idea la tuvo clarísima desde muy joven. Por ello ideó una trayectoria para sí misma que le posibilitara cuanto antes su inserción laboral. Opta por los estudios de enfermería:

«Pues porque me parecía bien y era una forma para poder transformar las cosas...y entonces al día siguiente de terminar la carrera me puse a trabajar».

De todos modos sus aspiraciones intelectuales eran otras, y continúa estudiando para dar salida y desarrollar otros intereses y aspiraciones. Éste será un hecho clave para dar un giro en su trayectoria profesional. En principio este giro supone una pérdida económica, la inseguridad laboral y la asunción de nuevos riesgos y retos. Para realizar su inserción y estabilizarse en su nuevo puesto de trabajo, debe dedicar mucho tiempo propio a la formación obteniendo grandes avances en su carrera profesional. Ella cree ser una privilegiada: pudo elegir el trabajo que quería desempeñar y también cambiarlo.

La oportunidad para un cambio se presenta para otras mujeres cuando, en el curso de la actividad profesional, tienen diseñados nuevos planes para futuros inmediatos y la nueva situación viene a trastocar lo previsto. «Fíjate, había planificado aquello, por eso tampoco planifico nada porque había planificado toda la historia y luego va...». Las nuevas opciones le han venido a Belén de fuera del ámbito universitario en el mundo de la cultura y la política. Estar abiertas a nuevas y variadas posibilidades, sin planes cerrados a priori, sino que se modifican y definen, es la experiencia vital de algunas de nuestras informantes que han dado avances y giros en sus carreras. En general, tanto hombres como mujeres enfatizan su capacidad para transferir habilidades y conocimientos de unas situaciones a otras, viviendo los cambios como una acumulación de aprendizajes que se integran.

Trayectorias profesionales de los/las jóvenes

Con el fin de entender más adecuadamente el colectivo de jóvenes se parte para el análisis de dos condicionantes como son la edad y la difícil situación del mercado laboral. Ambos factores se conjugan y hacen que muy pocos de nuestros informantes disfruten de estabilidad laboral. Algunos porque todavía no han acabado sus estudios y/o los prolongan en busca de una mayor cualificación, conscientes de las dificultades del acceso al mundo del trabajo. Otros están inmersos en el proceso de inserción, proceso que ha variado radicalmente respecto a épocas anteriores: «Antes en aquellos tiempos —dice Juana, una mujer adulta— no había dificultad para conseguir el empleo. Me puse a trabajar al día siguiente de acabar la carrera». Esto es casi impensable para los/las jóvenes de hoy pues la transición del mundo educativo al laboral ha pasado de ser automática a convertirse en un proceso complejo.

A las altas tasas de paro que sufren hay que añadir las nuevas formas de empleo: contratos temporales, trabajo a tiempo parcial además de otras modalidades generadas a través de un complicado sistema de contratación que lo hacen cada vez más difícil y frustrante. Para K. Roberts (1997) la inserción se ha convertido en un proceso cargado de incertidumbre que B. Echeverría (1997) define como lento, largo, arriesgado, diversificado y complejo. En otras palabras, se ha pasado de una situación en la que la gran mayoría realizaba una integración casi automática a una integración tardía que demanda un aumento constante en el umbral de lo exigido para acceder y mantenerse en el empleo. Esto lo perciben, saben y viven nuestros informantes jóvenes que prolongan sus estudios o combinan formación con trabajo buscando su inserción profesional.

En general diferencian con claridad la inserción laboral de la inserción profesional para la que se preparan o a la que aspiran. La primera de ellas hace referencia a la consecución de un trabajo que puede no coincidir con la capacitación del trabajador/a y que queda muy bien ejemplificada en Miguel cuando en la entrevista expresa que trabaja para «ganarse el pan» y ha buscado siempre un trabajo que le permita estudiar, tanto cuando ha cursado sus estudios de licenciatura de Psicología como ahora que cursa los últimos créditos de doctorado y pre-

para su tesis. Remarca que su prioridad es tener un dinero que le permita vivir aunque sea muy estrechamente y que se acople a los estudios: «Estoy por la noche en un lugar donde hago la función de conserje». Para él los estudios han ocupado un lugar central en su vida:

«Para mí, el estudio era el no estar en mi casa con mi padre; entonces para mí era un refuerzo enorme el no estar en mi casa y además el estudiar y traer buenas notas a casa me suponía que me trataban menos mal que a mis hermanos y para mí siempre fue un refugio y lo sigue siendo; estudiar es un refugio. Es como algo sólido que está ahí y que a uno le permite engancharse y le trae muchas cosas positivas».

Si pronto asocia los logros escolares con evitar o al menos disminuir el maltrato infantil (ver capítulo 5) supo, sin duda, encontrar el placer y la satisfacción del estudio en sí mismo sin desvincularlo por ello ni de las posibilidades personales y profesionales que el acceso a estudios universitarios le abrían, ni de las expectativas y confianza que en él depositaron las personas que le ayudan y le proporcionan los medios para estudiar. Miguel se siente parte y deudor de un proyecto colectivo: «Yo soy un chaval del proyecto de Enrique», proyecto encaminado a paliar la situación de los sectores menos favorecidos en general y de los/las jóvenes en particular. Él es un referente para estos jóvenes con los que se siente comprometido, los cuales tienen grandes dificultades por procedencia y entorno para proyectar un futuro a medio y largo plazo, atrapados como están en un aquí y un ahora. Por otra parte, en él se observa cómo la inserción profesional y social en un futuro próximo está indeterminada. Uno de los requisitos que exige es que el trabajo no entre en contradicción con sus principios ideológicos, de hecho relata cómo ha rechazado algunas oportunidades —«ganar un montón de pelotas»— por la oposición que la función, la actividad profesional a realizar, suponía con sus valores: «tengo muy claro que iba contra mis principios». A lo largo de la entrevista pone el énfasis en cómo el trabajo intelectual, el estudio, es fuente de satisfacción personal y profesional y donde se sabe competente:

«Si algo yo sé hacer bien es estudiar y si algo me ha reforzado mucho es la Universidad».

Aunar estas dimensiones con una dedicación activa y de compromiso con el cambio social son sus aspiraciones profesionales/vitales, siendo muy consciente tanto del conflicto de la distribución/compaginación de los «tiempos» como de las dificultades que el mercado laboral presenta para los jóvenes.

Miguel, en el marco de su acusada conciencia social y de su compromiso con las personas desfavorecidas, no puede permanecer ajeno a las reivindicaciones feministas. Al reflexionar en su discurso sobre las desigualdades genéricas, ponerles nombre y situarlas en los distintos contextos y espacios, se aprecia cómo en lo que respecta a la división sexual del trabajo, su discurso, al igual que el resto de los jóvenes varones entrevistados, está centrado en la doble jornada de la mujer y correlativamente en el reparto de tareas domésticas y cambio en las actitudes y prácticas de los varones:

«Yo lo que creo es que hay mayor voluntad por parte de los chicos a asumir ciertas tareas, pero son reducidas; no son el 50%, son reducidas (más equilibradas en la limpieza de la casa y cuidar a los niños) y dependen de si es de un talante más abierto o menos abierto de ese hombre. Pero, vamos, con respecto a la generación de mis padres sí hay grandes avances».

De todos modos, lo consideramos un cambio genérico si a ello se une la voluntad de las jóvenes por no asumir como «natural» comportamientos prescritos. Ellas en general, reclaman su papel activo en el cambio y no ocultan el esfuerzo que esta nueva socialización requiere. Así, tenemos ejemplos de jóvenes que en sus relatos cuentan cómo se han enfrentando consciente y deliberadamente al proceso de naturalización de las diferencias sexuales establecidas cuando compartían pisos con chicos y tendían inicialmente a hacer todo el trabajo doméstico:

«Luego, yo sentada, ya lo hará él y si no lo hace pues que no lo haga pero (me decía) no se lo hagas tú».

Este rebasar genéricamente la situación dada toma forma como proyecto profesional en Lucía, joven de procedencia obrera, estudiante de tercer curso de ingeniería al desafiar con su toma de decisiones la clase social y los llamados «campos femeninos». El prestigio y el grado

de masculinidad/feminidad son los rasgos que caracterizan un proyecto profesional definido —«quiero ser ingeniero»— al que alude reiteradamente a lo largo de la entrevista. Al analizar detalladamente su elección vocacional se observa cómo en Lucía el prestigio de las profesiones aparece asociado de modo primordial con la excelencia escolar, con una formación inicial muy selectiva:

«Me parecía la bomba, eso no sé... Yo pensaba que iba a poder con todo y decía: si es para lo que más nota piden, seguro que es lo más difícil, a ver si puedo con ello».

Los éxitos escolares, el gusto por el estudio, los apoyos familiares refuerzan su imagen de persona capaz:

«Sentirte que eres....a mí desde pequeña me han dicho que yo iba a poder con todo lo que me echan y más».

Es consciente de que su elección rompe con los estereotipos de carreras apropiadas para las mujeres y de la dificultad que tienen las jóvenes para identificarse con profesiones marcadas genéricamente:

«Los chicos son más... no sé si no lo ven tan difícil eso de pensar como ingenieros, para los chicos es más fácil que para las chicas».

Este y otros costes: escasos recursos económicos para sus gastos, las dificultades con algunas asignaturas, no son obstáculos para modificar su proyecto. Es el proyecto el que marca sus prioridades —«para mí es fundamental sacar la carrera»— sabiendo que otros deseos tienen que esperar:

«Encontrar a una persona con la que esté a gusto e irme a vivir en cuanto pueda, o sea, no me hace falta encontrar a alguien para irme de casa, espero irme en cuanto pueda, pero es a muy largo plazo porque todavía estoy en tercero y me quedan todavía unos cuantos años hasta que pueda irme».

Igual que para ella el proyecto profesional marca su universo de referencia, para la mayoría de las jóvenes entrevistadas, los estudios, la for-

mación y cualificación continua y correlativamente la estabilidad laboral son actividades sustantivas cargadas de intencionalidad cuya consolidación priorizan como camino para conseguir su independencia y seguridad. Lo que valoramos como una consolidación de los cambios.

Para Olga, de 29 años, de clase acomodada, asegurar el futuro pasa por la estabilidad profesional:

«Antes no le daba mucho valor a la estabilidad, a tener una seguridad de futuro, si no hubiese sido más ordenada en mi vida, quiero decir, hubiese hecho más lo que se pide, o sea que me movía más la inquietud, el conocer otros sitios, otra gente, por encima de asegurarme».

Ella no llegó a cristalizar su opción profesional en sus inicios universitarios y tomó la decisión de romper con su ambiente, salir al extranjero y buscarse la vida. Perfecciona idiomas, hace cursos y vive de su trabajo adquiriendo una experiencia laboral que le sirve para valorar sus capacidades y competencias. Sin embargo a su regreso al lugar de origen el proceso de inserción está siendo costoso:

«Ahora mismo me dedico a buscar trabajo y a intentar hacer cursillos para completar mi formación».

A Olga esta situación le lleva a echar en falta una profesión, un oficio que le articule y la defina profesionalmente:

«Me gustaría quitarme esa cosa que tengo a nivel profesional, que si no puedo, que si no sé, que si tal y cual. Me gustaría encontrar algo en lo que pudiese de alguna manera, aunque no me haya preparado para ello, pues en lo que pudiera estar a gusto y trabajar y que me gustase para quitarme un poco esa cosa».

En ese sentido Alain Touraine (1999) señala cómo cada vez más, en una situación de incertidumbre laboral, «el oficio constituye un elemento de continuidad en la vida profesional y, por tanto, una condición de identidad personal». Así parece que lo entienden las jóvenes que ante la opción estudios/trabajo se decantaron por el trabajo y hoy están en empleos poco cualificados que no les satisfacen ni por sus contenidos ni por las posibilidades que les ofrecen para el avance, y se es-

fuerzan por reemprender los estudios interrumpidos hasta poder hacer una inserción profesional más acorde con sus nuevas aspiraciones. Valoramos de forma significativa estos cambios y el nexo que establecen entre educación y trabajo, y la confianza que tienen en sus capacidades al ir redefiniendo su proyecto profesional.

Un caso es el de Marta que vive con contradicción la decisión de haber dejado sus estudios y haber optado por el trabajo.

«Donde trabajo no tiene nada que ver con lo que he estudiado pero, por desgracia, cuando terminé los estudios pues, no... yo tengo auxiliar administrativo y cuando terminas de estudiar eres joven, quieren gente con experiencia (los que contratan); cuando eres ya mayor como han pasado muchos años que dejaste de estudiar, pues ya no vale y total que he acabado en hostelería».

Ella ha conseguido «su oficio», camarera, a través de experiencias de aprendizaje en el mundo laboral empezando desde abajo —«he trabajado de ayudante de cocina, lavando platos, pero siempre en la hostelería»— y el trabajo le gusta, pero ella opina «creo que valgo más». Afirmando sus capacidades redefine desde el presente sus aspiraciones de futuro.

«Yo, como ya soy mayor, está claro que no voy a ir al Instituto, pero ahora cuando cumpla 25 años, que los cumpla la semana que viene, quiero hacer el ingreso a la Universidad para mayores de 25 años. Quiero hacer empresariales».

Los jóvenes varones, además de lo ya aludido sobre el reparto de tareas domésticas, asumen de forma generalizada en sus discursos la inserción de las mujeres en el mundo del trabajo y su desarrollo profesional. Los logros que mencionan en esta fase de su trayectoria profesional no difieren de lo alcanzado por las jóvenes. Tienen amigas, novias, hermanas, y saben que ellas también han definido su proyecto profesional con intencionalidad de futuro y buscan su autonomía e independencia.

4. Las emociones en la socialización y en la autopercepción

Vamos a analizar los procesos de socialización, tomando las emociones como factor fundamental de su desarrollo. En el proceso de socialización primaria, el contexto familiar y la actuación de los progenitores inciden directamente en la aparición y consolidación de los modelos emergentes, que se ven reforzados por la acción educativa de la escuela. Las particulares vivencias de la niñez condicionan, favoreciéndolas o dificultándolas, haciéndolas presentes o negándolas, la cristalización de una serie de características, en la definición de los roles sociales.

En las dos últimas décadas que delimitan temporalmente el estudio se da la ruptura del modelo hegemónico que había orientado la labor socializadora de la familia en los años de la postguerra, modelo hegemónico constituido sobre una clara oposición de los roles y aprendizajes de niñas y niños, y un marcado clasismo en las relaciones sociales. Junto a la aparición de nuevos modelos, que presentan una cierta intercambiabilidad de los roles de género, resultado de una mayor apertura política e ideológica, se da también el paso al desempeño del rol de padres de aquellos jóvenes progresistas que se han socializado en la contestación a los modelos dominantes. Los constructores y potenciadores de estos nuevos modelos son los nuevos movimientos sociales, el feminismo en particular, y los distintos movimientos de renovación pedagógica.

Una educación más abierta, y el contexto social que la hace posible, da lugar a la emergencia, a la posibilidad de modelos alternativos en los que aparecen con fuerza valores como la independencia, la solidaridad, la ayuda mutua, el respeto a la diferencia, etc. Estos modelos

aparecen, además, como superadores de la dicotomía genérica, como diseñados para ser ocupados indistintamente por hombres y mujeres. En ellos se muestra un equilibrio entre la racionalidad y la emocionalidad. Entre las características que definen su aparición están ciertas limitaciones y deficiencias derivadas de una falta de definición y concreción de esos modelos, así como una falta de seguridad de los actores sociales, que los hacen suyos, de cuál es su labor y responsabilidad frente a los modelos dominantes. Estas limitaciones y deficiencias son particularmente significativas en lo referente a la organización de las emociones y los sentimientos. Esto da lugar a una toma de conciencia de la necesidad de trabajar e integrar esa área de la estructura, la de los sentimientos, en la praxis social, pero todavía no cristaliza en una actividad diseñada y dirigida a la construcción e implementación de políticas a favor de la implantación de esos nuevos modelos.

La necesidad de educar a sus hijos e hijas en un contexto de mayor libertad que aquél en el que ellos se socializaron, y su concepción de la misma, lleva a los padres y madres a negar, a no plantear la necesidad de unos límites, de una autodisciplina, de un trabajo individual destinado a alcanzar una seguridad. Son varios los/as jóvenes entrevistados que reprochan a sus padres —la generación de adultos en nuestro estudio— no haberles educado en una mayor autodisciplina, no haberles obligado a hacer ciertas cosas, como terminar una carrera, un oficio, que más tarde les hubieran dado más oportunidades de hacer realidad sus metas. Esto no significa que no valoren la autonomía conseguida a través de una educación más abierta. Un ejemplo lo presenta Olga:

«Hombre, influida siempre, pero yo pienso que soy bastante autónoma: yo pienso que a lo mejor influye la educación de mis padres que siempre me han dejado, demasiado quizás, ahora me doy cuenta, demasiada libertad para hacer lo que quisiera... todos estamos influidos pero pienso que ahora incluso me doy cuenta de que si me hubieran obligado un poco más a hacer determinadas cosas lo hubiera agradecido».

Por otra parte, la asunción de los padres varones de la responsabilidad del cuidado y educación de los infantes, tradicionalmente vincu-

lada a las mujeres y unida a los sentimientos y a lo femenino, acompañada de la manifestación pública de la misma, puede introducir un incipiente cambio en las formas de socialización habituales. Cómo es entendido y valorado este «nuevo padre» es fuente y origen de contradicciones de todo tipo en los distintos sectores sociales y personas individuales, cuya resolución posibilitará la cristalización de nuevos modelos. Alfredo, que ha criado a sus dos hijos, afirma que en su vida ha habido dos arquetipos:

«El masculino, porque era una cosa que yo veía que no tenía pero que a lo mejor me gustaría tener, pero ni me veía con capacidad de tener. Y por otra parte, el femenino, que era donde yo me encontraba más a gusto, pero claro, es que luego, teóricamente, yo he sido muy aceptado por mis amigas feministas, entre comillas».

El cuidado y dedicación a hijos e hijas, por parte del padre, se muestra con orgullo y valora positivamente, cada vez más, por diferentes sectores de la sociedad. Ello nos muestra un cambio en el papel de los sentimientos en la definición de la dimensión social y pública de los roles genéricos masculinos. Un conocimiento más detallado del carácter de estos cuidados, responsabilidades asumidas, tiempo dedicado, prioridades respecto a otras actividades, nos daría una idea más concreta del alcance de este cambio. Esto aparece en la entrevista a Jesús, que aunque no está siempre presente, sí es el responsable fundamental del cuidado, y tiene que organizar su tiempo en torno a las demandas que genera el cuidado de su hija.

Es cada vez más extendida la opinión, que se traduce a su vez en práctica habitual, de que a los hijos e hijas han de dárseles las mismas oportunidades de formación en el seno de la familia, sin distinción de sexo. Esta opinión va en ocasiones acompañada de una defensa de la igualdad, de la no-discriminación de género, siendo en otras ocasiones sólo defendida o planteada su aplicación dentro de la propia familia; reflejando en todos los casos una presencia y valoración de los sentimientos hacia los hijos e hijas que va a incidir en las distintas socializaciones a las que van a tener oportunidad de acceder unos y otras. Las experiencias de educaciones y socializaciones más igualitarias juegan un papel central en la preparación para el acceso al mundo del trabajo, como

paso en la consecución de una autonomía económica que es básica para conseguir una autonomía personal.

Un factor cuyo peso en la socialización no debemos ignorar es el grupo de iguales, que muchas veces contrarresta y, a veces, anula la influencia de la familia y la escuela. La importancia de los grupos de iguales traspasa las diferencias de edad, clase social, como sistemáticamente ha mostrado Josepa Cucó en sus estudios sobre la amistad.

Socialización en el grupo de iguales

Las mujeres siguen conformando grupos de iguales, en el interior del cual se disuelven las diferencias y desigualdades en pos de unas finalidades u objetivos comunes. Hoy es ésta la forma de socialización más apreciada por las mujeres. Estos grupos presentan una mayor continuidad y duración en el tiempo, no disolviéndose por el matrimonio o la formación de una pareja estable, como ocurría cuando eran los hombres los únicos que constituían estos grupos de iguales, pasando las novias y esposas a formar parte del grupo del marido. Estos grupos basados en las relaciones de amistad se complementan con aquellos que surgen del movimiento asociativo, unas veces, en torno a las actuales casas de cultura o centros cívicos donde se llevan a cabo una serie de actividades que rompen con el espacio y el quehacer doméstico, que era anteriormente el que delimitaba la vida de muchas mujeres. De ahí que en la oferta cultural de los distintos centros cívicos tengan un lugar importante los intereses y necesidades de las mujeres, expresadas a través de sus asociaciones específicas.

Los hombres mayoritariamente siguen ocupando sus clásicos espacios: clubes deportivos, sociedades gastronómicas, grupos creados en torno a una particular actividad, entre otros. Las emociones o sentimientos que están en la base, constitución y permanencia de estos grupos, se muestran públicamente y se valoran como alternativa socializadora frente a otros grupos de interés. Los hombres por su parte mantienen sus grupos de iguales con objetivos y finalidades más diversas, pero en ellos las emociones, aunque no se niega su presencia, no se muestran públicamente.

Por encima de la valoración positiva que todos, hombres y mujeres, presentan de la amistad, de los sentimientos y de su aceptación

como patrimonio de todos, se han construido y utilizado definiciones de lo masculino y lo femenino, basadas en la ocultación y la presentación externa de las emociones, respectivamente. Hay por lo tanto un doble discurso.

Modelos de referencia

En el colectivo de personas mayores, hombres y mujeres entrevistados, se muestran diferencias claras en relación a aquellas figuras que han podido admirar o ser referentes en sus vidas. Los hombres seleccionan el modelo referencial a través de modelos masculinos que pueden estar representados en el padre y/o maestro, como expresiones de la autoridad y el poder. En contraste las mujeres no hacen ninguna mención explícita a modelos concretos y definidos, sean masculinos o femeninos. Lo que ellas van a valorar positivamente son una serie de capacidades como la inteligencia y el dominio de conocimientos, muy alejadas de aquellas cualidades y valores a ellas adjudicadas. Probablemente, conscientes del dominio de aquellas cualidades propias de la dedicación y el cuidado, y carentes de modelos alternativos al rol asignado, las mayores toman como fuente de inspiración a personas reales o ficticias y de ellas extraen aquellos valores ya indicados.

En el grupo de entrevistados de edad adulta sigue habiendo un reconocimiento de la figura del maestro que representa el conocimiento. También cobra importancia la referencia afectiva de las personas pero siempre relacionada con otros valores. A modo de ilustración tenemos la cita de Juana, para quien su abuelo materno viene a ser una figura valorada muy positivamente: «...Un hombre agricultor que apenas sabía leer y escribir pero tenía unos conocimientos y una sabiduría».

La mayoría de las componentes del grupo de mujeres adultas entrevistadas, al referirse al modelo que han tenido o al mostrar referencias significativas que hayan podido influir en sus vidas, destacan la figura del padre. Dan a entender que ha tenido una gran fuerza motivadora para enfrentarse a la exigencia del trabajo. Se le relaciona con la responsabilidad y con la capacidad de tomar iniciativas. Así podemos constatar en las manifestaciones de diferentes informantes adultas, clara referencia al trabajo bien hecho, a aspirar a ser el mejor:

«Desde pequeños nos transmitió un mensaje... decía mi padre: fontanero pero el primero». Parece que ese mensaje familiar ha tenido su influencia:

«Cuando éramos pequeños yo decía: seré intelectual; otra de mis hermanas decía: yo seré rica, y otra decía: yo seré una buena ama de casa. Todas hacen muy bien lo que hacen y son todas igualmente competitivas. Es que mi padre era competitivo y mi madre lo es, yo creo que ese es un modelo que todos lo hemos absorbido».

El trabajo bien hecho se entiende más como propio de una persona competente, que domina su oficio y profesión, que como competitiva, que es el resultado de su adecuación a un determinado modelo de sociedad occidental en la que el valor fundamental es la producción de bienes y el trabajo relacionado con ella. Esta mujer entrevistada refleja en el modelo de su padre una persona trabajadora y competitiva.

En Alicia, pese a que rompió con su padre por el amor del que sería después su marido, volvemos a presenciar la valoración de su padre:

«Ha sido siempre un referente muy claro por su honestidad. Él era un hombre de derechas, pero aceptaba tener una hija no de derechas. Su idea del trabajo, de la solidaridad, de la generosidad... me han marcado mucho».

Como contraste se señala que en el caso de Lourdes ha sido la madre la figura modelo. La madre encarna la fuerza del trabajo, el espíritu de sacrificio y de entrega a los demás sin dejar de lado su implicación activa en la consecución de metas, en la búsqueda de soluciones alternativas para dar nuevas respuestas a todo lo que se presenta día a día:

«Mi madre es una mujer que sabe mirar hacia delante y procura dar respuestas para ir avanzando... el trabajo no le da ningún miedo, ella procura hacer lo que está a su alcance, y es capaz de sacar la fuerza para lograr rendimiento... las mil necesidades le han impulsado a la búsqueda de respuestas».

Le asombra la capacidad de su madre para darse e implicarse en el mundo rural. Ella le ha transmitido la conciencia de tener que dar

apoyo a la mujer del ámbito agrario, aunque reconoce que le ha creado cierta dependencia y que ha sido bastante normativizadora por su convicción religiosa lo cual ha influido en su proceso de socialización.

Se ha visto que a lo largo de las trayectorias de vida se hace referencia a un modelo presente en la familia que representa inteligencia, conocimiento, adaptación a diferentes situaciones, capacidad de previsión, generosidad, apertura para la comprensión y otras. A diferencia de la figura destacada del padre como modelo influyente para la mujer que se adentra en el espacio público, el modelo de madre queda en un plano más oscuro por su menor presencia en la esfera pública. Sin embargo, a lo largo de las entrevistas se percibe la fuerza estimuladora de la figura de la madre y su incidencia en la toma de conciencia de la situación menos privilegiada de la mujer. Otro hecho a destacar es la explicitación que se ha hecho acerca de las cualidades que debe integrar la caracterización de la mujer. Muestra de ello es lo que manifiesta Alicia con relación a las cualidades deseadas en una mujer:

«Que sean mujeres seguras de sí mismas, la espontaneidad, el sentido lúdico, capacidad para la comunicación... y desde luego la inteligencia».

En los hombres jóvenes, es el caso de Eduardo, el modelo parental toma como referencia positiva al padre, y también a la madre. En el caso de un hombre joven de clase baja, se atribuye a la madre la característica de ser fuerte:

«Ella tiene mucha fuerza y nos la ha pasado a nosotros... tengo un carácter parecido a ella».

En general se aprecia una valoración negativa de las personas conflictivas y poco constructivas. Señalan como antimodelo la figura del padre cuando está asociado al autoritarismo, a la falta de tolerancia y la poca apertura a la vida. Igualmente valoran negativamente algunos aspectos relacionados con el modelo materno, entre ellos, la sumisión, la debilidad y la dependencia de la mujer respecto al hombre.

En el colectivo de las mujeres jóvenes hay una tendencia a identificarse con la madre o el padre: generalmente se identifican con aquella o aquel que presenta características que hacen referencia a la intelligen-

cia, a la disposición de ayuda o de apoyo prestado y a la disponibilidad ante situaciones que han requerido implicación.

Hay un reconocimiento de que la generación de los padres fue luchadora y entusiasta. Sin embargo la imagen de su propia generación en el grupo de jóvenes universitarios está asociada a la influencia de los medios de comunicación, especialmente a la TV a la que se achaca incidencia directa en el origen del desencanto y el desengaño.

Para las mujeres adultas los antimodelos representan aquellas cualidades que son rechazadas por las mujeres en general. Se explicita el rechazo al autoritarismo, la altivez, la superioridad y el proteccionismo. En el contexto de numerosas entrevistas se constata la referencia a otras cualidades que representan cierta movilidad en dirección al cambio de cualidades referidas y roles asignados genéricamente. Se debe reconocer que el movimiento feminista ha sido un revulsivo ideológico y que se han dado algunos cambios. Admitiendo que realmente no han abundado modelos reales de mujeres con las que identificarse, sí que algunas de las mujeres adultas han tomado conciencia de que ellas son la referencia para otras. En algunos hombres entrevistados, con mayor frecuencia entre los mayores y adultos, se evidencia la asignación de cualidades diferenciadas en la percepción de la figura del padre y de la madre. Esto induce a pensar que en el proceso de socialización intervienen, por un lado, la experiencia vivida en el contexto singular y, por otro, las referencias establecidas en universos más amplios que vienen a identificarse con los colectivos de hombres y mujeres en función del género.

Autopercepción

Los procesos de identificación de hombres y mujeres están estrechamente relacionados con las expectativas sociales y los procesos de aprendizaje desarrollados en torno a los roles asignados. Todo ello nos hace ver la dependencia de la autopercepción respecto a los diversos procesos de socialización. El proceso de socialización diferenciado implica una desigualdad de poder entre el colectivo masculino y el femenino de modo que el marcaje de la diferencia, a favor de los hombres, adquiere más peso en la configuración de los sistemas de género.

En el análisis de su experiencia de vida de cómo se sienten y viven las mujeres y los hombres, tratamos de ver si se dan convergencias o diferencias de género, edad e ideología. Es interesante ver qué manifestaciones o expresiones de emociones emergen y a qué referencia de vida se asocian. Ésta es una de las razones para realizar el análisis de la percepción que una persona tiene de sí misma y de su autoestima, puesto que permitirá ver su relación con los procesos de asignación de cualidades y roles diferenciados que proporcionan la base para la identificación individual.

Autopercepción en el colectivo de hombres

En el grupo de hombres entrevistados de mayor edad se manifiesta un sentimiento de orgullo con relación a la valoración de su estatus en el trabajo, capacitación profesional y reconocimiento social. No hay referencias emocionales respecto a la pareja y relación con los hijos. Sin embargo, Esteban, que reconoce su protagonismo en el ámbito del trabajo, tanto por sus conocimientos como por la responsabilidad ejercida, manifiesta su deseo de que le gustaría que los demás le percibieran, a una edad avanzada, como un hombre asequible y bueno.

«Me gustaría que me vieran ahora como un hombre en la última etapa de su vida que tiene algunos conocimientos dispersos, con sus muchas limitaciones, que tiene alguna experiencia aunque yo a la experiencia no le doy mucha importancia porque es peligrosa, *la experiencia es un inventario de errores más que otra cosa...* me gustaría que me vieran en estos momentos como un hombre más bien asequible y bueno, que a veces le dicen a mi mujer las amigas: 'tu marido nos da mucho respeto'. Luego me dan grandes besos...».

El deseo de ser considerado asequible y bueno cuando ha estado centrado en el trabajo habiendo sido éste una dimensión fundamental en su vida, viene a manifestar la necesidad de que las demás personas le identifiquen con otras cualidades que las que hacen referencia a los aspectos intelectuales o a las capacidades de protagonizar ciertas responsabilidades en el mundo del trabajo.

En la autopercepción de los hombres mayores entrevistados hay reconocimiento de su sensibilidad, pero con poca exteriorización de los sentimientos. Así lo dice Esteban:

«Creo que siempre he tenido una gran sensibilidad. Quizá he disimulado mucho. Yo he sido tímido de niño y eso influye. El tímido trata de cubrirse con una capa de dureza».

En este sentido sólo uno de estos hombres mayores hace alusión a algunos momentos de emoción en su ámbito privado. Recuerda el primer beso y también la emoción sentida la primera vez que vio a la que luego sería su mujer. En lo concerniente a estos aspectos la situación de los hombres mayores conduce a pensar que, en general, hay una asociación de sentimientos afectivos con las mujeres admitiendo la diferencia emocional asignada en función de género. En contraste hay un descubrimiento del valor del afecto y de la empatía para la relación social, probablemente, como consecuencia de una reflexión interna.

«Me han ido marcando de una forma que a mí no me gusta pero que tengo que aceptar; es que tengo fama de hombre duro. No creo ser la persona dura que se decía».

Bruno, en la descripción de su actuación profesional y política, reconoce el valor de cualidades muchas veces atribuidas a las mujeres: empatía y cercanía con la persona en las relaciones laborales. Se muestra muy contento por el reconocimiento de los antiguos alumnos. Se destaca, por ejemplo, la satisfacción expresada ante la entrega de la medalla de plata en reconocimiento a su profesión. En general los hombres entrevistados no han explicitado sus vivencias de sentimientos, deseos, frustraciones y otras emociones relacionadas con su vida más íntima o personal. Se han explayado más en manifestar su autoestima valorando sus logros en el trabajo y en la responsabilidad sentida al ocupar puestos que tienen significado de poder.

En el grupo de los hombres adultos se da cierta variabilidad. Hay quienes se consideran muy emotivos porque se impresionan ante las manifestaciones que reclama la injusticia social. Sienten tristeza ante las escenas de hambre, guerra, etc., también señalan haber tenido sentimientos de inseguridad ante la crisis de trabajo. Sin embargo, unos po-

cos expresan la emoción sentida ante el nacimiento de una hija. Con relación a ciertas referencias que hacen al tema de la familia aparece el dolor sentido ante la muerte. Expresa Francisco:

«A mí me marcó mucho la muerte de mi madre, ella era muy importante en mi vida y fue muy doloroso para mí. He sido de recordarlo mucho».

En el mismo sentido, el sentimiento de la ausencia de apoyo de la madre a causa de la muerte genera en Jesús la reflexión sobre su vida afectiva.

«Una estabilidad afectiva me la daba a distancia mi madre porque me pegaba tres meses en el pueblo y los fines de semana iba a cuidarla».

La vinculación del estado afectivo a la figura de la madre revela la atribución de los sentimientos de afecto al rol de la mujer, en su función de madre y de dar apoyo continuado a los hijos. Este hombre adulto progresista, se considera persona que reprime sus emociones. Sin embargo, durante su discurso destaca el tema de la relación afectiva en su vida.

«Probablemente soy una madre soltera, una mujer cabeza de hogar monoparental, pero sin el contenido afectivo y emocional que es muy importante en las mujeres y que yo he reprimido. Si algo dicen que las mujeres tienen, yo les oigo mucho y es verdad, que dan importancia a elementos emocionales que los varones no les damos. Si es así, en mi caso sería una falsa mujer que ha rechazado los elementos emocionales».

Se ve como una persona a quien no le corresponde tomar esta responsabilidad de atender a las hijas, que es tarea de la madre, pero se muestra orgulloso por ello. Está viviendo esta situación poniéndose en el lugar de la madre, ejerciendo de mujer, con la carencia de algunas cualidades que a ella se le asignan, para responsabilizarle en exclusiva del cuidado de las hijas. No se cuestiona el rol del padre ante el hecho presentado. Diríamos que hay una vivencia de la madre en función de dar apoyo al otro, y por otra parte su vinculación al juego del padre sacrificado que sustituye a la madre en sus funciones, con el agravante de que percibe la falta de la preparación específica para llevar a cabo el deber incumplido por la madre.

Se constata que hay cierta apertura para entrar más en el mundo privado aunque todavía la expresión de ese espacio se vive con limitaciones: «A nadie le gusta que se vean los miedos, las debilidades, que los tapamos», dice Alberto³⁴.

En otros casos afloran emociones referentes al nacimiento de un hijo como en el caso de Eduardo, que dice haber sentido una emoción especial en el parto de su hijo y se manifiesta feliz valorando las pequeñas cosas del día a día. Cree que las mujeres son «unas cariñosas» y que él ha aprendido algunas habilidades de ellas para poder relacionarse mejor con los hijos. Estos jóvenes creen que en los hombres existe mayor dificultad de expresión de emociones referente a la vida afectiva, pero que ya se están dando ciertos cambios. Piensan que hay un cambio de actitudes y que el contacto con personas de otras culturas y otros lugares ha influido positivamente en algunos comportamientos.

El tema del trabajo en los jóvenes no tiene una presencia tan intensa en la manifestación de la emoción y se presenta la idea de la relatividad de ver y experimentar la vida. Sin embargo hay manifestaciones, indicadoras del sufrimiento, que demuestran una toma de conciencia acerca de la necesidad de lucha para apoyar a colectivos que se hallan socialmente marginados. Este punto de vista lo ilustra Miguel que encuentra el sentido de su vida en el ámbito público. Su dura experiencia de violencia vivida en el seno familiar hace palpables el dolor y la agresividad contenidas cuando habla de su padre y de su madre. Ante la repulsa de la injusticia y la exclusión social, expresa su deseo de cambio social y optimismo en la acción solidaria. Sin embargo pone de manifiesto su descontento ante la poca capacidad de movilización y acción de los jóvenes en general. Atribuye esta carencia de reacción a que es una generación protegida, «bajo el paraguas de la familia».

Autopercepción de las mujeres

Tratando de ver si se dan diferencias respecto a las emociones expresadas en la autopercepción de hombres y mujeres, llegamos a ver que ellas manifiestan con más fluidez sus emociones, las cuales, aunque

³⁴ Alberto, joven, alta, derecha.

están relacionadas con situaciones diversas, en general, tienen que ver con la experiencia de vida personal y emergen en el contexto íntimo de sus vivencias.

En el grupo de mujeres mayores gran parte de las emociones que expresan tienen que ver con la familia. Las más frecuentes son las que están asociadas a las alegrías, deseos, satisfacciones, sufrimientos relacionados con la vida de las hijas/os y dolor causado por la enfermedad o muerte de seres queridos. Sin embargo no se presentan aquellas que pueden estar vinculadas a la vivencia de la relación afectiva en espacios públicos y entre amistades. En ellas toma relevancia el sentimiento afectivo vinculado a la experiencia de apoyo que incluye el sentirse feliz con los hijos/as y la relación de afecto con la pareja. A su vez, esta actitud de tener que dar apoyo incondicional se convierte para muchas de ellas en una especie de trampa ya que supone casi siempre una autorrenuncia. De esta forma han ido aceptando el rol de mujer madre, esposa e hija capaz de adaptarse a los demás. Para realizar este rol se le han asignado cualidades tales como la dulzura, sumisión, sacrificio y modestia. Sin embargo cuando han llegado a estar más libres han manifestado cómo ese sentimiento de dependencia respecto a los demás les ha hecho sentir que han vivido totalmente pendientes de la familia. Una mujer mayor relata:

«Si tenía una barra de pan era para mis hijos. He pasado mucho para criarlos. Yo sufría muchísimo. Yo he hecho por mis hijos, la obligación de una madre».

La mayoría de las mujeres mayores esperan que sus hijos estén bien situados y para ellas es relevante la asociación entre la emoción de felicidad y el casamiento. Esa misma mujer menciona que los momentos de mayor felicidad fueron cuando se casó y tuvo sus hijos. Resalta que en esa época su marido «estaba muy pendiente». Las emociones negativas de dolor y de incompreensión se refieren al divorcio o separación de su hijo:

«He sufrido mucho y sufrí. Ha sido un golpe para mí muy grande. Comprendo que si no podían vivir... Pero sufrí... a mi edad... Estaba bien situado, tenía panadería, tienda, piso... No entra en mi cabeza».

La mayoría de estas mujeres son conscientes, ahora que han llegado a la vejez, de la carencia de libertad vivida, dado que los nuevos contextos de vida social y una mayor apertura para el espacio propio les ha llevado a la reflexión sobre su trayectoria de vida.

«Antes me gustaba coser, como ella, pues ahora no coso. Eso, ¡no quiero! ¿Por qué decir otra cosa? Hay cosas que no las hago porque no quiero. Porque no quiero yo sacrificarme más, a ver si me entienden (...) El hacer la limpieza no es hacer cosas, es una tarea rutinaria, es lo que más pronto se aprende».

A pesar de que la edad ha sido un índice diferenciador en la auto-percepción de roles asignados a mujeres y hombres hay que advertir que la pertenencia a una clase alta junto a una mentalidad más progresista ayuda a crear espacios más abiertos donde la mujer puede desarrollar más su autonomía. A modo de ejemplo podemos citar el caso de una mujer mayor de clase alta y progresista, que siendo madre de siete hijos ha diferenciado los roles de madre y de pareja. Ha valorado el desarrollo intelectual y su autonomía, y ha podido implicarse en proyectos propios. Se ha tomado en cuenta a sí misma y no manifiesta ser una sacrificada. Cree que sus hijas e hijos funcionan bien, son responsables e independientes, lo cual es una fuente de satisfacción para ella.

También hemos podido constatar en las mujeres adultas más progresistas, que el deseo de la felicidad acerca de los hijos está más centrado en la autonomía y en la libertad de vivir su mundo afectivo, desde su propia elección, con independencia de los modelos reconstruidos culturalmente aceptables. El deseo de Alicia es que sus hijos sean felices: «Que se encuentren a sí mismos, que encuentren afectos claros en su vida, con o sin pareja, mi hija y mis dos hijos». Se constata un cambio en cuanto al significado conferido a la felicidad, a la vez que se manifiesta una intercambiabilidad genérica. En su conjunto las mujeres nos dicen que se consideran facilitadoras del diálogo y la comunicación. Sienten rechazo hacia las actitudes autoritarias y valoran positivamente la relación igualitaria.

En los hombres no se explicita el rechazo a la relación autoritaria. Más bien lo manifiestan como signo de poder. Así uno de los hombres entrevistados de edad adulta viene a decir que ha tenido una jefa con la

que se llevaba mal y que lo hacía mal, pero no cree que sea por ser mujer. También dice que se ha sentido bien cuando ha tenido poder, cree que es autoritario pero procura dialogar. Tampoco cree que haya diferencias en la forma de ejercer el poder bien sea hombre o mujer, cree que son diferencias de carácter de cada uno. Puede que haya visos de no-aceptación de la autoridad. Sin embargo sorprende esta actitud que se orienta hacia la no-aceptación de la mujer en el poder. No hay una actitud de crítica a la relación basada en el autoritarismo como lo han manifestado las mujeres sino más bien una actitud recelosa hacia la mujer que ocupa o ejerce una función que socialmente se considera de rango superior.

En el mismo sentido, un entrevistado de edad adulta que no se considera idóneo para ejercer el poder basado en la autoridad, habla de su experiencia de haber convivido con mujeres que ejercían cargos en la escuela, y manifiesta que una orden que se da en un momento negativo se acepta mejor si proviene de un hombre que de una mujer. Parece ser que el caso señalado es una muestra de que existe una actitud de reserva hacia la mujer que va ocupando nuevos espacios.

Contraste de percepciones

En la mayoría de los entrevistados (mayores, adultos y jóvenes) hay una referencia constante a los demás, a cómo les ven y cómo se sienten. Se manifiesta que desde fuera hay una apreciación de que las mujeres son fuertes y duras, mientras que ellas se consideran débiles o más bien inseguras. En la propia identificación de la mujer, el atributo de que ella es cercana en las relaciones, de carácter más dulce que el hombre y más negociadora, ha influido en la representación que tenemos a los ojos de la mujer. De alguna manera existe algún grado de identificación con el constructo creado, lo que genera una especie de dicotomía cuando la mujer actúa, sobre todo, en el ámbito público y en el ejercicio del poder, entre cómo me siento y cómo me ven.

Son las mujeres adultas las que están más convencidas de que son capaces de tomar responsabilidades de carácter público. En sus actuaciones ponen en juego sus estrategias pero tienen que tomar conciencia del condicionamiento de las expectativas del contexto en el men-

saje interiorizado de que son muy capaces pero tienen que demostrarlo. Es decir, que la mujer va a ser juzgada no sólo por lo que hace sino por lo que se espera de ella. Esto le hace sentir una especie de temor ante el tener que responder a las expectativas creadas. Por esta razón se siente sometida a la evaluación de los demás y, a su vez, toma en cuenta el *feed back* administrado desde fuera. Esto se ha podido constatar en numerosas informantes: Lourdes cree que no ha sabido valorarse a sí misma y que ha necesitado del reconocimiento de su entorno. Sin embargo cada vez es más consciente de que su autovaloración ha crecido por la toma de conciencia de su propia capacidad, lo que le va possibilitando cierta toma de distancia respecto a la dependencia creada por la necesidad de sentirse aceptada por su entorno social.

En el caso de Alicia, su autovaloración ha ido cambiando gracias a la opinión de los demás, en especial a lo que se refiere al peso de sensibilidad/capacidad intelectual:

«He soslayado siempre mi capacidad intelectual y siempre he valorado de mí los aspectos más afectivos de mi personalidad. Cuando he descubierto la capacidad intelectual que yo puedo tener, la he valorado en el espejo que me ofrecen los demás».

Evidentemente, los reconocimientos sociales tienen efectos que pueden generar cierta actitud de reflexión que en algunas ha supuesto un aprendizaje para el despegue y en otras un encuentro más profundo consigo mismas. Pero no ha dejado de ser un apoyo para el afianzamiento.

Entre las informantes, a pesar de que las adultas ocupan el espacio público con convencimiento, también aparece cierto sentimiento de inseguridad en su actuación. Pero consideran importante su presencia en los espacios significativos identificados con el poder. Desde la experiencia de algunas de estas mujeres, como Begoña, se puede afirmar que son conscientes de que las personas del entorno las ven como más seguras y frías de lo que en realidad son. Pero a su vez tienen conciencia de su capacitación para ello.

También las mujeres jóvenes manifiestan la diferencia entre el cómo las ven los demás (fuertes, seguras) y cómo se sienten. En todo caso el aparentar ser fuerte puede ser una estrategia de autodefensa que

está más presente en las mujeres que en los hombres. Se corresponde con mujeres en un papel público activo.

Cambios en la percepción

Hemos podido ver que hay una tendencia de cambio con relación a la edad. Mientras que los mayores se centran casi exclusivamente en el trabajo para manifestar sus sentimientos y emociones, el grupo de los adultos abre el panorama de la expresión de las emociones a otras referencias de la vida como son los temas sociales y la vida privada. Finalmente, los jóvenes no explicitan el trabajo como contenido central de la emoción, relacionado también con el contexto actual de paro juvenil, pero sí marcan nuevos indicios de mayor estima de algunas cualidades atribuidas a las mujeres y una actitud de mayor cercanía e interacción con la mujer en general.

Con frecuencia se da la interrelación «racionalidad/emocionalidad» en situaciones de trabajo. Así muchos de los informantes, por ejemplo Alicia, manifiestan la relevancia de la relación afectiva en los proyectos profesionales y lugares de trabajo:

«Todo mi trabajo profesional está impregnado siempre de relaciones afectivas. Yo la editorial la monté haciendo una revisión de mi entorno afectivo y seleccionando de este entorno las personas que tenían una vinculación con el mundo de la lectura».

En esta misma orientación las informantes que ejercen su trabajo en el ámbito público manifiestan una alta valoración de su capacidad de relación personal y subrayan la importancia de la relación afectiva en la esfera pública. En la valoración general sobresale la importancia de las capacidades personales y la necesidad sentida de no-dependencia respecto a los demás.

Otro aspecto a destacar es el placer en la consecución de los logros, es decir, que se manifiesta un sentimiento de autosatisfacción por todo lo vivido y realizado. Se deja ver que ha sido costoso el haber podido vivir y vencer muchas cosas. Esta sensación de que nada ha sido regalado está presente en la mayoría de las mujeres que ejercen su trabajo

en el ámbito público. Consideramos que hay logros en el proceso de protagonismo de las mujeres, pero que no todos los hombres se sienten igual ante tal proceso: unos lo ven con preocupación porque les crea inseguridad; otros, en contraste, lo ven con una curiosidad positiva y le otorgan reconocimiento, esperanzados con la idea de que dicho protagonismo sea positivo. Hay cambio, la mujer cada vez da más pasos y su presencia pública va en aumento. El hombre va aceptando el hecho, pero le queda la gran tarea de tener que cambiar de lentes, aunque la interacción puede generar un cambio de actitudes.

Autoestima en los hombres y en las mujeres

En el grupo de hombres mayores entrevistados sobresale su autoestima positiva muy centrada en el trabajo y el éxito profesional. Estiman positivamente el reconocimiento público de la posición social de las personas. Se sienten satisfechos de lo que han hecho, independientemente de los logros, y consideran que lo conseguido ha sido a base de esfuerzo y trabajo. En sus valoraciones, no les preocupan temas sobre la pareja y los hijos/as. Se proyectan con el rol de jefe y no muestran signos de debilidad ni de quejas o sacrificios. Enrique, al referirse a la valía de las habilidades sociales y comunicativas, considera que toma en cuenta a las personas que trabajan con él, y en su propósito de dar a conocer su talento liberal viene a decir que a su mujer también le da libertad.

Se consideran buenos trabajadores y tienen una autoestima positiva. Tienen claro que todo lo han conseguido por su esfuerzo y trabajo, nadie les ha regalado nada. Además, el hecho de estar satisfecho consigo mismo, es el caso de Esteban, es algo que se manifiesta independientemente de los logros:

«Yo valoro lo que he hecho muy bien, sobre todo porque me encuentro satisfecho conmigo mismo, independientemente de los logros estoy satisfecho conmigo mismo... también te criticas a ti mismo».

En la valoración general de la vida de hombres en edad adulta se revela que hay un afán de superación. Algunos de ellos insisten en la

carencia de formación ante la premura del trabajo, desde la situación de pobreza; otros consideran la importancia de estar capacitados para responder a las necesidades de trabajo, lo que muestra la motivación de estar al día. Se consideran satisfechos con sus logros en la vida, los centran en torno al trabajo y a las relaciones con la cuadrilla, grupo o amistades. Se refleja la conciencia social que surge y que se vive con cierto espíritu crítico.

En su autoestima positiva se percibe que se designan cualidades como la de ser tolerantes, liberales y condescendientes. Hay cierta tendencia a valorar las actividades sociales realizadas, que siempre tienen una extensión pública aunque también se mencionan las tareas relacionadas con el cuidado, como puede observarse en la autovaloración de Jesús:

«Yo soy de ese uno o dos por ciento de separaciones en que el marido se queda con los niños y hace de mujer, es decir, mi vida en general es una vida que ha sido muy parecida a la que pueden llevar muchas mujeres separadas, es decir, se separan, se quedan con los niños, educan y sacan adelante a los niños, no cobran la pensión del marido y no se vuelven a casar porque tienen que atender a sus hijos. Soy como madre soltera o divorciada».

En las relaciones con la esposa aparece el sentido proteccionista del marido aunque le reconoce el papel de apoyo prestado por ella en situaciones que requieren la toma de decisión. Pero es él quien le da la libertad, o es él quien le va a dar una satisfacción a la mujer llevándola de viaje. Da la impresión de que el rol del hombre es administrar lo que él posee. Es una manera de sentirse superior a expensas de la subordinación de la mujer. Aún así se da un cambio de actitud acerca de la valoración de la mujer, sobre todo al referirse a los hijos. Los padres se empeñan para que sus hijas, al igual que los hijos, se preparen para ser independientes. Valoran la formación y los estudios de cara a obtener un trabajo y una posición social. Se evidencia una representación masculina de la sociedad en cuanto a la importancia que toman las valoraciones vinculadas a actividades y espacios sociales donde tienen protagonismo los hombres. Sin embargo se observa algún cambio generacional porque en este grupo de entrevistados de edad adulta, a pesar de ser el tra-

bajo un eje importante, hay mayor interés en promover cambios que puedan incidir socialmente. Consideran que hay que trabajar las oportunidades. Se valora negativamente la apatía y el individualismo de la joven generación.

En el grupo de jóvenes, el reconocimiento y la importancia del protagonismo no ocupan lugar en sus relaciones. Aparentan ser más igualitarios en la relación y más sinceros con ellos mismos. Valoran la actitud positiva ante la vida y la motivación para la superación. Se consideran con habilidades para relacionarse con las mujeres, y hay una valoración positiva de la importancia de los recursos intelectuales que pueden facilitar y hacer interesante una relación. En ellos se destaca el valor de lo físico y la manera de presentarse y actuar ante los demás.

Un aspecto no presentado en los grupos de mayores y adultos es que no todo lo valoran por el esfuerzo personal, sino que también dejan un margen a la «suerte» que una persona haya podido tener en la vida. La referencia a la suerte tiene connotación positiva, es decir, que no se utiliza para delegar en ella los aspectos devaluativos de la vida sino como acompañante del esfuerzo realizado. Sin embargo, según lo expresa Miguel, se manifiesta una actitud crítica respecto a la actuación de la juventud frente a la problemática de cómo afrontar ciertas situaciones de carencia.

«Son temas candentes como que los jóvenes necesitamos una vivienda, pero la gente no sale; en las marchas sobre el paro no he visto caras conocidas. No hay conciencia de que hay que salir, actuar».

La valoración positiva de las mujeres gira en torno a la importancia que tiene la afectividad para ellas. Existe una autoestima por la actividad desplegada en el desarrollo de la vida familiar. Las hijas/os siguen siendo el foco de atención y de responsabilidad para las mujeres madres. En el grupo de mujeres mayores entrevistadas que se han responsabilizado del cuidado y atención y asistencia a otros, no se toma en cuenta el valor de su esfuerzo para los logros, sino que lo tienen que hacer por obligación. Es decir, que como mujeres han integrado su deber moral en el rol asignado. Sin embargo, la imagen de «la mujer es ser para otros» se va suavizando. Las mujeres van adquiriendo la conciencia de que ha habido un olvido de su «yo» viéndose obligadas a seguir las

pautas de socialización del colectivo femenino lo que configura a hombres y mujeres como sujetos diferentes.

Hemos constatado que las vivencias han sido diferentes genéricamente. Sin embargo, queda a la vista el hecho de que han superado algunas barreras al haber desarrollado su espíritu crítico con la toma de conciencia social respecto a la situación de inaccesibilidad de la mujer a espacios más abiertos que los de la casa. Todas ellas valoran muy positivamente la incorporación de la mujer al mundo del trabajo asalariado.

Para las mujeres adultas no es fácil el camino emprendido. A pesar de defender para su vida una independencia, se encuentran constantemente con la referencia normativa del deber y la obligación, de modo que dicha referencia acaba siendo un mandato que tiene entrada en los espacios del ámbito laboral y doméstico. En las entrevistas realizadas se deja claro que aunque cada vez hay más mujeres en el ejercicio del poder, tienen una fuerte exigencia para su autoestima. Además se han encontrado con la influencia de la socialización diferenciadora respecto al género en relación a los comportamientos, vida sentimental, sexualidad, espacios y tiempos prohibidos. Afirma Belén:

«Ahí sí había diferencias entre el chico y la chica; el chico podía salir y entrar a la hora que quisiera, ir con quien quisiera... que se divertiera con muchas chicas... y yo todo lo contrario... al ser mayor también has tenido que ir abriendo brechas... tenías que enfrentarte con mi padre».

La consecuencia de este tipo de socialización implicaba a las mujeres en el proceso de ir abriendo nuevos caminos mediante el uso de estrategias tales como la rebeldía, resistencia, mentira y otras. En ese contexto, para las mujeres de esa generación adulta, el casarse era una manera de salir de casa sin rupturas:

«El matrimonio en realidad era una manera de salir de casa sin escándalo y la propia boda, tocaba casarme por la iglesia, nos casamos vestidos de hippies... es decir buscando el equilibrio entre lo que era la formalidad de cumplir con la convención, pero al mismo tiempo con tus nuevos ingredientes. Nada de traje de novia... y todo bastante peculiar».

El rasgo del sufrimiento está presente en la vida de estas mujeres, no con la connotación de la generación de las mujeres mayores, pero sí

en relación con las grandes contradicciones entre la educación recibida y las ideas que defendían, además de la dificultad de elaborar todo eso en la relación de pareja, en lo subjetivo y lo emocional:

«Sí es verdad que fue el momento en que te fuiste de casa de tus padres, tenías tu espacio... que por un lado habíamos tenido esa educación religiosa, tan autoritaria tan reprimida y por otro lado, los modernos estábamos por la pareja abierta... los celos es una palabra reaccionaria... hubo mucha alegría, pero mucho sufrimiento».

En casi todas las entrevistadas se hace alusión a la suerte que han tenido en la vida. A su vez se aprecia en ellas una postura de autoafirmación porque son conscientes de las trabas que tienen que vencer con objeto de avanzar en el proceso de cambio. Sin embargo hay cierta timidez para asignarse los méritos propios, tal vez por la inseguridad sentida ante el temor a la evaluación social. Cabe señalar que cierta toma de decisiones implica para ellas el cuestionamiento de su socialización y, como consecuencia, la ruptura con ciertos patrones de conducta, de modo que se les pueden presentar situaciones de conflicto donde pueden darse sentimientos de culpa, y sobre todo pueden tener lugar vivencias de grandes contradicciones.

Las mujeres jóvenes valoran muy positivamente la capacidad de relación afectiva y de comunicación. Tienen claro que pueden marcar la relación con los varones desde la igualdad, pero consideran que el hombre está en una situación beneficiosa respecto a ellas. En el grupo alternativo mixto, las mujeres son críticas respecto al rol de los varones en la situación social actual. No valoran positivamente su participación para el cambio de roles aunque reconozcan el valor de los esfuerzos que se están haciendo a nivel individual, lo que ha posibilitado ciertos cambios en la dinámica de las relaciones entre mujeres y hombres:

«Si hay casos de gente que ha cambiado... por iniciativa propia y ha realizado verdaderos cambios a la hora de relacionarte con ellos y funcionan... hablo de relaciones humanas... es una gozada el trato que puedes llegar a tener con ellos... pero el tanto por ciento es pequeño»³⁵.

³⁵ Grupo jóvenes mixto alternativo.

Tienen una visión positiva de la relación más igualitaria que se está dando, pero creen que es minoritario. Diríamos que hay una valoración muy positiva de la vivencia de la contradicción. La lucha de las jóvenes consigo mismas ha sido una vía de exploración para descubrir el peso de los factores externos e internos en el compromiso de iniciarse en su vida propia con la conciencia de todos los impedimentos. Existe autosatisfacción de los logros precisamente por haber sido protagonistas en la lucha para romper con ciertos modelos sociales e ir adentrándose en otros campos.

5. La «centralidad» del trabajo

El objetivo del capítulo es mostrar, a través del concepto de centralidad, las vivencias y el cambio en la actividad laboral que ofrecen las personas que han colaborado en este estudio. Puede hablarse de una centralidad en el sentido de eje estructurante u organizador de la vida y de los tiempos personales y sociales. Y ello, tanto en la persona cuya actividad es vocacional, le absorbe completamente y constituye el eje sobre el que pivota toda su vida, como en la que tiene que realizar múltiples tareas o jornadas interminables para conseguir un dinero. Así, hablamos de centralidad para referirnos al lugar dominante que el trabajo y la profesión ocupa en la vida de las personas. Para ello, partimos de las siguientes premisas: la actividad laboral que desarrollan los seres humanos es un elemento base en la configuración de la identidad personal y social; el cambio en el sistema y relaciones de género de nuestra sociedad está estrechamente ligado al cambio en la estructura de la esfera del trabajo, a la función imprescindible, tanto cualitativa como cuantitativa, que en la reproducción social tienen las actividades que se realizan en el ámbito doméstico (Saltzman 1992). En este sentido, seguir contraponiendo el «trabajo doméstico» al «trabajo fuera», como dos parcelas similares a las que las mujeres pueden optar libremente, es caer en la trampa tendida por el propio sistema de género que ha invisibilizado a las mujeres como «no activas» y a sus actividades como «no trabajo».

El concepto de centralidad no es monolítico sino que aparecen distintos planteamientos en torno al mismo, dependiendo de la situación concreta de las personas y de los contextos socio-históricos en los que viven. Al analizar la estructura del trabajo desde una perspectiva de gé-

nero, la actividad laboral aparece en nuestra sociedad como un elemento central en las vidas de los hombres independientemente de su clase social e ideología. Nadie cuestiona que los hombres deben trabajar, sin embargo, se sigue constatando, a través de los datos recogidos e incluso en los que corresponden a la generación de jóvenes, que no es algo que se «exija» hoy día a las mujeres. A partir de esta constatación, nos interesa profundizar en el tipo de relación que hombres y mujeres establecen con el trabajo; en esta relación vemos que la influencia —no la determinación— de su posición de género, edad, clase e ideología tienen una importancia fundamental.

La posibilidad de contar con datos procedentes de tres generaciones de mujeres y hombres, cruzados con categorías de clase e ideología, permite reconstruir una secuencia en la que aparecen vivencias masculinas centradas exclusivamente en la actividad laboral, en contraste con la vida de las mujeres que siguieron el «mandato cultural», aisladas en sus hogares o en actividades «propias de su sexo», hasta acercarnos a las características que presenta esa centralidad en los «nuevos modelos» de mujeres y hombres.

El modelo de «vidas paralelas» en las personas mayores

Las vidas de los hombres de más edad y de clase alta, independientemente de su ideología, son una clara muestra de una centralidad que denominamos «dura». Para esa generación, el trabajo y la profesión son los ejes que estructuran su vida cotidiana y las relaciones sociales. La potencialidad del sistema de género que prevalecía en el momento —años cuarenta y cincuenta— en que esas generaciones construyeron sus relaciones de pareja y familiares no dejaba lugar a ambigüedades. La concepción del modelo de masculinidad de esa época, lo describe Antonia haciendo referencia a aspectos relacionados con las tareas de cuidado y actividades domésticas:

«Antes, un hombre con un crío, es que estaba mal visto, no era un hombre, era un homosexual. Ver a un hombre tender la ropa, hoy lo ves la forma más normal; ahora son de otra manera».

Los mandatos culturales se hacen también visibles en el contrato y relación que se establecía entre las parejas ante el matrimonio. Así, dicen, «el amor propio de los hombres de entonces», ese amor propio hacía que ellos dijeran con orgullo a sus futuros suegros: «Su hija no necesita trabajar cuando se case», e impedían que ellas se ocuparan de cualquier otra actividad que no fueran las tareas domésticas. En la actualidad, algunas de esas mujeres dicen que tampoco les importaba porque «mi mayor ilusión era quedarme en casa. Yo no quería continuar trabajando»³⁶.

El modelo que hemos denominado «centralidad dura», en los varones de clase social alta y de más edad, significa que la actividad profesional ha ocupado sus vidas y todo lo demás ha girado en torno a ello. En ocasiones la profesión viene marcada por una tradición genealógica familiar que se remonta a través del padre al abuelo y que se une por vía materna también a familias de respetabilidad profesional que abarcan más de un siglo. En otros casos, como los de Esteban y Enrique, no aparece tan claramente ese ascendente legitimador. Sin embargo, sus actividades ligadas a la industria y al desarrollo de proyectos laborales y educacionales importantes muestran claramente las características e importancia de esa centralidad en sus vidas. Los días en la vida de esos hombres están ocupados totalmente por la actividad profesional; pero, además, destaca otra característica de esa centralidad, y es la larga duración que esa actividad laboral tiene en la vida de estas personas; es decir, ejercen su profesión hasta edades muy avanzadas y se puede observar que a pesar de la edad, se resisten a abandonarlas del todo; hay casos en los que la jubilación está suponiendo un cambio traumático.

Esta larga duración que tiene la vida profesional en esta generación de más edad, contrasta con la relativamente corta de algunos hombres de la generación intermedia; las jubilaciones anticipadas que se vienen practicando desde hace unos años, primero en los sectores industriales y en la actualidad también en sectores de servicios como la banca, tienen como consecuencia que muchos hombres estén en la situación de «pre-jubilados», un nuevo estatus en el que los hombres dejan de ser «activos» en torno a los 50-55 años.

³⁶ Grupo mujeres mayores.

La dedicación exclusiva a la vida profesional no ha sido un obstáculo —sino todo lo contrario— para que estos hombres, como Esteban, hayan fundado una familia; incluso se reconoce el apoyo de la mujer: «demasiado incondicionalmente me ha apoyado siempre». Lo que sí aparece de forma clara en las vidas de estas personas es una separación rotunda entre el espacio de la casa y el laboral. Estos hombres reconocen esa separación y también aseguran con rotundidad que son sus mujeres las que mandan en casa y por supuesto las que se han encargado de todo. En uno de los casos (lo hace Enrique) se generaliza el «mandar en casa» al contexto general vasco y al supuesto matriarcado vasco. El significado que tiene esa expresión «mandar en casa», se hace mucho más explícito al comparar las vidas de los hombres y las mujeres en un mismo plano social y en un mismo contexto; ello muestra que hablan desde una situación de «vidas paralelas», vidas que no se cruzan porque se viven en esferas completamente diferentes.

Las tareas domésticas y/o el cuidado de las/os hijas/os no han sido, y no lo son tampoco en el momento actual, un obstáculo o una preocupación para estos modelos de hombres centrados en la actividad laboral; esto, que es evidente en las posiciones socioeconómicas altas, sucede también en las bajas, como afirma Beatriz:

«Todas las hago yo, toda la vida. Mi marido es muy trabajador, pero yo todo. Y me sigo ocupando. No sabe ni lo que va a comer ni lo que va a cenar».

Hay que señalar que, también en este caso, tras decir esto, esta mujer hace una afirmación que refuerza tanto las vivencias del sistema de género anterior y la forma de entender la masculinidad entonces, como de los cambios que se han producido en la actualidad:

«En aquellos tiempos, éramos de otra manera. Yo veo a mi yerno que guisa, no le importa y no le importa hacer lo que sea, pero es que los hombres de antes parecía, yo qué sé».

Esta afirmación es una pauta que nos permite apreciar, dentro de una misma familia, los cambios que se han producido en las relaciones de género y en la concepción de la masculinidad en los últimos años.

La centralidad en la actividad laboral no es precisamente el eje vertebrador de las mujeres de más edad que han participado en este estudio.

Hay mandatos culturales de género que afectan a la totalidad de las mujeres y que nos confirman la transversalidad de los mismos. La dictadura franquista, ya en el Fuero del Trabajo de 1938, aprobó una legislación que explícitamente señalaba: «Regulará el trabajo a domicilio y liberará a la mujer casada del taller y la fábrica» (citado en Folguera 1996). Es decir, se controla el trabajo de las mujeres con el objetivo de controlar su sexualidad y reproducción y restablecer una población mermada por la guerra; en Madrid se pasó de un índice de natalidad de 11,95% en el año 1939 a un 24,71% en 1949 (*ibid.* 528). El matrimonio y la maternidad supuso para muchas mujeres en esos años el abandono de sus actividades profesionales, esquema que reproducía lo acontecido en el marco europeo durante la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX —con excepción del período en que tuvo lugar la primera guerra mundial al consolidarse el sistema industrial y el modelo de familia burguesa.

Sin embargo, hay también casos de mujeres en los que el matrimonio no suponía el abandono de ningún tipo de actividad laboral porque tal actividad no existía. Éste es el caso de los modelos de «ama de casa» que pueden, por su situación de clase social, reproducir el modelo burgués «ideal», es decir, las mujeres de clase alta que tienen personal de servicio que atiende la casa y la descendencia, y que les permite tener un tiempo propio. En general, se da una aceptación de la situación social y un deseo de verse convertidas en esposas y madres. La legitimación estructural de esa aceptación personal y social regida por la normativa legislativa, aparece avalada por la connivencia entre la política franquista, la Iglesia (Larrañaga y Pérez 1987) y las directrices médicas de la época (de Miguel 1979). Solamente en un caso se hace alusión a que «la cesaron» en su trabajo como ATS por su condición de casada. Un buen ejemplo de esta plural connivencia nos lo ofrece Antonia, a quien el médico le recomendó abandonar la actividad de modista «mejor que no hagas esto, que no cosas a máquina», cuando llegó un embarazo que «tardó» cuatro meses en llegar después de la boda: «Me parecía que no iba a valer, porque yo quería tener niños enseguida, me parecía que era la meta el casarme y tener hijos». Curiosa-

mente, sin embargo, el médico no hizo ninguna alusión a los duros trabajos domésticos que esa mujer realizaba:

«Los suelos eran a base de cera, del palo, la cera, el cepillo, el alambre, o sea trabajos muy fuertes que los hacíamos.... Además tenías la casa..., yo por lo menos la he tenido siempre encerada, brillante..., las cortinas encañonadas».

Esta informante no hizo ninguna alusión explícita a la contradicción que presenta el abandono de su actividad profesional como costurera y el mantenimiento de unas actividades domésticas de gran dureza; en nuestra opinión, esto pone en evidencia la capacidad y poder de los discursos hegemónicos para construir la realidad material y simbólica de las relaciones de género, e imponer su aceptación por parte de las y los sujetos dominados (Godelier 1990).

Sin embargo, junto a esta constatación anterior, queremos hacer hincapié y resaltar las fisuras y quiebras del propio sistema de poder, mostrando las estrategias de otras mujeres que subvirtieron los mandatos culturales y continuaron teniendo actividades profesionales en el propio espacio doméstico tras el matrimonio. Así, si bien se aprecia a través de las vidas de estas mujeres, que la actividad profesional no ha sido central o eje estructurante de sus vidas, sino que en general esa actividad desaparecía con el casamiento y solamente en casos muy concretos se reiniciaba con posterioridad, tampoco debemos aferrarnos a modelos monolíticos y sí tener en cuenta las rupturas con el modelo impuesto y las estrategias utilizadas. Desde esta última perspectiva se pueden observar mejor las diferencias en la situación concreta de las mujeres y la articulación entre género y clase social y la influencia de la ideología.

La dureza de la vida laboral de las mujeres de clase baja es evidente tanto en las mayores como en las de la generación adulta, cuando relatan sus procesos de actividad desde edades muy tempranas. La vuelta a la actividad laboral en este grupo ha estado motivada por problemas económicos, para intentar ayudar a la economía doméstica. Es el caso de Antonia:

«Cuando tenía cuarenta años nació mi nieta, vivió aquí con nosotros siete años; cuatro hijos, más la nieta, más mi madre. Estábamos ocho personas en casa. Solamente mi marido trabajaba, ganaba bien pero es que

vienen recibos todos los meses y yo dije, si yo pudiera ayudar algo, y me puse a coser».

«Así es que yo a trabajar otra vez, a lavar ropa, a lo que me salía», dice Beatriz.

Por otro lado, son las posibilidades que ofrece la situación de clase, unidas a una ideología de izquierda que tiene muy presentes los postulados del movimiento feminista, las que permiten, en esta misma generación, que aparezcan características de lo que consideramos modelos emergentes. En el caso de Raquel, la actividad laboral aparece antes y después del matrimonio y de la maternidad, aunque, si bien, en la primera fase el aspecto económico se destaca como más importante, y en la segunda son los relacionados con el gusto y la satisfacción que la profesión puede proporcionar y, a su vez, la aportación social que ella podía hacer a través de la realización de una actividad:

«He tomado decisiones en cuanto al trabajo, de si lo cojo o no. Podía pensar en si me interesaba o no valorando lo que me podía aportar más que pensando en un sueldo de tanto. Creo que la decisión a tomar es más fácil si no hay una presión económica».

La construcción de nuevas relaciones profesionales y personales

Un breve resumen de algunas de las características del colectivo de la generación intermedia ayudará a situar los aspectos que rodean el tema de la centralidad del trabajo en dicho colectivo. Todos los casos son ejemplos de vidas que están ya encauzadas y definidas; sus procesos vitales son variados y abarcan un período que cuenta en su experiencia el haber vivido tanto el cambio económico que posibilitó el incremento de la actividad laboral en los años sesenta, como la transición y cambios sociales de los setenta y también la crisis económica de los ochenta y noventa. La totalidad de las y los informantes, excepto el caso de María en que aparece una interrupción de diecisiete años tras el matrimonio, han tenido una actividad profesional continuada. Hay

informantes que viven con una pareja estable e informantes que viven sin pareja estable, informantes con hijas/os e informantes sin descendencia. La pluralidad de situaciones posibilita una aproximación a la heterogeneidad que presenta nuestra compleja sociedad. La importancia que tiene el trabajo como elemento central y en gran medida como eje que estructura las vidas de las personas bajo el modo de producción capitalista, se hace todavía más evidente cuando obliga a éstas a dejar sus lugares de origen y salir en su búsqueda para poder subsistir.

La totalidad de los varones de este grupo de edad fueron socializados en un sistema de género que los situaba en la perspectiva de que su papel en la sociedad era conseguir un trabajo y mantener una familia. En el caso de las mujeres el mandato aparece más ambiguo, ya que además de aprender a mantener la continuidad de un modelo en el que ellas debían cooperar y «ayudar» a sus futuros esposos, la situación de precariedad económica las obligó a buscar en la actividad remunerada —antes y también después de sus matrimonios— una salida a su situación de penuria.

La continuidad de un modelo de organización familiar centrado en el hombre que «gana el pan» es más evidente en las situaciones de clase baja; el objetivo primero es conseguir un trabajo y, una vez se tiene una cierta estabilidad laboral tras duros procesos migratorios y de búsqueda de un empleo, el segundo objetivo ha sido la construcción y el mantenimiento de una unidad familiar que progrese y pueda acceder a una serie de ventajas sociales.

Junto a la formación de las hijas e hijos, otro aspecto ligado a la actividad laboral y a la buena administración de la casa y el dinero —responsabilidad de las esposas— es la adquisición de una vivienda en propiedad, bien como vivienda habitual o en los lugares de origen. En relación a este tema, en los hombres aparece una relación clara entre los motivos de esa búsqueda e inserción laboral y la satisfacción del deber cumplido por haber atendido bien las necesidades familiares; sin embargo, para Elena³⁷, junto a la satisfacción de haber contribuido a la economía doméstica y también la de ser económicamente independiente («que no te pueda decir el marido que *yo te he estado manteniendo*»), ese logro, del cual ella se considera la autora y promotora principal, («cuando hice

³⁷ Elena, adulta, baja, derecha.

la casa»), representa el haber conseguido el sueño de su vida y la explicación de los sacrificios que ha supuesto una vida dedicada al trabajo:

«Es una casa muy bonita y me veo en ella, estoy muy emocionada con la casa. Es una casa preciosa, porque pienso... si la pillara en San Sebastián... todo con ventanas, con mi calefacción... y ahora meterme en esta casa».

Es el lugar al que volverá cuando termine su vida laboral ya que el sueño más grande de Elena es jubilarse y marcharse a su casa. Elena ha regentado una portería durante muchos años y ha vivido durante ese tiempo en la vivienda asignada a portería que está situada en un sótano.

Estos ejemplos muestran las estrategias laborales de las clases bajas; la división sexual del trabajo aparece siguiendo el modelo burgués, las mujeres adoptan el papel de ama y cuidadora de la casa; ello no significa que todas lo hicieran (es el caso de Elena y Gloria), o que la cuestión de que ellas continuaran con sus profesiones no se planteara en términos estratégicos y económicos. Dice Luis:

«Cuando me casé, mi mujer estaba trabajando aún y trabajó un par de años más. Mi mujer es peluquera³⁸. Pero luego hicimos números y... pagar una licencia fiscal, tener abierto el establecimiento y tal, no tener un horario para preparar las comidas y toda la pesca, no le compensaba... Si los ingresos hubieran sido elevados, aún, aún...».

Esta afirmación coincide con otros estudios en los que aparece una relación entre el nivel de estudios que se posee y la resistencia a abandonar la profesión, lo cual tiene como resultado el que sean «estas personas las que más dudan entre elegir el trabajo productivo o la posibilidad de renunciar a él y quedarse en casa» (Emakunde 1997:207), aspecto que pone en evidencia la necesidad de tener en cuenta la variable de clase social al analizar las decisiones de las mujeres en relación a la actividad.

En relación a la ideología, hay que decir que no se aprecian diferencias en las estrategias laborales y económicas de este grupo social

³⁸ Nótese que habla en presente de la profesión de su mujer, cuando ésta hace casi treinta años que la abandonó.

que estamos describiendo, pero sí se constatan en cuanto al reconocimiento explícito de su situación de desigualdad de clase:

«Me colocó esa señora, que era muy pudiente. Yo me vestía de despojos de ella, porque ella vestía de lo mejor del pueblo».

Afirma María, lo cual no aparece en las manifestaciones de las personas de ideología conservadora de derecha.

Se han de abandonar imágenes estáticas en la representación de las características de las clases sociales más desfavorecidas, mostrando la interrelación entre contextos históricos y sociales de cambio y las vivencias y estrategias cambiantes que los sujetos sociales ponen en marcha. Vamos a volver sobre un aspecto apuntado en un apartado anterior que creemos que ayuda a entender ese dinamismo y que pone en evidencia la relación e incidencia que tiene la estructura del trabajo, tanto en las trayectorias y actividades individuales de las personas, como en los cambios estructurales que modifican las relaciones de género. Los varones de esta generación intermedia —en realidad «todos» los varones— han sido socializados para tener una vida centrada básicamente en el trabajo; sin embargo, cambios en esa estructura laboral, la crisis económica y la precariedad del empleo, están rompiendo esas trayectorias; nos referimos a la situación de pre-jubilación que aparece como novedad en el panorama laboral. Por ella, personas en torno a los 52-55 años para las que la actividad laboral había sido el eje que estructuraba sus vidas, se quedan en una situación de «vacaciones permanentes» hasta los 65 años, en que pasan a la situación de jubilación.

Creemos que éste es un tema que requiere una aproximación más exhaustiva y desde distintas perspectivas por las consecuencias individuales y sociales que tiene. Únicamente queremos resaltar aquí, sobre la base de los datos recogidos, que esta nueva situación supone para esas personas la elaboración de un proceso de «descentralización» de la actividad laboral, lo que puede originar que surjan nuevas características no marcadas genéricamente. Los hombres que están en esa situación y que han colaborado en este estudio, realizan nuevos aprendizajes. Descubren nuevas y distintas actividades a las que dedican su tiempo; una puede ser el cultivo de una huerta, o bien desarrollar una actividad en la Asociación de Vecinos o ayudar en los negocios de los hijos, o incluso suplantar en el

trabajo a la esposa cuando ella está de baja por enfermedad. Es esperanzador que en todos los casos aparecen planteamientos que reflejan una nueva distribución de las tareas domésticas. Dice Damián:

«Hoy es el día que a mí no me importa; cuántas veces digo a la mujer: hace buen día, vete a la playa, deja los cacharros y ya los friego yo. Eso cuando trabajaba no lo he hecho nunca, barrer tampoco, preparar la ensalada nunca y hoy lo hago».

Algo que llama la atención es que estos cambios profundos que suponen la ruptura con una actividad laboral central en sus vidas y que se ha llevado a cabo durante más de 30 años, aparecen en estos ejemplos de una forma positiva. En sus manifestaciones no aparecen sentimientos de frustración, sino que estas personas se sienten contentas y útiles de una manera distinta:

«Si antes me sentía útil en la fábrica, ahora más útil todavía, y pienso que eso deberían de hacer muchas y dejar de estar tan agobiadas (las mujeres), más de una, porque luego tienen que ir diciendo que si su marido no hace nada en casa, que si tal».

Para Francisco también el disponer de tiempo libre para leer, para participar en actividades del barrio, etc. lo considera muy positivo. Pensamos que estas actitudes se entienden al contextualizarlas en relación a lo que el trabajo representa en nuestra sociedad, principalmente cuando no tenerlo o perderlo supone una catástrofe para una mayoría de la población. En estos casos analizados, la angustia aflora durante el proceso de desmantelamiento de los centros de trabajo; una vez aclarados los términos y llegados a una situación de pre-jubilación, pero no de paro laboral, la «liberación del trabajo» que representan esas «vacaciones pagadas», tras una etapa de la vida que se caracteriza por el duro esfuerzo laboral y las penalidades económicas, empieza a vivirse de forma muy positiva.

En relación a este tema, constatamos que las estrategias de estas personas son muy similares, sin embargo, la influencia de la ideología parece que introduce un matiz en cuanto a la forma de utilizar parte del tiempo libre; por ejemplo, es la persona reconocida de izquierdas que a lo largo de su vida laboral ha tenido una militancia sindical la que decide dedicar una parte de su tiempo a actividades sociales. Sin embargo,

como hemos señalado, la aparición de esta situación laboral es reciente y representa una nueva forma de vida y un potencial a muchos niveles sociales; son necesarios estudios específicos sobre este tema que puedan analizar en mayor profundidad las actitudes y estrategias de estos colectivos.

Como puede apreciarse en lo señalado hasta ahora, la variable clase social se perfila como un elemento importante en la relación que las personas establecen con la actividad laboral. La precariedad económica, la debilidad y/o ausencia de redes familiares y de amistad que caracteriza principalmente la situación de las personas que abandonan sus lugares de origen en busca de un empleo, obliga a las personas a utilizar estrategias que maximicen los reducidos recursos de que disponen; en este sentido, tanto las mujeres como los hombres responden —en los datos aquí analizados— a un planteamiento ligado a lo que se ha denominado *ética familiar*; es decir, las ganancias obtenidas del trabajo se destinan a la unidad doméstica y dicha unidad doméstica aglutina los intereses de las personas que la componen. Frente a ese modelo de *ética familiar*, se ha contrapuesto el de *ética individual* para referirse a un cambio en las actitudes de las mujeres en su relación tanto con el trabajo asalariado como con las unidades domésticas de las que forman parte. Este cambio ha supuesto una nueva forma de estar en la sociedad, forma que puede ser descrita a través del concepto de *autonomía*, entendida ésta en un doble sentido: el económico y el personal. Este cambio es crucial en la aparición de nuevos modelos de mujeres, y distintos análisis así lo demuestran (Comas 1990, 1995; Díez 1993).

Sin embargo, a partir del análisis realizado desde una perspectiva de género que pone el énfasis en las relaciones entre mujeres y hombres en un mismo contexto, se hace necesario matizar algunos aspectos en torno a la polarización con que han sido presentados los respectivos modelos de *ética familiar* y *ética individual*, ya que, como se muestra en algunas personas entrevistadas, un planteamiento de maximización estratégica «familiar» de bienes escasos no supone que, de forma automática, las personas de un determinado grupo doméstico adopten una visión inmovilista o tradicional de las relaciones familiares. Es decir, no implica un planteamiento asimétrico, o como eufemísticamente suele decirse, de la «complementariedad» en cómo se piensa, se actúa y se transmite la forma de entender las relaciones de género, planteamiento

que se plasma en los valores educativos que se transmiten a las y los hijos o en la autonomía que los miembros de una pareja tienen para realizar actividades personales de ocio o culturales.

Planteamos así la necesidad de dejar de pensar en esas dos éticas como en dos polos irreconciliables y verlas como un continuo a través del cual encontramos multitud de situaciones específicas que reflejan la complejidad de nuestra sociedad. Sin embargo, en esa multiplicidad de modelos las variables de clase e ideología son elementos imprescindibles que hay que tener en cuenta para «comprender» la existencia de los mismos.

Contextos que favorecen el cambio

Es evidente en esta investigación, la relación que existe entre clase social y acceso a la educación y las consecuencias que ello tiene por la posibilidad de acceder a mejores empleos y profesiones, tanto desde el punto de vista económico como de valoración social y satisfacción personal. También está probado que son las mujeres de clases medias y altas las que más posibilidades tienen de ocupar esos «buenos» empleos y que son estas mujeres las que son más fácilmente identificadas como «nuevos modelos», una especie de «supermujeres» con buena preparación profesional, bien remuneradas, atractivas y que son también capaces de seguir siendo esposas eficaces y madres responsables y amantísimas.

Sin embargo, al hablar de modelos emergentes en relación a la actividad laboral hay, por lo menos, dos aspectos que deben tenerse en cuenta a la hora de evaluar los cambios. En primer lugar, es necesario pero no suficiente para que se dé un cambio en la estructura del trabajo, el que muchas mujeres hayan adoptado una «ética individual». La importancia que la «centralidad» de la actividad laboral tiene en la vida de muchas mujeres es evidente, tanto si su ética es familiar como individual; sin embargo, si la actividad laboral se desarrolla exclusivamente en espacios considerados tradicionalmente «femeninos» —enseñanza escolar, enfermería, servicios de limpieza, cuidado, administrativas, secretarías, o bien en aislamiento, o en el ámbito doméstico—, no es fácil que esa actividad cambie lo que es la estructura del trabajo en cuanto a

su contenido y a los valores sociales que la configuran. La actividad que desarrollan muchas mujeres es importante para ellas mismas, para su satisfacción personal, y por la independencia y autonomía que les proporciona; esto conlleva cambios en las relaciones micro de esas mujeres e incide en aspectos macro sociales (Saltzman 1992); sin embargo, también puede darse el caso de que no haya una correlación directa en la configuración genérica de la esfera laboral. Para que se produzca un cambio profundo en dicha esfera del trabajo es necesario que se produzca un acceso indiferenciado a esferas consideradas tradicionalmente «masculinas» o «femeninas», y/o que aparezcan nuevos espacios mixtos.

El segundo aspecto a que hacíamos referencia está relacionado con características individuales que puedan identificarse como emergentes. Muchas mujeres que están cambiando o intentando cambiar la esfera del trabajo, no cumplen ni de lejos el perfil de «supermujeres» que nos brindan los medios de comunicación y las revistas dedicadas a la «nueva mujer» sino que, por ejemplo, sus experiencias con la actividad laboral han sido variadas y en ocasiones poco satisfactorias; han ido aprendiendo y enriqueciéndose a lo largo de ese proceso; pueden ser empresarias o autónomas; trabajan diariamente; utilizan estrategias para «organizar su desorden» tanto en casa como fuera y están satisfechas de poder ser autónomas y responsables de la organización de su actividad profesional. A destacar también que este «nuevo modelo» sí cumple con la primera premisa señalada, en cuanto al tipo de actividad que abre una cuña al ocupar espacios masculinos.

Otros campos profesionales que aparecen en los materiales utilizados en esta investigación son: la actividad académica, un sindicato agrario, la política, un proyecto editorial, el mundo del teatro y el mundo de la educación infantil. Cada uno de estos campos tiene sus peculiaridades y diferencias; la educación infantil ha sido y es todavía un espacio feminizado; el mundo del teatro aparece como un espacio mixto; montar una pequeña o mediana empresa exige dedicación y apoyos, especialmente para una mujer; el de la política es un espacio masculino que poco a poco se abre a las mujeres, pero muy lentamente; el mundo sindical es claramente masculino, sin embargo, los sindicatos agrarios han aparecido recientemente; el mundo universitario se ha abierto a las mujeres aunque siga presentando sesgos de género importantes y no sea, por supuesto, un espacio igualitario.

Aquellas características que se definieron en el primer capítulo como emergentes aparecen con más fuerza en las mujeres y hombres progresistas. Ese elemento común se hace evidente y visible cuando a lo largo de su ciclo vital aparece un momento que identifican como algo en el que «cambió» su manera de ver el mundo. En este sentido, son personas que han intentado e intentan cambiar sus entornos, que creen en la acción de los sujetos y en que los pequeños gestos pueden cambiar el mundo. Aunque en el momento actual su posición social es la de clase media o alta, las procedencias son distintas, clase baja, media o alta, algo que es importante destacar es el contexto socio-económico en el que estas personas se incorporaron a la actividad laboral, ya que ninguna tuvo especiales problemas para encontrar empleo.

Características emergentes y cambio social

Abordaremos primero las vivencias de las mujeres y más tarde las de los hombres. Dentro del grupo de mujeres, hay también que establecer diferencias, la primera en cuanto a la edad. Tres de las mujeres tienen entre los 50-55 años y dos entre los 35-40 años. Estas diferencias de edades son significativas tanto porque permiten ver cambios en los contextos en los que estas mujeres han desarrollado su actividad, como porque se encuentran en distintos momentos del ciclo vital y de expectativas personales. Un elemento común a todas ellas es que su proyecto profesional ha sido y es central en el proceso y organización de su vida; sin embargo, esa centralidad que tiene su actividad no la convierte en el elemento único que define su ser e identidad. La idea de un *continuum* es también aquí oportuna para pensar de forma integrada en una interacción donde no aparecen grandes fisuras entre los aspectos profesionales y los personales.

Un rasgo que destaca en los procesos vitales de estas mujeres es que han ido cambiando y adaptando, tomando decisiones y eligiendo las opciones que en su opinión les permitían seguir creciendo profesional y personalmente. Una de las informantes utiliza el concepto de «mecanismo corrector» para referirse a los cambios que ha ido introduciendo en dicho proceso. Por supuesto, los entornos en que han crecido han posibilitado y facilitado una serie de planteamientos e incluso de elec-

ción ante un cierto abanico de posibilidades; sin embargo, es importante no ver ese entorno exclusivamente como algo dado y fijo, sino como un elemento que también es construido por los sujetos sociales. Hay elementos materiales relacionados con el origen social que posibilitan una mejor situación para enfrentarse a la vida: el poder acceder a unos estudios, el no depender de pequeños salarios para poder subsistir, las ayudas y redes familiares y de amistad son aspectos básicos. Sin embargo, el hecho de crecer en un contexto con esas características no supone la aparición inmediata de «nuevos modelos»: hay mujeres con esas posibilidades que no han elaborado procesos vitales de cambio.

Una particularidad de los procesos profesionales y vitales que consideramos «nuevos» está en la relación que se ha establecido entre proyecto individual y cambio social, es decir, en que estas personas son conscientes de que las decisiones que se toman y las estrategias que se desarrollan van más allá del propio interés individual. La importancia de los proyectos colectivos, el trabajo en equipo y la relación de esos proyectos con temas sociales y culturales son elementos importantes, junto o en articulación con el propio interés individual. Un aspecto que también aparece y que nos parece importante es el de la independencia personal; en esa independencia, un elemento básico es el económico, pero no lo es todo. La autonomía, en el sentido amplio de la toma de decisiones, es un aspecto reivindicativo central en los valores de estos nuevos modelos. Constatamos también, que la importancia que se otorga a la autonomía e independencia personal, no se opone a una actitud solidaria y al planteamiento de estrategias que tienen en cuenta las necesidades, el cuidado y la atención a los entornos familiares o de amistad.

Los procesos vitales no han sido fáciles; por un lado se reconoce que «los entornos exteriores siguen siendo hostiles para las mujeres» y por otro, aparecen también los problemas relacionados con el reparto de las tareas domésticas: «hay muchas tareas en casa en las que los hombres no ayudan» y son conscientes —en el caso de vivir en pareja— que a ellas les toca la mayor parte de la organización y responsabilidad del mantenimiento del orden en la casa.

En relación a este segundo aspecto, el esfuerzo por compatibilizar el mundo profesional y el doméstico, hay que insistir en las variadas situaciones que presentan las vivencias de estas mujeres y las diferentes

estrategias que desarrollan para afrontarlas; es muy distinto vivir sola, vivir con hijas/os ya crecidos o con hijas/os de corta edad. En las estrategias utilizadas para combinar esos dos espacios están reflejados los cambios que se han producido en el contexto social del Estado español en los últimos veinte años; así, al final de los años setenta aparecen proyectos más solidarios. Cuenta Juana:

«Nos casamos al tiempo seis amigos y decidimos comprarnos una casa juntos y hacer una vida muy en común; es decir, vivíamos cada uno en su casa pero hacíamos todo en común: desde hacer la compra a las cenas, las comidas, las penas y las alegrías; cuando tuvimos hijos hacíamos rigurosos turnos entre todos para cuidarlas/os... Las puertas estaban permanentemente abiertas en las tres casas».

Sin embargo, en la actualidad, las estrategias de cuidado aparecen más individualizadas y con la ayuda de personas contratadas por horas para la realización de las tareas domésticas.

Desde el punto de vista estratégico, en el caso de las que han sido madres o están proyectando serlo, se plantea con momentos de «menor» o «mayor» intensidad que coinciden con las primeras etapas del cuidado. En relación a la maternidad, si tenemos en cuenta que en torno a la misma se han construido tanto las metáforas como las realidades que deben configurar la vida femenina (Díez 1993, 1995, 2000), observamos que se produce un cambio en las vivencias de la misma; este cambio supone que la maternidad deja de ser central. No significa que pase a ser periférica, sino que deja de ser el eje sobre el que gira toda la vida de una mujer. Como señaló una de las investigadoras, quizás la imagen de los vasos comunicantes es más apropiada que la de centro y periferia, para representar esta nueva forma de integrar la maternidad en el conjunto de vivencias profesionales y personales de estas mujeres. Para estos «nuevos modelos», la maternidad es una opción, una decisión y, en el caso de optar por ella, la importancia que se le otorga no significa que todo deba girar en torno a ella. A pesar de estos cambios en la forma de vivir la maternidad, constatamos y queremos hacer hincapié en que sigue constituyendo, tanto material como ideológicamente, a nivel individual y social, uno de los mayores obstáculos para la autonomía y el desarrollo personal de las mujeres.

Un aspecto que también ayuda a entender los cambios es observar cómo estas mujeres han organizado sus «tiempos propios». Las exigencias de la maternidad —principalmente en los momentos fuertes, cuando las/os hijas/os son pequeños— y del proyecto profesional tienen como consecuencia que el tiempo propio tenga que dedicarse al desarrollo del propio proyecto; es en esos momentos cuando no existen momentos de ocio, la lectura, el cine y los paseos desaparecen. Estas actividades de ocio aparecen como algo muy valorado y esta valoración es también un elemento que ayuda a entender esa «centralidad» en cierta forma «descentralizada» que estamos intentando describir. El control sobre el tiempo propio es importante en estos casos, como el de Belén, y a través de este aspecto puede apreciarse la riqueza que presenta una vida que se «libera» a través del trabajo, pero que también sabe «liberarse» del trabajo:

«Yo me quiero levantar un sábado por la mañana y pensar que no tengo ninguna obligación y que puedo, si quiero, colgar unas cortinas, irme a la playa con algún amigo o leer lo que me dé la gana».

Hemos hecho alusión a los contextos laborales como uno de los factores de dificultad en las carreras de las mujeres. No es casual la relación entre estos nuevos modelos que estamos analizando y los ámbitos profesionales en los que desarrollan sus actividades. Como una de las informantes manifestaba, en el mundo empresarial y en muchos foros público-privados, la igualdad y la intercambiabilidad genérica no se da en absoluto y en ese sentido, comparado con esos ámbitos, el entorno universitario es un entorno privilegiado. Es importante tener en cuenta aquí las diferencias de edad. Las mujeres más jóvenes reconocen las brechas abiertas y los caminos recorridos por otras mujeres, ya que ha supuesto la «normalización» de una situación y ha facilitado mucho su propia posición. Esos casi veinte años de diferencia de edad suponen dejar de ser pionera y de enfrentarse a situaciones en las que las representaciones de género tenían una fuerte carga machista: «El ser mujer en esos ambientes... son muy primarios, o eran muy primarios todos ellos», afirma Juana, para encontrarse en situaciones no ideales, pero sí algo más fáciles.

Vemos así que unos ámbitos son más permeables que otros y esto aparece también al analizar los modelos masculinos. Es de sobra co-

nocido el hecho de que los mayores cambios en los últimos veinte años ocurren dentro del colectivo femenino. Se reconoce también, que más que en los hombres, se da una actitud muy generalizada entre las mujeres por saber, conocer y participar en actividades culturales. Sin embargo, hay que diferenciar entre cambios en las relaciones y actitudes personales y domésticas, cambios que se reconocen en todas las entrevistas realizadas, y cambios más profundos que afectan al sistema de género.

Alternativas y reconstrucción de la masculinidad

De los tres hombres que fueron seleccionados para responder a lo que en la metodología se definía como hombres alternativos, dos están en el campo de la educación —universitaria e infantil— y un tercero se dedica al mundo del teatro y la creación literaria. Los dos primeros son padres y ellos han asumido la responsabilidad del cuidado de sus hijas e hijos, uno de ellos tras su separación matrimonial y el otro de acuerdo con su pareja; el tercero vive solo y es autosuficiente en cuanto a las tareas de casa. Aunque hay una similitud en el gusto por lo que se hace, por aprender y por impulsar proyectos, aparecen distintas formas de vivir la centralidad del trabajo en estos ejemplos. En el caso de Alfredo se observa un cambio de actitud en relación al trabajo:

«Antes era exclusivamente lo que a mí me servía para ganar dinero, para vivir, y ahora me lo tomo como que es una cosa importante en mi vida, que me ocupa un montón de horas, que organiza mi vida».

Esta persona vive, tanto en el ámbito del trabajo como en el ámbito doméstico, una situación de intercambiabilidad genérica; por un lado, la educación infantil continúa siendo un mundo básicamente de mujeres, y por otro, él es el responsable principal del cuidado de su hijo de seis años y de su hija de dos, incluso ha sido él quien ha cogido los permisos de paternidad.

También la actitud ante el trabajo aparece de forma ambigua o contradictoria en otro de los ejemplos masculinos. Expresiones como «he hecho lo que he querido», «nunca lo he considerado trabajo», «he

sacrificado mi vida al trabajo», «me gusta el trabajo», se entremezclan en distintos momentos de la entrevista. En cualquier caso, una característica común a estos nuevos modelos de ser hombre es que en la motivación del desarrollo profesional, lo económico tiene un papel secundario; en este sentido, la procedencia de clase es importante, ya que es distinto no preocuparse por el dinero teniendo una seguridad que te viene dada por la situación familiar o no preocuparse de hacer dinero y trabajar para poder vivir.

Penetrar y abrirse un espacio en ámbitos no considerados propios es una característica común en los nuevos modelos de mujeres; sin embargo, en el caso de los modelos masculinos no aparece un elemento común en este aspecto. En cualquier caso, la identificación de hombres nuevos o de comportamientos distintos aparece en las mismas claves que en el caso de las mujeres: independencia y autonomía «capaz de llevar su casa, que es capaz de trabajar, que es capaz de no depender de una relación para que le hagan las cosas de casa», según Carlos. Es fácil caer en la tentación de pensar que, simplemente, el problema consiste en que los hombres añadan a una centralidad ligada exclusivamente a la actividad laboral, unos saberes ligados al mundo doméstico y, a la inversa, que las mujeres añadan a una centralidad ligada a lo doméstico la actividad profesional. Sin embargo, si se parte de considerar la propia esfera del trabajo como un sistema generizado en el que aparecen cambios, pero en el que las asimetrías sexuales siguen marcando la reproducción de la misma, la relación de mujeres y hombres con la esfera del trabajo hay que verla de forma mucho más compleja, así como, también, la relación entre las distintas masculinidades que presentan los varones dentro de la propia esfera laboral (Connell 1995).

Un ejemplo que amplía esta última afirmación, que además nos permite afrontar la situación actual de ese mundo laboral a través de las experiencias de los más jóvenes, proviene de la propia descripción que los informantes hacen de la situación en el mundo de la banca. En el transcurso de los últimos treinta años ese ámbito laboral ha tenido distintas transformaciones. De ser un espacio exclusivamente masculino a finales de los años sesenta, pasó a ser un espacio mixto en el que hombres y mujeres desempeñaban actividades similares que se han identificado con la categoría de «administrativas/os», aunque, por supuesto, las jefaturas han sido siempre masculinas excepto en algunos puestos in-

termedios (Díez 1993). Esta situación se ha mantenido hasta los años noventa, al plantearse una reconversión como consecuencia de la introducción de nuevas tecnologías y, también, de las estrategias planteadas ante el surgimiento de la Unión Europea y la globalización económica, lo cual ha originado fusiones entre grandes bancos y cambios en la concepción de los objetivos de este sector. El grupo de entrevistados perteneciente a este sector, describen la situación señalando que la propia categoría de «administrativa/o» va desapareciendo y aparece un nuevo tipo de profesional de banca cuyas características serían las de: «universitario, agresivo, vendedor, simpático, con corbata y con dedicación plena a la empresa, de ocho de la mañana a ocho de la noche»³⁹. En la discusión con el grupo, fueron ellos mismos quienes establecieron una relación entre estas características y su repercusión en la posibilidad de que las mujeres, sobre todo si quieren tener una vida propia y contemplan la maternidad como una posibilidad, puedan seguir trabajando en estos sectores de la actividad. A estos datos deberá añadirse también la particularidad de que no son las propias empresas de banca las que contratan directamente personal en la actualidad, sino que lo hacen a través de las empresas de contratación temporal.

Los datos anteriores nos permiten afirmar que el sector laboral bancario actual presenta las siguientes características: está desapareciendo un espacio mixto de actividad laboral; el perfil de los nuevos profesionales presenta una masculinización hipertrofiada, y la actual organización del trabajo exige la dedicación exclusiva y mantiene a las personas en la inseguridad y precariedad laboral. En nuestra opinión, la situación específica de un sector como la banca —y el de otros sectores que sería necesario analizar— proporciona datos e información que nos ponen en la pista y nos ayudan a entender dos aspectos que son centrales en la actual situación laboral del colectivo femenino. Uno de esos aspectos es el relacionado con el famoso *techo de cristal*, muro invisible pero real que impide o que está retrasando el que las mujeres atraviesen determinadas barreras y asciendan a las cotas más altas de la pirámide que configura el mundo del empleo. El otro aspecto es el del paro femenino que, según las estadísticas evidencian, es muy superior al masculino en todas las edades.

³⁹ Grupo de hombres.

El caleidoscopio juvenil

A lo largo de las páginas anteriores, se ha puesto en evidencia la variedad de modelos de vida y situaciones que se observan en nuestra sociedad actual. Sin embargo, al abordar el colectivo de jóvenes, esa variedad se hace más evidente, quizá, porque la juventud es habitualmente representada de una forma demasiado homogénea. A pesar de la mayor igualdad de acceso a la educación y otros aspectos sociales, la clase social, la ideología y el género, de forma articulada, son variables que configuran las diferencias y desigualdades que existen dentro de este grupo. La imagen de un caleidoscopio nos parece apropiada para representar un colectivo que está haciendo su propia historia, pero no en circunstancias de su propia elección, recordando la expresión de Marx. La centralidad y la importancia del trabajo es también un aspecto importante en este grupo —con edades comprendidas entre los veinte y treinta años—, aunque lógicamente, no aparecen procesos ni experiencias consolidadas, sino que se percibe ese tema como un elemento presente, aunque de forma diversa. Como se ha apuntado en distintas ocasiones, la actual situación del mercado laboral no contribuye al desarrollo de las potencialidades de muchas personas y esto incide de forma más clara en la juventud; es en este punto donde las diferencias de clase social aparecen, por el mayor o menor soporte que pueden proporcionar, tanto en el proceso de aprendizaje y formación como en el apoyo y redes para la entrada y consolidación en el mundo laboral.

La centralidad e importancia que el trabajo tiene en las vidas de las y los jóvenes se hace evidente en el caso de Ana⁴⁰ al observar sus actitudes ante la actividad laboral; hay que comenzar diciendo que esas actitudes son diversas. Esta diversidad abarca modelos continuistas, como muestra el ejemplo de una mujer joven que abandona su proyecto profesional por el matrimonio y la maternidad y que aspira a formar una familia que sea igual a la que ella ha tenido.

Por otro lado, aparecen también discursos en los que valorando la independencia económica, lo separan de la importancia que se da al trabajo como proyecto de vida. Esas y esos jóvenes tienen un empleo, lo hacen y no parece que se encuentren incómodos, ni dan muestras

⁴⁰ Ana, joven, alta, derecha.

de si les gusta y es adecuado a sus intereses; tienen un trabajo que les permite una independencia económica⁴¹. Miguel afirma que trabaja «para ganarse el pan», y que la búsqueda de sus trabajos ha estado siempre condicionada por dos aspectos: que le permitiera estudiar, y que no estuviera en contra de sus principios ideológicos; en este último sentido, este joven tuvo la oportunidad de trabajar de psicólogo de prisiones —«ganar un montón de pelás»— y dijo que no:

«Tengo muy claro que iba contra mis principios... Prefiero un trabajo como el que tengo, que no tengo contacto con la gente, estoy por la noche en un lugar donde hago la función de conserje».

La conciencia de clase y la ideología de izquierda está presente en las opiniones y hechos de algunos de estas y estos jóvenes; ello se plasma en actitudes de rechazo a lo establecido:

«Yo personalmente, estoy en contra del patriarcado, estoy en contra de la familia, estoy en contra de la monogamia, o sea, estoy en contra de todo lo que nos están imponiendo».

Ellas y ellos se plantean como objetivo el «crearnos nuestra propia historia y nuestra propia vida»⁴². En la actividad de estos jóvenes contestatarios, la militancia en distintos colectivos o ámbitos es parte de su concepción vital y ocupa una parte importante de su tiempo; la forma en que se actúa para cambiar el entorno es explícita. Para Miguel:

«Acción significa que uno, todo lo que sabe, todo lo que ha aprendido, lo puede utilizar para luchar contra el foco opresor, aunque no me gusta utilizar esa palabra».

Esa acción se concreta en una actividad que consiste en transmitir, en el entorno universitario lo que le pasa a la gente de los barrios «porque aquí no llega» y por otro, hacer algo por la gente en los barrios con lo que ha aprendido en el entorno universitario. En opinión de algunos de los jóvenes que buscan nuevas formas de vida, en la sociedad

⁴¹ Grupo jóvenes mixto alternativo.

⁴² Grupo jóvenes mixto alternativo.

nada ha cambiado, o los cambios que se han producido no son los que ellos desean; a ellos les gustaría «cambiar las cosas».

Frente a esa actitud contestataria y rebelde, en otros casos, el trabajo sigue apareciendo como el elemento central y único en la posibilidad de consolidación de una vida estable y de «ir a más» en el sentido de la movilidad social; esa centralidad en la profesión significa para Eduardo también un elemento positivo de identificación ante los demás; igualmente, Marta valora mucho el reconocimiento que los «otros» hacen del trabajo bien hecho.

La precariedad del empleo y la dificultad de conseguirlo son evidentes a través de las estrategias de Marta que dice que ella «aparenta» ser «dócil» y «tontita»; en realidad, con esas actitudes esta joven está cumpliendo el mandato cultural en cuanto a cómo deben «ser» y «comportarse» las mujeres. Sin embargo, su comportamiento real contrasta con la forma en que ella define de forma ideal los modelos de cómo le gustan las mujeres: luchadoras, activas, independiente, fuertes. Frente a lo anterior, es la situación de los jóvenes varones de clase alta la que presenta características más continuistas de género y clase, en cuanto a que su proyecto profesional aparece delineado por el tipo de estudios y los apoyos familiares, tanto si se trata de continuar en el negocio familiar —es el caso de Ramón⁴³—, como si, al igual que Alberto, entran en una actividad nueva. Constatamos una relación entre la precariedad del mundo laboral actual y la incidencia que esa precariedad tiene en la posibilidad de que muchas y muchos jóvenes de las clases sociales menos favorecidas puedan plantearse metas y objetivos de vida. Hay que dejar de pensar en la juventud como una masa homogénea, según la imagen de «juventud Pepsi» descrita por uno de nuestros informantes: «niños-niñas guapos, felices, contentos; un mundo feliz», opinión que presenta una crítica similar a la que aparece en las palabras de otro joven, que se expresaba así en una reunión de grupo:

«Nos están venga a machacar. Te ponen un futuro... el niñato de turno con bacalao y unos cochazos de la hostia y una casita para el fin de semana al lado de la playa y vas tú, sales a la calle y vamos, lo único que ves es el borracho que se está cayendo y... joder...»⁴⁴.

⁴³ Ramón, joven, varón, alta, izquierda.

⁴⁴ Grupo de jóvenes mixto.

6. Representaciones de género, relaciones afectivas y estrategias

El mundo emocional de hombres y mujeres aparece de manera diferenciada en las personas entrevistadas, independientemente de su edad, clase social e ideología. En el imaginario colectivo, lo femenino se identifica con la afectividad, la suavidad, la comprensión, el amor; y lo masculino con el poder, la agresividad, la violencia, la fuerza intelectual y física. Esta diferenciación tiene una base naturalista sobre todo en las mujeres. A medida que desaparece la diferenciación se introducen elementos más culturales que muestran rupturas con las interpretaciones naturalizadoras, una diferenciación que algunos/as entrevistados/as ponen en relación estrecha con los diferentes contextos donde se mueven, dejando entrever, por tanto, qué cambios en dichos contextos así como en las actividades concretas (mujeres en el poder, en trabajos ‘masculinos’; hombres en el cuidado y en actividades ‘femeninas’) modifican las vivencias y hacen aflorar percepciones y valoraciones distintas.

Hombres, mujeres y emociones

Cuando se generaliza acerca del mundo emocional de mujeres y hombres se enfatizan aquellas características que corresponden a definiciones donde no cabe la fisura. En niveles más concretos, se hace compatible con el reconocimiento respectivo de cualidades «femeninas» en hombres o «masculinas» en mujeres. En general suele tener más connotaciones positivas la presencia de ciertas habilidades «femeninas» en los hombres que lo contrario. Por ejemplo, está mal considerado

que las mujeres adopten el estilo autoritario y competitivo de muchos hombres, aunque no se califiquen de la misma manera estos comportamientos en los varones y se reconozca que son funcionales en según qué contextos.

Muchas entrevistadas aluden a la mayor sensibilidad de las mujeres. Pero donde el consenso es unánime es en la idea de que los hombres tienen mucha dificultad para manifestar los sentimientos, los afectos. Alicia en su entrevista nos dice:

«Ese caparazón que muchas veces se ponen los hombres para ocultar sus debilidades y sus carencias y que a veces lo sustituyen por lo contrario, que es la soberbia, la altivez, el sentido de esa superioridad innata, el instinto de proteger».

También Olga señala como rasgo masculino por antonomasia la tendencia a huir de los compromisos en las relaciones, y, en general, los hombres son vistos como fríos, calculadores. En consonancia con estas valoraciones, hombres de diferentes edades dicen no compartir con nadie o con muy poca gente experiencias emocionales, sobre todo las negativas (crisis de pareja, abandonos). Pero se muestran más capaces de expresar emociones referidas a experiencias distantes en el tiempo o en el espacio, como pueden ser las derivadas del contacto con otras culturas o sociedades en viajes de trabajo o vacaciones, como es el caso de Víctor y Enrique. Las manifestaciones espontáneas y explícitas en cuanto a las emociones por parte de algunos entrevistados han correspondido en general al ámbito de la sexualidad, donde con bastante facilidad hablan de sus éxitos amorosos o de sus diversas relaciones. Jesús lo expresa de esta manera:

«He tenido muchos amores y prácticamente con el cien por cien de todas las personas que he tenido amores, tengo una buena amistad después. No recuerdo ni un caso de hostilidad, de rupturas malas, sino que se acaba el deseo físico y sigue después como amistad. Pero sí he tenido una vida afectiva muy alta, muy intensa y muy sucesiva, muy simultánea, muy promiscua».

Este tema de la falta de exteriorización emocional de los hombres es articulado por algunos de nuestros informantes con características identitarias y culturales. Pero en este sentido se aprecia una diferenciación

por edad e ideología, ya que mientras jóvenes progresistas (grupo de jóvenes alternativos) consideran necesarios los cambios a este respecto, que vendrán según ellos de la mano de un trabajo personal o de circunstancias concretas (cambios de residencia, conocimiento de otras sociedades), Enrique reivindica esta especificidad cultural como algo importante y totalmente positivo, dándole también un carácter intergenerérico. Así y todo los hombres reconocen la importancia de la esfera afectiva o emocional de sus vidas y esta reflexión surge más fácilmente a medida que avanza la edad.

Algunos jóvenes entrevistados (grupo de jóvenes mixto) afirman que persiste la idea de que un hombre puede hacer «de todo», en cuanto a que no se les ve límite respecto a sus habilidades o capacidades. Esto en referencia a las cuestiones que se definen como «importantes», y que tienen que ver con el mundo de la política, el poder, el deporte, además de seguir llevando en muchos casos la iniciativa en los ligues y relaciones, mientras que en las mujeres, su imagen pública está siempre ligada a actividades o personas concretas.

En cuanto a las representaciones sobre la sexualidad, se aprecian cambios en las nuevas generaciones. Así, Bruno se refiere a códigos de honor, afirmando por ejemplo que es indigno de un hombre abandonar a una mujer embarazada con la que está prometido, y que la mujer debe respetar los límites morales de fidelidad conyugal y familiar, añadiendo que el planteamiento actual de la sexualidad se asemeja a un tren que camina por una vía a la que le faltan los raíles. En el otro extremo, y aunque se aprecian matices por diferencias ideológicas, casi todos los jóvenes entrevistados introducen ideas alternativas sobre la promiscuidad y consideran la mayor permisividad sexual actual, también la de las mujeres, como positiva, aunque reconocen las mayores dificultades prácticas para estas últimas.

Sobrevaloración de lo femenino y el «síndrome del converso»

Otro resultado de nuestro estudio es que algunas personas mantienen visiones muy positivas de lo que es ser mujer frente a lo que es ser hombre. Estas definiciones se presentan bajo diferentes formas. Por

ejemplo, Gloria hace afirmaciones en esta línea, subrayando que la mujer es más plural:

«Abarca los terrenos que abarca el hombre, a la misma altura y encima... (...) en los terrenos que entra va a la altura del hombre y encima la mujer es de más terrenos».

Pero por otra parte, existe la versión masculina de esta visión «super positiva» de lo que es ser mujer, defendida por algunos informantes con una ideología progresista o no, que definimos como «síndrome del converso». Un síndrome que se manifiesta de una forma suave en algunos, como por ejemplo en un hombre mayor, de clase alta y de derechas que subraya el valor social de cualidades relacionadas con las mujeres, como la empatía o la cercanía personal en las relaciones laborales, aunque hace un discurso general de la superioridad masculina. Es el caso de Bruno. Pero otros, como Víctor, manifiestan lo «positivo de ser mujer» de forma mucho más contundente:

«Soy de los que piensan, y lo digo de verdad, que la mujer es bastante más inteligente en todos los aspectos de la vida y que es mucho más capaz de poder arreglar los problemas del mundo que el hombre. La mujer tiene que tener su toque femenino, no me sirve de nada una tía dejada, la que se pone la ropa de cualquier manera, no se arregla nada, no se peina, no se maquilla».

A lo largo de las entrevistas, algunas personas han comentado haber sido objeto de sospecha en sus ámbitos de trabajo o actividad social, sobre todo cuando llevaban a cabo actividades no específicas de su sexo. Así por ejemplo, las mujeres que han estado en puestos de alta responsabilidad (enseñanza, administración pública) hacen referencia a las desventajas que sufrieron por ser mujeres y a que tuvieron que ganarse a pulso el respeto y el reconocimiento. Belén nos dice:

«Las mujeres casadas y con hijos tienen unos determinados obstáculos y presiones, pero las mujeres solas, sin pareja, despiertan mayores especulaciones y suspicacias sobre su sexualidad, su vida privada, la expresión de sus emociones, su forma de vestir, y que oculta o pone en cuestión su capacidad y su empeño profesional».

En cuanto a hombres que desempeñan «actividades de mujeres», Alfredo menciona una experiencia en su propio trabajo (una escuela pública, en preescolar), donde el hecho de ser hombre le llevó a «estar bajo sospecha», también sexual. La madre de una de sus alumnas se quejó a la dirección del centro porque no quería que este maestro tocara o abrazara a su hija de corta edad. Después de una reunión con la directora y los padres de la niña, y aunque había discrepancias entre el padre, el maestro y la directora respecto a la madre, nuestro informante decidió que era mejor evitar o por lo menos vigilar el contacto físico con el alumnado. En todos los casos se percibe que estar en un lugar «no natural» provoca que las personas concretas estén mucho más en el punto de mira que el resto. Además, las descalificaciones suelen tener una especificidad sexual, que en las mujeres se combina con una sospecha sobre la propia capacidad.

La especialización emocional de las mujeres

En general, las mujeres expresan en los relatos sobre sus vidas la importancia de las relaciones afectivas y del mundo emocional, tanto en cuanto a su vida familiar o de amistad, como en el contexto laboral o social. Algunas mujeres afirman que la consideración y cuidado de los aspectos relacionales son un factor de motivación en el desempeño de un trabajo o de un puesto de responsabilidad. Otras en cambio, como Ana y Lourdes, consideran que la capacidad de comunicación y la empatía hacia las personas de alrededor y el trabajo en equipo son elementos importantes en la consecución de los objetivos laborales o socio-políticos. Por último hay quienes, entre otras Alicia y Belén, subrayan que sus redes de amistad han sido determinantes en sus proyectos. María y Beatriz se perciben como poco emocionales, al margen de que consideren importantes sus relaciones de amistad. En estos pocos casos, la «frialidad» autopercebida favorece un tipo de valoración distinta respecto a la importancia de la afectividad en las mujeres, introduciendo matices diferentes al resto. Así, Raquel, que tiene en gran estima su independencia y libertad, habla de sus hijos señalando que éstos sobre todo le han creado problemas y contradicciones personales, aunque por otra parte hayan sido un motor en su vida. Cuando habla de la amistad hace también un discurso más racional que emocional.

En general, algo que aparece con fuerza en la mayoría de las entrevistas y en particular en Alicia y Belén, es la construcción y consolidación de un discurso de lo emocional vinculado a lo femenino, que se relaciona con la construcción del imaginario social al respecto pero también con ideas y teorías feministas, y que influye tanto en la vivencia de una misma y en el relato sobre la propia vida, como en la caracterización por parte de los otros. Es un discurso del genérico femenino que aparece más en mujeres progresistas, feministas y de clase media, pero que está bastante generalizado. Se llega a ver una determinación total de sus actividades y proyectos por la esfera afectiva y relacional, al margen de que en el desempeño concreto de los mismos vayan descubriendo y desarrollando potencialidades y capacidades individuales, y esto les haya permitido una autovaloración positiva.

Desde nuestro punto de vista, este hecho puede tener significados diversos: por una parte, parece evidente que para la mayoría de las mujeres el mundo afectivo/amoroso es básico en cuanto a la valoración de su propia vida y la construcción de su identidad, de su subjetividad. Pero en bastantes de los relatos femeninos, aparece de forma clara y contundente un componente racional y calculador. Es decir, en muchos casos las mujeres transmiten tener un papel activo, racional e incluso estratégico en sus relaciones, algo de lo que no parecen ser conscientes, o no por lo menos en un primer momento. Este doble componente racional y emocional de la vida, más consciente para unas que para otras, hace que Begoña y Belén hablen de la compatibilidad entre el mundo privado y el público, la maternidad y el empleo, no sólo como modelo ideal sino como experiencia propia. Pero, en general, el discurso femenino y feminista tiende a sobredimensionar la trascendencia de los sentimientos y las relaciones en las mujeres. Esto condiciona la experiencia femenina y la propia autovaloración, pero contribuye también a ocultar la vivencia emocional real de los hombres y, por tanto, a separar las experiencias de unos y otras, dificultando la construcción de definiciones alternativas y/o neutras de lo masculino y de lo femenino. Tampoco se identifica ni se reconoce como importante la alta emocionalidad de ciertos contextos masculinizados, como son los ámbitos del poder, del trabajo, del deporte.

De todas formas, la valoración de la importancia de las redes de amistad en el trabajo aparece condicionada sobre todo por la clase so-

cial a la que se pertenece, y menos por el género. Hombres y mujeres de distintos estratos sociales resaltan la importancia de las redes de amistad para la consecución de un empleo o de un cargo político. Pero, los hombres de clase alta destacan la importancia de los contactos como una manera de consolidar el estatus social del grupo de pertenencia, mientras que algunos hombres de clase baja hacen más hincapié en el esfuerzo personal que en las redes sociales. Las mujeres, así lo afirman María y Beatriz, independientemente de la clase social, establecen también vinculaciones importantes entre redes de amistad y obtención de empleo.

Definiciones alternativas y cambios

Son las personas concretas con visiones y experiencias rupturistas, las que dan definiciones neutras y distintas de las emociones de hombres y mujeres. Lo mayoritario en estas definiciones son las combinaciones de lo que podríamos denominar viejas representaciones (ejemplo, «hombres fuertes/mujeres intuitivas, maternas») y nuevas representaciones de género, que hacen hincapié en la igualdad, o que destacan la intercambiabilidad de estas características en hombres y en mujeres. Veamos algunas de estas definiciones: «hombres sensibles, que escuchen», «mujeres luchadoras, activas, independientes y fuertes», «mujeres seguras de sí mismas», «mujeres que dan importancia a la sexualidad, y así lo expresan». Carlos dice:

«Me gusta que tengan [hombres y mujeres] una visión de las cosas determinada, que tengan una concepción del mundo, (...) que tengan sentido del humor. Me gusta que sean independientes».

Además, se introducen valores nuevos en relación a lo femenino y lo masculino. La representación igualitarista de hombres y mujeres implica reconocer la existencia de cambios en los hombres. Carlos, antes citado afirma:

«Yo creo que sí hay 'hombres nuevos', o comportamientos distintos (...) Sería un hombre que es independiente y autónomo en todos los senti-

dos, es decir, que es capaz de llevar su casa, que es capaz de trabajar, que es capaz de no depender de una relación (...) de ser capaz de tener relaciones con otros hombres si le interesa (...) Yo creo que eso es una cosa más generalizada ahora que antes. En ese sentido, sí. Hombres así, no es que no los haya habido nunca, claro que los ha habido, pero que de una manera tan clara como ahora, quizás no. Hombres que se preparan más el aspecto físico, que evidentemente también lo había antes, pero ahora es más generalizado».

De todas formas, las valoraciones neutras sobre lo que es ser hombre y mujer surgen de manera más fluida en relación a ámbitos concretos como el laboral o cuando se entra en el tema de la afectividad. En muchas ocasiones la referencia a la entrada de las mujeres en el ámbito público implica la idea de una cierta masculinización de éstas, que no siempre es valorada como positiva.

Carlos y Olga han negado más o menos categóricamente las diferencias entre hombres y mujeres en cuanto a los sentimientos, aunque reconocen que pueda haber una distinta expresión de los mismos. Se trata de personas que se mueven en ámbitos profesionales alternativos (arte, teatro) o de nueva creación (servicios socio-comunitarios). En esta concepción igualitarista intervienen otros factores, al margen de lo ya apuntado, como son características personales o experiencias sexuales alternativas (homosexualidad, bisexualidad). En otras entrevistas, la negación de la diferencia aparece cuando se habla de situaciones concretas vividas, de la propia autopercepción o la de las personas de alrededor. Así por ejemplo, Lucía afirma que su padre vivió una larga separación familiar por motivos de trabajo con la misma tristeza que el resto de la familia, todas mujeres. Además, añade que ella misma se siente más identificada con su padre que con su madre, en cuanto a la vivencia de la fortaleza o la fragilidad emocional. En este mismo sentido, Francisco también hace una comparación entre su propia vivencia y la de su hija, relacionándolo también con las diferencias de personalidad. Por último Ana se hace una reflexión similar en relación a sus propios padres:

«Mis padres han sido un poco lo contrario: mi madre ha sido un poco más padre y mi padre un poco más la madre, más cariñoso, más de afectividad... Cuando iba a comprar ropa le decía 'papá acompáñame'. Mi padre tenía mucho gusto... Mi madre igual ha sido más recta».

Es decir, a medida que el discurso deja de ser general, abstracto, y se refiere a situaciones y personas concretas, es más fácil que se perciban características personales similares entre hombres y mujeres, y que se establezcan conexiones con el contexto y la personalidad de cada cual.

Otro amplio acuerdo que aparece en este estudio es la percepción de que la sociedad está en cambio continuo en lo que respecta a hombres y mujeres. Pero este cambio produce también reacciones diferentes. Las mujeres creen que a los hombres las mujeres fuertes, inteligentes, les asustan, les dan miedo; en otros casos apuntan que los hombres de su ambiente (progresista) suelen tener dos tipos de reacción: los que intentan adaptarse y modificar sus comportamientos, y los que se muestran hostiles frente a las mujeres. En cuanto a los hombres, algunos reconocen no gustarles los extremos en las mujeres («Ni una mandona, ni una sumisa que te diga a todo amén»), como un síntoma de cierta aceptación del cambio, incluso del derecho al mismo para las mujeres. Además, se considera que en los hombres pesan mucho la inercia y la comodidad, que un primer paso es ser conscientes de la propia situación, y que los cambios en ellos son en general individuales⁴⁵.

Miguel se muestra obligado por el contexto social y político donde se mueve a no permanecer ajeno a las reivindicaciones feministas, por coherencia con sus propias ideas, aunque reconoce sus propias limitaciones en lo concreto:

«Lo que sí tengo claro es que a la mujer hay que respetarla porque es una persona igual que tú; lo que sí hay que trabajar mucho es sobre las relaciones de convivencia y me parece que eso es muy difícil (...) Tengo algunas taras, tengo taras de machismo».

Las dificultades para compartir responsabilidades domésticas no son obstáculo, sin embargo, para valorar elementos alternativos en relación a las mujeres por las que se siente atraído, mujeres que según Miguel:

«No están interesadas por el físico, o si tienes coche, o si tienes una propiedad, sino en que eres un tío que sabes pensar. Esas mujeres son las que a mí me gustan, con las que me siento mejor».

⁴⁵ Grupo de jóvenes mixto alternativo.

De todas formas, aun cuando expresen cambios en las definiciones sobre hombres y mujeres y en cómo se perciben a sí mismos, domina en muchas entrevistas de varones de diferentes ideologías una representación totalmente masculina de la sociedad. Esto se plasma por ejemplo en la importancia que toman actividades sociales vinculadas a espacios sociales o políticos donde los varones tienen todo el protagonismo, según afirman Jesús y Bruno. Las mujeres aparecen en el discurso de estos hombres ligadas casi exclusivamente al campo de las relaciones afectivo-familiares y de amistad; incluso dentro de estas relaciones, se puede llegar a vivir muy independiente de las mujeres, muy poco implicado con ellas; ellas son las que representan la estabilidad o las que inician las relaciones o las rompen, mientras que las mujeres entrevistadas transmiten más una visión mixta de la sociedad, incorporando a los hombres en sus comentarios sobre todos los campos sociales.

Usos, trampas y especificidades genéricas de los afectos

Para analizar las relaciones entre el amor, la sexualidad y las mujeres, es interesante la idea señalada por la psicoanalista Emilce Dio Bleichmar de que toda mujer por el hecho de serlo, por la educación y por el papel que se le asigna en las relaciones sexuales con varones, tiene una relación conflictiva con la sexualidad (1985). A este respecto nos parece aportador el trabajo de Eichenbaum y Orbach (1990), que señala que las mujeres son educadas para depender emocionalmente de los hombres pero también para apoyarlos incondicionalmente, de modo que la dependencia emocional de los varones queda camuflada en este juego de relaciones entre sexos distintos. En esta línea, Esteban expresa tener un apoyo afectivo incondicional en su mujer, que le ha servido para llevar a cabo sus proyectos profesionales o públicos. Por otra parte, muy pocos hombres entrevistados dicen buscar relaciones igualitarias, incluso entre los progresistas. Hay un control emocional, una racionalidad en los hombres a la hora de enfrentarse y vivir el amor, que puede llevar en algunos casos a un no implicarse, no comprometerse en las relaciones; control que es difícil de encontrar en las mujeres. Pese a las transformaciones sociales se señala que sigue ha-

biendo dificultades para las mujeres, en lo referente, por ejemplo, a la capacidad de maniobra que siguen teniendo las jóvenes en cuanto a la sexualidad. En general, todos los jóvenes entrevistados, hombres y mujeres, valoran de distinta forma las relaciones sexuales en hombres y en mujeres, por ejemplo el tema de la promiscuidad en unos y otras. De todas formas, es un campo donde también se aprecia el cambio, sobre todo respecto a las mujeres. En esta línea Lucía dice:

«Sí, yo creo que sí, que son más las chicas las que ahora vemos a los chicos como objeto sexual que no al revés, que los chicos nos vean a nosotras como... También hay un cambio en ellos, pero yo creo que más en... Ha habido un acercamiento de posiciones por las dos partes, pero yo veo que en las chicas el cambio ha sido mayor».

En los modelos emergentes aparecen con fuerza nuevas concepciones y valoraciones de la sexualidad. Chicos y chicas se muestran capaces de tomar la iniciativa y llevar adelante relaciones más abiertas y limitadas temporalmente, sobre todo en contextos urbanos.

Pero hay diferencias en la manera en cómo viven las relaciones amorosas hombres y mujeres. Ana expresa directamente que no se ha sentido sujeto activo en procesos como separaciones o embarazos no deseados. Sin embargo, estas situaciones pueden haber provocado, aunque sea a posteriori, cambios en su subjetividad o incluso en su sistema general de valores. Es el caso de Olga, que a veces ha entrado en conflicto con el de su contexto social. Bastantes reconocen que al final han tomado las riendas de su vida, incluso a pesar o a consecuencia de una relación o de un conflicto amoroso: el amor que, según Alicia, o nos ayuda o nos arrastra a tomar decisiones.

El amor condiciona a las mujeres de distinta manera que a los hombres y esto se ha percibido en todo tipo de mujeres, al margen de su clase social, edad o ideología. También mujeres progresistas y rupturistas dicen sentirse sometidas a los vaivenes de sus relaciones amorosas, en manos de los sentimientos. Lucía alude al condicionamiento amoroso de las mujeres de esta manera:

«Lo que odio son las chicas que empiezan a salir con chicos y de repente empiezan a actuar como esos chicos, a gustarles las cosas que les

gustan a esos chicos, la música... cambian de forma de vestir, cambian de opiniones, y eso no me gusta. Me gusta que sean independientes, ya no te digo independientes económicamente, independientes interiormente».

Las adultas pueden tomar más distancia y no poca ironía, cuando por ejemplo hablan de que las mujeres «se enamoran del enemigo». Raquel dice:

«Los hombres creen que tienen el poder y quieren crear esa dependencia en la mujer, pero la mujer se ha dado cuenta de la diferencia establecida y del problema de la jerarquización. Yo creo que ha habido un cambio, pero el paso siguiente es el que nos falta. Muy bien que se tome conciencia, pero ¿qué se hace? Hay mucha historia sentimental, siempre nos enamoramos del enemigo, ¡qué vamos a hacer!».

Esta experiencia conflictiva compartida entre las mujeres, hace que algunas, es el caso de Aida, hayan encontrado la solución en una cierta renuncia al amor, o que Lucía manifieste una dificultad para establecer relaciones amorosas con chicos, dejando entrever en su discurso un cierto miedo a perder autonomía, además de una dificultad real de encontrar hombres feministas, que son los que más le atraen. En otros casos, los de Belén y Raquel, la experiencia como «mujer sola», sin pareja, se eleva a una categoría social a reivindicar, analizando las consecuencias positivas y negativas, pero sobre todo valorando la independencia emocional de las mujeres, que no tiene por qué implicar soledad o aislamiento, en la línea de lo defendido por Carmen Alborch en su libro *Solas*.

Maternidades y paternidades

La maternidad se ha manifestado en nuestra investigación como un ámbito donde se ve la discordancia entre representaciones sociales y prácticas, siendo estas últimas más diversas. En las entrevistas destacan dos cuestiones a este respecto: la implicación de las mujeres en el cuidado de las criaturas, ejemplo de su especialización emocional, y la incompatibilidad referida por bastantes mujeres (y por la sociedad en ge-

neral) entre la maternidad y el empleo, sobre todo en torno a las criaturas más pequeñas, que hace que muchas abandonen la actividad laboral durante un periodo, es el caso de Ana y Gloria, o les parezca la mejor solución, como a Lourdes. Esto queda perfectamente de manifiesto en el siguiente relato de Ana que ha tenido una experiencia laboral totalmente satisfactoria y que no descarta tener otro empleo en el futuro:

«Desde pequeña he tenido ilusión por casarme y tener niños, pero lo que aprendes y lo que recibes es increíble al menos para mí; igual otras personas... entiendo que necesitan trabajar o que el estar en casa al cuidado de los hijos no les llena. Yo he tenido la suerte de poder probar las dos cosas y considero como una suerte el no trabajar para dedicarme a los hijos. Además, el marido nunca me ha dicho que no trabaje, pero le hace ilusión que sea yo quien esté con ellos (...) En este momento creo que lo más importante son mis hijos y si tengo la posibilidad de educarlos yo, independientemente de que tengas una persona estupenda en casa que te ayude, saca de paseo a los niños... Creo que lo que puede dar una madre no lo da otra persona (...) Yo pienso así, mi madre siempre ha estado cuidándonos y es algo que yo agradezco mucho».

Son mujeres progresistas las que muestran esquemas más equilibrados, fríos y calculadores, en cuanto a las decisiones respecto al trabajo, la maternidad, la crianza de los hijos. A medida que la maternidad se desnaturaliza toma importancia en su discurso la dimensión de la responsabilidad, de la obligación y se pone en un segundo lugar el tema de los sentimientos. Aunque muy pocas madres de nuestra muestra expresan la complementariedad en la vivencia simultánea del trabajo y los hijos, algo probado en muchas investigaciones es que las mujeres ponen en marcha estrategias para compaginar empleo y maternidad (Díez 1993, 2000). Además, las experiencias concretas son diversas y dependen de factores como la situación laboral o la clase social. Es decir hay que hacer una distinción entre el discurso ideológico hegemónico acerca de la maternidad, que apoya la no intercambiabilidad de las tareas entre hombres y mujeres, y las representaciones y vivencias concretas (Esteban 2000).

En cuanto a la paternidad, en bastantes casos y al margen de edades y clases sociales, el discurso de los hombres entrevistados deja en un segundo plano a los hijos, lo cual no ocurre en ningún caso en las muje-

res. Además, consideran que los hijos son un dominio femenino, sobre todo los más pequeños. De todas formas, si hacemos un análisis por edades se ve una evolución, de forma que, a medida que nos acercamos a las generaciones más jóvenes, y al margen de la clase social y la ideología, hay un mayor disfrute y responsabilidad directa en el cuidado de los/as hijos/as. Esa implicación cotidiana parece ser un proceso irreversible, aunque esto no suponga, ni mucho menos, que la responsabilidad y las tareas realizadas sean iguales que en las mujeres.

En este sentido, algunos resultados de investigaciones indican que los modelos más igualitaristas en cuanto a la paternidad/maternidad se dan en sectores sociales de clase media, cuando ambos miembros de la pareja tienen profesiones similares e ideología de género progresista (Díez 2000). Es decir, parece necesaria una combinación de factores: ocupación, ideología, y nivel social del hombre y la mujer. En nuestra muestra, dos de los varones entrevistados que cumplen estas condiciones han tenido o tienen experiencias similares a las mujeres.

El primero de ellos, Jesús, tiene dos hijas ya autónomas. Una separación de su mujer y la ausencia de ésta cuando las hijas eran todavía pequeñas provocó que él tuviera que responsabilizarse de la situación. Desde esta experiencia equipara su vivencia de la paternidad a la de las mujeres solas, separadas, solteras:

«Mi vida, en general, es una vida que ha sido muy parecida a la que puede llevar, la vida afectiva, a la que pueden llevar muchas mujeres separadas, es decir, se separan, se quedan con los niños, educan y sacan adelante a los niños, no cobran la pensión del marido y no se vuelven a casar porque tienen que atender a sus hijos. Ese perfil de madre lo he tenido yo. Soy madre soltera, o madre divorciada, vamos».

Es un discurso que, al margen de su formulación y posibles interpretaciones, se refiere a una experiencia alternativa en un hombre respecto a la paternidad, un hombre que ha trasvasado ciertos límites, aunque haya sido porque la mujer se inhibiera de sus funciones maternas directas.

Alfredo tiene dos hijos pequeños y tal y como lo relata, para él responsabilizarse del cuidado de sus hijos desde su nacimiento ha sido fundamental, lo que le ha llevado entre otras cosas, a pedir excedencias de paternidad en los dos casos. Además se muestra como un hombre

atípico, puesto que valora el trabajo como algo secundario en su vida, por detrás de su experiencia como padre. Sin embargo, hace un discurso contradictorio en cuanto a las capacidades y proyecciones de los hombres y mujeres en el cuidado infantil. Por una parte naturaliza los valores y la identidad masculina y femenina, lo que le lleva a diferenciar los papeles de hombres y mujeres en dicho cuidado. Por otra parte, en su propia vivencia reconoce la no existencia de diferencias entre su pareja y él mismo, y en todo caso identifica las diferencias con el carácter y la dedicación profesional y no con el sexo.

Vida familiar y libertad de decisión para las mujeres

La familia es fuente de emocionalidad, apoyo y afecto para la mayoría de las personas entrevistadas. Pero hombres y mujeres no expresan ni viven la vinculación familiar de la misma manera y también se ven diferencias atendiendo a la clase social. En general, los hombres, como Luis, aluden más a cuestiones relativas a su responsabilidad y obligación hacia la pareja, hijos y/o el resto de personas que conviven en la misma casa, que a aspectos sentimentales: mantenerlos y asegurar su futuro son su objetivo prioritario. Además, en muchos entrevistados varones, más evidente en Víctor, Esteban y Enrique, se da una separación total de la vida familiar y laboral, separación que aparece de forma más leve en los jóvenes. Es decir, su construcción como sujetos se hace al margen de su familia, aunque reconozcan el apoyo, la influencia o el afecto recibidos. Sólo Ana y Begoña se han referido a una necesidad de distanciarse de la familia para construir el propio espacio y el propio proyecto de vida, pero, además, esto no se plantea de la misma forma que en los hombres, cuyo espacio y proyecto personal no suele entrar en contradicción con los vínculos familiares, como en estas mujeres. Raquel llega a ver una cierta contradicción entre libertad femenina y vida familiar:

«Yo, cuando veo que la gente de mi edad todavía vive en familia, porque tiene marido, tienen hijos en casa... lo considero un desastre, porque viven alrededor de todos ellos. Veo que tienen menos vida propia aunque pueda haber quienes vivan en familia y sean independientes».

El reconocimiento de la importancia de las relaciones familiares es más explícito y más cercano en las mujeres que en los hombres. Algunas mujeres anteponen su independencia y libertad personal a la convivencia con otras personas, incluso hijos/as, defendiendo el espacio privado propio y aislado como un mecanismo para mantenerse libres, al margen de que mantengan relaciones afectivas intensas y enriquecedoras para ellas; según Raquel:

«Vivir sola como lo estoy haciendo ahora es una experiencia formidable. Eso de que entras y sales cuando quieras, te acuestas y te levantas cuando quieras, trabajas cuando quieras y hacer lo que quieras es como un vicio».

En el otro extremo, algunas mujeres mayores⁴⁶ dicen haberse sentido «esclavas de su familia»: primero de los abuelos, luego de los padres, también de los hijos y nietos. Sobre ello hacen un discurso contradictorio, afirmando que nadie ha tomado decisiones por ellas. En el relato de su vida queda de manifiesto que su capacidad de decisión y autonomía personal ha ido aumentando con la edad y que perciben como positiva la mayor libertad actual de las mujeres. Piensan que han cumplido con sus obligaciones, sobre todo en lo relativo al cuidado de los mayores, pero que ahora ya no quieren sacrificarse más. Es decir, se quejan de que esta actividad ha sido una limitación en sus vidas, pero, también reflejan una sensación de tranquilidad y satisfacción por el deber cumplido. Por otra parte, para las mujeres, la familia es la referencia principal en cuanto a cómo se sienten, incluso aunque mantengan relaciones de amistad con otras personas que son importantes en sus vidas. Bruno también hace alusión a conflictos familiares, por ejemplo, una separación de una hija antes del nacimiento de su nieto, que vivió como una desgracia, pero este sentimiento parece estar más relacionado con un «código de honor» que con las consecuencias concretas en la vivencia de su hija o de su familia.

De todas formas, en los relatos de los hombres se ven diferencias por clase social. Los hombres como Francisco transmiten, en mayor medida que los de clase alta, una visión de la vida familiar como proyecto conjunto, donde se subraya la complementariedad entre ambos miembros de la pareja en cuanto a las aportaciones concretas,

⁴⁶ Grupo de mujeres mayores.

aunque se haya dado también una división total del trabajo. Los de clase alta tienden a hacer una mayor separación entre familia y vida propia, aunque reconozcan el apoyo afectivo de sus parejas y la importancia de su familia.

Amistades femeninas y masculinas: la importancia del grupo

Una referencia obligada en el análisis de las relaciones de amistad es la obra de Cucó, *La amistad. Perspectiva antropológica* (1995) donde dedica un capítulo a las implicaciones del género en la amistad, además de ofrecer una revisión del trabajo antropológico sobre el tema. En un artículo posterior (1999), sintetiza su modelo de análisis subrayando los siguientes elementos: (1) que las relaciones de amistad son dinámicas y están modeladas social y culturalmente, destacando en ellas la voluntariedad y el igualitarismo; (2) que las formas que adquiere la amistad en distintas sociedades son variables, pudiendo estar más o menos ritualizadas e implicar distintas obligaciones recíprocas; (3) que la amistad está afectada por un mínimo de cuatro factores estructurales: parentesco, género, ciclo de vida y estratificación en clases sociales; (4) que, de la misma manera que la sociedad moldea la amistad, ésta influye en la forma efectiva de la estructura social.

En nuestro estudio se ha puesto de manifiesto la importancia de la amistad en la casi totalidad de las personas entrevistadas. Las amistades surgen cuando hay una actividad en común, sea de ocio o de trabajo, una situación que permite la cercanía, dice Olga, y se comparte con personas del mismo o distinto nivel socioeconómico o ideología. Es interesante, además, que la amistad, al margen de como apoyo afectivo, puede vivirse, según Alicia, como un «mecanismo corrector» en la propia vida, combinando el afecto y la crítica a lo que se hace. Algo que estaría relacionado con esa función de la amistad como «mapa cognitivo», de orientación en la sociedad, que señala Cucó (1999). La variedad de la muestra utilizada nos ha permitido acceder a distintos aspectos relativos a la amistad que son importantes en un análisis de las relaciones de género. Un elemento que aparece con fuerza en algunas entrevistas es la diferenciación explícita entre amistades masculinas y

femeninas, al margen de la trascendencia e importancia de dichas relaciones en la propia vida. Es decir, en general, la forma de los intercambios, las complicidades, los significados y los usos de la amistad son definidos y percibidos de manera diferente cuando el otro es una mujer o un hombre, independientemente del sexo de la persona que hable.

El contexto de las amistades femeninas se considera más propicio para confidencias, intimidades, compartir experiencias, intercambio de pareceres sobre la propia vida o la ajena, y esa posibilidad, ese saber que se puede contar con esa relación, transmite seguridad. Esto nos remite de nuevo a ese entrenamiento cultural de las mujeres para la atención y el cuidado del otro que ya se había comentado anteriormente. Las amistades masculinas, por su parte, se basan más en el compartir actividades, «hacer cosas juntos», son más superficiales en cuanto a los intercambios, pero comportan un nivel similar de emocionalidad y de confianza. En ambos casos, según Luis, aparece con fuerza el valor de la ayuda, la lealtad, la obligación de la reciprocidad sobre todo en momentos importantes, la incondicionalidad, y el conflicto se liga siempre a la deslealtad, a la ruptura de dicha incondicionalidad. Hacemos hincapié en las características de uno y otro tipo de amistad porque algunas veces los análisis feministas han jerarquizado las relaciones afectivas de hombres y mujeres otorgando más trascendencia e importancia a las femeninas, como una consecuencia más de la menor implicación emocional de los hombres. Otro elemento que aparece en las entrevistas es el de la amistad intersexos, aunque no todos nuestros informantes tienen relaciones de este tipo. En general, aparecen en hombres y mujeres de diferentes edades pertenecientes a círculos más alternativos, o se reducen a ámbitos y actividades laborales.

De todas formas, la amistad aparece como algo muy significativo en muchas mujeres con modelos alternativos de vida o que han ido asumiendo una mayor capacidad de decisión. El grupo de amigas/os es fundamental en esta asunción, ejercicio y disfrute de una mayor libertad, afirman Alicia y Belén, así como un componente del grupo de mujeres. Además, la referencia a la amistad permite también comprobar que algunas personas (mujeres normalmente) tienen una autopercepción de sí mismas y de sus decisiones y proyectos de vida donde se ha ido dando una combinación de sentimientos y de elementos racionales.

La soledad emocional general en las mujeres

El apoyo afectivo general que reciben hombres y mujeres es diferente, tanto por parte de personas de su propio sexo como del otro. En general, los hombres tienen un arropo emocional en todos los sentidos y en los diferentes medios en los que se mueven, de manera que, reconocido de forma explícita o no, las relaciones de pareja, la familia, y también el grupo de iguales son elementos importantísimos para la construcción y percepción de uno mismo y del propio protagonismo social. Esto se aprecia también en aquellos que no tienen constituida una familia y/o que viven con un cierto conflicto su vida afectiva, como Jesús, puesto que dicho colchón emocional se percibe como una posibilidad bastante más real que en el caso de las mujeres.

La situación de las mujeres a este respecto no es la misma. Aunque puedan sentir el afecto y el apoyo familiar igual que los hombres, éste suele estar más limitado para ellas, sobre todo cuando se trata de proyectos de vida que ponen en cuestión los roles tradicionales, o existen diferencias ideológicas. Un ejemplo ya comentado anteriormente lo tenemos en las relaciones de pareja. Así, en muchas parejas jóvenes, las actividades conjuntas de ocio suelen estar marcadas en muchos casos por las aficiones del hombre, lo cual contribuye a un establecimiento concreto de las redes de amistad. Por otra parte, en su experiencia laboral o social las mujeres pueden tener el apoyo del grupo de iguales o del grupo mixto, pero en la mayoría de los contextos públicos hay una presencia mayoritaria de hombres o por lo menos una hegemonía masculina que puede distorsionar o limitar este apoyo. El extremo de esta experiencia lo tendríamos en las jóvenes militantes de grupos radicales de izquierda o feministas, cuya ideología suele ser motivo de enfrentamiento en todos los ámbitos, y donde el colchón afectivo se reduce muchísimo, quedando exclusivamente ligado a sus relaciones de amistad y/o de pareja. Esto hace que presenten de partida una mayor vulnerabilidad frente al conflicto, el rechazo, la descalificación social, que puede provocar entre otras cosas una sensación mayor de inseguridad respecto a lo que se hace o piensa.

Otra cuestión importante es que los conflictos en el ámbito público no se dan de la misma manera entre hombres o entre mujeres. Cuando un hombre destaca en un medio laboral o socio-político, los

otros se consideran representados genéricamente por él: pueden surgir conflictos por diferencias de criterio o ideológicas, pero no por competencia genérica. En cambio, algunas entrevistadas, como Ana, han hecho alusión a conflictos con compañeras de trabajo, que tienen que ver con una visión de las mujeres no tanto como grupo de iguales, sino como grupo de idénticas (Amorós 1987). El hecho de que una mujer destaque por su mayor formación o capacidades personales no siempre es valorado por sus iguales como algo positivo: no perciben que ésta las representa como colectivo, sino que se puede considerar incluso como una traición al grupo. De ahí que algunas mujeres expresen tener una relación más fluida con los varones, que están en mejor disposición de reconocer mejores cualidades personales por su posición superior según género. Esto tendría que ver también con la diferencia en cómo se establecen los pactos entre hombres y entre mujeres. En este sentido, Amorós (1992) apunta que los hombres tienen un entrenamiento y una situación en cuanto a cómo comparten su posición en el ámbito público que no tienen las mujeres.

En conclusión, las mujeres, a pesar de que las redes de amistad, femeninas o mixtas, están en la base de sus cambios, cuentan con menos apoyos afectivos reales y menos diversificados, por tanto, con dificultades específicas para la ruptura de los modelos tradicionales de vida, y para la construcción de su propio lugar en la sociedad y de su propia autoestima.

Estrategias emocionales

Un campo de interés en la estructura de las emociones es el de las estrategias que hombres y mujeres utilizan en torno a sus relaciones afectivas y su mundo emocional, teniendo en cuenta la importancia que en la definición de las emociones hemos dado a las dimensiones cognitiva, moral e ideológica. Consideramos que estas estrategias, que denominaremos *emocionales*, son parte de la gestión cotidiana de los proyectos de vida y que, en ellas, sentimientos y razón se articulan en la consecución de objetivos de diversa índole (laborales, de ocio, culturales) relacionados con espacios sociales marcados genéricamente, al margen de que esto se viva o no de forma totalmente consciente. Es decir,

es la dimensión de estrategia, de gestión, la que queremos subrayar en este apartado, por encima de lecturas esencialistas de las emociones. Además, otro objetivo es analizar las convergencias y divergencias entre hombres y mujeres en esta gestión emocional.

Hemos clasificado estas estrategias emocionales en dos grandes tipos: adaptativas y rupturistas. Las primeras se refieren a aquellas actuaciones donde hombres y mujeres ponen en juego diferentes prácticas relativas a lo emocional para la obtención de un reconocimiento y/o protagonismo personal, pero sin romper obligatoriamente con los modelos de género jerarquizantes o diferenciadores. Son actuaciones que pueden ser neutras genéricamente, en cuanto a que son utilizadas de manera similar por hombres y mujeres, aunque pueden tener una materialización distinta en lo concreto para unos y otras, o estar marcadas genéricamente, actuaciones que, por lo general, suelen ser interpretadas de distinta manera para ambos colectivos, con consecuencias diferentes en las representaciones y limitaciones concretas también de ambos, dándose en general una mayor valoración negativa de este tipo de conductas en mujeres que en hombres. En este sentido, consideramos que es necesaria la revisión y la consideración de los discursos y las prácticas asociadas a las mismas.

Por otra parte, algunas estrategias emocionales y afectivas observadas consiguen romper esquemas de género continuistas, teniendo en muchos casos una dimensión grupal. Es decir, el grupo funciona como un apoyo fundamental para distintos objetivos que implican transgresión y/o transformación de modelos anteriores constrictivos para hombres o mujeres. Son estas prácticas las que hemos caracterizado como rupturistas, dándose de forma más explícita en mujeres que en hombres. En el caso de las mujeres sirven para legitimar o materializar su presencia en espacios mixtos o masculinizados, como muchas estrategias adaptativas comentadas anteriormente, pero, además, implican también formas nuevas de estar y hacer por parte de las mujeres en dichos ámbitos, nuevas construcciones del ser mujer con vivencias y expresiones nuevas de las emociones.

Esta diferenciación entre estrategias adaptativas y rupturistas no habría que entenderla como dicotomizada, como compartimentos estancos, sino como un *continuum*, en relación a formas y ámbitos diferentes que pueden estar en continuo cambio, de manera que un mecanismo

que parece tener una función adaptativa puede adquirir connotaciones rupturistas cuando se producen cambios en el contexto o en la situación de la/s persona/s que las llevan a cabo, y esto es lo que habría que discutir y analizar: cómo y por qué se da el cambio. Por ejemplo, la utilización de las redes de amistad en el trabajo y la política, que vamos a presentar como estrategia adaptativa usada por hombres y mujeres, puede suponer la ruptura de los modelos de género cuando se utiliza conscientemente por parte de las mujeres como una forma de facilitar su acceso al ámbito público. Un primer ejemplo de estrategia adaptativa es la utilización de la distancia emocional, el control de los estados anímicos en el ámbito público y laboral, como una forma de preservar el propio espacio, de mantener el protagonismo, de no perder, incluso, el sentimiento de fuerza y seguridad que permite desempeñar dicha actividad. Esta distancia emocional se hace más visible en las mujeres que en los hombres, por su incorporación más reciente al ámbito público, y se trata también de distinta manera para unos y otras. En los hombres, contribuye a una potenciación de su imagen, y por tanto a una valoración positiva, mientras que en las mujeres suele ser interpretada como una asimilación de los valores y esquemas masculinos, sirviendo para su negativización incluso desde las propias mujeres.

Una segunda estrategia es la utilización de mecanismos diferentes de «hacerse visibles» en medios mixtos, o en aquellos donde el propio sexo no es mayoritario, por ejemplo, por parte de mujeres que se mueven en espacios mixtos o masculinizados (una carrera universitaria masculinizada), o lo contrario (hombres en trabajos feminizados, ámbito de los cuidados, tareas domésticas...). En esta gestión de las emociones es la utilización de la seducción en el ámbito laboral y social como forma de reconocimiento lo que se da de la misma forma en mujeres y hombres, aunque la interpretación social no sea la misma. La seducción desde las mujeres ha quedado categorizada como «armas de mujer» y suele ser sobrevisibilizada y valorada negativamente, mientras que la de los hombres se invisibiliza e incorpora a un conjunto de habilidades masculinas. Incluso desde el feminismo se ha hecho una lectura negativa de la seducción femenina por dos razones: la sobrevaloración de los contenidos sexuales asociados a dicha estrategia y la objetualización de las mujeres; todo ello como mecanismo importante en su sometimiento social. Por nuestra parte, creemos, que sería nece-

sario analizar y revisar lo concerniente a la seducción, relacionando las prácticas individuales y colectivas con los contextos, y considerando los nuevos significados que puedan surgir en los mismos (Esteban 2000).

La utilización de las redes de amistad en el trabajo y en el ámbito público es otra estrategia de hombres y mujeres. Muchas personas entrevistadas, hombres y mujeres de distintas edades y clases sociales, expresan la importancia de las relaciones sociales tanto para conseguir o poner en marcha una actividad laboral, como para la continuación en la misma. Es lo que Cucó denomina la importancia de la amistad «como capital social», cuya utilización suele quedar más oculta en el ámbito público (1999).

Han aparecido también estrategias específicas en cuanto al género: Marta comenta que ella suele mostrarse sumisa al inicio de las relaciones amorosas o en general con los hombres, como una forma de conquistarlos, para posteriormente pasar a otra situación de poder y tomar las riendas de la relación. Veamos cómo lo explica ella misma:

«Siempre funciona bien. Y cuando ellos van cogiendo confianza... entonces ya dices: 'bueno, a esta persona le puedo entrar así, o ahí no, que ahí le puedo tocar, y en seguida le quitas la batuta y dices 'pues ahora la llevo yo'. Aparte, suele funcionar (...) Si me dejo utilizar (por los hombres) es porque en ese momento igual me conviene... o porque a lo mejor estoy un poco insegura; pero en el momento que estoy segura, en seguida... vamos, creo que no me dejo utilizar».

En el otro extremo del *continuum*, se pueden identificar algunas estrategias rupturistas en cuanto al género. Por ejemplo, la consolidación de relaciones de pareja que ofrecen apoyo absoluto a las mujeres. Como apuntábamos anteriormente, en el marco de las relaciones heterosexuales, sólo a una minoría de mujeres le apoyan sus parejas en la ruptura de los roles tradicionales y en la construcción de nuevos modelos de vida. Muy pocas informantes han manifestado vivir este tipo de situaciones, pero cuando existen, como en el caso de Gloria, las valoran como un elemento muy positivo. En este sentido, pensamos que los análisis que se hacen de las relaciones amorosas desde las ciencias sociales y psicológicas, incluso desde el feminismo, no suelen incluir la dimensión de estrategia, de racionalidad, de utilización de la relación

para otros objetivos, al margen del deseo o del afecto en sí mismos, ni tampoco la importancia del aprendizaje cultural para la vida amorosa, sino que han sido hechos desde una visión de inevitabilidad del atractivo sexual y del enamoramiento, de los afectos, unido al énfasis de lo emocional en las mujeres que tiende a esconder lo racional de sus comportamientos por detrás de los sentimientos, dentro de una interpretación naturalizada, estática e inmovilista de su vida emocional. Esta perspectiva se ha limitado a analizar las consecuencias negativas de esta realidad para las mujeres, planteándose en mucha menor medida las posibilidades o alternativas de cambio que, en todo caso, quedan circunscritas a la terapia y por tanto excesivamente psicologizadas e individualizadas.

Por otro lado, la atención directa y responsabilización en el cuidado de los/as hijos/as por parte de algunos hombres, hace que surja una visión diferente, alternativa, de lo emocional y de lo racional por su parte, que conlleva cambios en la construcción de la identidad. Es, sin embargo, una estrategia que tiene, hoy por hoy, una dimensión más individual que colectiva, aunque en los ámbitos donde se da mayor presencia de estos comportamientos va surgiendo una cierta colectivización de los mismos que puede tener influencia directa en los esquemas sociales generales.

Otra forma de gestión alternativa de las emociones surge en el marco de nuevas formas de grupos domésticos y convivencia «familiar». Es el caso de Juana que tiene hijas mayores y que, aunque en la actualidad vive con su marido y sus hijas, convivió en una casa común con otras tres parejas de amigos y sus hijos durante diez o doce años. Así, todas las tareas domésticas y de cuidado de las criaturas eran compartidas e intercambiadas entre todos. Este es un ejemplo donde se da no sólo un diferente reparto de tareas, sino que dicha organización implica una vivencia distinta de los vínculos emocionales y de las funciones de maternaje/paternaje rompiéndose modelos clásicos afectivos en torno a la familia.

Por otra parte, destaca también como estrategia significativa para el cambio la utilización del grupo de iguales para legitimar la presencia genérica en el espacio público y crear espacios de libertad para las mujeres. Esta estrategia es relatada por el grupo de mujeres mayores, en referencia a la construcción de espacios propios para ellas, que implican

una presencia pública por su parte, aunque esté vinculada a ámbitos concretos, como el ocio y la cultura. El grupo de iguales es quien fomenta, alienta y canaliza la actual etapa de libertad y de «autorrealización». Su tiempo de libertad es el tiempo de las amigas. Un paso más allá se ve en la función y presencia del grupo de amigas en un entorno no sólo cultural, sino asociativo-político, como puede ser una asociación vecinal de un barrio de clase obrera.

Pero más cerca de la ruptura de los modelos de género está el apoyo entre las mujeres que se comprometen directamente con el cambio. Así, Belén llama la atención sobre la necesidad de pensar y desarrollar formas diferentes de solidaridad entre mujeres, que permitan no sólo el acceso, sino la protección para permanecer en un ambiente que en principio es más hostil para las mujeres que para los hombres. Estas estrategias, caracterizadas como rupturistas, pueden ser individuales o colectivas, siendo estas últimas más rupturistas que las primeras. En las colectivas, el grupo formal e informal tiene un valor y una función definitivos, no es un elemento más: la expresión, la defensa colectiva de ciertos comportamientos rupturistas respecto al género los dota de una dimensión cualitativa distinta. El cambio significativo en cuanto al género es colectivo o no es.

A modo de conclusión, subrayaremos que el análisis de estas actuaciones y de las relaciones afectivas en general como parte de la gestión de la vida, debe tener en cuenta la articulación que se da entre sentimientos y razón, así como la trascendencia de la configuración de las emociones en la estructura social. Esta perspectiva puede favorecer el descubrimiento de claves y lecturas distintas para el análisis de las relaciones de género, así como facilitar la ruptura de la naturalización de la vida emocional, que contribuye a la separación en las representaciones y las experiencias de hombres y mujeres.

Un aspecto señalado por algunos varones de distintas edades, que reconocen el derecho de las mujeres a estar en cualquier espacio social, se refiere a la renuncia por parte de algunas mujeres a asumir, o a hacerlo parcialmente, responsabilidades vinculadas al ámbito público, algo que puede traducirse como la «delegación» de la responsabilidad pública. Es más, han expresado su queja ante la observación de que en su medio estudiantil, laboral o político, y con una presencia distinta de mujeres, algunas no desempeñan todo tipo de funciones. Algunas mu-

jeros, afirma Luis, se inhiben ante tareas que implican el uso de la fuerza en sus trabajos, o no desempeñan funciones de representación o no asumen puestos de poder, incluso en ámbitos feminizados como el de ciertas carreras universitarias⁴⁷, o el de sindicatos mayoritariamente femeninos, como son los de la enseñanza, según Alfredo. La experiencia contraria, la de mujeres que no eluden cargar con pesos en sus trabajos, o que asumen puestos de responsabilidad voluntariamente, es calificada de positiva por todos ellos. Es su actitud conservadora, el aprovechamiento de la «condición de mujer», el no asumir el riesgo y una cierta competitividad, lo que se valora negativamente.

Este tema de la diferente implicación en lo público de algunas mujeres ha sido abordado también por otras autoras. Su conclusión es que la sociedad concede ciertos privilegios o ventajas a las mujeres, como la de poder dedicar un tiempo en exclusiva para la crianza o la de descansar por problemas relacionados con el ciclo fértil, pero que esto tiene una concreción en capas sociales determinadas. Según ellas, si la discriminación genérica se dirige a todas las personas con cuerpo femenino, los derechos corresponden a mujeres con unas características concretas: heterosexuales, blancas, de clases sociales medias y altas.

⁴⁷ Grupo de jóvenes, mixto, alternativo.

7. Creencias y experiencias del poder

El análisis del poder revela las múltiples tensiones que aparecen entre continuidad y ruptura y posibilita el reconocimiento de características innovadoras. Una forma de descifrar la presencia de modelos emergentes es a través del análisis minucioso de las decisiones, lo cual supone ir más allá de una mera descripción de las clases y ámbitos donde se dan, que termine simplemente con un listado importante ya que las mujeres han estado permanentemente decidiendo sobre muchos aspectos de la vida familiar, el grupo doméstico, la economía de supervivencia, economía sumergida, el cuidado de infantes, personas enfermas y ancianas, sin que ello haya tenido un reconocimiento equiparable a otros ámbitos de resolución identificados con esferas más allá de lo doméstico. De ahí que la identificación de nuevos modelos conlleve un análisis crítico que confronte de manera relacional las decisiones que toman tanto las mujeres como los hombres, con lo que las decisiones representan en el sistema más amplio de prestigio y de poder al que pertenecen.

El análisis de las creencias se orienta al desenmascaramiento de las bases sobre las que se asienta el discurso y la práctica del poder donde se sitúan las decisiones. Sirve tanto para contextualizar mejor las manifestaciones positivas de los modelos emergentes como para delimitar sus barreras; algo a tener en cuenta ya que las nuevas socializaciones que propician el cambio, introducen fisuras en el peso normativo de estas creencias.

Capacidad normativa del marco referencial de las creencias

Lo configuran creencias sólidas y bien fundamentadas que están alimentadas por ideologías conservadoras difíciles de desvelar. Los grados de aceptación determinista o de rechazo que ofrecen las personas entrevistadas, permiten acceder a claves que indican los límites o potencialidad que presentan para la emergencia de nuevos modelos y/o presencia de características innovadoras.

Un conjunto de creencias genéricas muy arraigadas tiene que ver con la pertenencia y los derechos: se percibe el poder como intrínseco a los hombres, lo cual los hace compatibles con sus exigencias y propensos a disfrutar de sus recompensas y placeres, y extrínseco a las mujeres y por ello difícil de compaginar con las cualidades y responsabilidades que se les atribuyen, y un coto al que tienen controlado el acceso. Esa pertenencia es ya una situación de desigualdad que se modifica en algunos casos de acuerdo a la edad, clase social, ideología, pero, en general, se erige como punto de partida ventajoso y singular. Lleva implícita una visión del poder como *bien escaso* que, en la medida en que más gente entre a disfrutar, los beneficios van a ser menores. Es más, otorga a los varones el derecho a su administración y control y a establecer para el colectivo de las mujeres las condiciones para su acceso o exclusión. Así, se elaboran razones de peso para limitar de antemano las aspiraciones de las posibles competidoras. La vinculación inquestionable es fuente de identidad de género y crea pertenencia a la vez que transmite seguridad.

Celia Amorós sitúa los lazos umbilicales de los varones con el poder en el principio de individuación: aquél por el que nos constituimos en individuos, esto es, en seres particularmente diferentes a los demás. La individualidad se potencia en el espacio público, que es espacio de equipotencia, es decir, allí donde se producen los pactos que dan lugar al reconocimiento mutuo de las individualidades. En el ejercicio de los pactos se reconoce la capacidad crítica, la libertad y la autonomía (1987: 113-127).

Las redes sociales sirven de introducción, permanencia y afianzamiento en todo aquello que confiere poder singular. Las redes sociales actúan para la transmisión de la pertenencia, el intercambio de información, el acceso a nuevos recursos (Hannerz 1986: 223-226). En una

palabra: proporcionan un tejido de relaciones y de significados. En principio, los varones tienen más acceso a redes que permiten acceder a recursos y puestos de poder que las mujeres. Sin embargo, tanto mujeres como hombres tejen, cultivan, se expresan a través de redes en las que se refuerzan las identidades de género.

El vínculo entre el principio filosófico de la pertenencia singular y las experiencias de la transmisión social vividas por dos personas adultas, progresistas, vinculadas a la ideología de Mayo del 68 y que participan activamente en movimientos sociales simultáneos, es ilustrativo de una diferenciación genérica. Jesús, por su implicación en movimientos sociales como el ecologismo, el antimilitarismo y por el trabajo relacionado con el urbanismo y los análisis sociológicos, ha cultivado redes sociales mayoritariamente masculinas; una excepción serían aquellas resultantes de sus apoyos al movimiento feminista y de su trabajo en la universidad. De su implicación en las luchas antinucleares resalta la «introducción de una ética ecológica... y la ecología política radical», y de su preocupación por las desigualdades sociales, el haber participado colectivamente en la introducción del concepto de «exclusión social aquí en los últimos ocho o diez años».

Situada en la misma generación, Belén se define como «cosecha del 68» y que, en el caso de las mujeres, vivieron inmersas en serias contradicciones derivadas de la educación y del momento histórico que les tocó vivir. Fue, como otras, antifranquista, progresista primero y feminista comprometida después. Estuvo en el movimiento de estudiantes, en el de profesores no numerarios, luego en el de adjuntos y en el movimiento feminista. A través de su militancia diversa entró en redes de hombres y de mujeres. Al feminismo entró a través de un grupo de amigas y conocidas que crearon en Valencia la Asociación de Mujeres Universitarias, estuvieron allí bastante tiempo y, luego, algunas se fueron al Movimiento Democrático de Mujeres, otras:

«Nos fuimos a la Asamblea de Mujeres y sí que de ahí ya fue un grupo de mujeres que hemos seguido toda la vida. Ese fue un momento importantísimo de encuentros y de cambios en la manera de ver el mundo».

La responsabilidad social que indica la pertenencia a las redes que crean los movimientos sociales tiene un valor añadido en el caso del

movimiento feminista. Para Belén va a ser determinante en su concepción del mundo. El poder para ella es un ejercicio individual y social, y el compartirlo hombres y mujeres lo ubica, como derecho humano, en el campo de la justicia.

Un segundo núcleo de creencias relacionadas con la organización del poder gira en torno al prestigio del varón, como buen proveedor, y a la dedicación de la mujer a la reproducción y a la organización de la esfera doméstica. La dedicación, aparentemente en exclusiva, del varón a la producción incide positivamente en su prestigio social y también en el de la mujer. Es más, cuando el abandono del empleo por parte de la mujer ocurre al casarse, se produce una afirmación social de la posición del marido: un indicador de que él puede proveer por los dos y esta decisión reafirma su poder y su jerarquía. De ahí el papel importante que han jugado los maridos en la decisión y que está presente en entrevistas a mayores. Es una situación cerrada ya que mientras aumenta la valía del marido retrocede la mujer en su autonomía y se tejen hilos sutiles de dependencia. Una mujer mayor del grupo entrevistado afirma que

«(La decisión la tomó su futuro esposo) lo hizo un poquito por amor propio... 'No, su hija no necesita trabajar cuando se case' (le dijo a su futuro suegro cuando éste le propuso poner un negocio a su hija). Así era el amor propio de los hombres de entonces. Y yo a veces le digo a mi marido 'tú ves, ahora tendríamos un negocio y yo aún podría estar...' Y a mí me sabe mal, yo también se lo digo a mi marido... Mi marido cambió la idea mía... eso es verdad».

Sin embargo parece que mujeres que han estado de acuerdo con la discontinuidad en el empleo reconocen la necesidad de continuidad para la generación de sus hijas. Lo mismo puede decirse de los hombres. En la actualidad la educación y el trabajo se ven como valores tanto en hombres como en mujeres aunque la primera no vaya a desembocar en el segundo; ambos son fuente de orgullo y repercuten positivamente en el prestigio del padre y de la madre y especialmente de la persona protagonista.

La adherencia a la creencia del prestigio que otorga la dedicación exclusiva al área doméstica y a la maternidad también aparece en jóve-

nes de clase alta e ideología de derechas. La diferencia con las expresiones de la generación mayor puede estar en que las jóvenes lo vean como un período transitorio que se defina en función del mantenimiento o no del prestigio, ya que son mujeres que tienen preparación profesional para el empleo.

Un tercer núcleo de creencias gira en torno al concepto del *bien escaso*⁴⁸ y del miedo al poder incontrolado. Los hombres se socializan en la familiarización con el control del poder del que se piensa que es un bien limitado y contingente que irá mermándose a medida que más gente entre a disfrutarlo; consecuentemente los beneficios a repartir serán menores. Dentro de ese marco de bien escaso, según Enrique, el poder en exclusiva se abre a los hombres como un abanico inmenso que debe estar limitado para las mujeres. En ningún momento existen datos fehacientes que las haga sospechosas de que puedan malversar el bien limitado. Por el contrario, la idea generalizada de la excelencia de las mujeres en la administración de bienes escasos es bien conocida, y no hace falta recurrir a estadísticas porque la experiencia de la economía doméstica cotidiana lo demuestra. Hay abundantes datos acerca de la capacidad de muchas mujeres para ejercer responsabilidades de manera continuada y eficiente como son aquellas vinculadas al maternaje, el cuidado. Con esa realidad acuciante es factible pensar más que en malversaciones, en un posible temor a que si el poder lo tuvieran las mujeres, pudieran utilizarlo en beneficio sólo de las mujeres y, de sus proyectos y en algunos casos, en contra de los hombres.

Mientras que existe mucho saber acumulado acerca del quehacer cotidiano de las mujeres, del ejercicio del poder fuera del ámbito doméstico, en las instituciones, se sabe poco para poder predecir formas de actuación, debido al silenciamiento de la historia de las vidas de las mujeres así como a las oportunidades limitadas que han tenido. Se avanza la existencia de un posible miedo latente a un ejercicio del poder que cause sorpresa por no responder a las pautas de jerarquía y exclusión que ha venido definiendo, con características diversas, un modelo dominante. La posibilidad del acceso de las mujeres a ciertos ámbitos de la estruc-

⁴⁸ Se basa en el concepto desarrollado por George Foster (1965) que lo aplica a las sociedades campesinas. El sentido que se le da en este capítulo incide en la utilización de una creencia para bloquear el acceso al poder de grupos significativos.

tura de poder es fuente de inseguridad para los hombres que, al no poder adelantarse a las predicciones, se ven al arbitrio de posibles sorpresas, cuando el poder implica control. No sólo hay límites configurados por creencias, por la efectividad de las redes, la mayoría numérica, el peso de los liderazgos, sino que hay que afrontar miedos escondidos difíciles de detectar, pero que están ahí para contener el cambio. Pocas veces se verán los varones confrontados por límites de género y por ello es difícil que descubran la sutileza de los límites en las mujeres. Solamente en la medida en que vayan tomando conciencia de que los sistemas de género son sistemas de desigualdad empezarán a ser conscientes de los límites que tienen las mujeres y de aquellos en los que ellos tienen una responsabilidad directa. A pesar de que varía la interiorización individual de las creencias, como se verá en el análisis de los nuevos modelos, actúan directa e indirectamente en las prácticas, significados y experiencias de lo que se desarrolla a continuación como cultura hegemónica de la estructura del poder.

La cultura del poder, sus atributos y grados de pertenencia

Existe toda una cultura que valora el reconocimiento social, figurar, darse a conocer, aparecer en público y disfrutarlo y que es más compartida por los varones que por las mujeres. Ese reconocimiento por el peso social que tiene proporciona experiencias gratificantes a través de las cuales los hombres expresan, reafirman su masculinidad. Existen cualidades que gozan de un acuerdo social positivo y que las practican especialmente los hombres, de modo que cuando las cultivan las mujeres se las clasifica de manera negativa como «masculinas o masculinizadas». Con frecuencia, son cualidades que también ciertas mujeres las refuerzan en los hombres. Algunas características son demostrar que se conoce a mucha gente, que uno puede acceder a personas que tienen influencia, que uno controla un radio de acción amplio. En la cultura del poder hay pocas referencias a decisiones relacionadas con la organización de la vida doméstica, en claro contraste con las referencias a otros ámbitos: laborales, políticos, culturales, deportivos. Es notable la relación entre deporte y reproducción de «un modelo de masculinidad

prepotente» (Díez 1996:95). Cuanto más hegemónica sea, su acceso y permanencia va a estar más jerarquizada y dentro de ella habrá toda una gama de formas masculinas de ejercer el poder. Es de esperar que, en la medida que más mujeres puedan acceder al poder, se vea la presencia de características emergentes que introduzcan correctores en las formas de ejercer, desarrollar y transmitir el poder, pero hay que pensar que a corto plazo, buena parte de la cultura que sustenta la estructura de poder puede permanecer incólume.

En la cultura del poder los hombres encuentran un marco de referencia importante para valorarse a sí mismos y sus actuaciones en los trabajos y puestos. Tienen indicadores concretos de cualidades y de lo que significa el buen y mal hacer. Se origina en el contraste que ejercen con otras personas de su entorno: amigos, conocidos, colegas. Pocas veces se mezclan los ámbitos familiares. Así, Enrique puede comparar sus actuaciones con aquellas que ha oído alabar, ensalzar, prestigiar, para así situarse en la valoración social más amplia. Hay costumbre de iniciar, sellar pactos, pero también de romperlos o finalizarlos. Así pueden mostrar su satisfacción de los logros públicos. Los modelos de político, empresario, ejecutivo, militante, trabajador, sindicalista, científico, tienen acepciones claras y ejemplos de la variedad que pueden ofrecer. Esta consideración de cultura refleja lo que Amorós define como «un conjunto de dispositivos prácticos, simbólicos y rituales destinados a operar su desmarque y separación del mundo femenino en que han estado inmersos en su primera infancia para hacerlos ingresar en otro, el verdaderamente importante, donde se le impondrá el troquelado del varón como y con otros varones —los de su misma promoción iniciática» (1992:61).

Cualidades emergentes en la estructura del poder

Una primera se refiere a la valoración que se atribuye al enfoque personal como cualidad social, percibida con amplias aplicaciones. Entre las/los jóvenes aparecen distintos significados del valor consolidado que le dan a las relaciones personales. Se abre un abanico que abarca desde la importancia de lo personal como valor empresarial hasta la apreciación de la solidaridad como postura vital. Lo primero corres-

ponderaría más bien a habilidades sociales en las que también entra la presencia física. Ana considera que las relaciones personales son importantes en el trabajo. Tiene cierta orientación utilitaria propia de una cultura empresarial que valora lo humano como medio para el éxito. También lo ve ella como forma de sobrevivencia en el trabajo más que como expresión de solidaridad que indique relaciones horizontales con las personas con las que trabaja o preocupaciones sociales. Es más bien una forma de situarse bien y una estrategia para evitar los conflictos. Así, para ella es importante saber tratar a cada persona en el trabajo, cree que hay que ganar a los compañeros y compañeras para que no te hagan la vida imposible. Respecto a ello dice:

«Con los compañeros de trabajo sabes cómo tratar a cada uno, un poco para meterlo en el bolsillo y no te haga la vida imposible. Respecto a mi compañera que tenía un carácter muy fuerte me decían: 'a ver cómo la domas'. Yo me llevaba bien con ella, porque desde el principio observas por donde va ella, aprendes sus gustos y cuando la veía enfadada trataba de relajarla».

Ana tiene como valor importante el saber ganar a las personas y amoldarse a las mismas tomando en cuenta sus circunstancias. Considera que las habilidades sociales juegan su papel y también el aspecto físico. Esta apuesta por las relaciones personalizadas y comunicativas también está presente en personas mayores y adultas y cuando aparece resulta innovadora aplicada al poder. Las cualidades para el ejercicio del poder que presenta un hombre de 77 años, de clase alta y con una tradición política notable son amplias y variadas y tienen un enfoque humanista. Está la capacidad de poder reunir a gente diversa como puede ser gente de la política, empresarios, cultura, educación en torno a un proyecto. Sorprende la cualidad de la empatía que ha estado más vinculada a la mujer y al ámbito doméstico que a la política. Y la dimensión de la calidad de las relaciones humanas vuelve a aparecer al mencionar la simpatía, la palabra fácil, el sentido del humor, ya que facilitan el acercamiento y la comunicación y aceptación de las ideas. Mientras que a Ana la incorporación del acento personal la lleva a conseguir beneficios económicos, la relación que Bruno establece entre lo personal y lo político resulta innovadora. Esta capacidad de saber aglutinar a la

gente aparece en Luis como una característica de su visión y práctica del liderazgo: crear ambientes donde la gente pueda comunicarse, relajarse, contar un chiste. Alicia es un ejemplo paradigmático de la fuerza que tienen para ella las relaciones personales, el trabajo en equipo y el carácter colectivo de un proyecto:

«Esa idea de animación de proyectos culturales me resulta importante porque también tiene un matiz de afecto. Evidentemente cuando no trabajas sola y cuando animas un proyecto y es secundado, entonces se produce todo un movimiento de *feedback* porque yo, es verdad que he animado cosas que luego las personas que han trabajado conmigo me han animado a mí a seguir haciendo otras cosas, y esa red de afectos me parece muy eficaz hoy en día para que las cosas tengan éxito y para que luego resulten gratificantes también a la persona. A mí me ha resultado siempre muy gratificante el trabajo por eso, porque no trabajo en solitario sino que trabajo en grupo, y muchas veces he sido yo la que he animado las ideas y otras veces han sido las personas que me han rodeado a mí; o sea, por la red de afectos que se ha establecido siempre en medio de los colectivos de trabajo».

Una segunda característica emergente es la de valorar la cualidad de poseer una visión colectiva y cierto talante negociador. Está presente en las opiniones acerca del poder y en las vivencias en personas adultas y jóvenes, tanto en mujeres como en hombres de ideología de izquierda, pero dentro de dichas categorías es mucho más acusada en las mujeres. Aparece con una variedad de expresiones. Así, Belén valora el trabajo de equipo que permite trabajar en un clima de confianza, donde a través de las aportaciones de las distintas personas surge la creatividad, se genera entusiasmo e interés en la consecución de metas en cuyo diseño se han implicado las personas. Destaca que en la toma de decisiones en la vida siempre hay una mezcla de sentimientos y argumentos racionales y el papel determinante de la amistad:

«Está muy claro, por eso yo también insisto mucho en lo de la amistad porque siempre la conversación con otras personas hace aflorar más tus pensamientos y tus deseos (...) entonces siempre hay alguien con quien hablas que te hace reflexionar, que incluso en un momento determi-

nado te pincha y tú reaccionas de una determinada manera, o una frase que te dicen, que dices ¡ah pues!..., ese tipo de cosas, más que una decisión racional de poner en un papel esto gano esto pierdo; está todo mezclado».

Esta dimensión del valor de las personas en el ejercicio del poder está presente en la importancia que Lourdes le da al trabajo en equipo. En su trabajo como sindicalista agraria destaca con satisfacción su logro de llevar a cabo algunos proyectos en torno a objetivos planteados y haber conseguido un estilo de trabajo y de relación con los equipos. Se siente satisfecha por la forma de trabajar en cooperación aunque le corresponde la toma de decisión. Está más a favor de crear un clima de colaboración responsable en el trabajo que una forma jerárquica de actuación. Un estímulo para su trabajo es el constatar que puede responder a la necesidad de liderazgo que necesita la mujer del sector agrario que ha vivido una situación de marginación. Se considera una mujer que ha sabido mantener buenas relaciones con mujeres y con hombres. En su trayectoria de vida se ha implicado política y culturalmente con proyectos colectivos y causas convincentes para ella. Valora su situación fuera de lo normal porque la mayoría de las mujeres de su pueblo viven en un medio de mucho trabajo y bastante aisladas.

Cuando Begoña evalúa su mandato al frente de un Departamento universitario de Economía de 112 personas valora muy positivamente el ejercicio del poder como un proceo de aprendizaje y negociación. «Sí. Yo he aprendido, en la dirección he aprendido mucho». También el hecho de que sea un puesto que exija la negociación y la discusión con la gente. Se valoran nuevas formas de ejercer el poder:

«La diferencia entre lo que era una dirección a la antigua usanza... Es una forma nueva, hay que saber hacerlo... yo creo que en toda organización... la única manera de dirigir un grupo de trabajo es llegando a un acuerdo sobre realmente qué es lo que vamos a hacer».

El ejercicio del poder lo vive como algo que hay que mantener y conseguir negociando y convenciendo; no conformándose con ganar por un voto, sino por tener una mayoría; ese no conformarse lo considera una estrategia. El enfrentamiento y el mantener distancias con la gente también aparece como vivencia, estrategia y aprendizaje.

Juana recuerda su experiencia en la gestión universitaria en la que participó como Vicerrectora de Relaciones Internacionales como una época en la que los logros obtenidos se debían al proyecto, liderazgo, tareas realizadas por un equipo muy conjuntado, donde ella era la única mujer. Esto no oscurece su crítica y la dureza de la singularidad.

«Tenías que imponerte como persona permanentemente, tenías que decir: os calláis todos porque estoy hablando y estoy diciendo algo que tiene interés y que además tengo razón. Era muy... yo creo que las cosas ahora han cambiado y que, bueno, el número hace mucho y cambian los hábitos, había muy poca experiencia de mujer Vicerrectora».

También hay hombres, como Alfredo, que valoran como una aportación el talante negociador que propician las mujeres. En Francisco se aprecia una feminización de los valores ya que destaca como positivas ciertas cualidades que aparecen más en las mujeres que en los hombres. Se refiere a habilidades sociales en las que muestran grados de empatía, mantienen una actitud personalizada en su relación con colegas e inferiores; van al grano en vez de dar largas cuando no pueden solucionar el problema. Lo innovador no es el reconocer estas cualidades en las mujeres sino en verlas como atributos positivos en el ejercicio del poder. También considera que la mujer que tiene una independencia económica tiene más poder de decisión que aquella que depende del sueldo del marido, opinión que aflora en las mujeres, pero que no se prodiga de manera tan explícita en los hombres.

El talante negociador es una cualidad difícil y compleja y lleva implícita la capacidad de adaptación que también aparece en varias entrevistas de mujeres adultas. Una cita de Juana:

«Yo creo que esas habilidades sociales las adquirí en la época de la militancia política, es decir, en esa época en la que a las cinco de la mañana tenías que repartir panfletos, luego tenías que ir a no sé dónde, luego tenías una reunión de no sé qué, luego tenías que verte con tu madre y comer con ella. Aprendes, yo creo, esa transversalidad en cuanto a habilidades sociales que, bueno, efectivamente, luego las has tenido que aplicar».

La seguridad sentida aparece como la tercera cualidad emergente que, en el caso de Marta, camarera, se ha ido haciendo a lo largo de pe-

queños protagonismos: cuando hizo la primera comunión, cuando la paseaban de aula en aula para que recitara públicamente las tablas de multiplicar, cuando salió a cantar en el escenario. Tiene una idea clara de sus cualidades y de la confianza que le proporcionan: decisión; generadora de ideas que aceptan las otras personas; capacidad de trabajo; habilidad para superar dificultades; capacidad para llevar a buen fin aquello que se propone. Confía en sus fuerzas, en su capacidad de trabajo y sabe que:

«La vida no regala nada a nadie, te pueden ayudar o te pueden echar una mano y lo puedes encontrar más fácil o menos fácil, pero regalar, nada... Pero si tú no das el callo y no ven que te lo mereces, te lo quitan. Y tienes que merecerlo».

Se ve como líder afectivo. La seguridad sentida de Marta es un indicador de poder que se alimenta de conquistas cotidianas en las que el liderazgo se nutre de una aprehensión real de sus posibilidades. En este sentido se puede establecer un vínculo entre Marta y Lourdes que, aunque pertenezcan a culturas distintas —valenciana y vasca—, a ámbitos de trabajo dispares —camarera una y abogada y sindicalista la segunda—, ambas experimentan empoderamiento en lo cotidiano. Lourdes se considera una feminista que cree que es más eficaz ir ganando los espacios que se presentan día a día y marcar los pasos a seguir que hacer grandes discursos y plantear grandes conquistas. Valora altamente la capacidad comunicativa y la empatía para conseguir la buena relación y sentirse cerca de la gente. Para ello es importante tomar conciencia de lo que se hace y de los logros conseguidos. Manifiesta su cambio a través de los aprendizajes en su contexto de experiencia. Cree que ha aprendido a relativizar las cosas y a no sufrir tanto ante situaciones conflictivas.

Otra manifestación clara de seguridad sentida está en Juana cuando opina sobre el ofrecimiento de un Vicerrectorado. Lo considera un puesto apropiado para ella y se siente segura de poder desempeñarlo bien dado su dominio de las lenguas, sus experiencias de viajes y vida en el extranjero, su conocimiento de otras Universidades. Resalta la adecuación del puesto a las habilidades que cree poseer. Otra cosa no le interesaba porque le da mucho valor a ser eficaz en aquello que em-

prende. Importa resaltar esta aprehensión de la adecuación y de la eficacia que responde también a una postura de querer estar bien en el poder, no a cualquier precio. Está relacionado con el apartado de la autoexclusión que se desarrolla al final de este capítulo.

Una valoración positiva de la posibilidad de elegir es la cuarta característica emergente, pero que, tal como indica Belén, es todavía una situación de privilegio que no está al alcance de todas las mujeres. Reconoce que su vida ha sido una vida esforzada pero excepcional:

«Yo soy una persona privilegiada porque creo que hay muchísimas mujeres, la gran mayoría de las mujeres, que han partido de una situación mucho más complicada que la mía, muchísimo más difícil y que han tenido que superar obstáculos mucho más... por nacer en la miseria, porque yo creo que esa es la primera discriminación y, a partir de ahí, pues tener que superar todo eso. O vivir en una familia donde existe la violencia, quiero decir que yo por eso, el haber tenido la oportunidad de poder elegir, decir: bueno pues ahora estudio Derecho y ahora me quedo en la Universidad y ahora me caso y ahora me divorcio, y has tenido siempre propuestas interesantes, que te han dado mucha caña, pero al mismo tiempo has tenido siempre mucho afecto y apoyo y reconocimiento».

Por su trayectoria de vida es evidente que para Belén entre los atributos del poder está el crear situaciones donde las personas puedan ejercer la libertad para pensar, comunicarse y actuar. Las decisiones en libertad se enriquecen en la confrontación de opiniones con otras personas.

Decisiones, logros significativos y nuevas formas de prestigio

Las mujeres incluyen decisiones personales como, por ejemplo, embarazo, matrimonio, mientras que los hombres se limitan a aquello que tiene que ver con el trabajo, la política. Es innovador que los hombres mencionen la satisfacción que les aporta la experiencia de ser padres. Alfredo dice que no ha sido nunca muy consciente de sus logros, no se ha sentido muy protagonista de su vida, salvo en el tema de la paternidad. Sin embargo, en aquellas mujeres que han entrado en el ejercicio del poder aparece un abanico más amplio de decisiones que consideran significativas y presen-

tan una mayor fluidez entre lo personal y lo político que en el caso de los hombres. Contribuye a ello la incorporación de las habilidades de comunicación, relación personalizada, seguridad sentida, expresión de emociones que aparecen como cualidades innovadoras y rompedoras.

La superación de la creencia del hombre proveedor se lleva a cabo cuando se identifica que con ello se elimina la posibilidad de la mujer de tener una independencia económica y especialmente de que ejerza su capacidad de decisión.

El convencimiento de que el acceso al empleo es una meta personal supone una ruptura progresiva con la apropiación de esa decisión por parte del padre, marido, y es tan importante como la usurpación de la decisión en la elección de cónyuge. En el mundo occidental se han criticado aquellas culturas donde la mujer no es libre para elegir marido, pero no se ha pensado en las consecuencias que pudiera tener la privación de la capacidad de decidir sobre la inserción en el mercado laboral. Sin embargo, la independencia económica es central para el desarrollo de un proyecto vital autónomo, para la decisión de tener o no tener descendencia, de iniciar separaciones en casos de desavenencia con la pareja; es básica, a su vez, para el ejercicio del poder.

El valor del empleo aparece con nitidez en las personas jóvenes. Un impedimento que manifiestan las mujeres es el miedo a no dar la talla, a no colmar expectativas que saben suelen estar más dimensionadas que cuando acceden los hombres. La idea y la realidad de tener que superar barreras las lleva a la experiencia de bloqueo ante el temor al fracaso. Otras veces es el temor a no saber qué hacer cuando se deja el poder. Lo mismo que la idea de entrar es inquietante lo es la de no saber salir, dejar el poder. Representa para las mujeres un nuevo aprendizaje. En general es algo que se aprende bien mediante el acceso al poder o a través de las redes de los hombres donde hay experiencias múltiples ya acumuladas. Es más, se valora como cualidad el saber salir.

La ideología de izquierdas incide directamente en la introducción de cambios en el sistema de creencias acerca del poder. Es estimulante el constatar el revulsivo que para las mujeres supone el descubrimiento del pensamiento feminista tal como lo expresan varias de las informantes. En el caso de Raquel su implicación en el movimiento feminista potencia el que una mujer de clase alta, casada con un profesional, madre de siete hijos/hijas y con intermitencias en el empleo, pueda des-

marcarse de las expectativas propias de su situación social. Un logro significativo para ella es el de haber separado dos mundos que van generalmente unidos especialmente en la época que le toca vivir: el de la pareja y el de sus hijas/hijos con objeto de darles autonomía y elaborar asimismo su relación de pareja. El ejercicio del cuidado a lo largo de los años deriva en resultados positivos:

«Para mí es una gran satisfacción ver cómo funcionan mis hijas e hijos. Yo pienso: algo he tenido que ver en todo esto».

Aprécia el ver que cuestionan los valores propios de la sociedad consumista y se proyectan «muy autónomos, independientes y responsables». Raquel se reconoce en los resultados positivos de la socialización de la siguiente generación, y su rol de madre no ha minado su entidad como persona interesada en el cambio social que ha vivido a través de su implicación cercana con el movimiento feminista.

La experiencia del empoderamiento

En la experiencia y análisis del poder hay una condición altamente significativa y se refiere al proceso por el que una persona va superando la situación de falta de poder. Se ha hablado de ello en relación a las mujeres y a personas que han ido saliendo de la marginación. Es el proceso de irse haciendo fuertes que conlleva en la mayor parte de los casos, el aumento de la autoestima y el sentimiento de verse capaces de enfrentarse a situaciones, personas, empresas que antes no entraban en sus posibilidades. El empoderamiento es un proceso de reafirmación que está encaminado a aumentar la incidencia que las acciones y decisiones puedan tener. Puede haber también momentos significativos bien dentro del proceso o que sucedan de manera puntual. Existe el proceso de empoderamiento y situaciones de empoderamiento que pueden vivirse, tanto una como otra, de manera individual y/o colectiva, como aparecen en los siguientes bosquejos.

Para Miguel las decisiones más importantes de su vida son extremadamente dolorosas y también liberadoras. Es un matiz altamente cualitativo del poder ya que no tiene relación con el prestigio pero sí

con el empoderamiento en una edad muy temprana. Tal como él lo narra se aprecia que hay dos momentos en esa decisión aunque parece que él habla de una sola. Primero la decisión de quedarse a pesar de la violencia y luego la denuncia:

«Una de ellas fue denunciar a mi padre porque cuando yo tenía nueve años o diez, mi hermano, el que me sigue en la edad, el que más cerca he estado de él, pues se fue con once años de mi casa; vivíamos en las chabolas y se fue. Dijo: mira, vente conmigo y dije: no, yo me quedo en mi casa. Por eso desde el 81 al 87 pues pasan seis años que el único que vive con mi padre voy a ser yo. Y la otra ha sido cuando tenía 16 años y luego a partir de eso...».

Así narra la decisión que tomó a los 16 años:

«Denunciar a mi padre porque me maltrataba y aquello ya era insostenible. A raíz de ahí, que para mí es ya una nueva etapa, tomar decisiones como adulto, seguir estudiando, ayudar a mis hermanos y tener conciencia, es decir, que uno no pierda su conciencia de clase porque uno se puede meter en la Universidad y 'ya soy otro y me parezco más a este entorno que a otro', no».

Belén reconoce que un momento importante fue:

«Cuando di el paso de la esfera pública en el sentido de ser Decana de mi Facultad. Yo creo que eso fue como el compromiso de asumir una cierta relevancia pública, con todo lo que aquello suponía de trabajar en equipo, de dar una versión nueva a una Facultad tan de derechas».

Dos decisiones de empoderamiento que lleva a cabo Aida⁴⁹, aunque separadas por más de veinte años, las menciona en relación al espacio de la casa. La primera es ya con treinta años y fue romper con una relación que iba a terminar en boda, mudarse a la ciudad y comprarse una buena casa. Fue una decisión muy difícil de tomar y en la que tuvo que enfrentarse a su familia. Su padre le ayudó pero su madre no:

«Rompí y me metí con este piso que me acuerdo que valía... y siempre echada para adelante».

⁴⁹ Mujer, adulta, alta, derecha.

Al cabo de veinte años después de un matrimonio y un final trágico del marido que se suicidó en la casa, se planteó «si salir o hacer una renovación». El hecho de que su hija de 15 años quisiera seguir y que ella valoraba mucho el lugar que era el suyo, influyó en la decisión. La valoración que hace Aida de sus decisiones personales en el momento de la entrevista es densa, pero contiene una fuerza de futuro:

«Yo siempre he pensado que a mí la vida no me la va a amargar nadie. Luego, claro, sí me ha dado golpetazos la vida, he tomado decisiones que veo que me he equivocado en cosas fundamentales, o sea que tampoco soy, sino todo lo contrario, me ha pegado bien, me he equivocado y lo he pagado fuerte. He pagado pero voy a tratar de solucionar, pero yo me he equivocado en las cosas más fundamentales de la vida, como puede ser la vida en pareja, vamos metí la calza hasta dentro».

Elementos articuladores de la emergencia: acceso, apoyo, salidas

Es evidente que a la cultura se pertenece y o se accede como se ha visto al hablar de las creencias. Los hombres activan su pertenencia potencial en ella a través de la socialización, las redes informales de las amistades que conservan, del mundo del trabajo, del estudio, de las aficiones que comparten. Los hombres tienen una confrontación habitual con la experiencia de los requisitos de esta cultura. El disponer de un tiempo propio facilita tanto la creación como el mantenimiento de las redes y se experimenta el placer de su ejercicio. La familiaridad con esta cultura hegemónica es especialmente pertinente para entrar en el mundo de la política, el empleo y las artes y ello conduce a la presencia mayoritaria de los hombres. Para Raquel, por el contrario, la mujer no tiene trayectoria en el mando, carece de la cultura de la ocupación de puestos de poder, que no quiere decir que no tenga cualidades para ello.

El dominio masculino no significa que todos los hombres participen de la misma manera en la cultura ya que la edad y clase social van a influir en la densidad de la permanencia. No es lo mismo el recuerdo del ejercicio del poder en una persona mayor que el ejercicio directo de una persona adulta que nos retrotrae al protagonismo que tuvo el

mayor en su momento. La situación de las personas que por su situación económica y marginación social experimentan el no poder, sean hombres o mujeres, no es comparable con la de una mujer de clase alta. La mujer de clase baja experimenta el no poder de manera más acusada porque también siente la exclusión por ser mujer. La mujer de clase alta puede también encontrar barreras que la lleven a experimentar la desigualdad, pero no puede compararse con las que encuentra esa otra mujer.

Entre las personas mayores entrevistadas el ser hombre o mujer es determinante a la hora de situarse en la vida, seguido de la clase social y la ideología. A excepción de Raquel que presenta características de modelo emergente, no hay expresiones que cuestionen la pertenencia al poder de los varones. Tampoco expresan el deseo de entrar en él. La diferencia la introduce la clase social. Los hombres de clase alta tienen estudios que les han permitido una dedicación a una profesión. Mujeres de clase alta tienen en la reproducción, en las responsabilidades familiares y sociales una meta consistente. El punto de partida, la genealogía familiar sitúa a unos para ejercer cargos y a las otras para acceder al matrimonio. Al comparar a hombres y mujeres y su relación con el prestigio, se ve que las decisiones se jerarquizan y las extrafamiliares adquieren un peso de mayor alcance que aquellas propias de la reproducción, socialización temprana, tareas domésticas, y responsabilidades de cuidado. En hombres y mujeres de clase baja la dureza de las experiencias en la infancia les marcan en muchas direcciones. Experimentan las dificultades de superar el punto de partida de falta de poder. En muchos casos se ven envueltos en tareas de sobrevivencia que les ocupan buena parte de su tiempo.

Es evidente que no todas las mujeres superan los mismos obstáculos ni se enfrentan con las mismas barreras y que la clase social y la ideología van a incidir en ello. Entre las mujeres adultas entrevistadas existe un acuerdo generalizado de que los hombres están más dispuestos que las mujeres a ocupar puestos de poder. El análisis que hacen de la relación con el poder es individual y social y excluye connotaciones naturalistas. Reconocen la existencia de barreras por el hecho de ser mujeres y que es algo que no se lo plantea el hombre. Son barreras que tienen que ver con expectativas diferenciadas. Así Lourdes, cuando se presentó como candidata a la alcaldía de su pueblo y no la consiguió

sintió una sensación como de fracaso aunque no fuera traumático. En general, cree que la mujer que ocupa un cargo público siente mucha responsabilidad, tal vez, porque cree que tiene que responder a las expectativas de la gente y puede que éstas sean diferentes porque constantemente está presente el deber de actuar mejor. Esta exigencia de una mayor excelencia cuando las mujeres acceden al poder es una constante que mencionan otras mujeres.

Belén ha elaborado distintos posicionamientos frente al poder. El poder por el poder lo asocia más de cerca con los hombres mientras que el «poder para» y el «poder con» lo vehicula más estrechamente con las mujeres. En el «poder con» está presente el proyecto colectivo del feminismo y de otros procesos de transformación de la sociedad. Las mujeres, por el contrario, al situarse fuera del campo de acción predominante están más pendientes de las influencias de fuerzas que no controlan. Así aparece con frecuencia la recurrencia a la suerte para explicar situaciones, acontecimientos, oportunidades que han vivido de manera positiva. Es frecuente que en vez de atribuírselos los validen a través de la suerte, la casualidad, el sentirse privilegiadas. Puede ir desde el que le hayan salido bien los hijos hasta lo positivo de la experiencia matrimonial. Marga al opinar sobre los divorcios dice que le parecen muy bien. Y prosigue:

«Ahora, también te voy a decir, ahora hay más separaciones que antes y más divorcios y eso; no estamos en ese caso con mi hija pero ella tiene muchas amigas que se han separado y se han divorciado y yo creo que, bueno, a lo mejor en mi tiempo se aguantaba más. Yo tuve la suerte que, como una lotería también el matrimonio, pero yo ya sé quién ha aguantado por no separarse».

No suelen explicitar las mujeres la relación que puede haber entre un resultado positivo y el tiempo acumulado de cuidados, preocupación, buen hacer, por ejemplo en relación a los y las hijas. El no mencionarlo invisibiliza tareas, deja de lado la riqueza de las historias personales, lo que elimina datos que son importantes para construir la entidad de las tareas de maternaje. Esto ofrece un contraste con el énfasis que ponen las mujeres entrevistadas en evaluar sus logros bien de manera general o específica: estudios, trabajo, política, diciendo que

todo ello ha sido fruto del esfuerzo y que nadie les ha regalado nada. Esta idea de que la vida de las mujeres está llena de esfuerzo es común a mujeres mayores de clase baja; a mujeres adultas, especialmente aquellas que representan modelos emergentes o aquellas que presentan características innovadoras. También está presente en hombres adultos de clase baja. La forma de hablar de Aida que decía que la vida le había pasado factura es también otra forma de resaltar el esfuerzo que supone ir muchas veces contra corriente.

Esta cultura necesita de apoyos de fuera y aquí juega un papel importante la familia: en procesos iniciales, la de orientación y, más tarde, la de procreación: esposa, compañera, hijas e hijos. Los apoyos son más efectivos cuanto mayor sea la diferencia entre los ámbitos donde se cultiva la cultura del poder y aquellos de donde emana el apoyo y la fuerza contenida. La fuerza del reconocimiento en el trabajo es muy importante. El apoyo que proviene del medio familiar se reviste de cierta incondicionalidad. Por ello es tan efectiva la separación entre el ámbito de donde emana el apoyo y la fuerza, y aquel donde se hacen las decisiones más significativas. Aparece de manera clara en las personas mayores. Siempre está ahí y se cuenta con ello, pero se hace efectiva en momentos puntuales que pueden tener relación con la inseguridad ante la pérdida del trabajo, la amenaza del paro. Dos ejemplos de la generación mayor lo ilustran muy bien. Esteban resalta el beneficio de contar con sus compañeros de trabajo a la hora de tomar decisiones. En su mujer tiene un apoyo incondicional. Damián ha contado en los momentos difíciles de la amenaza del paro primero y de la prejubilación después con el apoyo de su mujer, hijas e hijo.

En los nuevos modelos hay mujeres que establecen ya la vinculación entre el apoyo de familia y amistades para el ejercicio del poder. Belén destaca el apoyo incondicional de su familia, de las amigas y amigos y de sus equipos de colaboradoras/es en sus mandatos de cargos públicos. Y fue a través de ella como su familia vivió de manera positiva su protagonismo en la vida pública. En el caso de Lourdes, confiesa que los logros públicos y el apoyo sentido en el equipo le ha servido para superar ciertas situaciones emocionales. Reconoce que la armonía del grupo es el mayor apoyo. Sus peores momentos los asocia con posturas encontradas ante la toma de ciertas decisiones.

Antes hemos hablado de que al poder se accede y de que los hombres tienen una relación más estrecha con él que las mujeres. La familiaridad con la cultura del poder aportaba identidad y seguridad, algo muy útil para iniciarse en el poder. Un impedimento que manifiestan las mujeres es el miedo a no dar la talla, a no colmar expectativas que saben suelen estar más dimensionadas que cuando acceden los hombres. La idea y la realidad de tener que superar barreras y el temor al fracaso las lleva a la experiencia de no saber qué hacer. Otras veces es el temor a no saber qué hacer cuando se deja el poder. Es un aprendizaje que circula dentro de la cultura donde hay experiencias múltiples ya acumuladas, y, a posteriori se valora como cualidad el saber salir, por lo que apenas aparece mencionado en mujeres o en gente joven. Una forma de salir bien es que le recuerden a uno, que no se dé la ruptura, el estar convencido de haber hecho un buen trabajo, haber conseguido algunas de las metas propuestas.

El aprendizaje de la salida se produce mediante el acceso al poder. En mujeres adultas se constata que han elaborado la transición que les permite moverse con soltura con distintas identidades: política, académica, empresarial... Veamos dos ejemplos: Belén elabora la salida del cargo académico de decana, de la dirección de una entidad cultural, de un cargo político. Muestras de ese saber salir es que puede pensar en otras opciones ya que mantiene el valor que concede a la posibilidad de elegir. Juana, en el rango de decisiones que considera hitos en su biografía, junto a estudiar en la universidad, marcharse al extranjero un año de *au-pair*, afiliarse a un partido político de la extrema izquierda, recuerda la decisión de dejar la política.

«Hubo un momento determinado, debió de ser el 79. Un día me levanté y pensé que ya no creía eso, que aquel discurso político de la organización en la que yo militaba me sonaba a hueco, que claramente la situación era otra, que yo pues no lo creía y entonces tuve que tomar la decisión de romper con lo que eso suponía de desvincularme de toda una serie de personas muy importantes para mí, con unas cualidades humanas impresionantes; luego con lo que suponía también de que yo había ido ascendiendo en el escalafón del partido, hasta el extremo de que en un momento determinado me propusieron para el comité central, cosa que nunca llegué a aceptar, pero era una persona relativamente conocida en ese medio y yo sabía que si yo decía que me iba, eso iba a

generar desánimo; no un desánimo generalizado, pero como ya había una crisis interna del partido pues eso iba a ayudar a... Entonces me costó mucho pero en un momento determinado yo dije a mis jefes: 'yo lo tengo que dejar'».

El salir bien importa porque así siempre está la posibilidad de poder seguir manteniendo el contacto. Una salida positiva del poder aunque sea costosa proporciona cierta seguridad. La persona es consciente de poseer un capital social de conocimiento y relaciones que le posibilita nuevas incursiones desde el contexto de la cultura en un proceso de retroalimentación.

Superación de los límites y significados de la renuncia y autoexclusión

Aparecen distintas elaboraciones del control de los límites para el acceso al poder y de las maneras de ejercerlo. La realidad muestra que hacerse con la cultura del poder y acceder a su ejercicio es difícil para las mujeres en general, pero entre las adultas hay excepciones notables. Dentro del grupo de jóvenes mixto identifican el poder político con el poder por excelencia y lo ven como algo masculino, y de las mujeres que entran en la política se dice que adquieren actitudes genéricas de hombre. Manifiestan un tipo de límites que se expresan mediante asociaciones de valor basadas en la mayor o menor presencia de mujeres y hombres. Así, enfermería es femenina mientras que ingeniería es masculina. Reconocen sin embargo que en enfermería los puestos de mayor responsabilidad y poder los ocupan los hombres. Esto se hace extensible a trabajos, profesiones, asociaciones.

Entre las personas jóvenes entrevistadas, el tema del poder más elaborado corresponde a Miguel, un militante de izquierda con un sentido profundo de las desigualdades de clase. Tiene una clara conciencia del ejercicio del poder del sistema y de las instituciones en la producción y reproducción de las desigualdades y la exclusión social que él percibe de manera prioritaria en términos de clase social. Se siente más cerca de la generación que se identificó con Mayo del 68 y que mostró su oposición al franquismo que con jóvenes de su generación que, bien

por su situación económica o por ideología, no tienen conciencia de clase. Sus palabras tienen la fuerza de quien habla desde el sentimiento de la desigualdad profundamente sentida:

«Desde el 87 mi hermano ha estado en la cárcel en sucesivas ocasiones y siempre le hemos ayudado y cuando ha salido de la cárcel le hemos ayudado porque él tampoco tiene a nadie más. Mantenemos una buena relación entre los hermanos, muy dispares porque... pero mantenemos una buena relación porque sabemos que es lo único que tenemos. Aparte de Enrique, nos tenemos a nosotros y tenemos un concepto común con respecto a las necesidades de la vida, y quién tiene el poder y cómo lo ejerce y cómo se ejerce el poder y cómo nos machacan los otros y nos discriminan y nos aíslan y la única forma de salir de eso es luchando y estamos en conflicto permanente contra lo que son las instituciones y todo este tipo de tinglado que nos margina. Nos están marginando.

Yo tengo 27 años y no hay ninguna ayuda pública para que yo estudie. No es verdad que haya ayudas, no es cierto y si llegan, llegan tarde y luego, si no es porque está Enrique, el cura éste, que se enrolla porque quiere, porque tiene una filosofía de la vida y una manera de ver el mundo... y quiere que los chavales tengan una segunda oportunidad, yo no estaría estudiando actualmente, seguro que no».

A veces los discursos directos sobre el poder no aparecen y por eso hay que realizar otras lecturas. El grupo de jóvenes no trata el poder directamente y hay que buscarlo en las prácticas que se dan en distintas situaciones personales, por ejemplo no temer los conflictos a la hora de tomar decisiones y reconocer lo difíciles que resultan estas decisiones cuando no se ajustan al modelo establecido: en una mujer casarse y tener un hijo.

Los datos biográficos indican que han decidido militar en grupos y organizaciones de distinto signo: feminismo, antimilitarismo, ecologismo, gestoras pro amnistía, grupos de gays y lesbianas. Con ello muestran una postura crítica al poder que, por un lado, impone normativas discriminatorias acerca de la sexualidad, la identidad sentida, el derecho al cuerpo y, por otro, promulga leyes que imponen el dictado militar, el progreso por encima de los derechos a un desarrollo integral, la disidencia política. Buscan a través de formas de vida alternativas otras formas de relación y organización social. La militancia les ha acarreado

conflictos y problemas personales, familiares y organizacionales. Militar en el feminismo le ha acarreado a Lucía conflictos con la organización política en la que militaba, con su padre, y ha incidido negativamente en sus relaciones personales con los varones. También a los homosexuales que encuentran difícil siendo tan jóvenes hacerse visibles. Militar en alguna organización política radical no ha estado exento de control. Estas chicas y chicos han tomado decisiones en el ámbito público que les comprometen y son ejemplos claros de modelos emergentes dentro de los sistemas y relaciones de género. Desde la postura fuerte de militante de Miguel, hasta la de los integrantes de grupos alternativos, muestran conocimiento de la cultura del poder pero rechazan la entrada en el poder. Producen unas formas de presencia cuestionadora y molesta, algo a tener en cuenta cuando se hable de autoexclusión.

Aperturas y cierres del ámbito doméstico

Para traspasar algo como sería un umbral admitimos la existencia del concepto de cierre y por lo tanto de situaciones limitadas que permiten establecer una relación dentro y fuera, cerrado y abierto (Zulaika 1987: 27-33). Los hombres utilizan esta relación binaria cuando hablan del espacio doméstico y existen sutiles elaboraciones de la entidad que le atribuyen al ámbito doméstico. Así, dicen con frecuencia que no se meten, que pertenece a la mujer. Se asemeja a una ciudad medieval que está defendida por los intereses de las personas que lo controlan que son mayoritariamente las mujeres. Estas separaciones son las que permiten mantener otros espacios de relación, de trabajos separados. Será curioso el ver si en el caso de las mujeres una separación entre espacio doméstico y extradoméstico se da cuando se quieren mantener diferenciados los otros espacios: trabajo, relación (tanto social como familiar, por ejemplo, con hermanas/hermanos). Los hombres utilizan con mucha frecuencia el concepto de «entrar» y de «meterse» cuando hablan de la casa.

Muchos hombres mayores afirman constantemente que el poder en el ámbito doméstico corresponde a las mujeres y también hay mujeres mayores que se expresan en los mismos términos. Es menos evi-

dente en los y las jóvenes. Sin embargo aún cuando los hombres asuman tareas domésticas nunca aparece el cierre ni el reclamo a la exclusividad. A pesar de los cantos a las excelencias de lo doméstico, en ningún momento dicho poder se considera similar al que se ejerce a través del empleo, al menos nadie lo ha manifestado así en las entrevistas. Una voz disidente en las mayores es la de Raquel que a sus 69 años cree que el trabajo desempeñado en la casa no ha adquirido prestigio y que es preciso atravesar la barrera que lo separa de lo público.

En la generación mayor, tanto en mujeres como en hombres, la separación entre los ámbitos domésticos y los extradomésticos está muy clara. Entre la generación adulta hay personas que no mencionan esta separación lo cual puede atribuirse a que se da un grado mayor de fluidez entre las formas de ejercer el poder en el ámbito doméstico y en los del empleo o la política.

Objetivos de trabajo, de implicaciones en proyectos culturales, militancia, participación en la política por parte de las mujeres, inciden en la visión que tienen de sus tareas domésticas. Las hay que acentúan el peso de la doble jornada. Otras que simplifican las tareas. Otras que las comparten. Hay mujeres que por la incompatibilidad que presenta el coto cerrado de la domesticidad con sus experiencias fuera de él, acentúan el muro y establecen una clara diferenciación entre su experiencia doméstica y familiar y la del empleo, militancia, ocio fuera de la familia. De ahí que la burbuja doméstica tenga distintas acepciones.

En la generación joven los cambios están en la búsqueda de la independencia de sus familias, la búsqueda de su propio espacio y la autonomía económica. Las chicas valoran mucho esto y son críticas con lo fácil que a muchos y muchas les resulta quedarse en la casa familiar. En opinión de Raquel el ejercicio del poder no es gratuito y requiere de iniciativa. La mujer tiene que pasar al campo del hombre para poder transformarlo:

«En este momento hay alcaldesas en diferentes Ayuntamientos. Hacen falta alcaldesas concienciadas que tengan otra manera de enfocar y de ver las cosas. No tienen que ser como el alcalde».

En el mismo orden viene a decir: «una mujer que ocupe un puesto de responsabilidad en una empresa tiene que introducir cambios». Es hora de ir pensando en que la mujer debiera de ocupar los puestos ya que tiene otra mentalidad. Valora los aspectos positivos de la mujer tales como sensibilidad hacia la persona que no está en el poder y capacidad para organizar las relaciones desde una perspectiva más horizontal. Tiene el convencimiento de que una relación no autoritaria sino participativa puede generar mayor motivación y entusiasmo para la mejora de la sociedad. Cree que su experiencia, de haber vivido sometida al dominio de otros le puede ayudar en el uso de estrategias para el cambio. Está claro que cuando propone un concepto y ejercicio del poder diferente no se basa en elementos naturalizadores sino que provienen precisamente de las vivencias del sometimiento. Sus valoraciones coinciden con aquellas expresadas por dos mujeres que están en el poder: Lourdes y Belén.

Distintos significados de la autoexclusión y la renuncia

Hay todo un cúmulo de expresiones utilizadas tanto por hombres como por mujeres cuando se habla de poder que en el caso de las mujeres tienen un significado diferente. Cuando se habla de entrar en el poder, acceder, conquistar, ganar, las mujeres tienen en cuenta la cultura cerrada y la presencia de barreras, límites simbólicos que expresan claramente una situación periférica. Por ello hay que jugar con dos visiones contrapuestas: la exclusión ajena y la renuncia o autoexclusión.

La autoexclusión consiste en renunciar a incluirse en una situación en la que en principio podría participar y que supone la contemplación de la pertenencia a aquello que se descarta. Se asocia con vivencias de eliminación, excepción, supresión. Es distinta la autoexclusión por motivos ideológicos, que se hace desde la familiaridad con las claves de la cultura del poder, que aquella que se hace desde la periferia de la misma cultura porque es imposible acceder a ella. Para que la autoexclusión como crítica a entrar en el poder tenga cierta validez, las personas que la hacen tienen que haber tenido experiencias previas de ese poder, o la posibilidad de ejercerlo, de ahí que, en general, es difícil encontrar esa postura de autoexclusión en las mujeres y, menos en la ge-

neración de las mayores. Sin embargo aparece en las adultas y en los/las jóvenes lo que es un buen indicador de cambio. La autoexclusión está presente en hombres y mujeres jóvenes; en mujeres y hombres adultos de izquierda. También puede tener validez la crítica cuando se renuncia por haber sufrido las consecuencias negativas de dicho poder. Algo de ello aparece en el movimiento feminista en determinados momentos en los que existe una crítica al poder identificado como patriarcal y una renuncia a entrar en ese tipo de poder.

Jesús es crítico con la institución universitaria a la que pertenece. Reconoce que para estar integrado en ella tenía que haberse puesto a sacar una cátedra pero que no está interesado en ello; es por lo tanto una autocensura más que una dificultad externa. Su autoexclusión es creíble porque posee no sólo los conocimientos de su disciplina sino todos aquellos mecanismos de poder que representan el proceso de acceso a una cátedra.

Algo similar expresa Belén, que tiene muchas de las claves de la cultura del poder por su trayectoria personal de altos cargos públicos. Si bien resalta el aspecto de la seguridad y autorrealización en su puesto de adjunta de Universidad, ella dice que nunca estuvo dispuesta a continuar la carrera por la cátedra a costa de sí misma, de sus principios y de un estilo de vida y mucho menos hacerlo a costa o en contra de los demás que era lo usual en el mundo académico. Relata que su maestro la instaba a que preparara cátedra y ella dice:

«Tampoco he estado dispuesta nunca a navajear a nadie ni amargarme la vida por... porque he dicho: esto me vale la pena, pues vale; esto supone mucho esfuerzo y además no me interesa demasiado, pues para qué me voy a obsesionar».

Es evidente que el conocimiento de la cultura del poder posibilita la elección de estar o no estar, de decir que sí al poder y también negarse a ello. Belén reflexiona sobre la necesidad de romper el techo de cristal, de estar en donde se toman las decisiones, pero no a cualquier precio y, además, afirma que conviene que las mujeres tengamos en esto las estrategias claras. Y se refiere al último acontecimiento en relación a un alto cargo político: se negó porque no lo vio claro y porque, curiosamente, los mismos que le habían cortado el camino en muchos

momentos, cuando ella manifestó su interés en presentarse a una alcaldía, venían ahora a buscarla para que les sacara las castañas del fuego.

Otra expresión de posibilidad de elección porque está asegurada la pertenencia la ofrece Jesús cuando contrasta lo que sería un conocimiento académico con aquel que está pegado a los procesos de transformación social. Se precia de haber renunciado a publicar en ciertas revistas especializadas de su disciplina y, al mismo tiempo, reconoce con placer el ser capaz de hacer análisis complejos y acertados de la realidad social. Valora sobre todo su capacidad de detectar procesos marginales.

Es distinto renunciar al poder, negarse a aceptar ciertas manifestaciones de la estructura de poder, prácticas jerárquicas, que ejercer la renuncia como influencia de la asignación diferenciada de roles vinculados a la identidad como mujer. En general tiene que ver con el desconocimiento de las claves de la cultura del poder. Los jóvenes del grupo alternativo critican este tipo de autoexclusión. Existe un acuerdo generalizado de que hay situaciones en las que las mujeres, además de ser numéricamente superiores para ser protagonistas y asumir responsabilidades, no lo hacen. Un chico del grupo comenta que en un curso de publicidad en el que se encuentra, se compone de 150 personas de las cuales 125 son mujeres. Llegada la hora de elegir delegados ninguna mujer opta y votan a los hombres. Sostiene que esto no sólo pasa en su clase sino en todo periodismo. Las tres chicas del grupo comentan que esta situación se da en la Universidad y la corroboran con otros datos indirectos aportados por personas vinculadas a ellas por parentesco. La autoexclusión proviene muchas veces de una socialización que ha apoyado la valía de las intervenciones masculinas así como de una falta de conocimientos propios de intervenciones de liderazgo; mucho de ello se practica en el deporte y dentro de los grupos de edad masculina donde valores de competitividad llevan a un entrenamiento en el valor del empeño en el liderazgo a través del protagonismo y del reconocimiento social de la importancia del *football* como paradigma del deporte (Díez 1996).

También se nutre de la interiorización de límites y barreras. Se acepta hablar de manera general de si es bueno o malo que las mujeres accedan al poder; de los límites que deben existir para las mujeres como grados de permanencia, la preferencia de la temporalidad, el cuestionamiento de su capacidad para ejercerlo. Estas creencias no existen de

manera generalizable para los hombres. En su caso están influenciados por variables de clase social, edad, habilidades concretas. A un hombre se le excluye por razones concretas mientras que la exclusión de las mujeres se vehicula al colectivo de las mujeres como tal y a su falta de individuación.

Existe una relación entre roles asignados a las mujeres y situaciones de renuncia. Está clara en Beatriz, una mujer con una experiencia de vida muy dura cuyo proyecto más importante fueron los hijos. Su única oportunidad de joven fue meterse en el trabajo doméstico. Luego, de casada, ha continuado trabajando de continuo en lo que fuera con tal de poder salir adelante con los hijos. La situación penosa de un marido con invalidez anticipada y mísera pensión y un hijo con cojera resultado de una parálisis ha exigido filigranas en la economía, la distribución del tiempo y en el peso de la responsabilidad. Un hilo conductor atraviesa su vida desde su infancia, ya que era la mayor de nueve hermanos, hasta la actualidad de sus 82 años: es la costumbre de renunciar a sus proyectos, necesidades, deseos para acoger los de los demás. La prioridad de las necesidades de los otros empieza en su infancia con los abuelos y hermanos para más tarde seguir con el marido, los hijos, suegros y padres. Se puede decir que toda su vida ha estado pendiente, sometida a las necesidades de otros. Esas demandas están marcadas por las exigencias de distintos tipos de obligaciones y exigencias de cuidado de los que no se escapa su experiencia laboral ya que su trabajo principal desde los 17 años fue el servicio doméstico como externa e interna.

Más tarde al hablar de sus expectativas respecto al cuidado que pueda necesitar recuerda su respuesta incondicional a lo largo de los años.

«Aunque no existían residencias y no había pensiones, mis abuelos se han muerto guapos, limpios. Nosotras, esta hermana que yo tengo aquí en Leganés, esa calentaba ladrillos y se los ponía a mi abuela en los pies para que tuviera los pies calientes. 'Ven abuela que te voy a peinar' y la dejaba como una rosa. Eso vale mucho. Vamos pienso que no me van a mimar a mí si hay treinta o cuarenta, o diez o veinte [en una residencia] ¿me van a mimar a mí sola?»

Aunque reconoce que las cosas han cambiado, le gustaría que sus hijos vinieran a asistirle ya que le parece «que los padres merecemos

eso». También reconoce que su situación económica y la de su marido no le va a permitir instalarse en una residencia. Su comentario pone en evidencia una situación de injusticia de una persona que a pesar de haber trabajado toda la vida, al haberlo hecho como eventual no le da derecho ni a la pensión retributiva pues las 64.000 pesetas del marido se verían rebajadas.

Esta relación de dependencia entre la mujer y el cuidado la ilustra muy bien Antonia. Ahora a sus 65 años expresa que la decisión más importante ha sido la de llevar a su madre a una residencia. Llega a ello después de años de cuidados intensivos en los que se ha volcado. También después de haber pensado en otras soluciones que no han resultado. Sin embargo vive el sentimiento de culpa. Hay un comentario que indica que busca aquello que la ayude a elaborar positivamente la culpa. Así dice: «En su momento también mi madre me tuvo que ingresar». Se refiere a cuando tenía 9 años que tuvo que estar ingresada en un hospital.

María carece de referencias de las cualidades para mandar a pesar de ser una persona con gusto por el trabajo bien hecho. Respecto a la posibilidad de verse como encargada dice que «para llevar el mando en cualquier cosa yo no valdría, nunca jamás». Cuando en la entrevista se indaga en esto responde:

«Porque no me veo para mandar. A mí me gusta trabajar pero trabajar de lo que he trabajado (empleada) no aspirar a decir no; es que me imagino que no valdría yo para encargada ni nada de eso... A mí me parece que no valgo, eso no quiere decir que si me hubiera puesto no hubiera valido, no sé, yo personalmente no me veo».

Es evidente que María carece de referencias propias de la pertenencia a la cultura donde situar su valía para el poder de acuerdo con las cualidades personales y experiencia amplia de trabajo poco cualificado. Carece de confianza para el ejercicio del poder en el mundo laboral.

El ejercicio de renuncia que aparece con mucha frecuencia en las mujeres está vinculado a una serie de presupuestos relacionados con el no poder. Es más acusado en las mujeres mayores y disminuye en las adultas y en las jóvenes. La renuncia tiene una apoyatura social en el ejercicio del sacrificio que tiene su referencia principal en la tradición

judeocristiana y especialmente en creencias y prácticas católicas de manera que es frecuente el valorar unilateralmente la renuncia de forma positiva sin pasar a contextualizarla en un sistema de dominación. Así María habla de la influencia positiva de una cuñada:

«Yo tuve una cuñada que sí me ha impactado, era una persona muy buena, esa ha cuidado muchísimo a su madre; yo creo que no sabíamos entonces que tenía alzheimer porque no se conocía la palabra, y lo que ella se sacrificó cuidando a su madre. Era una persona muy inteligente, no la mandaron a estudiar pero ella sabía francés, sabía inglés».

Es evidente que la renuncia en este caso tenía varias facetas entre las que estaba el peso de un destino de responsabilidad hacia los demás que exigía respuestas concretas.

La renuncia motivada por roles fijos aparece como un impedimento para la experiencia del poder y el superarla está implícito como valor social en los nuevos modelos ya que valoran el acceso al poder como derecho social aunque estén en desacuerdo con la cultura hegemónica que sustenta la estructura. La frecuencia e intensidad de la renuncia disminuye de manera progresiva desde las mayores hasta las jóvenes pero siempre ha habido mujeres con conciencia crítica que han renunciado a verlo como valor.

8. Conclusiones

A partir del estudio encaminado a profundizar en la génesis de los cambios y teniendo en cuenta las variables de edad a través de tres generaciones (mayores, adultos y jóvenes), la clase social y la ideología, se llega a las conclusiones siguientes.

Es posible identificar ciertas características generales que expresan el cambio, tanto si se percibe desde la preemergencia activa, la emergencia de características, como desde la creación de modelos. Representan un nivel amplio de elaboración y abstracción e inciden en los fenómenos sociales, de ahí que resuman contenidos y expresiones complejas. Se proyectan de cara al futuro como condicionantes o posibilitadores de cambios. Así una primera característica aparece con un significado dual. Por un lado está la conciencia del peso que ejerce la naturalización en el anclaje de la desigualdad de género y por otro se aprecia que dicho peso disminuye. Así, en la configuración de la identidad de las mujeres, la maternidad convive con otras formas de realizarse como personas sociales.

También el peso de creencias inspiradoras de la naturalización, sustentadoras a su vez de mandatos culturales, pierde credibilidad y fuerza. Se dan pasos que partiendo de la consideración de la mujer como «la otra», llevan a nuevas definiciones de la mujer que la refuerzan como agente social que crea y transmite. La debilidad de las creencias ocurre como resultado de la emergencia de identidades plurales en una misma persona y de la diversidad en las experiencias socioculturales de las mujeres en un sentido amplio.

Junto con las creencias que sustentan los mandatos culturales, pierde aquel que vehiculaba el matrimonio como la opción principal

para el cambio de estatus en las mujeres. Se da de manera simultánea al avance que promueve la educación y el empleo como nuevos definidores del desarrollo amplio de la autonomía y el estatus. Lo mismo puede decirse de la separación entre reproducción y sexualidad que incorporan la asunción del placer como algo no sólo lícito sino beneficioso y representa el debilitamiento del peso normativo de la religión en el control de las prácticas sexuales. Desaparece el peso de la importancia atribuida al hombre como proveedor, y a la mujer como receptora de los bienes. El cuestionamiento se elabora principalmente desde la experiencia productiva de las mujeres y de los beneficios que les proporciona la autonomía económica proveniente de su inserción en el medio laboral. También decrecen las creencias sobre el poder visto como bien escaso, creencia que afecta directamente a la práctica del poder por las mujeres ya que los hombres invocan el derecho al poder basándose en la jerarquía, la tradición y su lugar en el orden simbólico.

Es evidente el paso de la homogenización hacia una identidad singular que aparece en reafirmación creciente. Dado que la homogenización consiste en clasificar a las mujeres como colectivo abstracto que posee una identidad común, el proceso de individuación introduce fisuras en la homogenización; se produce al diversificar las identidades a todos los niveles y negar la existencia de metas, actividades, reivindicaciones, tareas propias vinculadas a la existencia social e histórica del colectivo de las mujeres. Los comienzos de la individuación aparecen en la generación de las mayores, al mostrar algunas de ellas cierta tolerancia hacia posibles cambios; se consolida en la generación adulta con una conciencia de haber sido gestoras de este proceso duro de cambio; la conciencia de la singularidad como logro es menos evidente en las jóvenes pero está más asentada como dinámica social y es de esperar que continúe progresivamente pero necesitará de apoyos específicos.

El protagonismo de las mujeres en la introducción de cambios en el sistema de género parte de la situación de desventaja en la que se encontraban y encuentran respecto a los hombres. En el proceso es evidente la fuerza que tienen las necesidades sentidas ya que provienen de la experiencia desigual, de la conciencia de querer el cambio, y de los apoyos teóricos e ideológicos provenientes del movimiento feminista más que de un discurso abstracto. Y desde la realidad sentida, son las

mujeres las que ganan más con el cambio porque representa apertura hacia un abanico más amplio de opciones. En el caso de los hombres, una visión positiva de necesitar el cambio es el resultado de un proceso más reflexivo que sentido porque no han experimentado la desigualdad, la exclusión de género. En la reflexión masculina entran valores acerca de lo que representa la igualdad y de las consecuencias individuales y sociales que produce la existencia de desigualdades dentro de la vida doméstica (el trabajo), o del empobrecimiento que supone el que una parte importante de la sociedad quede excluida porque pertenece al colectivo de las mujeres. No parece que surja de la reflexión general sobre la sociedad aún cuando se realice desde una óptica progresista o, más en concreto, desde una ideología de izquierdas.

Preemergencias activas, emergencias y nuevos modelos

Las expresiones de preemergencia más interesantes aparecen en la generación mayor. Las características innovadoras se detectan en todas las generaciones mientras que nuevos modelos, que sería el resultado más evidente de la consolidación de los cambios, están presentes de manera excepcional en el caso de una mujer mayor mientras que se incrementan en la generación adulta y en las mujeres más que en los hombres. Cuando se sitúan estos cambios en el contexto socio-histórico donde se desarrollan las actividades de esa generación adulta, es evidente que tienen relación con el paso de la experiencia del franquismo a una situación de mayor apertura y a un abanico más amplio de oportunidades. Las emergencias tienen su apoyatura o se nutren de experiencias y planteamientos en militancias de la izquierda y se apoyan en los planteamientos y experiencias de los movimientos sociales, especialmente del movimiento feminista. El estudio revela su impacto a nivel individual y colectivo en la generación de adultas. Sin embargo, dado que la generación joven es menos consciente de estos hechos, hay que hacer hincapié en ello, pues puede perderse la memoria social y eludirse, en la interpretación histórica, la importancia de aquellos procesos (sufragismo, feminismo) que han repercutido de manera positiva en mejorar la vida individual y colectiva. Hay relación entre el impacto

del movimiento feminista y el de otros movimientos sociales como el ecologismo y el antimilitarismo.

Algunas de las características implícitas en la definición de los nuevos modelos están ya latentes en personas de la generación de los/las mayores y así hablaríamos de preemergencias activas. También afloran en la generación joven, pero lo que sobresale son características emergentes más que modelos innovadores bien definidos. De cara al futuro sería importante prestar atención a los contenidos de las preemergencias activas ya que permitirá el desarrollo de cambios que precisan de apoyo para erigirse más tarde en características y más aún, en la consolidación de nuevos modelos.

Cambios en la interrelación de las tres estructuras

En la interrelación entre las tres estructuras (trabajo, emociones y poder) así como en la especificidad de cada una de ellas, se observa el *continuum* del cambio. Al hablar de preemergencias activas se distingue entre aquellas que cristalizan en características emergentes de aquellas que no pasan a más.

En el análisis aparece un elemento sorpresivo: el peso de la pre-emergencia activa en la generación de los/las mayores. Se expresa a través de las proyecciones que hacen hacia sus hijos y especialmente hacia las hijas en relación con la igualdad en la educación y el trabajo. También está presente en las proyecciones de lo que les hubiera gustado ser y hacer y en el cambio de ver el trabajo como necesidad, a valorarlo como componente de identidad. Se ha llegado a este conocimiento a través de los matices biográficos, de las técnicas cualitativas porque desde el contexto general quedaba oculto bajo el peso que tenía para las mujeres la naturalización, es decir, la vinculación entre identidad y maternidad, identidad y domesticidad. Por ello se tendía a percepciones generalizadas con independencia de los cambios que estaban latentes en muchos casos y empezaban a hacerse explícitos, pero proyectados en las generaciones siguientes: adulta y joven.

Fenómenos recientes, resultado de cambios estructurales en la esfera del trabajo, como son las prejubilaciones forzosas, rompen la continuidad en la vida laboral de varones en edades relativamente tempranas. En ello

preemergen nuevos comportamientos que se manifiestan en una mayor implicación y dedicación de su tiempo a tareas domésticas y de apoyo a hijas/hijos, lo que favorece la creación de situaciones más paritarias para las mujeres en los grupos domésticos correspondientes. Se presenta como un nuevo campo de estudio en el que serán precisos nuevos análisis, para determinar las formas y cambios que estas nuevas situaciones introducen en las relaciones de género. En otro sentido, los nuevos hombres o nuevos padres comparten algunas de las características de los nuevos modelos femeninos; sin embargo, la relación establecida entre el colectivo masculino y la esfera laboral es muy distinta a la femenina. Esta integración de los resultados del cuidado en la vida de los hombres introduce fisuras en el peso y la representatividad que tiene el trabajo en sus vidas.

Las características emergentes que atraviesan las tres estructuras surgen de la visión interrelacionadora desarrollada en esta investigación. En el análisis de la desigualdad presente en los sistemas de género aparece la crítica a las situaciones donde la mujer se halla en minoría y que generalmente tiene relación con el ejercicio del poder y del prestigio. En la actualidad, a pesar de que la singularidad represente la conquista de haber superado barreras de género en el trabajo, en la educación, en el poder, hay ya muchas mujeres que viven esta singularidad con una actitud crítica hacia lo que representa estar en minoría y que para ellas se traduce en un peso añadido de responsabilidad y de exigencias. En ningún caso lo valoran como un bien escaso sino que las mujeres singulares aspiran a vivir dentro de la normalización de lo que todavía es incipiente y excepcional.

Otra característica se refiere a la valoración que se atribuye al enfoque personal como cualidad social que tiene aplicaciones amplias y diversas. Se abre un abanico que abarca desde la importancia de lo personal como valor empresarial hasta la apreciación de la solidaridad como postura vital. Está presente con mucha fuerza en la generación joven. Esta apuesta por las relaciones personalizadas y comunicativas también aflora en personas mayores y adultas y cuando aparece resulta innovadora sobre todo aplicada al ejercicio del poder. Asimismo se valora el poseer una visión colectiva y cierto talante negociador. Está presente en las opiniones y vivencias de las personas adultas y jóvenes, tanto en mujeres como en hombres de ideologías de izquierda, siendo mucho más acusado en las mujeres. Aparece en el trabajo en equipo como un valor que ayuda a crear un clima de confianza donde, a través de las

aportaciones de las distintas personas, surge la creatividad y se genera entusiasmo e interés en la consecución de metas en las que las personas se han implicado. Por ello están más a favor de crear un clima de colaboración responsable que de una forma jerárquica de actuación.

En este sentido, hay hombres que valoran como una aportación el talante negociador que propician las mujeres. Esto supone la introducción de valores nuevos. Se trata de habilidades sociales en las que muestran grados de empatía, una relación personalizada en su relación con colegas e inferiores; van al grano en vez de dar largas cuando no pueden solucionar un problema. Lo innovador no es verlas como atributos positivos en las mujeres sino reconocerlas como atributos positivos intergenéricos en el ejercicio de la responsabilidad y el poder.

Como resultado del análisis de la emergencia aparece la seguridad sentida a la que se llega de maneras diversas a lo largo de la socialización compuesta de pequeños protagonismos y de conquistas cotidianas. Incluye un aprendizaje continuo para mejorar las posibilidades y lograr metas concretas. Se valora la capacidad de aprender a relativizar las cosas, a tomar distancia y a no sufrir tanto ante situaciones conflictivas. La capacidad de mantener distancias, además de como aprendizaje, aparece como vivencia y estrategia. Todas las características mencionadas provienen de nuevas socializaciones y marcan la dirección en la que se ha de intervenir para que se consoliden los cambios.

Cambios en cada estructura

Trabajo

Las distintas generaciones destacan el acceso a la educación como uno de los factores más significativos del cambio en la condición de la mujer, de ahí que se detecte la existencia de una conciencia general sobre los avances conseguidos en este espacio social. Se otorga a la educación una importancia fundamental como impulsora del cambio que ha producido modificaciones muy significativas en la posición de las mujeres en el mundo del trabajo.

De manera idéntica se observa cómo el nexo que se establece entre educación y motivación hacia el logro profesional cambia el significado

del matrimonio como eje vertebrador de la vida de las mujeres, quebrándose la dicotomía socialmente establecida entre familia y profesión. De hecho los inicios de esta ruptura aparecen en algunas mujeres de la generación de las mayores, se hace mas evidente en la generación de las adultas y parece asumida en las jóvenes en cuanto que sus discursos y prácticas están cargadas de intencionalidad, y por el camino de la formación y la estabilidad laboral, buscan asegurar su autonomía e independencia.

A su vez, se va consolidando el paso del trabajo como necesidad al trabajo como productor de identidad y esto tanto desde el modelo de la continuidad del compromiso con el trabajo a lo largo de la vida laboral, como desde aquellas otras situaciones en que las mujeres vuelven a reincorporarse al trabajo tras unos años de dedicación a tiempo completo a la familia.

La motivación hacia la profesión aparece en la valoración positiva que hacen hombres y mujeres de los logros conseguidos y de los riesgos y retos que han asumido al tomar nuevas decisiones previniendo y afrontando las consecuencias del cambio. La toma de iniciativas emprendedoras, el dinamismo, la flexibilidad y el sentido de la oportunidad son características que se aprecian con claridad en las mujeres adultas que han dado avances y giros en sus carreras profesionales. Por otra parte aparecen algunos ámbitos laborales más permeables a la intercambiabilidad genérica que otros. Así, el mundo universitario, el de la pequeña empresa y el mundo creativo son espacios en los que las mujeres se establecen más fácilmente.

Emociones

Aparece la manifestación de los sentimientos en las distintas esferas de la vida tanto entre los hombres como entre las mujeres. Sin embargo, el punto de partida difiere para ambos. Los sentimientos asumidos en la vida privada por las mujeres los muestran ahora en la exterioridad de la vida social. Los hombres lo que hacen es reconocer la importancia de los sentimientos en la vida pública, por ejemplo en el nuevo rol de padre como cuidador y el reconocimiento público de las emociones respecto a los hijos e hijas. Las mujeres empiezan a construir su autoestima desde ellas mismas, restando importancia e influen-

cia al «ser para otro» que las ha definido como mujeres, y a la imagen que los demás tienen de ellas.

Se da una intercambiabilidad de los roles de género en la aparición de valores como la independencia, la solidaridad, el respeto a la diferencia, que no están marcados genéricamente. Estas características se presentan, además, como superadoras de la dicotomía genérica.

En la actualidad, el grupo de iguales es la forma de socialización más apreciada por todos y todas. Las mujeres lo utilizan para llevar a cabo una serie de actividades que rompen con el espacio y el quehacer doméstico que era anteriormente definitorio de su vida. Las emociones y sentimientos que están en la base, constitución y permanencia de estos grupos se muestran públicamente y se valoran como alternativa socializadora. Favorecen los procesos de rechazo de la sumisión, la debilidad y la dependencia, y desembocan en un aumento de la autoestima de las mujeres.

En la consideración de las emociones, el peso de las relaciones de amistad, la fluidez de amistades entre hombres y mujeres es menor que la que se da entre hombres o entre mujeres. Tiene mucha fuerza la valoración que las mujeres hacen de sus amistades femeninas. La valoración de la pertenencia a asociaciones en el caso de las mujeres supone una ruptura con la creencia proveniente de los mandatos culturales que presentaban a las mujeres enfrentadas entre sí, más pendientes de otras relaciones que de las que ellas iniciaban y cultivaban. Son a su vez espacios de nuevas socializaciones.

De los relatos de las mujeres se desprende que en sus actuaciones también está presente un componente racional y calculador aunque está velado y se muestra en la utilización de la distancia emocional, en la movilización de diferentes mecanismos para «hacerse visibles» en medios mixtos, o en aquellos en que están las mujeres en mayoría.

Poder

Dentro de la estructura del poder, las mujeres rompedoras de los moldes tradicionales tienen capacidad para iniciar proyectos significativos y los emprenden a lo largo de toda su vida, tanto a nivel personal como profesional y político. Son la punta de lanza de un nuevo tipo de mujer que se va perfilando paulatinamente como un modelo en la sociedad española. Cultivan su autonomía y su tiempo propio y detentan

posiciones de poder en los distintos ámbitos de la esfera pública. Además, son líderes y tal papel las complace; en el ejercicio del liderazgo entremezclan elementos que aparecen como genéricamente neutros con otros que están genéricamente marcados. En la generación joven se observan significativos trastocamientos en los modelos y representaciones de género (mujeres fuertes e independientes, hombres sensibles y feministas), que nos indican una acusada sedimentación de los cambios y un cierto regusto de una óptica feminista.

Se atribuyen distintos significados de la autoexclusión y la renuncia. La posibilidad de la autoexclusión del poder es una característica más presente en hombres que en mujeres. Es un ejercicio que proporciona cuotas de autonomía. Los hombres practican la autoexclusión mientras que las mujeres practican la renuncia. Para que la autoexclusión como crítica para entrar en el poder tenga cierta validez, las personas que la hacen tienen que haber tenido experiencias previas de ese poder, o la posibilidad de ejercerlo, de ahí que, en general, es difícil encontrar esa postura de autoexclusión en las mujeres, y más aún en la generación de las mayores. Sin embargo aparece en las adultas y en las jóvenes lo que es un buen indicador de cambio. La autoexclusión está presente en hombres y mujeres jóvenes; en mujeres y hombres adultos de izquierda. El aprendizaje de la autoexclusión está en retroalimentación con el empoderamiento que corresponde al proceso por el que una persona va superando la situación de falta de poder. Se trata de un nuevo aprendizaje en la fortaleza que conlleva el aumento de la autoestima y el sentimiento de verse capaces de enfrentarse a situaciones, personas, empresas que antes no entraban en sus posibilidades; de asumir responsabilidades, antes impensadas, como aquellas que tienen cierta relevancia pública. Significa también asumir nuevos riesgos, o la ruptura de ataduras y compromisos no queridos.

Tendencias de crisis

Tal como se ha explicitado en el planteamiento teórico del capítulo primero, hay que prestar atención a las tendencias de crisis cuando se analizan los cambios ya que en ellas se encuentra la disrupción y/o transformación de un sistema de relaciones de género. Son por lo tanto

relevantes a la hora de indicar tendencias y diseñar apoyos, y posibilita establecer ciertas proyecciones de cara al futuro.

Pruebas de la presencia y grado de intensidad de las características de la dinámica interna del proceso son la tensión, redefinición y contradicción, más evidentes en aquellos aspectos que cuestionan más directamente presupuestos y prácticas hegemónicas. En el estudio aparecen con más claridad en aquellas áreas relacionadas con cuestionamientos de la domesticidad, incursiones de la mujer en el poder, procesos de empoderamiento, manifestaciones emocionales que se consideran rompedoras porque se producen fuera de su ámbito tradicional: fuera de la fijeza de los contenidos de los roles de madre, padre y que trasvasan la fijeza de lo que se considera masculino o femenino.

Las tendencias de crisis se producen cuando aparecen distintos ritmos de cambio que tienen que ver con la mayor o menor fuerza de las necesidades sentidas, del grado de interés por cambiar, del peso que tienen los nuevos aprendizajes y que abarca el trabajo, emociones y poder. También están en las experiencias contradictorias de cómo hombres y mujeres definen, solicitan y viven los apoyos emocionales. Se debe a que las mujeres experimentan un mayor desajuste entre sus expectativas y necesidades sentidas y el apoyo afectivo que reciben. Aun dentro de una experiencia positiva, es más frecuente el apoyo en el nivel de las relaciones afectivo-sexuales mientras que es más escaso encontrarlo en la realización de proyectos más amplios y rompedores. Lo mismo puede decirse de la permanencia del apoyo que resulta ser más duradero e incondicional en las mujeres.

Las tendencias abarcan el discurso y la práctica. Así las redefiniciones aparecen en relación a ámbitos concretos donde se expresan valoraciones neutras de una forma más fluida de entender las identidades; en el discurso es más fácil percibir características similares en mujeres y hombres que lo que muchas veces sucede en la práctica. Se presentan nuevas redefiniciones de lo masculino y lo femenino, propuestas de anular la diferencia y resaltar la intercambiabilidad así como enfatizar y cultivar la diferenciación entre mujeres y hombres sin que suponga biologicismo ni naturalización. Hay cambios hacia cierta neutralidad en prácticas antes definidas como masculinas y femeninas, tanto por parte de mujeres como de hombres. Tensiones y contradicciones aparecen en la vivencia de la sexualidad y en las sorpresas que muchas veces se producen ante reivindicaciones a la separación entre sexualidad y poder.

Las tensiones y contradicciones tienen procedencias diversas. Unas aparecen en las relaciones de pareja y en la configuración de nuevas formas de convivencia familiar donde se da una distribución de derechos y obligaciones más igualitarias. También están en las composiciones de grupos domésticos alternativos en los que se convive sin casarse, o que se organizan por la recomposición de grupos anteriores surgidos de separaciones o divorcios y en las implicaciones emocionales y asunción de tareas específicas de cuidado que se derivan de formas nuevas de entender la paternidad. Las tendencias de crisis afloran en la transformación del peso de las redes sociales. Suceden en el desarrollo creciente del grupo de iguales, de las redes de amistad por parte de mujeres mayores y adultas que llevan a desarrollar y legitimar su presencia colectiva en el espacio público. Lo hacen para disfrutar del ocio, reivindicar, innovar y así crear espacios de libertad. Aparece una redefinición genérica en la práctica de la solidaridad como estrategia de apoyo hacia mujeres comprometidas con el cambio y que proviene principalmente de mujeres, pero también de hombres.

La tensión inherente a las tendencias de crisis aparece en la valoración positiva del poder, en el reconocimiento de tener cualidades para ejercerlo y en la implicación de mujeres muy diversas en los distintos procesos. Se palpa el cambio ya que, a la vez que lo experimentan, introducen formas más personalizadas, más colectivas y más paritarias que suponen, en muchos casos, revulsivos al ejercicio del poder hegemónico. Además no se echan para atrás ante el conflicto sino que lo perciben como parte de la dinámica social e inherente al ejercicio del poder, pero que debe afrontarse en vez de dejarlo de lado.

La tensión es evidente en la definición, creación, mantenimiento de tiempos y espacios propios, tanto para hombres como para mujeres. Es una tensión relacionada con tiempos y espacios que afectan a la necesidad de aunar producción y reproducción. Conllevan redefiniciones del contenido de responsabilidades y de la forma de cómo llevarlas a cabo y, en general, aunque afectan a ambos, los promueven principalmente las mujeres.

Barreras a la emergencia

A través del estudio han ido apareciendo aquellas condiciones que limitan y ralentizan el cambio. A pesar de los cambios acaecidos, la rigidez en la división entre lo doméstico, familiar e íntimo, y lo produc-

tivo, meritorio y exterior, oculta muchas veces lo que sucede en el primero, y resulta en otros casos difícil de superar. En la ruptura de esa dicotomía se ve la acción más directa de la generación de las mujeres adultas. En los mayores los pasos son más tímidos, proyectan y ponen los medios para que se dé la ruptura en las generaciones siguientes. Los y las jóvenes muestran menor conciencia de la separación debido en parte a los cambios acaecidos, pero también a la falta de referencias para descubrir las sutilidades, ya que no han sido iniciados en la crítica a la dicotomía básica, mientras que la vivencia de la separación era evidente entre las mujeres adultas y algunos hombres de esa generación.

En la esfera educativa y laboral, los cambios se observan en el aumento de aspiraciones educativas y ocupacionales de las mujeres; los progresos en el acceso a profesiones y oficios que ayer estaban completamente prohibidos y hoy son accesibles, y en los avances y compromisos que las mujeres muestran con su desarrollo profesional. Sin embargo estos cambios no ocultan las dificultades y barreras que todavía existen para alcanzar intercambiabilidad genérica, como se verá al final del capítulo.

La orientación profesional de las mujeres sigue estando muy marcada por la desigualdad genérica. Las altas tasas de representación en los diferentes niveles educativos no ocultan la desigual distribución de hombres y mujeres en las distintas secciones y carreras. Mucho menos numerosas en los estudios técnicos, su presencia sigue siendo muy inferior en aquellas secciones de las escuelas profesionales consideradas tradicionalmente como «masculinas», quedando constreñidas a un menor número de opciones y posibilidades en las que las mujeres están sobrerrepresentadas.

La entrada al mundo del trabajo se ha complicado con nuevas formas de acceso al empleo: contratos temporales, trabajo a tiempo parcial y otras modalidades generadas a través de un complejo sistema de contratación que tiene su mejor reflejo en las jóvenes y mujeres que muestran su deseo de inserción tras años de inactividad laboral por dedicación a la familia. El paro de las mujeres es muy superior al de los varones. Y si el paro, por un lado, nos muestra el deseo y empeño de las mujeres por acceder al mundo laboral, por otro, evidencia la discriminación laboral que sufren y las limitaciones que tienen para su acceso.

La discriminación salarial entre los trabajadores y trabajadoras refleja con claridad la diferente estimación que la sociedad y los empleadores hacen de las tareas realizadas por unos y otras. La discriminación

salarial es ilegal y difícil de justificar abiertamente, pero no es difícil de comprobar. Basta una mirada a las estadísticas tanto del conjunto de los países europeos como de cada uno de ellos en particular para conocer cómo las mujeres están peor pagadas que los hombres. Las dificultades para la promoción que tienen las mujeres, las barreras que encuentran para su promoción, tanto en las empresas como en los organismos públicos, más allá de un nivel medio aún teniendo alta cualificación, es uno de los muchos factores que contribuyen a la diferencia salarial, sólo explicable por la discriminación sexual.

Por otra parte, cuando las mujeres rompen barreras y acceden a espacios sociales, profesiones u oficios en los que son minoritarias y aun teniendo en cuenta las diferencias objetivas entre sí, las iguala el tener que demostrar de forma permanente y constante que valen, pueden, y son capaces. A lo largo del trabajo, las mujeres han expresado la desconfianza que de forma latente o manifiesta las ha rodeado, tanto a la mujer que ejerce altos cargos en la vida pública, como a aquellas que desempeñan actividades profesionales prácticamente reservadas para los hombres. Este sesgo negativo afecta a las mujeres en lo que hacen, en las capacidades y habilidades que se les atribuyen, y las colocan en un estado de indefensión o de reafirmación constante de sus capacidades.

A pesar de la disminución del peso naturalista en las creencias y en la práctica social a que se aludió al comienzo de las conclusiones, la maternidad, tal como se percibe o se define hoy en día, sigue siendo un campo social e ideológico muy naturalizado. El peso definidor de la maternidad y especialmente la asunción de que es una opción personal sin que se reconozca la responsabilidad social de la continuidad de la especie, actúa de barrera a la emergencia y permanencia de nuevos modelos.

El peso de una representación masculina de la sociedad incide en las concreciones a la hora de situarse mujeres y hombres. En la mayoría de los casos aparece un discurso de lo emocional vinculado a lo femenino, que se relaciona con la construcción del imaginario social pero también con ciertas ideas y teorías feministas. Supone un esfuerzo constante el neutralizar la sociedad para que tanto las mujeres como los hombres tengan su visibilidad correspondiente y muchos tengan su lugar en la representación simbólica. Hay una sobrevaloración de la vida emocional de las mujeres y una invisibilización de la de los hombres. Al margen de que efectivamente la experiencia no es la misma, se ve una

cierta inhibición en la expresión individual de las emociones por parte de los hombres. Además tampoco se reconoce la emocionalidad presente en algunos contextos y espacios públicos masculinizados, como serían entre otros, el campo de fútbol, el frontón.

En la estructura del poder, ciertas barreras a la emergencia provienen de miedos a entrar en áreas de poder por desconocimiento de ese saber acumulado y vehiculado a través de las redes sociales de los hombres y que, al resultar ajeno, causa inseguridad en las mujeres. A esta luz es posible hablar de límites de género para el ejercicio del poder. Mientras que existe mucho saber acumulado acerca del quehacer cotidiano de las mujeres, del ejercicio del poder fuera del ámbito doméstico, en las instituciones, se sabe poco para poder predecir formas de actuación. La entrada en redes de varones puede ser una buena estrategia para la adquisición de conocimientos útiles.

Un impedimento que manifiestan las mujeres es el miedo a no dar la talla, a no colmar expectativas que saben suelen estar más dimensionadas que cuando acceden los hombres. La idea y la realidad de tener que superar barreras las lleva a la experiencia de la inseguridad ante el temor al fracaso. Otras veces es el temor a no saber qué hacer cuando se deja el poder. Lo mismo que la idea de entrar es bloqueadora, lo es la de no saber cómo dejarlo. En general, todo lo relativo al poder requiere de las mujeres nuevos aprendizajes. Es algo que se aprende bien mediante el acceso al poder o en la socialización continua a través del asociacionismo, de la participación en movimientos sociales especialmente el feminismo, de la entrada en las redes de los hombres donde hay experiencias múltiples ya acumuladas.

Existe una relación entre roles asignados a mujeres y situaciones de renuncia. El ejercicio de renuncia que aparece con mucha frecuencia en las mujeres está vinculado a una serie de presupuestos relacionados con el no poder. La renuncia motivada por roles fijos aparece como un impedimento para la experiencia del poder y el superarla está implícito como valor social en los nuevos modelos. Estos consideran el acceso al poder como derecho social aunque estén en desacuerdo con la cultura hegemónica que sustenta la estructura y con ella la concepción del poder y su forma de ejercerlo. La frecuencia e intensidad de la renuncia disminuye de manera progresiva desde las mayores hasta las jóvenes aunque siempre ha habido mujeres que han renunciado a verlo como valor.

Propuestas de implementación

De los resultados de la investigación sobre «*Modelos emergentes en los sistemas y relaciones de género: nuevas socializaciones y políticas de implementación*» y del debate posterior sobre las conclusiones finales, se plantean una serie de propuestas encaminadas a introducir correctores sociales en las formas de entender la organización de las relaciones sociales. La meta es avanzar en la creación de una sociedad más igualitaria donde mujeres y hombres participen en espacios comunes desde el reconocimiento de sus autonomías.

1. La escuela, el sistema educativo, debe entender la orientación de la/del alumna/o como un proceso al que tiene que atender a lo largo del período escolar, sin reducir sus intervenciones a hechos puntuales, en uno u otro momento del periodo educativo, si se quiere ayudar, potenciar y facilitar el desarrollo integral.
2. En el desarrollo integral, hay que tener en cuenta el género como condicionante de las elecciones y toma de decisiones de los itinerarios profesionales que hace el alumnado. La escasa presencia de las jóvenes en itinerarios escolares de los estudios científico-técnicos hace necesario tomar medidas que incidan tanto en los elementos significativos (profesorado, orientación y padres), como en cambios metodológicos de enseñanza y aprendizaje de las ciencias.
3. Realizar un seguimiento específico de los contenidos de los programas educativos a todos los niveles del sistema educativo incluyendo la universidad. Dicha tarea de seguimiento debe incluir la detección, denuncia y superación de los contenidos, imágenes y lenguaje que reproduzcan la desigualdad genérica.
4. Se necesitan medidas de apoyo institucional y de política de empleo dirigidas a aquellas mujeres que por paro voluntario o forzoso se encuentren en un proceso de búsqueda de empleo, para que puedan afrontar dicha búsqueda desde la seguridad de la competencia laboral y personal.
5. El cuidado que requiere la infancia tiene un gran peso, tanto a nivel individual como social en la percepción de la relación de las mujeres con el trabajo. Deben plantearse las funciones sociales de la ma-

ternidad, implantarse los medios necesarios para una adecuada atención a la infancia desde los 0 años. Igualmente, insistir en la necesidad del reparto de tarea domésticas.

6. Se hace necesario un mayor control de las arbitrariedades que el mercado de trabajo del ámbito privado tiene en la contratación de las mujeres y en las posibilidades de desarrollo de las carreras profesionales dentro de las empresas.
7. Deben difundirse imágenes en los medios de masas que proporcionen un mejor y mayor conocimiento de las realidades laborales y de los cambios intergeneracionales en la actividad laboral y doméstica.
8. En relación a la situación de gran parte de las y los jóvenes que están en tránsito del mundo educativo al laboral, se precisan intervenciones y programas de ayuda para facilitar dicho tránsito.
9. Es preciso ejercer la discriminación positiva en aquellos sectores sociales donde la mujer está ausente o está en minoría. Hay que tener en cuenta que la situación de minoría es coercitiva y se convierte con frecuencia en una desventaja a la hora en que las mujeres quieren ejercer derechos de participación plena. Para muchas mujeres los ambientes minoritarios en el trabajo, en la vida social, se convierten en ambientes hostiles.
10. Una educación integral desde la infancia que incluya conceptos y prácticas de autosuficiencia en todas las facetas de la vida cotidiana es un paso necesario para una intercambiabilidad de las tareas domésticas y de cuidado que en la actualidad recaen principalmente en las mujeres.
11. Promover específicamente la participación y responsabilidad de los hombres en el ámbito doméstico y de cuidado.
12. Crear debate social sobre la necesidad de planificar el cuidado a personas que no pueden valerse por ellas mismas: mayores, personas dependientes.
13. Promover debate social acerca de la necesidad de contar con tiempos y espacios propios. Verlos en relación a la existencia de diferencias cuantitativas y cualitativas que marcan la desigualdad entre mujeres y hombres.

14. Fomentar espacios mixtos donde se lleve a cabo una comunicación que posibilite la desaparición de la segregación entre hombres y mujeres.
15. Con objeto de promover la autonomía de personas desfavorecidas, designar prestaciones para aquellas personas que no cuentan con los medios económicos para vivir dignamente, por ejemplo mujeres con pensiones mínimas de viudedad.
16. Establecer un sistema de cuotas a todos los niveles de la participación ciudadana. Se basa en el reconocimiento de una situación de desigualdad que no podrá equilibrarse nunca a no ser que se introduzcan elementos correctores.
17. Recoger y apoyar las experiencias de mujeres que han ejercido distintos tipos de poder respecto a niveles, ámbitos, categorías, para así crear referentes sociales. Recoger críticamente las formas de ejercer el poder los varones y discriminar aquellas estrategias que pueden ser válidas y que pueden ejercitarse de una manera intergeneracional.
18. Otorgar un reconocimiento público a aquellos servicios, instituciones, colectivos que promuevan e incorporen la participación paritaria de mujeres y hombres en sus dinámicas: organizativas, de representación general del servicio, del centro, de promoción, de incentivos económicos. Por el contrario, penalizar y desprestigiar aquellas actuaciones que se consideran discriminatorias así como las instituciones que desarrollen una segregación consistente.
19. Revisión permanente en los medios de comunicación de las imágenes que aparecen en el ámbito público para detectar las formas discriminatorias, con objeto de ver si cuando se presenta el poder, éste se basa en la participación sólo de hombres o si incluye la participación de mujeres y hombres. Revisar asimismo los estereotipos con que se trata el poder cuando lo ejercen las mujeres y los efectos disuasorios que tienen para una participación responsable.
20. Revisar el concepto de ciudadanía que aparece en los medios de comunicación y en las definiciones que se dan sobre ella desde las instituciones. Ver si el concepto es lo suficientemente amplio para posibilitar e incorporar la participación igualitaria de las mujeres.

21. Promover aquellos aprendizajes que están directamente relacionados con los conocimientos del ejercicio de cargos de responsabilidad en las instituciones, empresas, organizaciones. Incluyen habilidades relacionadas con la proyección pública de la persona, el dominio de formas de expresión para los medios de comunicación, la gestión de los tiempos y la creación de espacios propios.

Bibliografía

- AMORÓS, C. (1987): «Espacio de las iguales, espacio de las idénticas. Notas sobre el poder y principio de individuación», en *Arbor* Nov-Dic. pp.113-127.
- (1992): «Hongos hobbesianos, setas venenosas». *Mientras tanto*, Ene-Feb, pp. 58-67.
- COMAS D'ARGEMIR, D. (1993): «Sobre el apoyo y el cuidado. División del trabajo, género y parentesco», en Roigé X. (coord.) *Perspectivas en el estudio del parentesco y la familia*. VI Congreso de Antropología. Tenerife; vol. 4, pp. 65-82.
- (1995): *Trabajo, género y cultura*. Barcelona, Icaria.
- COMAS, D.; BODOQUE, I.; FERRERES, S.; ROCA, J. (1990): *Vides de dona. Treball, família i sociabilitat entre les dones de classes populars (1900-1960)*. Barcelona, Alta Fulla.
- CONNELL, R. (1987): *Gender and Power. Society, the Person and Sexual Politics*. Cambridge, Polity Press.
- (1995): *Masculinities*. Oxford, Polity Press.
- (1996): «News Directions in Gender Theory, Masculinity Research and Gender Politics», *Ethnos* n.º 61, 3-4 pp. 157-176.
- CUCÓ GINER, J. (1995): *La amistad. Perspectiva antropológica*. Barcelona, Icaria.
- (1999): «Un regard anthropologique sur l'amitié: modèle d'analyse, corpus ethnographique et faits de pouvoir», en Ravis-Giordani, G. (comp.): *Amitiés. Anthropologie et Histoire*. Aix-en-Provence, Université de Provence, pp. 61-75.
- DÍAZ MARTÍNEZ, C. (1996): *El presente de su futuro: modelos de autopercepción y de vida entre los adolescentes españoles*. Madrid: Siglo XXI.
- DÍEZ MINTEGUI, C. (1993): *Relaciones de Género en Donostialdea y en la Ribera de Navarra. Actividad Laboral y cambio*. Serv. Edit. Universidad del País Vasco.
- (1996): «Deporte y construcción de las relaciones de género». *Gazeta de Antropología*, Octubre, N° 12:93-100.
- (2000): «Maternidad y orden social. Vivencias del cambio», en Valle T. del (ed.) *Perspectivas feministas desde la Antropología Social*. Barcelona, Ariel; pp. 155-185.
- DIO BLEICHMAR, E. (1985): *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Madrid, Adotraf.
- ECHEBERRIA, A. y D. PÁEZ (eds.) (1989): *Emociones y perspectivas psicosociales*. Madrid, Fundamentos.

- ECHEVERRÍA, B. (1997): «Inserción sociolaboral», *Revista de Investigación Educativa*, 15 (2) pp. 85-115.
- EICHEMBAUM, L., S. ORBACH (1990): *Qué quieren las mujeres*. Madrid, Ed. Revolución.
- EMAKUNDE (1997): *Estrategias de organización familiar/Familia antolatzeako estrategiak*. N.º 14 de la Colección de Publicaciones de Emakunde.
- ESTEBAN, M. L. (2000): «Promoción social y exhibición del cuerpo», en Valle, T. del. *Perspectivas feministas desde la Antropología Social*. Barcelona, Ariel, pp. 205-242.
- ETXEBERRÍA, I. (1989): «Diferencias sexuales en sentimientos de culpa». En A. Echeberría y D. Páez (eds.), *Emociones y perspectivas psicosociales*. Madrid, Fundamentos.
- FOLGUERA, P. (1996): «El franquismo: el retorno a la esfera privada (1939-1975)», en E. Garrido (ed.) et al., *Historia de las mujeres en España*. Madrid, Síntesis.
- FOSTER, G. (1965): «Peasant society and the Image of Limited Good». *American Anthropologist*, N.º 67:293-315.
- GARRIDO, L. J. (1993): *Las dos biografías de la mujer en España*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer.
- GEERTZ, C. (1987/89): *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.
- GIDDENS, A. (1984): *The Constitution of Society*. Cambridge, Polity Press.
- (1994): *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Madrid, Alianza.
- (1995): *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, Cátedra.
- (1997): *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona, Península.
- GODELIER, M. (1990): *Lo ideal y lo material*. Madrid, Taurus.
- GÓMEZ DE CASTRO, F. (1990): «La educación de la mujer en la Ley de Enseñanza Primaria», en *Mujer y Educación en España 1868-1975*, IV Congreso Historia de la Educación. Santiago, Univ. de Santiago, pp. 449-453.
- GOODY, J. (1997): *Representaciones y contradicciones*. Barcelona, Paidós.
- HANNERZ, U. (1986): *La exploración de la ciudad*. México, Fondo Cultura Económica.
- HEKMAN, S. (1990): *Gender and Knowledge: Elements of a Postmodern Feminism*. Boston Northeastern University Press.
- KABEER, N. (1998): *Realidades Trastocadas*. México, Paidós.
- LAMPHERE, L. et al. (1997): *Situated Lives. Gender and Culture in Everyday Life*. New York, Routledge.
- LARRAÑAGA, C. y C. PÉREZ (1987): «La religión en la vida de la mujer 1937-1987», en VV.AA., *La mujer y la palabra*. San Sebastián, La Primitiva Casa Baroja.
- LOIZOS, P. y PAPATAXIARCHIS, E. (eds.) (1991): *Contested identities. Gender and kinship in modern Greece*. Princenton, Princenton University Press
- LUTZ, C. A. (1988): *Unnatural emotions. Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll. Their Challenge to Western Theory*. Chicago, The University of Chicago Press.
- MAHARAJ, Z. (1995): «A social theory of gender: Connell's Gender and Power». *Feminist Review*, n.º 49, pp. 50-65.
- MAQUIEIRA D'ANGELO, V. (1995): «Asociaciones de mujeres en la Comunidad Autónoma de Madrid». En Ortega López (dir.) *Las mujeres de Madrid como agentes de cambio social*. Madrid, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer; pp. 263-338.

- (1998): «Cultura y Derechos Humanos de las Mujeres». En P. Pérez Cantó (ed), *Las Mujeres del Caribe en el umbral del 2000*. Madrid, Dirección General de la Mujer, Comunidad de Madrid, pp. 171-203.
- MIGUEL, J. de (1979): *El mito de la Inmaculada Concepción*. Barcelona, Anagrama.
- MURILLO, S. (1996): *El mito de la vida privada*. Madrid, Siglo XXI.
- ONG, A. (1987): *Spirits of resistance and Capitalistic Discipline: Factory Women in Malaysia*. New York, State University of New York Press.
- (1992): «Los sistemas de género en el Sudeste de Asia». *Isis Internacional*. Ediciones de las Mujeres, N.º 16, pp. 109-122.
- ORTNER, S. (1984): «Theory in Anthropology since the Sixties», *Society for Comparative Study of Society and History*. vol. 26, n.º 1, pp. 126-166.
- ORTNER, S. y WHITEHEAD, H. (1981): *Sexual Meanings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PÉREZ AGOTE, A. (1987): *El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- REITER, R. (1975): *Toward an Anthropology of Women*. New York, Monthly Review Press.
- ROBERTS, K. (1997): «Transitions to uncertain destinations: the implications for careers guidance», *British Journal of Guidance Counseling*, 25, (3) pp. 345-360.
- RUBIN, G. (1975): «The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex». En Reiter, R. *Toward an Anthropology of Women*. New York: Monthly Review Press, pp. 157-210.
- (1989): «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad», en Vande C. (Comp.) *Placer y peligro*, Madrid, Editorial Revolución.
- SALTZMAN, J. (1992): *Equidad y género*. Madrid, Cátedra.
- STOCLKE, V. (1993): «Is Sex to gender as race is to ethnicity?», en T. del Valle (ed.), *Gendered Anthropology*. London, Routledge.
- SUPER, D. E. (1957): *The Psychology of Careers*. Nueva York: Harper Row. (Ed. en castellano, 1963, Madrid, Rialp).
- (1984): «Career and Life Development», en D. Brown y L. Brooks (eds.), *Career Choices and Development*. San Francisco, Jossey-Bass Publishers, pp. 192-234.
- THURÉN, B. (1993): *El Poder Generizado*. Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas.
- TOURAINÉ, A. (1999): «De la antigua a la nueva sociología del trabajo». *Sociología del Trabajo*. N.º 35, pp. 3-23.
- VALLE, T. del (1989): «El modelo actual en la antropología de la mujer: modelos y paradigmas. El sexo se hereda, se cambia y el género se construye». En V. Maquieira D'Angelo (ed) *Mujeres y Hombres en la formación del Pensamiento Occidental*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp.35-50.
- (1992/93): «Mujer y nuevas socializaciones: su relación con el poder y el cambio», KOBIE, Diputación Foral de Bizkaia, n.º VI, pp. 5-15.
- (dir.), J. APALATEGI, B. ARETXAGA, B. ARREGUI, I. BABACE, M.C. DÍEZ, C. LARRAÑAGA, A. OIARZABAL, C. PÉREZ, I. ZURIARRAIN (1985): *Mujer vasca. Imagen y realidad*. Barcelona, Anthropos.
- (ed.) (1993): *Gendered Anthropology*. London, Routledge.
- (2000): *Perspectivas feministas desde la Antropología Social*. Barcelona, Ariel.
- WILLIAMS, R. (1997): *Marxismo y Literatura*. Barcelona, Península.
- ZULAIKA, J. (1987): *Tratado estético-ritual vasco*. San Sebastián, La Primitiva Casa Baroja.

Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género

*¿Cómo son las mujeres y los hombres de comienzos del siglo XXI? ¿Siguen vigentes para unas y otros las pautas conductuales del ser-mujer y ser-hombre de hace cincuenta años? ¿Qué cambios se han producido y en qué ámbitos? ¿Qué nuevos modos de relación se perfilan? En definitiva, ¿cuáles son los **modelos emergentes** de la nueva mujer y del nuevo hombre?*

*Desde la Antropología feminista este libro da respuestas a estas y otras preguntas, al analizar los cambios que se están produciendo en las relaciones y en los sistemas de género, en **el trabajo, el poder y las emociones**.*

*La metodología aplicada se basa en observación y entrevistas realizadas en diversos lugares y tiempos, en donde juegan papel importante las variables de edad, clase social e ideología. Una **valiosa contribución** para los Estudios de Género, en particular; y para la Antropología feminista, en general.*

Teresa del Valle, investigadora principal, coordina el equipo integrado por destacados miembros de la Universidad del País Vasco, de la de Valencia y de la Autónoma de Madrid.

